



Catherine O'Connell

*Seis amigas.  
Una fiesta.  
Un asesinato.  
Demasiados  
secretos.*

# *Confidencias y traiciones*

# Índice

Sinopsis  
Portadilla  
Dedicatoria  
Presente  
Uno  
Dos  
Tres  
Cuatro  
Cinco  
Seis  
Siete  
Ocho  
Nueve  
Diez  
Once  
Doce  
Trece  
Catorce  
Quince  
Dieciséis  
Diecisiete  
Dieciocho  
Diecinueve  
Veinte  
Veintiuno  
Veintidós  
Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Treinta

Treinta y uno

Treinta y dos

Treinta y tres

Treinta y cuatro

Treinta y cinco

Treinta y seis

Treinta y siete

Treinta y ocho

Treinta y nueve

Cuarenta

Cuarenta y uno

Cuarenta y dos

Cuarenta y tres

Cuarenta y cuatro

Cuarenta y cinco

Cuarenta y seis

Cuarenta y siete

Cuarenta y ocho

Cuarenta y nueve

Cincuenta

Cincuenta y uno

Cincuenta y dos

Mi epílogo

Nota final al lector, por Kelly O'Reilly

Agradecimientos

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

A la mañana siguiente de su despedida de soltera, Maggie Trueheart despierta en su cama junto a un desconocido. Pero haber engañado a su prometido no será lo peor de un día que empieza con mal pie: su amiga Angie ha sido asesinada. Cuando el amante ocasional se convierte en el principal sospechoso del asesinato, la integridad de Maggie tambalea: ¿debe ayudarlo confesando que pasó la noche con él o mentir para proteger su futuro matrimonio? Mientras ella se debate entre la verdad y la mentira, la policía investiga a cada una de sus amigas poniendo al descubierto secretos aparentemente insignificantes. Alguna de ellas miente... ¿o quizás todas?

# CONFIDENCIAS Y TRAICIONES

Catherine O'Connell

Traducción de Aleix Montoto



*Para mis tres hermanos: Tom, Jane y Barney.*

*El mejor regalo del que una escritora puede disfrutar es  
una familia cariñosa y excéntrica, y yo he sido bendecida  
con ambas cosas.*

## Presente

Me siento sola al fondo de la carpa, lejos de los demás. La lluvia repiquetea sobre el tejado del recinto, ensordeciendo los acordes atonales del concierto de piano de Schönberg. La música disonante me hace pensar que la imperfección puede ser hermosa. Un joven violonchelista llega tarde y se abre paso hasta acomodarse en su asiento en la orquesta. El cambio en el semblante del director apenas ha sido perceptible, pero está claro que ha tomado nota de la tardanza del músico. ¿Se verá afectada la carrera del violonchelista por este error? Podría ser. La música es un campo competitivo.

Me pregunto cuántos desenlaces han dependido de momentos semejantes, cuántas vidas se han visto irremediabilmente alteradas como consecuencia de un mero paso en falso. Sea por acción o por omisión, las consecuencias de una trayectoria alternativa pueden ser nefastas. Pienso en cómo habría sido mi vida de no ser por mi gran paso en falso. Muy distinta, estoy segura.

Me reconforta saber que no fui directamente responsable de la muerte de Angela. Aunque ya ha pasado más de un cuarto de siglo desde esa noche, ésta sigue rondando mis pensamientos con excesiva frecuencia. Y, cuando pienso cómo se ha desarrollado luego mi vida, siempre siento una punzada de culpabilidad.

La lluvia deja de repiquetear justo cuando la música llega a un entusiasta final. La orquesta se pone en pie para recibir un estruendoso aplauso y el violonchelista tardón se levanta junto a los demás. Algo en su tardanza parece resonar en mí, y finalmente caigo en ello. No es demasiado tarde para contar la historia. Nunca es tarde para desvelar la verdad. Me apresuro a salir de la carpa antes que el resto de la gente y cruzo a toda velocidad el aparcamiento

en dirección a mi coche. De camino a casa, con los picos de las majestuosas Rocosas a cada lado, comienzo a componer las palabras. Para cuando llego, éstas ya han comenzado a ocupar su correspondiente lugar.

Así pues, retrotraigámonos a una cálida y húmeda noche de Chicago de junio de 1988. Por aquel entonces, estaban teniendo lugar muchos cambios, pero nadie tenía ni idea de lo profundos que serían. La música disco exhalaba su último suspiro, tanto hombres como mujeres llevaban el pelo largo por los lados y corto por arriba, los vaqueros se llevaban lavados a la piedra y de cintura alta. Cher y la gente que vivía en remolques eran los únicos que lucían tatuajes. Los homosexuales estaban comenzando a salir del armario y el sida ya se había convertido en una epidemia. Los ordenadores eran una novedad para todo aquel ajeno a las oficinas, el correo electrónico apenas existía, la mensajería instantánea era algo de ciencia ficción y si alguien tenía un teléfono móvil, era del tamaño de un zapato. La tecnología telefónica más puntera era la rellamada. Como mujeres, éramos la primera generación al fin completamente liberada económica y sexualmente. Pero, en tanto que nuestro papel todavía se veía desafiado por un mundo masculino, solíamos conformarnos con mucho menos.

Ésa es la instantánea de Chicago en el momento en que comienza esta historia. Y, si bien puedo dar fe de mi papel en ella, tú, lector, tendrás que disculpar las libertades que me tomaré al asumir la voz de los demás. Es posible que haya algunas inexactitudes en mi interpretación de lo que sucedió, pero sospecho que, al final, en mi relato prevalecerá la sinceridad.

MARGARET MARY TRUEHEART  
10 DE JULIO DE 2013

## Uno

### Catorce días para la boda

*Sábado, 11 de junio de 1988*

Me despertó el teléfono y tuve la desagradable e inquietante sensación de que no estaba sola. Me hallaba tumbada de lado de cara a la pared, pero podía sentir el calor que irradiaba otro cuerpo bajo mis sábanas de diseño. Recordé que Flynn estaba de viaje. Hice un frenético repaso de lo acontecido la noche anterior, pero no conseguí recordar nada más que unas cuantas imágenes sueltas. Definitivamente, todavía estaba borracha.

El teléfono sonó seis veces antes de que saltara el contestador automático del salón y mi voz resonara por el pasillo: «Hola, soy Maggie. Ya sabes qué hacer y cuándo hacerlo». Colgaron. Acto seguido, el teléfono volvió a sonar. De nuevo, se oyó mi voz y volvieron a colgar. Cuando sucedió por tercera vez, me di cuenta de que la persona que estaba llamando no iba a darse por vencida. A regañadientes, me di la vuelta para extender el brazo y de repente me quedé petrificada con la mano en el aire. Era el carpintero. El de la camisa azul, pero sin la camisa azul. Estaba sonriéndome. Una amplia sonrisa dibujaba unos hoyuelos con forma de paréntesis en sus bronceadas mejillas. Sentí cómo una náusea recorría mi cuerpo (más desnudo de lo que debería) de la cabeza a los pies.

—Parece que alguien quiere hablar contigo —dijo él.

Llevándose un conspirativo dedo a los labios como si me prometiera permanecer callado, descolgó el auricular y me lo pasó. El cordón formó un remolineante sendero sobre el apelmazado vello de su pecho. Horrorizada, le

quité el auricular de las manos y lo acerqué a mi boca cubriéndolo con la otra mano, temerosa de que mi visitante pudiera hacer algo que delatara su presencia, como toser o hablar o —Dios no lo quisiera— soltar una de esas ruidosas emisiones tan comunes en el género masculino durante las horas matutinas.

—¿Hola? —dije con una voz ronca que apenas pude reconocer como propia.

—¿Maggie? ¡Oh, Maggie! Soy yo, Suzanne —sus palabras rezumaban alivio—. Gracias a Dios que llegaste bien a casa.

«Eso es algo discutible», pensé. Mis ojos volvieron a posarse sobre mi invitado. Se había puesto cómodo en su lado de la cama, con las manos detrás de la cabeza y los codos en alto como si fueran dos alas desplegadas. Todavía tenía esa sonrisa de capullo en el rostro. Ya no era el tímido carpintero de New Hampshire de la noche anterior.

—Claro que llegué bien a casa —mentí, y eché un vistazo al reloj.

Los números digitales me indicaron que eran las siete y cuarenta y ocho. No era excesivamente temprano, pero aun así se trataba de una hora intempestiva para llamar un sábado por la mañana después de haber salido hasta tarde el viernes, incluso para alguien que solía despertarse pronto como Suzanne. En un torpe intento de sonar algo molesta, le pregunté:

—¿A qué viene esta llamada tan temprana?

Suzanne vaciló un momento y luego dijo:

—No sé de qué forma decir esto, Maggie. Se trata de Angie. Ha muerto.

Sus palabras azotaron mi confundido cerebro como el látigo de un domador y provocaron que me incorporara de golpe en la cama, dejando al descubierto mis pechos desnudos. Rápidamente, cogí la sábana y me cubrí hasta la barbilla con un pudor ya inútil. Ese tren ya había salido de la estación.

—Es una broma, ¿verdad? —repuse, pero nada más pronunciar la pregunta, fui consciente de su futilidad. Suzanne Lundgren era la última persona del planeta que haría una broma de ningún tipo, y menos todavía una tan macabra.

—Ya me gustaría. —El desasosiego era evidente en su tono—. Kelly acaba de llamarme desde la comisaría de policía. Angie ha sido asesinada. Han encontrado su cadáver en el parque Lincoln a primera hora de esta mañana.

—¿Kelly?

Eso no tenía ningún sentido. Incontables preguntas se agolpaban en mi cabeza, pero, en el lamentable estado en el que me encontraba, no conseguía formular las más lógicas. En vez de preguntar sobre Angie, dije:

—¿Qué tiene que ver Kelly en todo esto?

—Evidentemente, hoy ha salido a correr como cada mañana y se ha topado con la escena del crimen —respondió Suzanne—. Ahora está en la comisaría del área 3. La han llevado allí para hacerle algunas preguntas sobre Angie, supongo.

—Pero eso es imposible. Estábamos juntas hace... —Eché un nuevo vistazo al reloj—. ¿Cuánto? ¿Cinco o seis horas? ¿No la llevaste tú a casa?

En ese momento, Suzanne perdió la compostura y los sollozos comenzaron a entrecortar sus palabras.

—Maggie... Por supuesto que la llevé a casa. Cuando te dejamos, nos metimos en un taxi y fuimos directamente a su casa. Al llegar, hice que el conductor esperara hasta que ella hubo entrado en su edificio. Vi cómo cerraba la puerta.

Fragmentos de la noche anterior empezaron a acudir a mi mente formando un puzle desordenado: Angie en la pista de baile con unos pantalones negros y una escotada camiseta roja, su espeso pelo negro cubriéndole el rostro como una oscura cortina, sus anchas caderas balanceándose sobre un par de zapatos rojos de tacón. Angie apoyada en la barra con la lengua en un vaso de chupito vacío. Angie intentando mantenerse en pie sobre unas piernas de gelatina.

—Escucha, ahora no puedo seguir hablando. Ya te he contado todo lo que sé —dijo Suzanne con la voz quebrada por el dolor—. Kelly me ha prometido que me llamaría en cuanto llegara a casa para contarme más detalles. Mientras tanto, ¿podrías llamar tú a Carol Anne? Yo no tengo fuerzas.

—Sí, claro —susurré.

Ella colgó.

Mientras miraba fijamente el auricular que sujetaba con la mano como si fuera un objeto desconocido, intenté asimilar lo que acababa de ocurrir. Me costaba aceptar el carácter definitivo de la muerte de una amiga. Debía de tratarse de una especie de extraña pesadilla. Como lo de ese desconocido que estaba mirándome fijamente. Él también formaba parte de la pesadilla. Si cerraba los ojos, todo volvería a la normalidad del día anterior. Angie estaría viva, yo estaría sola en mi cama y lo peor que alguien estaría sufriendo sería una mala resaca.

Cerré con fuerza los ojos.

Sin embargo, cuando volví a abrirlos, él todavía estaba allí. Su presencia resultaba casi tan perturbadora como el asesinato de Angie. Ya no sonreía, y en su rostro había una expresión de genuina preocupación. Extendió el brazo y me acarició suavemente la mejilla.

—¿Va todo bien?

—Ha habido un accidente —dije, demasiado aturdida para echarme a llorar y reacia a compartir mi dolor personal con ese desconocido—. Tienes que irte.

Haciendo caso omiso de mi petición, me acarició el rostro recorriendo con el dorso de la mano la línea de mi mandíbula. Yo contuve un involuntario escalofrío. Había cierto poder en sus manos, y recordé estar obsesionada con ellas la noche anterior. Eran grandes y fuertes, con unas articulaciones bien definidas y marcadas callosidades que atestiguaban horas de honesto trabajo físico. Manos muy distintas de las de Flynn. Las de éste eran sedosas y suaves, con dedos largos y ahusados y uñas sin cutículas. Manos que una podía imaginar sujetando un palo de golf o una raqueta de tenis. Manos de una clase social completamente distinta.

—Eres muy hermosa —me dijo al tiempo que la mano con la que me acariciaba se desplazaba hacia la sensible piel de mi cuello—. Muy hermosa.

Fragmentos perdidos de mi memoria comenzaron a emerger a través de la nube de vodka. Recordé estar bailando una canción de Cyndi Lauper en el club The Overhang, subir a una camioneta blanca y a nosotros dos bañados por la luz amarilla de la farola situada frente a mi edificio. Aun así, la mayor parte del rompecabezas seguía por armar. Ahora que el ensoñador trance del alcohol ya estaba disipándose y que el refugio protector de la noche había quedado atrás, me encontraba completamente desnuda bajo la luz de la mañana. Eva mirando la manzana. Pensé en Flynn y el corazón se me encogió. Luego pensé en Angie y se me encogió todavía más.

Aparentemente ajeno a mi conflicto, el carpintero acercó su rostro al mío y me besó ligeramente en los labios.

—No —protesté, apartándome.

Haciendo caso omiso de mi amago de virtud, él deslizó una mano por la parte baja de mi espalda y me acercó a su cuerpo. Tanto que pude sentir el calor que emanaba su torso. Me besó en la barbilla, en la nariz, en la boca.

—No —repetí, intentando hacer acopio de un mínimo de convicción mientras sus labios continuaban su peregrinaje por detrás de mi oreja.

En un mundo perfecto, mi yo íntegro se habría sentido asqueado por su sola presencia. En un mundo perfecto, mi yo íntegro lo habría abofeteado con fuerza y habría salido de la cama. En un mundo realmente perfecto, ese hombre ni siquiera habría estado en mi cama.

Pero vivimos en un mundo imperfecto.

Y eso estaba mal. Muy mal. ¿Cómo podía traicionar a mi prometido de ese modo? ¿Cómo podía siquiera estar pensando en mantener sexo cuando debería estar llorando la muerte de una amiga? Sin embargo, algo primigenio se había encendido en lo más profundo de mi ser y no sólo amortiguaba el dolor, la culpabilidad y la tristeza, sino que había tomado mi ser racional como rehén. Mi cuerpo se acercó al suyo. Ni siquiera fingí que me resistía. Quería que él me abrazara, enterrar mi rostro en su pecho y permitir que se hundiera en mí.

Le devolví el beso. Primero de forma vacilante y luego con fervor,

abriendo la boca para aceptar la suya. Él me tumbó en el colchón y, un instante después, nuestros cuerpos ya estaban revolcándose en la cama. Los movimientos fueron aumentando de intensidad y ya estábamos a punto de hacer lo inevitable cuando un inoportuno destello parpadeó en los recovecos de mi cerebro. Coloqué mis manos en sus caderas y lo detuve antes de que entrara en mí. Respirando entre fervorosos jadeos, el carpintero posó sus ojos castaños en los míos.

—¿Sabes si anoche usé mi diafragma? —le pregunté entre resuellos.

Su mirada vacía contestó a mi pregunta. Yo exhalé un suspiro y lo aparté. Si había un momento para detener esa locura, acababa de presentarse. Pero la cordura no iba a prevalecer. En esos momentos era una mujer poseída.

Extendí la mano en dirección a la mesilla de noche y, tras coger mi diafragma, introduje la fiable copa en el lugar en el que debía estar en ese momento y dejé de lado los pensamientos acerca de dónde debería haber estado la noche anterior. Acto seguido, como si no hubiera habido interrupción alguna, él volvió a acercarse a mí. Lo único que debía considerar en ese momento era el presente. Un presente muy apremiante. Me rendí a él, abandonando la conciencia para arrojarme a ese ruedo en el que nada puede salvarla a una y entregarme a otro cuerpo y a los millones y millones de ávidas terminaciones nerviosas que reclamaban atención.

## Dos

Cuando me desperté una hora más tarde, el carpintero estaba durmiendo profundamente a mi lado con un brazo alrededor de mi hombro. Para entonces me sentía un poco más despabilada, si bien el alcohol residual que todavía había en mi organismo habría provocado que diera positivo en cualquier control de alcoholemia. Las embravecidas hormonas que unas horas antes me habían hecho perder el juicio se habían aplacado y poco a poco comencé a asimilar los acontecimientos de la mañana. Me quedé mirando el techo e intenté digerir la nueva realidad. Yo era una puta y Angie estaba muerta.

Con cuidado de no despertar a mi invitado, me deslicé por debajo de su brazo y fui al cuarto de baño. Una mirada en el espejo sirvió para confirmar mi autoevaluación. Apelmazados mechones de pelo de color caoba salían en todas direcciones como si fuera la peluca de un payaso, unos macabros círculos oscuros de rímel corrido rodeaban mis ojos verdes y tenía la piel de la cara enrojecida por culpa de la barba del carpintero. Me quité las lentillas, que había olvidado quitarme la noche anterior, y las tiré a la basura. Luego me senté en el retrete y apoyé la cabeza en las manos para intentar apaciguar el monstruoso dolor de cabeza que palpitaba en mi sien derecha. Una imagen de Angie tirada en el suelo hizo que se me escapara un sonoro sollozo y que las lágrimas acudieran a mis ojos inyectados en sangre. Pensé en sus padres y en sus hermanos, a los que conocía desde hacía muchos años. Si a mí la pérdida de Angie me resultaba dolorosa, para ellos debía de ser directamente insufrible. Permanecí allí sentada un rato hasta que mis pensamientos regresaron al desconocido que dormía en mi cama. ¿En qué diantres había estado pensando? ¿Y si Flynn volvía antes de tiempo? Tenía que sacarlo de

casa. De inmediato. Cogí el albornoz que colgaba de la percha y me lo puse anudando el cinturón con fuerza alrededor de la cintura.

Él ya se había despertado y vestido y en ese momento estaba sentado a la mesa de la cocina, hojeando un número de la revista *Chicagoan*, mientras sus rizos acariciaban la montura metálica de sus gafas. Levantó la mirada y sus labios formaron una íntima sonrisa, volviendo a tallar esos hoyuelos con forma de paréntesis en sus mejillas. Con un movimiento de cabeza, señaló el pasillo en dirección a la puerta abierta del cuarto de baño.

—¿Te importa? —preguntó.

—¿El qué?

—Que use tu cuarto de baño.

En cuanto la puerta se cerró a su espalda, mi mente comenzó a considerar las posibilidades. Confiaba en que no pensara en darse una ducha. Tenía que marcharse lo antes posible. Al ruido de la cadena del retrete lo siguió el del grifo, y luego, para mi alivio, la puerta se abrió. Nada más salir del cuarto de baño, se acercó a mí, que seguía inmóvil en medio del salón, y se inclinó para darme un beso. Yo me aparté.

Una expresión dolida enturbió los ojos castaños detrás de las gafas de montura metálica.

—Quiero que sepas que lo he pasado muy bien contigo. Me gustaría volver a verte —declaró.

—¿Qué? —solté con un grito ahogado.

¿Estaba de broma? ¿El tipo responsable de que hubiera traicionado a mi prometido —con un poco de cooperación por mi parte, es cierto— estaba pidiéndome una cita? ¿Dónde estaba el rollo de una noche que tenía prisa por marcharse? ¿El que se iba diciendo «Ya te llamaré» pero nunca lo hacía? ¿Dónde estaba *ese* tipo?

—¿Estás loco? Ya sabes que voy a casarme.

—Quizá deberías replanteártelo, Maggie. Lo único que sé es que nunca he conocido a nadie como tú y me gustaría volver a verte.

—No me conoces de nada. Anoche conociste a mi *alter ego* borracho, y éste ya se ha marchado de la ciudad. He cometido un gran error. Quiero mucho a alguien y voy a casarme con él. Lo que hice estuvo mal, muy mal.

—Desde luego, anoche no actuaste como si estuviera mal. Ni esta mañana. Te has comportado como un auténtico animal ahí dentro —dijo señalando con la mirada la puerta del dormitorio, al fondo del pasillo.

Sus palabras tocaron una fibra sensible en mi interior. No porque fueran crueles, sino porque en ellas había algo de verdad. Efectivamente, había cruzado la frontera del reino animal. El problema era que ahora ese animal volvía a estar en la jaula y debía permanecer allí a solas. Tenía que librarme del carpintero cuanto antes y del modo menos problemático posible. Decidí intentar razonar con él.

—Mira, Steven. Lo de anoche estuvo genial. Y lo de esta mañana también. Pero eso no es lo importante. He cometido un error. He hecho algo que está terriblemente mal y ahora tengo miedo. Miedo de lo que he hecho, miedo de ti. Miedo de que los actos de una noche echen a perder algo en lo que he invertido un año de mi vida. Mi prometido es más importante para mí que nadie en el mundo. Es un hombre maravilloso y cariñoso, y no quiero perderlo. La libido nubló mi juicio y me he arriesgado a perderlo todo. Esto no puede volver a suceder nunca. Tienes que comprenderlo.

Él negó con la cabeza.

—Cometerás un gran error si sigues adelante con esa boda, Maggie. Desde luego, la mujer que ha estado conmigo en esa cama esta mañana no está locamente enamorada de otra persona.

Me entraron ganas de gritar, pero mantuve la compostura.

—Ya es suficiente. Ahora me gustaría que te marcharas, por favor.

Él cruzó el salón hasta mi escritorio, cogió un bolígrafo y garabateó algo en el cuaderno que descansaba sobre la pulcra superficie. Luego se volvió hacia mí.

—Éste es el número del lugar en el que trabajo. Puedes localizarme allí

durante el día.

Yo me acerqué al escritorio, arranqué la hoja de papel del cuaderno e hice una bola con ella.

—¿Es que no lo entiendes? No pienso llamarte nunca —y, para dar más énfasis a mis palabras, crucé a toda velocidad el salón hasta la puerta, la abrí y me quedé en el umbral con los brazos cruzados.

—Entonces, ¿esto es todo?

—Esto es todo.

Antes de marcharse se inclinó y, cogiéndome por sorpresa, posó con suavidad sus labios sobre los míos. Luego salió al rellano y yo cerré la puerta con cerrojo y pegué una oreja a la madera para oír las pisadas de sus botas descendiendo la escalera. Una oleada de alivio me recorrió al oír la puerta de entrada cerrándose, como si eso borrara lo que había sucedido. Mirando a hurtadillas por detrás de las cortinas blancas del salón, vi cómo cruzaba la calle y subía a su camioneta. Mientras se alejaba, esperé que no hubiera tomado nota de mi dirección para que no pudiera volver a encontrarme.

Me dirigí a la cocina, donde una solitaria botella de Jameson descansaba sobre la encimera junto a dos vasos de chupito boca abajo. Afloraron más recuerdos. Su camioneta aparcando delante de mi edificio. Yo invitándolo a tomar una última copa (algo completamente inocente, claro). ¿En qué diantres estaba pensando?

—Por el matrimonio —brindé yo.

—Por el matrimonio —respondió él, bebiéndose el whisky de un trago antes de dejar el vaso de chupito vacío boca abajo en la encimera.

Y entonces enterró su rostro en la suave piel de mi cuello. La sensación que tuve fue a un tiempo abrumadora y familiar. Toda determinación a la que todavía me estuviera aferrando se disolvió cuando él comenzó a besarme la clavícula y me desabrochó los botones de la blusa para deslizar una áspera mano por debajo de mi sostén. Mis últimos recuerdos consistían en él

llevándome al dormitorio y en ambos quitándonos la ropa. El resto era confuso.

Salvo lo de esa mañana. Eso estaba muy claro.

Regresé al dormitorio y me quedé mirando el escenario de mi transgresión deseando que hubiera algún modo cósmico de viajar atrás en el tiempo, como cuando rebobinaba una cinta de vídeo VHS. Todavía tenía el papel arrugado con su teléfono en el puño, y lo tiré a la papelera. Abrí las ventanas para airear el olor a sexo y, tras deshacer la cama, metí las sábanas en la lavadora. Luego me duché con el agua más caliente que pude aguantar, frotándome una y otra vez como si el jabón pudiera borrar al carpintero de mi piel y sin dejar de pensar en Flynn y en lo dolido que estaría si alguna vez llegaba a enterarse de mi infidelidad. No debía enterarse. Nunca.

Al salir de la ducha, mis atormentados pensamientos se centraron en Angie y en la llamada que todavía tenía que hacer. Me puse el albornoz y, tras dirigirme al salón, descolgué el teléfono y marqué un número tan familiar que podría haberlo hecho con los ojos cerrados. Un minuto después oí el alegre «hola» de Carol Anne. La suya era la voz del día anterior, la de la bendita ignorancia, la voz en la que yo más confiaba de todo el mundo. Lo más probable era que estuviera sentada en su palaciega cocina pensando en los menús de la semana y en la lista de la compra necesaria para prepararlos.

—Soy yo. Tengo malas noticias. —Mis palabras sonaron insustanciales, teniendo en cuenta la bomba que estaba a punto de arrojar.

Con voz trémula, le conté lo de la muerte de Angie. Oí cómo Carol Anne cogía aliento y luego varias expresiones de incredulidad.

—Eso no puede ser posible —se lamentó—. No puede ser verdad.

—Me temo que sí lo es.

—¿Asesinada?

—Eso es lo que Kelly le ha contado a Suzanne.

—Pero no lo entiendo. Si Suzanne la dejó en casa, ¿cómo llegó al parque? No tiene ningún sentido.

—Nada lo tiene —repuse, rompiendo a llorar—. Hay otra cosa, Carol Anne. Ha sucedido otra cosa realmente mala.

—¿Peor que el asesinato de Angie?

—Peor no, pero mala. —Mi voz descendió hasta adoptar un tono normalmente reservado para realizar confesiones. Pero entonces me di cuenta de que esa confesión no podía hacerla por teléfono, sino en persona—. ¿Puedo ir a tu casa, Carol Anne?

—Claro —dijo ella, lanzándome un muy necesitado salvavidas.

## Tres Kelly

Kelly Delaney descendió del coche patrulla asignado para llevarla a casa, farfulló un poco convincente agradecimiento al joven policía que estaba al volante y luego entró en el patio del edificio dejando que la puerta de la verja se cerrara de golpe mientras ella descendía con fatiga los ocho escalones que conducían al jardín de su apartamento. Al abrir la puerta, oyó un impaciente «miau». La gata no estaba acostumbrada a que la dejaran sola tanto rato por la mañana.

—Hola, *Tiz* —dijo Kelly, entrando y quitándose los zapatos.

La temperatura en el pequeño apartamento era sofocante, pero después de haber pasado horas en la fría comisaría ataviada con ropa de ir a correr todavía húmeda de sudor, el calor suponía un bienvenido bálsamo. Pensando en la gata, abrió las ventanas de guillotina, levantándolas tanto como se lo permitían los clavos de los marcos. Si bien vivía en un buen vecindario, no dejaba de tratarse de una ciudad. Se sentía pegajosa a causa del sudor seco y necesitaba una ducha, pero en ese momento eso le parecía un esfuerzo demasiado grande y optó por dejar que su sucio cuerpo se desplomara en el sofá. Estaba exhausta tanto física como emocionalmente. Decir que el asesinato de Angie había sido devastador sería quedarse muy corta, pero ser testigo del cuerpo sin vida de su amiga de toda la vida hacía la tragedia aún más dolorosa. Todavía podía ver los fríos ojos de Angie mirándola desde la primera fila de su memoria, una imagen que llevaría consigo el resto de su vida. Otra terrible carga más en una vida ya de por sí repleta de tribulaciones.

Justo cuando estaba recomponiéndola y había enfilado al fin la dirección

correcta, las cosas habían vuelto a torcerse. Se removió incómodamente en el sofá y se quedó mirando las tuberías descubiertas que recorrían el bajo techo. Y pensar que el día había comenzado tan bien.

Se había despertado temprano, con la cabeza despejada y la conciencia limpia. No sentía ningún aplastante dolor de cabeza. No tenía ardor de estómago ni regusto a alcohol en la boca. Tampoco se veía obligada a intentar recordar cómo había llegado a casa. Ni a preguntarse qué había dicho o hecho o a quién se había follado. No se había despertado completamente vestida y dándose cuenta de que había perdido las bragas. Aun así, las noches como la anterior siempre eran las más duras: resultaba difícil estar alrededor de viejas amigas que podían beber. Era en esas situaciones cuando la tentación era mayor. Pero si lo de la noche anterior había sido una prueba, la había superado de largo. No sólo no había probado gota, sino que ni siquiera le había apetecido tomar nada. Bueno, apenas.

Había apartado las sábanas, destapando con ello la bola de pelo rojizo que permanecía acurrucada a sus pies. Una cabeza con bigotes se alzó para echarle una mirada con su único ojo. La había encontrado un ayudante de camarero en el contenedor de basura que había detrás del restaurante griego en el que trabajaba y parecía estar a punto de morir cuando Kelly la vio por primera vez en el refugio. Tenía el pelo apelmazado por la grasa y le habían cegado el ojo derecho con lejía. ¿Había sido un acto deliberado o un accidente? Nunca lo sabría. De lo que sí estaba segura era de que, al ver a la criatura herida temblando en el rincón de su jaula, finalmente había encontrado algo todavía más necesitado de cuidados que ella misma.

Al más puro estilo Holly Golightly, cuando llevó la gata a casa no tenía intención de ponerle nombre. Pero cambió de idea y decidió que no quería parecer el alma perdida de la señorita Golightly más de lo que ya lo era. Bautizó oficialmente a la gata como *Tizzy*, el nombre que uno de los empleados del refugio había puesto en un papel con una chincheta en su jaula; un nombre que, a su parecer, resumía la existencia de ambas. <sup>1</sup>

Tras estirarse pausadamente para desentumecer los músculos, *Tizzy* saltó de la cama al suelo. Kelly también se levantó y se dispuso a devolverle a la cama su uso diario de sofá. Mientras colocaba los mullidos cojines de rosas en su lugar, no pudo evitar fruncir el ceño. Los estampados florales no eran su estilo, y menos todavía los de flores de color rosa, pero había comprado el sofá cama de segunda mano, y lo más importante era que el colchón era cómodo, puesto que en su diminuto apartamento apenas había espacio para más muebles. Las cosas que tenía ya estaban bastante apiñadas, con una mesa de cocina que hacía las veces de escritorio y una cómoda encajada entre el armario y la entrada. Habría preferido un lugar más amplio y, sin duda, que no fuera un semisótano, pero iba justa de dinero y la universidad era cara, de modo que eso era lo mejor que podía conseguir con su limitado presupuesto. Lo bueno del angosto apartamento era su localización. Estaba situado en una tranquila calle a escasas manzanas del parque Lincoln, lo que lo convertía en el emplazamiento perfecto para ir a correr.

Se dirigió al baño y pasó por delante de la cocina, situada en un rincón. El suelo de tablones de madera estaba frío bajo sus pies descalzos. Mientras se lavaba los dientes delante de la pila con pedestal, contempló el rostro de treinta y tres años que le devolvía la mirada desde el espejo. Sí, estaba surcado por prematuras arrugas, pero no había duda de que se había ganado con creces todas y cada una de ellas. Por fortuna, sus demás rasgos ayudaban a compensar el daño, y seguía siendo guapa de un modo, digamos, tosco. Tenía los pómulos marcados de una modelo, una espesa melena de pelo castaño sorprendentemente libre de canas y unos ojos del color azul del cielo al amanecer. Y esa mañana, advirtió felizmente, esos ojos estaban tan despejados como su mente. No había en ellos rastro de enrojecimiento. Y resplandecían en vez de estar vidriosos.

Cuando hubo terminado en el cuarto de baño, regresó a la otra habitación y se preparó para salir a correr como cada mañana. Después de vestirse y de dar de comer a la gata, hizo algunos estiramientos, se ató los cordones de las

deportivas y salió por la puerta. Como no tenía prisa, se detuvo un momento en lo alto de la escalera para disfrutar del sosiego que había a primera hora de la mañana. El patio era tan tranquilo como el de una biblioteca, y el único sonido que rompía el silencio era el canto de un petirrojo posado en la rama de un tilo. Una repentina brisa trajo consigo un fuerte aroma a magnolias que le devolvió antiguos recuerdos infantiles. Ése era su momento favorito del día, el breve intervalo entre la impersonal noche y el intrusivo día. Era el único momento en el que estar sola en la ciudad no era algo tan malo.

Por consideración hacia sus vecinos, cerró la puerta de la verja con cuidado antes de enfilarse por la calle bordeada de árboles. Al principio empezó a correr con lentitud, pero al tomar la avenida Armitage aumentó el ritmo. Sus pies saltaban ágilmente de la acera a la calzada mientras pasaba por delante de adormilados edificios de apartamentos, tiendas a oscuras y caras tintorerías. La intersección de la calle Clark estaba desierta, de modo que cruzó en dirección a la luz y se dirigió al parque. Sentía las piernas excepcionalmente fuertes y bajó la mirada para admirar los músculos de sus muslos en plena acción. Contempló satisfecha cómo se expandían y se contraían como pistones bien engrasados bajo sus pantalones cortos de nailon. Apenas parecía posible que tan sólo un año antes esos mismos músculos tonificados y vigorosos colgaran de sus huesos como globos desinflados.

Kelly rodeó el zoo, todavía cerrado, y al llegar al sendero señalizado que recorría toda la extensión del parque lo enfiló en dirección norte. Con paso firme, avanzó sin esfuerzo a lo largo de la laguna, en la que algunos miembros del club de remo del parque Lincoln estaban echando sus botes de fondo plano en el agua. Luego pasó por debajo del maltrecho puente de la avenida Fullerton, que estaba repleto de esperanzados pescadores mexicanos, y dejó atrás el puerto Diversey, con sus atracaderos repletos de barcas que acababan de volver de una estancia en dique seco. Al llegar a la altura del campo de práctica de golf, divisó a lo lejos la familiar silueta encorvada de Ralph. El anciano no paseaba precisamente a toda máquina, pero cada día recorría el

parque de punta a punta. Su ritmo sólo se veía afectado por su edad y una pierna izquierda unos centímetros más corta que la derecha. Al aproximarse al anciano, Kelly lo llamó. Él se volvió y una sonrisa a la que le faltaban algunos dientes se formó en su oscuro rostro. Luego alzó una mano artrítica y ella ralentizó el ritmo para chocársela amigablemente. Él hizo lo propio con sorprendente fuerza.

—¡Caray, Ralph, con una derecha como ésa deberías estar en el ring!

—Esos días ya quedaron atrás, jovencita —respondió con una voz ronca por la edad—. ¡Que tengas un buen día!

—¡Tú también! —contestó Kelly por encima del hombro, retomando la velocidad anterior.

Luego el anciano exclamó algo a su espalda, pero ella ya no podía oírlo y sus palabras se perdieron en el aire matutino. Un minuto después, Kelly atisbó el puerto de Belmont. Las lujosas embarcaciones se reflejaban en el agua inmóvil del lago como si de un cuadro impresionista se tratara. La visión del *Dermabrasion* flotando plácidamente en su amarre alteró sus despreocupados pensamientos. Un recuerdo que permanecía dolorosamente claro en su mente era la mañana de domingo en la que ella solita había ingerido toda una jarra de bloody mary, había caído por la borda del yate en medio del lago y había estado a punto de dejar viuda a Carol Anne Niebaum al hacer que Michael tuviera que saltar para salvarla. No era de extrañar que no hubieran vuelto a invitarla desde entonces.

Corriendo un tupido velo sobre ese recuerdo, Kelly decidió rodear el puerto deportivo y se adentró en la arboleda contigua, donde su carrera se detuvo de golpe al ver el coche de policía que bloqueaba el sendero y cuyas luces estroboscópicas teñían de azul eléctrico la pálida luz matutina. Al otro lado del vehículo habían acordonado la zona con precinto amarillo, sujetándolo a los árboles que había a cada lado del sendero. Una mujer policía de gran trasero indicaba a los corredores que dieran media vuelta, dirigiéndolos con la mano hacia la acera que había al otro lado de la arboleda.

A pesar de sus esfuerzos, un pequeño grupo se había congregado junto a la cinta amarilla y estaba mirando algo que había al otro lado. Kelly, que no era de las que pasaban de largo al ver un accidente, se unió al grupo y se acercó a la barrera para ver qué era lo que estaba causando toda esa agitación. De pie al borde de la arboleda y de espaldas a ellos había un policía alto y delgado hablando por su radio. A sus pies yacía una figura inmóvil cubierta por periódicos.

«¡Oh, Dios mío! ¿Es eso un cadáver?

»Seguramente se tratará de una pobre indigente.

»Sí, bueno, aunque nunca he visto a una mendiga con unos zapatos como éstos.»

Kelly se abrió paso entre la gente para ver mejor, y lo que vio la dejó petrificada. Sobresaliendo bajo los periódicos divisó un zapato rojo de tacón en un pie inmóvil. Recordó de golpe que la noche anterior había hecho un comentario sobre un par de zapatos parecidos: «¿Cómo diantres puedes andar con eso, Angie?».

Sin llegar a considerar siquiera las consecuencias, se agachó para pasar por debajo del precinto amarillo y corrió hacia el cadáver. El grupo de gente dejó escapar un grito ahogado al unísono cuando vio que se arrodillaba y quitaba los periódicos que lo cubrían. Los peores temores de Kelly se vieron confirmados al ver los ojos castaños de Angie sin vida en un rostro pálido como la leche. Su amiga tenía el pelo desparramado como en una fotografía de tocador cutre y la cabeza formaba el ángulo de una muñeca con el cuello roto. Una lengua gris sobresalía de sus labios, también grises, congelando una invectiva que ya nunca sería oída.

—¡No! —gritó al tiempo que una mano la agarraba y la ponía en pie con una fuerza tal que a punto estuvo de dislocarle el hombro.

—¿Qué diantres está haciendo? —exclamó furioso el policía delgado, retorciéndole el brazo. Su compañera había abandonado su puesto y estaba corriendo hacia ellos con la mano en la pistola.

—¡Suélteme! —dijo Kelly, intentando liberar su brazo—. ¡La conozco! ¡Es amiga mía!

Después de soportar una agonizante charla sobre el riesgo de contaminar la escena del crimen, la llevaron al coche patrulla. Sentada a solas en el creciente calor, intentó contener las lágrimas y se secó los ojos con su sudorosa camiseta. Al poco, el parque se llenó de coches patrulla, tantos que Kelly se preguntó si quedaba alguno por las calles. Los fotógrafos se inclinaban sobre el cadáver de Angie y los forenses rastreaban el área acordonada, recogiendo Dios sabe qué y depositándolo en bolsas de plástico. Al ver aparecer la ambulancia reprimió una irónica risa: «¡Como si alguien pudiera hacer algo por ella ahora!».

Finalmente, un par de detectives fueron a hablar con ella. Iban vestidos con ropa de calle: camisas de manga corta con las axilas sudadas y arrugados pantalones de vestir. Uno de ellos era un hombre rechoncho con el pelo canoso repeinado a base de lametones de vaca. El otro era un desmañado gigantón con la cabeza rapada y redonda como un melón. Ambos le mostraron las placas plateadas que llevaban en sus carteras baratas y se presentaron.

El tipo rechoncho era el detective Ron O'Reilly, que tenía el tono de voz de un camión recorriendo un camino de gravilla. Una «voz cazallera», como suele decirse. Unos ojos verdes dolorosamente inyectados en sangre completaban la imagen. El gigantón era Joseph Kozlowski. Sus pequeños ojos negros parecían pepitas de sandía en medio de su enorme rostro. Tenía los hombros en una posición de encorvamiento permanente y la cabeza inclinada, como si se hubiera golpeado en demasiados dinteles de puertas.

Voz Cazallera fue quien habló mientras el leviatán se cernía a su lado tomando notas en el arrugado cuaderno que había sacado de uno de los bolsillos traseros del pantalón.

—Señorita Delaney, somos de homicidios. Nos han dicho que conocía usted a la víctima —comenzó a decir O'Reilly.

*Homicidio. Víctima.* Dos dolorosas palabras que contaban una historia. Kelly asintió intentando no mirar en dirección a la ambulancia y la camilla que estaban conduciendo en su dirección.

—Sí, éramos amigas desde el instituto.

—Lamentamos su pérdida. —Su intento de sonar compasivo resultó francamente patético—. ¿El nombre de la víctima?

—Angela Lupino Wozniak. Angie para sus amigas. —Kelly vaciló, y luego añadió—: Aunque puede que últimamente sólo utilizara el apellido Lupino. Estaba divorciándose.

O'Reilly enarcó brevemente una ceja sobre un ojo inyectado en sangre.

—Ajá. ¿Y la última vez que vio a la víctima fue...?

—Anoche.

Esta vez la ceja permaneció enarcada.

—Estuvo con ella anoche... —repitió O'Reilly. Su áspera voz apenas disimuló la incredulidad.

—Eso es lo que he dicho.

—Señorita Delaney —dijo él sin molestarse en mirar al gigante en busca de su aprobación—. ¿Le importaría venir a la comisaría del área 3 con nosotros para poder hacerle unas preguntas con más calma?

—¿Acaso tengo elección? —respondió ella, perfectamente consciente de cuál era la respuesta.

La llevaron a comisaría en un Ford Crown Victoria de color beige con el aire acondicionado a temperatura glacial. La comisaría del área 3 se encontraba en un anodino edificio marrón que se extendía media manzana. El aparcamiento estaba a rebosar, lo que obligaba a muchos vehículos a aparcar en las aceras y el césped. A Kelly no se le escapó la ironía de que se desobedeciera la ley en el mismo lugar en el que se administraba. Después de encontrar milagrosamente un espacio vacío en la zona reservada a los detectives, el trío se adentró directamente en el edificio sin pasar por los detectores de metal

obligatorios para todos los demás. El vestíbulo era un mar de jóvenes rostros desesperados.

—No se aleje de nosotros —dijo Kozlowski—. Éstos no son exactamente ciudadanos modelo. Aquí es donde les leen los cargos.

Como si estuviera contándole algo que ella no supiera.

Condujeron a Kelly por una escalera y luego la hicieron entrar en una sala amplia e iluminada con fluorescentes cuyo aire acondicionado estaba a una temperatura tan o más baja que la del coche. «¿Qué problema tienen los polis? —se preguntó—. ¿Acaso tienen hielo en la sangre?» El lugar estaba repleto de escritorios metálicos orientados todos en la misma dirección, como si se tratara de una gigantesca aula. Tres cuartas partes de las mesas estaban vacías y las demás estaban todas ocupadas por hombres, la mayoría de los cuales hablaban por teléfono. Si bien no se veían demasiados ceniceros, encima de todos los escritorios había un vaso de plástico, presumiblemente con café. Kelly cruzó la sala detrás de los dos detectives y todas las cabezas se volvieron para observar a la joven de la larga coleta castaña vestida con unos pantalones cortos y camiseta de correr.

Se detuvieron junto a un escritorio repleto de papeles con una silla de plástico al lado.

—Siéntese —pidió O'Reilly.

Luego pasó por detrás de Kelly dejando tras de sí un leve aroma a alcohol. Kozlowski cogió una silla del escritorio contiguo, le dio la vuelta y se sentó a horcajadas en ella. La silla parecía de tamaño infantil bajo su corpulencia. O'Reilly abrió un cajón y metió dentro la pila de papeles. La mujer se preguntó qué más debía de guardar en ese cajón. «¿Una petaca para calmar la resaca? ¿Elixir bucal para disimular el alcohol ingerido?»

—Disculpe el desorden. Estaba poniéndome al día con el papeleo cuando he recibido la llamada sobre el asesinato de su amiga —dijo.

—¿Quiere una taza de café? —preguntó Kozlowski.

—No, gracias —respondió Kelly. Se estremeció de frío y cruzó los brazos

—. Pero un poco de calor no estaría mal.

—Lamento la temperatura. Tenemos que elegir entre calor o frío y, como es verano, hemos optado por frío. ¿Quiere una chaqueta o algo?

—No, gracias. Sobreviviré.

O'Reilly colocó las manos sobre el escritorio y extendió los dedos como si estuviera manteniendo el equilibrio. Sus gruesas manos lucían las uñas cortas de alguien que se las mordía con asiduidad. Luego se inclinó hacia ella.

—¿A qué se dedica, señorita Delaney? —preguntó en un tono más autoritario que interrogativo.

—¿Yo? —Kelly se sobresaltó.

La brusquedad del policía la había cogido desprevenida. No le gustaban demasiado los polis, y tenía motivos para ello. Ése, además, tampoco estaba haciendo nada para cambiar su parecer. Se dijo que debía tranquilizarse y mostrarse cooperativa. Eso iba sobre Angie.

—Estoy haciendo un máster en Psicología en DePaul. También trabajo como camarera para llegar a fin de mes.

—Y conocía bien a la víctima.

—Éramos amigas desde hacía más de veinte años. Nos conocimos en el Inmaculata. —Kelly explicó qué era eso antes de que él pudiera preguntárselo —: Un instituto católico para chicas en Winnetka.

—¿Y podría decirme a qué se dedicaba la víctima?

—Le agradecería que dejara de referirse a ella como «víctima». Se llamaba Angie.

—Cierto, lo siento —se disculpó O'Reilly con indiferencia—. ¿A qué se dedicaba Angie?

—Era jefa de departamento en Bloomingdale's.

—¿Desde hace mucho?

—Trece o catorce años.

—¿Y dice que estaba divorciada?

—En proceso de divorcio.

—¿Es de los complicados? —La indisciplinada ceja derecha de O'Reilly volvió a enarcarse ligeramente.

—Nunca he oído de ninguno que sea sencillo.

—Y el marido se llama...

«¡Por el amor de Dios! ¿Es que este tipo nunca pregunta nada directamente?», pensó Kelly. Esa costumbre de formular las preguntas como afirmaciones le resultaba irritante.

—¿Quiere decir que cuál es el nombre del marido? —replicó.

Él se la quedó mirando un momento antes de transigir.

—¿Podría decirme cómo se llama el marido?

—Harvey Wozniak —le correspondió ella.

A continuación, O'Reilly le preguntó qué sabía de él. Kelly le ofreció entonces un breve informe sobre el ex de Angie, un tipo nacido en la zona sur de Chicago y que trabajaba como agente de Bolsa (bastante exitoso, que ella supiera). Él y Angie habían estado casados durante diez años antes de separarse. No, no tenían hijos. Kelly no creyó necesario informarlo de los abortos naturales.

—Pasemos a anoche. Dice que estuvo usted con la víctim... —O'Reilly se corrigió—: con Angie.

—Sí. En casa de una amiga, en Kenilworth. Celebramos la despedida de soltera de otra amiga que se casa dentro de un par de semanas.

—¿Una fiesta grande?

—En realidad era más bien una cena. Sólo éramos seis. A no ser que incluya al stripper...

La mención de un stripper desconcertó a O'Reilly. No se le notó, pero Kozlowski se puso a toser exageradamente, cubriéndose la boca con la mano.

—¿Nombres?

A ella le entraron ganas de darle un puñetazo.

—Carol Anne Niebaum era la anfitriona de la fiesta. La novia era Maggie Trueheart. Suzanne Lundgren. Natasha Dietrich. Yo.

—Ha dicho seis.

La mirada que le lanzó Kelly habría detenido a un pit bull de golpe.

—Ah, claro. La última vez que vio a la víctima con vida.

—Entiendo que eso es una pregunta —dijo ella—. Sobre las diez, en el vestíbulo de la casa de Carol Anne. Natasha ya se había marchado y Angie, Maggie y Suzanne querían ir a la calle Rush. Yo preferí no acompañarlas.

Antes de que la conversación pudiera proseguir, apareció un agente uniformado que le dijo algo a O'Reilly al oído. La ceja derecha del detective volvió a enarcarse.

—¿De veras? —preguntó. Acto seguido se puso en pie y le hizo una seña a Kozlowski para que lo imitara. La silla en la que éste había estado sentado emitió un chirrido de alivio—. Usted espere aquí —le indicó a Kelly. Era una orden, no una petición.

Los dos detectives siguieron al policía uniformado fuera de la sala, dejando a la mujer congelándose en la barata silla de plástico.

El segundero rojo avanzaba en el dial blanco del reloj de la pared de enfrente. Eran casi las ocho, y Kelly debía estar en Gitane's a las nueve para preparar el *brunch*. Era imposible que llegara a tiempo, aunque tampoco quería hacerlo. Con lo que acababa de sucederle a Angie, le parecía aberrante pensar siquiera en servir tortillas de claras de huevo e interminables tazas de café. Pero el trabajo le permitía pagar sus gastos y la matrícula, y no podía permitirse perderlo. Echó un vistazo al teléfono que descansaba sobre el escritorio de O'Reilly. Nadie le había dicho que no pudiera utilizarlo. Descolgó el auricular y marcó un número.

Su jefe respondió tal y como esperaba: no le hizo la menor gracia tener que ocuparse del gentío del fin de semana con una camarera menos. «Como si yo quisiera estar helándome el culo en una comisaría. Como si hubiera planeado la muerte de mi amiga. Como si la gente encontrara el cadáver de una amiga asesinada todos los días...»

—Está bien, puedes tomarte el día libre —dijo con un resoplido—. Pero

será mejor que mañana sí vengas. No puedo arreglármelas un domingo con sólo cinco camareros.

—Allí estaré. Te lo prometo —aseguró ella.

Colgó el auricular del teléfono, aliviada por haber solucionado la cuestión del trabajo. Luego se dio cuenta con un sobresalto de que nadie había comprobado el estado de Suzanne o de Maggie. Las dos habían ido a la calle Rush con Angie. En medio de todo el caos de esa mañana, se le había pasado por alto. Con la intención de asegurarse de que se encontraban bien, descolgó de nuevo el auricular y marcó el número de Suzanne. Ésta contestó al segundo timbrazo.

—¡Ey, soy Kelly! ¿Estás sentada?

—No, en realidad estaba a punto de salir para ir a la oficina. Me has pillado por casualidad. ¿Qué sucede?

—Estoy en la comisaría del área 3.

—¿Que estás *dónde*? —La voz de Suzanne adoptó un tono reprobatorio.

—No es lo que piensas. Tengo malas noticias. Será mejor que te sientes... ¿Lo estás?

—Ahora sí —dijo Suzanne.

—Ha pasado algo terrible. Angie está muerta. —Kelly le dio la noticia lo más cuidadosamente que pudo.

—¿La has encontrado en el parque Lincoln? Pero eso es imposible. Anoche la dejé en casa alrededor de las tres.

—Bueno, está claro que no se quedó allí. Seguramente volvió a salir.

—Pero iba muy borracha.

—¿De verdad? Eso nunca ha sido un impedimento para *mí*. —Kelly levantó la mirada y vio que O'Reilly y Kozlowski volvían a entrar en la sala—. He de dejarte, Suzanne. Telefona tú a Maggie para ver cómo está, ¿de acuerdo? Volveré a llamarte en cuanto llegue a casa.

Los dos detectives llegaron junto al escritorio justo cuando colgaba el auricular. Algo en ellos había cambiado. Se los veía más tensos,

especialmente a O'Reilly. «Lo saben», pensó Kelly. O'Reilly ocupó de nuevo su anterior asiento detrás del escritorio y Kozlowski volvió a sentarse a horcajadas en la indefensa silla. O'Reilly colocó las manos sobre la mesa apoyándolas sobre los dedos de uñas mordidas y se inclinó hacia delante como *Tizzy* cuando estaba a punto de saltar.

—Entonces... ¿iban todas de coca en la fiesta anoche?

—¿Qué? —respondió ella, desprevenida por la pregunta y por el hecho de que finalmente hubiera formulado una propiamente dicha.

—No me diga que no sabía que la nariz de Angie estaba repleta de polvo blanco —afirmó mirando a Kelly de un modo que la hizo sentir como un germen bajo un microscopio—. ¿Y qué hay de la llamada que acaba de hacer? ¿Avisaba al camello?

Las preguntas que le estaba haciendo eran tan estrafalarias que la primera respuesta de Kelly fue una risa nerviosa. Luego tomó conciencia de las implicaciones y, molesta, se inclinó hacia el poli de ojos soñolientos que apeataba a alcohol.

—Yo no me meto cocaína, detective O'Reilly. Ni tampoco *bebo* —añadió, subrayando la palabra para que quedara bien clara—. He usado el teléfono para avisar a mi jefe de que no iría a trabajar. Y luego he llamado a Suzanne para comprobar cómo estaba. Ella estuvo anoche con Angie y, para su información, fue quien la llevó a casa. ¿A qué vienen esas acusaciones?

—¿A qué vienen esas acusaciones? Bueno, veamos. Anoche estaba usted con la víctima y esta mañana se topa por casualidad con su cadáver y lo manosea, probablemente destruyendo pruebas. Encima, en el pasado fue usted arrestada por posesión de narcóticos entre otras cosas. ¿Y se pregunta a qué vienen esas acusaciones? Dígamelo usted.

De modo que lo sabían. Mientras ella estaba sentada en ese iglú haciendo el pingüino, ellos habían ido a alguna sala trasera para comprobar sus antecedentes. Los cuales, con certeza, no eran precisamente intachables. Ya había estado en la comisaría del área 3 un par de veces. La primera, por

embriaguez y alteración del orden público, y la retuvieron en la cárcel del condado. Sus compañeras de celda esa noche fueron una prostituta con medias de rejilla, una mujer ataviada con un albornoz y unos rulos de espuma rosa y una veinteañera con unos pantalones vaqueros ajustados: prostitución, violencia doméstica, fraude con tarjeta de crédito. En el retrete metálico flotaban unos sándwiches de Bolonia sin comer. La soltaron al día siguiente. Su segunda visita fue por posesión. Supuestamente, ese cargo había sido retirado por uno de los clientes de su abogado. Al parecer, la mamada que le hizo no sirvió de nada.

—Eso fue en otra vida —dijo derrotada.

O'Reilly volvió a posar sus ojos verdes sobre el rostro de la joven y se echó hacia atrás en su silla como un médico tras exponer su diagnóstico.

—Bueno, por el momento hemos terminado con usted. Dele a Kozlowski la información de contacto de las otras chicas y un coche patrulla la llevará a casa.

De repente, *Tizzy* maulló y saltó a su regazo, sobresaltándola y haciendo que apartara la mirada del techo y volviera en sí. Kelly acarició a la gata distraídamente y pensó en telefonar a Suzanne, pero incluso levantarse para hacer una llamada le parecía un esfuerzo hercúleo. La cabeza le pesaba mil kilos, los párpados mil más, y sentía el cuerpo como cubierto por una cota de malla. Retiró a la gata de su regazo y estiró los músculos con las largas piernas colgando por el borde del sofá. Sólo necesitaba descansar. Se echaría una siesta de cinco minutos, no más. Mientras permanecía tumbada intentando borrar el pálido rostro de Angie de su mente, se preguntó qué habría hecho en una vida pasada para merecer el sándwich de mierda que había recibido en ésta. ¿Había sido capitán de un barco de esclavos? ¿Comandante de un campo de concentración?

Fuera lo que fuese, debía de haber sido atroz.

## Cuatro

Me incorporé al tráfico de la autopista Edens. Mis pensamientos oscilaban entre la indiscreción que había cometido —todo un eufemismo para referirme a ello— y el horror que sentía por la muerte de Angie. El peso conjunto de ambas cosas resultaba abrumador. Recordé que en clase de historia norteamericana habían mencionado el hecho de que Teddy Roosevelt había perdido el mismo día tanto a su madre como a su esposa y que eso me había parecido más de lo que una persona podía soportar. Y, si bien comparar mi dilema con el de Teddy resultaba algo forzado, en ese momento yo estaba implosionando bajo un doble revés que me parecía exactamente idéntico: la pérdida de una buena amiga y la posible pérdida de un futuro marido.

Mi mente se retrotrajo a la noche anterior, al momento en el que me encontraba en casa de Carol Anne, sentada junto a la piscina y bebiendo vino sin mesura mientras las chicas me hacían los típicos regalos de una despedida de soltera: ropa interior comestible, un árbol de goma hecho de condones, un collar ensartado de penes en miniatura, libros obscenos... Estaba hojeando mi nuevo ejemplar del *Kamasutra* cuando llegó el stripper: un adonis rubio llamado Tony que iba vestido como un policía. Lo primero que hizo fue esposarme a una tumbona. Lo segundo, poner a todo volumen *You Can Leave Your Hat on*, de Joe Cocker, en su radiocasete portátil. Luego procedió a deshacerse del uniforme pieza a pieza mientras nosotras chillábamos como unas adolescentes que hubieran descubierto a un mirón en la ventana. Incluso Natasha, que normalmente parecía tener un palo de fregona ensartado en el culo, se unió al jolgorio. Y es que, después de todo, una tendría que estar muerta o ser idiota para no apreciar un cuerpo como el de Tony y la perfección

del tejido contráctil de su estómago, los suaves montículos de sus bíceps, sus marcados tríceps o sus anchos hombros.

Flynn también tenía una buena figura. Era alto y delgado, con una complexión ideal para deportes de club de campo, y su cuerpo suave y relativamente lampiño me resultaba bastante atractivo. Pero esa criatura rubia y desgreñada que daba vueltas delante de mí jugaba en otra liga completamente distinta. Se trataba de un hombre primitivo en el mejor sentido de la palabra, y en mis sueños se balanceaba de árbol en árbol en la jungla, conmigo envuelta en sus brazos cual víctima voluntaria.

La música terminó justo cuando Tony se quedó con la última pieza de ropa, un tanga de color fucsia que apenas podía contener un bulto del tamaño del puño de un jugador de fútbol americano.

—¿Qué decís, chicas? ¿Me lo quito? —dijo el stripper en tono provocador.

Mientras Natasha se tapaba los ojos con las manos y Angie gritaba para que nos enseñara su arma, Tony se deshizo de ese último resto de tela y dejó a la vista un miembro que habría hecho llorar de envidia a Sonny Corleone. Hubo un momento de boquiabierto asombro tras el cual las seis nos pusimos a chillar tan alto que fue un milagro que nadie llamara a la policía de verdad.

Más tarde, después de haber sido liberada de mis ataduras y de que Tony ya se hubiera marchado (tras recibir una generosa propina), ayudé a Carol Anne a llevar los vasos de vuelta a la cocina. Tenía el pelo oscuro mojado a causa de la humedad que conseguía entrar en su gran y vieja casa a pesar del aire acondicionado, y algunos tirabuzones le caían por la cara.

—¿Qué te ha parecido el entretenimiento, Maggie? —dijo con un centelleo pícaro en sus ojos de color azul pervinca mientras contenía una sonrisa.

—Ésta me la pagarás, Carol Anne. —Tomé otro sorbo de vino y consulté la hora en mi reloj. No eran ni las diez—. ¡Vaya! Me temo que estamos haciéndonos mayores. Desde luego, esta fiesta no es como la tuya.

—No, no mucho —convino mi mejor amiga—. Pero eso fue hace un millón de años.

En realidad, sólo hacía algo más de diez, pero ciertamente parecía que hubiera pasado una eternidad. Para celebrar la despedida de soltera de Carol Anne, reservamos la suite de un hotel del centro y muchas de nosotras ni siquiera llegamos a dormir. Nos ventilamos varias cajas de cerveza y perfumamos los pasillos con el acre aroma de la marihuana para disgusto de los guardias de seguridad, que se sentían demasiado intimidados como para echar a un grupo de guapas veinteañeras a la calle a las cuatro de la madrugada. Ahora, esa época parecía estar a años luz, y la libertad y la espontaneidad de los días posteriores a la universidad habían sido sustituidas por carreras profesionales o maridos impacientes e hijos (o ambas cosas).

Fuimos al vestíbulo, donde Kelly y Suzanne se encontraban hablando bajo la resplandeciente lámpara de araña. Angela se había ausentado en uno de sus numerosos viajes al cuarto de baño. Y Natasha, por su parte, ya tenía un pie en el umbral. Ataviada con la ropa de marca y las caras joyas que cabría esperar en la esposa de un rico agente de Bolsa, ella era el eslabón débil de nuestro grupo. La amiga que una tolera, o más bien el juanete que una soporta porque no quiere pasar por el dolor de su extirpación. Tanto su madre como la mía habían pertenecido a la hermandad Tri Delta de la Universidad Northwestern, y ésa era la razón por la que nos habíamos hecho amigas. El tiempo había cimentado su posición.

—He de volver a casa para relevar a mi maridito del cuidado de los niños —dijo Natasha a modo de excusa para largarse.

«¿De verdad ha dicho “maridito”?», me pregunté. Acercó entonces su boca a mi oreja y, tras cubrísela con la mano izquierda —repleta de diamantes— para garantizar el secretismo de su confidencia, susurró:

—Nos vemos el próximo sábado. —Se refería a la fiesta prenupcial en mi honor que iba a celebrar en su casa de Lake Forest, algo de lo que había intentado librarme sin éxito, ya que no me apetecía demasiado. Luego se despidió de las demás y recorrió el camino de entrada hasta su Mercedes.

Yo me volví y descubrí la razón de su secretismo. Angie había regresado

del cuarto de baño y estaba de pie a mi lado con un cigarrillo recién encendido en la mano. Se daba por sentado que Angela no sería invitada a la fiesta. Ambas se llevaban como el perro y el gato desde que Angie se había repasado al novio de Natasha en los remotos días del último año de universidad. Con los años, habían llegado a una incómoda tregua y sólo se toleraban porque ninguna de las dos quería dejar el grupo.

—Tiene prisa por regresar junto al señor Dietrich, seguro —dijo Angie en tono cáustico—. Aunque se me escapa por qué nadie querría darse prisa para ver a un *in-culo* como Arthur Dietrich. Me da igual el dinero que gane.

—Querrás decir inculto —la corregí.

—No, quiero decir *in-culo*. Es uno de los mayores capullos que he conocido nunca —repuso con una malévola pero simpática sonrisa que dejaba a la vista unos relucientes dientes cuyo blanco contrastaba con sus rasgos mediterráneos. Percibí celos.

Ella le dio otra calada al cigarrillo y exhaló una larga bocanada de humo. Angie había estado fumando casi compulsivamente desde que había llegado, a pesar de las quejas de las que lo habíamos dejado. También había estado consumiendo alcohol a un ritmo desmedido. Contuve la repentina necesidad de cogerle el cigarrillo y darle una calada para saborear el insano humo acre y sentir el subidón de la nicotina penetrando en mis pulmones. El deseo no había desaparecido del todo desde que lo dejé al poco de terminar la universidad. También me había sentido tentada de acompañarla en una de sus muchas incursiones al cuarto de baño, donde sospechaba que descubriría la razón de su nervioso comportamiento. Mi corazonada era que estaba tomando cocaína, sustancia que ocasionalmente yo había tomado en la universidad y otro vicio más que ya sólo era un tenue recuerdo.

Una húmeda brisa sopló por la entrada abierta y me invadió una oleada de melancolía, en parte inspirada por los días ya pasados, pero también por la enormidad del paso que iba a dar. La despedida de soltera era el último adiós a mi juventud y a mis años más salvajes, y no quería que ese rito de paso

terminara. No había ninguna razón para regresar temprano a casa. Flynn estaba en Nueva York con sus colegas de Dartmouth, celebrando su propia despedida de soltero, y yo me moría de ganas de desmadrarme una última vez. Como si estuviéramos en sintonía, Angie verbalizó mis pensamientos.

—¡Ey, chicas, no sé vosotras, pero yo no quiero irme todavía a casa! Vayamos a la calle Rush y corrámonos una juerga.

—¡Vamos! ¡Es mi última noche de juerga! —exclamé en un tono de voz amplificado por el vino.

—Yo no voy —dijo Kelly forzando una débil sonrisa. Su pecoso rostro había adoptado una expresión suave pero decidida. Parecía haber cierta tristeza contenida detrás de sus transparentes ojos azules—. Mañana por la mañana he de servir mesas. Necesito la mano firme. —Y luego añadió lo que todas esperábamos—: Además, todavía me cuesta estar en bares. Pasáoslo bien. Me voy a casa.

Observamos cómo recorría el camino de entrada vestida con sus gastados pantalones vaqueros y una camiseta y subía a un maltrecho Honda con un faro sujeto con cinta de embalar. El motor del coche no arrancó hasta el segundo intento. Un minuto después, sus luces traseras se alejaron en medio de la noche.

—Espero que llegue a casa de una pieza —dijo Carol Anne con preocupación—. Esa cosa no debería poder circular por carretera.

—Desde luego. Espero que se haya confesado últimamente —añadió Angie. Luego se volvió hacia Carol Anne como un abogado que presentara sus alegatos finales—. ¿Qué hay de ti, mamá? ¿Podemos arrastrar tu lamentable culo fuera de la urbanización esta noche? Si quieres, puedes quedarte a dormir en casa.

Ella negó con la cabeza enfáticamente, agitando sus oscuros rizos.

—Lo siento, chicas. Michael me ha prometido terminar pronto su partida de cartas y vamos a aprovechar que los niños están en casa de su madre. Hace mucho que no estamos solos.

—¡Caray! ¿Después de tanto tiempo todavía seguís dándole al tema? Eso casi es suficiente para renovar mi fe en la institución del matrimonio —soltó Angie, y bajando el tono añadió—: *Casi*. —A continuación atacó a su última víctima, Suzanne—. Entonces supongo que sólo quedamos tú, Maggie y yo.

—Bueno, no lo sé. Mañana he de ir a la oficina —dijo Suzanne vacilante.

Pero a Angie eso no le valió, y fue a por ella como un miembro de una fraternidad universitaria atacando una caja de Heineken.

—Vete a la mierda. Apenas te hemos visto desde que empezaste en ese trabajo. Vas a venir con nosotras. La resaca no te impedirá contar dinero.

La mirada de Suzanne pasó de Angie a mí al tiempo que consideraba sus opciones. Éramos sus amigas más antiguas y queridas. Amigas que le habían sostenido la cabeza sobre el retrete cuando había bebido demasiado. Amigas que se habían sentado con ella cuando lloraba la pérdida de un novio. Amigas que habían estado a su lado después de la muerte de su hermano.

Como si pudiera leer la mente de Suzanne, Angie añadió:

—La amistad conlleva obligaciones.

—De acuerdo, me apunto —accedió al fin ella sin mucho entusiasmo—. Pero antes necesito hacer una llamada.

—Puedes usar el teléfono que hay en el despacho de Michael —indicó Carol Anne.

—Debe de tratarse de algo del curro, porque todas sus amigas están aquí —dijo Angie con ironía, saliendo al porche delantero para apagar su cigarrillo.

Suzanne desapareció por el pasillo. El entallado traje de chaqueta negro que llevaba realzaba su figura alta y delgada. Regresó al cabo de unos pocos minutos.

—Ya está —dijo.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Angie.

—Tenía que cambiar una cosa del trabajo.

—Te lo he dicho —dijo Angie volviéndose hacia mí.

Después de un último intento de que Carol Anne se uniera a nosotras, Suzanne, Angie y yo salimos de su hermosa mansión con sus contraventanas, sus enrejados y sus vides trepadoras. Carol Anne pareció quedarse observándonos desde la entrada, pero tuve la sensación de que estaba mirando más allá de nosotras. Se despidió una última vez con la mano y cerró tras de sí la recia puerta de madera.

De pie en el camino de entrada, el cielo nocturno resultaba abrumador: millones y millones de puntitos de luz que se extendían en todas direcciones. Se me había olvidado hasta qué punto se veían más claras las estrellas en las urbanizaciones residenciales, y me sobrevino una sensación de pequeñez, de insignificancia ante su vastedad. Su belleza casi quedaba eclipsada por la luna baja, llena y enorme, un orbe dorado que parecía estar casi al alcance de la mano. Las tres nos quedamos un momento de pie como si estuviéramos en trance, escuchando los sonidos de los pequeños animales del bosque y disfrutando de la fragancia de las cosas recién brotadas; sonidos y olores raros en la ciudad de asfalto. La saturación sensorial me transportó de vuelta a las sofocantes noches de verano de mis años de adolescencia, pasados al amparo protector de una urbanización residencial; una época sin ataduras y con todo el futuro por delante.

—Bueno, pongámonos en marcha —dijo Angie, devolviéndonos abruptamente de vuelta a este mundo. El hechizo se había roto—. Maggie, tú iras conmigo. Suzanne ya se ha puesto al día contigo cuando habéis venido juntas.

Levanté la mirada hacia Suzanne en busca de su aprobación. Yo era de las que bailaban con la persona que la había llevado al baile y no quería dejarla plantada después de que hubiera ido a recogerme al trabajo. A ella, en cambio, no parecía importarle hacer sola el camino de vuelta.

—Me parece bien. He de dejar el coche en casa de todos modos.

—¡De acuerdo! —dije en un tono más alto del que pretendía, como si el volumen fuera a asegurarle a Suzanne que luego se uniría a nosotras—.

Quedamos en The Overhang, ¿de acuerdo? No desertarás, ¿verdad?

—Nos vemos en The Overhang —respondió sin convicción.

Luego subió a su BMW y, un minuto después, el suave ronroneo del motor alemán se desvaneció en el silencio de la noche. Angie sacó las llaves de su coche de su desordenado bolso, salimos del camino de entrada y dimos media vuelta en la calle. Años atrás no teníamos tanto cuidado con la bebida y la conducción, pero esa noche incluso yo cuestioné la decisión de permitir que Angie se pusiera al volante.

—¿Estás segura de que estás en condiciones de conducir?

—¡Claro que sí! La mayoría de los accidentes de carretera relacionados con el alcohol se deben a gente que se queda dormida conduciendo, y yo estoy completamente despierta —dijo, y luego, como intentando tranquilizarme, metió la mano en el bolsillo de sus pantalones y sacó un pequeño frasquito de cristal—. ¿Te apetece un tiro?

Mis sospechas se vieron confirmadas. Iba de coca. Iba a rechazar su oferta cuando unos rescoldos de rebeldía volvieron a refulgir en mi interior. Por una última vez, quería actuar fuera de la conformidad cotidiana que gobernaba mi vida. Cogí el frasquito, llené una pequeña cucharita de polvo blanco y lo esnifé.

—¡Uf! Hacía mucho tiempo que no me metía nada —dije, inmediatamente alerta y capaz de grandes cosas—. A Flynn no le van mucho las drogas.

—Yo sólo lo hago en ocasiones especiales —dijo ella con los ojos puestos en la carretera mientras se incorporaba a la autopista. Me dio la impresión de que, últimamente, para Angie la mayoría de los días eran una ocasión especial—. Bueno, ¿qué te ha parecido la fiesta?

—Ha estado bien ver a todo el mundo, claro, pero me gustaría que Natasha hablara de algo más que de niños y bebés. Ya sabes: sacaleches, enseñar a tu hijo a usar el inodoro... Ya basta.

—Sí. Pero me he reído con lo de que ese cretino de Arthur se desmayó en la sala de partos. Harvey siempre juró que él nunca pondría un pie en uno.

—¿Era aprensivo?

—Para nada, pero siempre dijo que la última cosa que quería ver era una pequeña calva saliendo de su lugar favorito.

—Un comentario digno de Harvey —repuse—. ¿Cómo están las cosas entre vosotros, por cierto? ¿Habéis vuelto a hablar?

—No desde que encontró otro lugar favorito —dijo con aire taciturno al tiempo que pisaba a fondo el acelerador.

El club nocturno The Overhang estaba hasta los topes. Las noches de los viernes en la calle Rush siempre eran una locura. Después de terminarnos los últimos restos de la coca de Angie en el aparcamiento que había a unas manzanas, ambas nos sentíamos preparadas para el desafío. Nos abrimos paso en el interior del club y nos hicimos con los asientos en la barra que una pareja acababa de dejar libres. Pasamos del vino al vodka y saboreamos el frío alcohol saturando nuestras gargantas ya congeladas.

La clientela era principalmente joven: recientes incorporaciones a la edad mínima legal para consumir alcohol. Las mujeres iban cuidadosamente vestidas para que pareciera que no le habían dado muchas vueltas a su atuendo, y predominaban las capas de camisetas o tops a lo Madonna que tiempo atrás habrían sido considerados ropa interior. Los hombres, por su parte, llevaban vaqueros o pantalones anchos con el cinturón apretado y camisas amplias abotonadas hasta el cuello. Destacaban los currantes que seguían en el bar desde la hora feliz: los hombres enfundados en sus trajes formales y las mujeres que lucían el traje femenino típico de la época: falda y chaqueta a juego y lazos de grogrén en los cuellos de las blusas. A mí nunca me había ido mucho la moda y me sentí algo vulgar con unos sencillos pantalones beige y una blusa de seda. Me habría gustado llevar algo más excitante para variar. Angie destacaba con sus zapatos rojos de tacón, unos pantalones ajustadísimos y un pañuelo Gucci que colgaba sobre su escotada blusa.

Estaba sonando *She Drives Me Crazy*, de Fine Young Cannibals, y la danza de apareamiento estaba en pleno fervor: hombres y mujeres observándose con ojo crítico mientras posponían todo pensamiento sobre sexo seguro para más adelante. De momento, la vida carecía de problemas y el único peligro inminente era conseguir una pareja viable para pasar la noche.

Angie me llamó la atención con un pequeño codazo y señaló con un movimiento de cabeza a una pareja de hombres que había al otro lado de la sala. Ambos hacía tiempo que habían llegado a la mediana edad, llevaban el pelo oscuro peinado hacia atrás, lucían largas patillas y vestían unas cazadoras negras Members Only. Llevaban asimismo los botones superiores de las camisas abiertos, dejando a la vista sus peludos pechos y unas pesadas cadenas de oro que colgaban de sus cuellos.

—Mira, un par de extras de *Fiebre del sábado noche* —bromeó Angie. Los tipos nos pillaron mirándolos y, tomándoselo como una invitación, comenzaron a abrirse paso hacia nosotras—. Oh, mierda —dijo mi amiga bajando la mirada a su bebida—. No los mires, a ver si pasan de largo.

—Me temo que no —repuse con una risita al ver que venían directamente hacia nosotras—. ¿Qué pasa? ¿No quieres conocer a un par de tus hermanos del alma?

—Lo digo en serio, Maggie. No los animes. Si vienen, nunca conseguiremos librarnos de ellos. Conozco a los de su calaña. Machos italianos procedentes de las urbanizaciones residenciales de la zona oeste que creen impresionarte porque conocen a Jimmy *el Pichabrava* o Louis *el Matarratas*. Me dan escalofríos.

—Ya es demasiado tarde —dije al tiempo que los dos hombres llegaban a nuestro lado.

—Perdonad, chicas. ¿Os importa que os molestemos un momento para pedir unas copas en la barra? —preguntó el más alto de los dos con un profundo acento nasal de Chicago.

Angie lo ignoró y yo me encogí de hombros como diciendo «Es un país

libre». Él se inclinó hacia delante y extendió el brazo hacia el camarero, dejando a la vista un Rolex de oro. Su acompañante centró su atención en mí.

—No hemos podido evitar veros sentadas aquí. Me alegro de encontrar a alguien en este garito que dejó los pañales hace más de un par de años. — Angie soltó un sonoro quejido ante el cutre cumplido. El tipo hablaba con las manos en estéreo, señalándose primero a sí mismo, luego a su amigo y luego otra vez a sí mismo. Un brazalete de oro decoraba su muñeca junto a su propio Rolex y lucía un anillo en el dedo meñique—. Yo soy Sal, y éste es Joey. ¿Vosotras cómo os llamáis?

Lamentablemente, mi madre me enseñó a no ser nunca maleducada, obligándome a contestar.

—Yo soy Maggie —saludé, procurando hacer caso omiso de la mirada de odio de Angie.

—La madre que te parió —dijo ella en voz baja—. Ahora ya no podremos librarnos de ellos.

Claramente ajeno a la hostilidad de Angie, Sal volvió a preguntarle el nombre.

—Isabel Sánchez —se inventó ella.

—Isabel. Qué nombre más inusual.

—También para ella —dije yo, incapaz de resistirme. Angie volvió a fulminarme con la mirada.

Joey pidió un par de copas y le pasó una a Sal, que la cogió con la mano que llevaba cargada de oro.

—¿A alguna de vosotras dos le gustaría ir a bailar? ¿Isabel?

—No, gracias —respondió ella—. Tengo como política no bailar con nadie que lleve más joyas que yo.

El trago de vodka que salió disparado por mis fosas nasales al oír eso habría resultado doloroso si hubiera sido capaz de notar la nariz. Ambos hombres optaron por ignorar el sarcasmo de Angie. Probablemente, estaban acostumbrados a comentarios pasivo-agresivos de rechazo. Siguieron

charlando hasta que, cansada yo también de su presencia, me sentí aliviada cuando Angie dijo:

—Mirad, chicos, mi amiga va a casarse dentro de un par de semanas y queremos estar solas, así que hacednos un favor y largaos de una puta vez.

Así era Angie. No era de las que se mordían la lengua. Ni tampoco de las que se preocupaban por la corrección de sus palabras.

El rostro de Sal enrojeció tanto que temí lo que pudiera salir de su boca. Antes de que lograra decir nada, sin embargo, una joven rubia ataviada con un vestido de cuero negro apareció de la nada y se abrió paso hasta llegar a nuestro lado.

—¡Bueno, bueno...! ¿A quién tenemos aquí? —dijo Sal a su amigo con los ojos clavados en el generoso escote de la recién llegada. Las anchas caderas de ésta tiraban del vestido por encima de sus rodillas, dejando a la vista unos carnosos muslos. La joven llevaba el pelo rubio cortado a capas perfectamente colocadas en su lugar por lo que debía de haber sido al menos un bote entero de laca—. ¿Te apetece bailar, guapa? —preguntó Sal.

—¿No estoy interrumpiendo nada? —preguntó ella, señalándonos a nosotras con un movimiento de la cabeza.

—Para nada —contestó él por nosotras—. Estas dos son unas carrozas y quieren estar solas. Están celebrando una boda inminente.

La chica se nos quedó mirando a Angie y a mí como si fuéramos un par de reliquias de la Edad Media y luego le dedicó una amplia sonrisa a Sal.

—Vamos a bailar —dijo, y ambos se perdieron en medio de la muchedumbre que abarrotaba la pista de baile.

—¡Menudo pibón! —exclamó Joey, como si nosotras tuviéramos algún interés en su opinión sobre la chica o, ya puestos, sobre cualquier otra cuestión.

—Sí —asintió Angie—. Muy elegante.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que lleva un bonito vestido. El único problema es que le va un

par de tallas pequeño.

—¿Sabes qué, guapa? Creo que no me gusta tu sentido del humor. Y creo que no me gustas tú. Hay una palabra para definirte que empieza por «p», pero soy un caballero y no la utilizaré. Y déjame decirte algo más. El padre de esa jovencita podría comprar y vender sin problemas un pedazo de mierda como tú, de modo que desde luego ella no necesita tu aprobación.

El tipo se terminó su bebida y dejó el vaso de un golpe sobre la barra. Luego dio media vuelta y se marchó. Al hacerlo, estuvo a punto de chocar con Suzanne, que se encontraba detrás de nosotras. Su expresión de desconcierto me indicó que llevaba rato contemplando al personal de la sala.

—Por eso no me gustan los bares —dijo acercándose a nosotras—. ¿Quiénes eran esos dos hombres horribles?

—Un par de tipos interesados en comprar una propiedad en la zona de Gold Coast —respondió Angie—. Les he recomendado tu edificio.

Estar en un bar con Suzanne era algo inusual. Su actitud respecto al éxito económico dejaba escaso espacio para dilapidar el tiempo, un rasgo del que había hecho gala desde, al menos, la época del instituto. Desde muy jovencita se había marcado unos objetivos muy ambiciosos, y su ambición le había dejado muy poco tiempo para actividades lúdicas. Ahora bien, si las posesiones eran la medida del éxito, ella sin duda lo había obtenido. Esa noche, por ejemplo, iba enfundada en ropa de marca y lucía pendientes de diamantes y un reloj Cartier. Calculé que había unos veinte mil dólares sentados en el taburete contiguo al mío. Además, conducía un BMW y era propietaria de un imponente ático. Y sólo Dios sabía cuántos abrigos de piel tenía. Lo impresionante de Suzanne, sin embargo, no era lo que poseía, sino que todo lo había conseguido ella sola. A pesar de contar todas con una carrera profesional, la mayoría de nosotras no ganábamos lo suficiente para permitirnos sus lujos. La única mujer que conocíamos con semejante nivel adquisitivo lo había obtenido mediante el matrimonio.

Ya libres de toda distracción, nos concentramos en nuestras bebidas y nos limitamos a comportarnos como tres viejas amigas que habían salido de marcha por el centro. Suzanne no era una adicta al trabajo, Angie no estaba en medio de un desagradable divorcio y yo no sentía el estrés de planear la idea que mi madre tenía de una boda perfecta. Pedimos otra ronda de copas y luego otra y la charla fluyó como el alcohol. Me quejé de mi trabajo en la revista *Chicagoan* mientras Angie se quejaba del suyo en Bloomingdale's. Suzanne, por su parte, permaneció en silencio respecto a cuestiones laborales. Luego Angie se quejó de su falta de vida sexual y yo me sinceré respecto a la mía.

—Flynn y yo hicimos un pacto. Fue idea suya. Nada de sexo durante el mes previo a nuestra boda. Quiere que la noche de bodas sea especial. —Di un sorbo a mi bebida y me oí a mí misma confesar lo siguiente—: A decir verdad, no lo echo mucho de menos. Nuestra vida sexual tampoco es tan excitante.

—Pero ¿qué...? —Angie abrió los ojos como platos—. ¿Ya hablas así y todavía no te has casado? La única cosa buena que puedo decir de Harvey es que nuestra vida sexual era increíble. Era el tío más caliente del planeta. La cosa llegó al extremo de que si no me apetecía era mejor que me cambiara en el cuarto de baño, porque en cuanto estaba desnuda ya lo tenía encima. Hasta que... —Su voz se fue apagando y luego añadió—: Al final puede que fuera un infierno, pero desde luego durante un tiempo estuvo genial.

Tres jóvenes ejecutivos que llevaban las corbatas atadas alrededor de sus cabezas a modo de indios urbanos nos invitaron a una ronda de chupitos. Algo llamado *woo-woo*, una mezcla de vodka, licor de melocotón y zumo de arándanos. Eran dulces y entraban con extraordinaria facilidad. Llamé al camarero.

—Tres *woo-woos* más. Y otros tres para los tipos que nos han invitado.

—Esos tipos ya se han marchado —me dijo mientras nos servía los chupitos.

Miré a mi alrededor y comprobé que, efectivamente, los tres hombres de las corbatas habían desaparecido. Dos de los taburetes en los que habían

estado sentados habían sido ocupados por una pareja, y el tercero por un tipo que parecía estar fuera de lugar en ese bar. Iba vestido con una camisa de trabajo de color azul y, al bajar la mirada a su cerveza, sus oscuros rizos acariciaron la montura metálica de sus gafas.

—Entonces envía un *woo-woo* al hippie ese. Parece que lo necesita.

El camarero regresó y me dijo que el tipo de la camisa de trabajo me daba las gracias pero que no quería. Como yo ya iba algo alegre, cogí tres dólares y se los di al camarero.

—Está bien, entonces dale esto y dile que lo invito a la siguiente cerveza.

Brindamos y nos tomamos los *woo-woos*. Cuando eché un vistazo en dirección al tipo de la camisa de trabajo, vi que su taburete estaba vacío.

—Parece que ha cogido el dinero y se ha largado —me reí.

Un momento después, sin embargo, mis tres billetes de un dólar aparecieron en la barra junto a mi vaso de chupito vacío. De inmediato me di la vuelta y vi que el beneficiario de mi generosidad estaba a mi lado. No parecía muy contento.

—Creo que esos billetes te pertenecen —dijo señalando el dinero con un movimiento de la cabeza.

—¡Ey! ¿Dónde está tu sentido del humor? —repliqué—. Era una broma. No querías una bebida, de modo que te he enviado el dinero. ¿Lo pillas? No es ninguna afrenta a tu masculinidad si eso es lo que te preocupa.

La tensión en su mandíbula se relajó y el amago de sonrisa que apareció en sus labios hizo que se le marcaran unos hoyuelos en las mejillas.

—Lo siento, no soy de por aquí. Supongo que no he pillado tu humor urbano.

Debería haberle puesto punto final en ese momento, haber cogido mis tres pavos y haberme despedido de él. Sé que debería haberlo hecho. Debería. Debería. Debería. Pero en vez de eso opté por coquetear y le pregunté sin excesiva convicción:

—¿Ah, sí? ¿De dónde eres?

—New Hampshire.

—¿New Hampshire? Creo que nunca había conocido a nadie de New Hampshire. ¿Qué te trae a Chicago?

—Soy carpintero. He venido por un trabajo.

—Ah, un carpintero. —Eso explicaba la camisa de trabajo—. Tampoco conozco a muchos carpinteros. ¿Cómo te llamas?

—Steven Kaufman.

—Maggie Trueheart —extendí la mano y él me la estrechó con la suya, una fuerte mano de trabajador manual—. ¿Kaufman? ¿No es eso judío?

—Sí —respondió a la defensiva—. ¿Tiene eso algo de malo?

—Para nada. Es sólo que no creo haber conocido nunca a un carpintero judío. Pensaba que todos los judíos eran médicos, abogados y banqueros.

—¿Eres cristiana? —preguntó él.

—Católica —admití.

—Si no estoy equivocado, un carpintero judío fue quien fundó tu religión.

—¡*Touché*, señor Kaufman! —Y con un atrevimiento debido a la ingesta de alcohol añadí—: Y, dígame, ¿los carpinteros de New Hampshire bailan?

Él se encogió de hombros y yo lo cogí de la mano y lo arrastré hasta la pista de baile, dejando a Angie y a Suzanne solas en la barra. En ese momento estaba sonando *Love Shack*, de The B-52's, y yo ejecuté mi mejor imitación de alguien que sabía bailar. En cuanto al carpintero, se movía torpemente, balanceando los brazos de un lado a otro de sus anchos hombros como si no estuviera seguro de qué otra cosa hacer con ellos. A *Love Shack* le siguió *Private Dancer*, de Tina Turner, y me acordé de Tony, el stripper, y de sus provocadores movimientos: «*I'm your private dancer. A dancer for money*». El vodka y los *woo-woos* se me habían subido a la cabeza, por no mencionar que algún residuo de cocaína seguía fluyendo por mi sistema. Cerré los ojos y comencé a imitar a Tony, haciendo rotar las caderas y el torso en un movimiento circular. Extendí los brazos por encima de la cabeza y empecé a mover mi cuerpo provocativamente al palpitante ritmo de la música. Me sentía

la mujer más sexy del mundo. «*I'm your private dancer. A dancer for money. I'll do what you want me to do.*»<sup>1</sup>

La canción terminó y, al abrir los ojos, me sorprendí al ver que delante de mí se encontraba el carpintero en vez de Tony. Así de pasada estaba. Él estaba mirándome con estupefacción.

—Menuda forma de bailar —comentó.

El siguiente tema había comenzado cuando noté que alguien me tiraba del brazo. Me volví y vi a Suzanne en medio de la pista, esforzándose por mantener el equilibrio entre la gente que bailaba.

—Creo que ha llegado el momento de llevar a Angie a casa —exclamó por encima del estrépito al tiempo que señalaba a su espalda. Angie estaba en un taburete con la cara descansando sobre la barra—. ¿Estás lista?

¿Qué quería decir con eso? ¿De verdad esperaba que me marchara en ese momento? ¿Cuando estaba pasándomelo tan bien? Era mi última noche como soltera y quería disfrutarla al máximo. Miré al carpintero, que se esforzaba cuanto podía por seguir el ritmo de la música. Era un inocente artesano de Nueva Inglaterra. Nada tendría de malo otro baile. O dos.

—Pensaba que ésta era una noche de chicas —dije alzando la voz.

—Vamos, Maggie, larguémonos.

—Marchaos vosotras. Yo me quedo.

—¿Lo dices en serio?

—No. No pasa nada. Ya sabe que me voy a casar —dije obstinadamente al tiempo que agitaba la mano en la que llevaba el anillo de prometida frente a la cara del carpintero—. Estaré bien.

Ella se me quedó mirando severamente y negó con la cabeza.

—¡Es tu fiesta! —gritó—. No puedo hacer de canguro de todo el mundo.

Le dije adiós sin emitir sonido alguno pero moviendo los labios exageradamente para que me entendiera y volví a centrar mi atención en la pista de baile. Cuando miré de nuevo hacia la barra, Angie y Suzanne ya se habían ido.

## Cinco

### Suzanne

Suzanne se hallaba de pie delante del ventanal de su ático, contemplando el lago Michigan y observando cómo los triángulos blancos de los barcos de vela danzaban elegantemente alrededor del azul cobalto de su superficie. No dejaba de darle vueltas y más vueltas a la llamada de Kelly: «Ha pasado algo terrible. Angie está muerta». Su mirada se desplazó a la orilla y se posó sobre el parque Lincoln, tan exuberante y verde en medio de los edificios grises que lo bordeaban. Se estremeció ante la idea del cadáver de Angie tirado entre los árboles, tan frío como el mismo hormigón. Se sentía embargada por una tristeza que sólo quien hubiera sufrido una pérdida permanente podía llegar a comprender. Su hermano había muerto a los veintiún años. Ahora acababa de hacerlo su mejor amiga a los treinta y tres.

Se recordó a sí misma sentada en el taxi, viendo cómo Angie se alejaba por la acera haciendo eses. O su trémula mano al despedirse a la puerta del vehículo. ¿Qué había sucedido después de eso? ¿Había alguien esperándola dentro de casa? Pensó en lo que le había dicho Kelly de que estar borracha nunca le había supuesto un impedimento para volver a salir. ¿Era eso lo que había pasado? ¿Había vuelto a salir Angie sola de madrugada? ¿Habrían sido distintas las cosas ahora si ella la hubiera acompañado a casa y la hubiera metido en la cama? Desgraciadamente, ya eran casi las tres de la madrugada y estaba tan cansada que sus únicos pensamientos en ese momento eran llegar a casa y meterse en su propia cama.

Ya demasiado tarde, lamentó haber ido la noche anterior a la calle Rush con las chicas. Ni siquiera le gustaban los bares. Eran demasiado ruidosos,

solían estar abarrotados y, al hablar, la gente siempre escupía saliva en su cara ropa. Y eso sin tener en cuenta lo infantiles que se volvían los hombres tras unas pocas copas. Pero Angie había insistido. Y su amiga nunca aceptaba un no por respuesta. Ir en su contra cuando se había propuesto algo era hacerlo contra una fuerza de la naturaleza. Ojalá se hubiera negado. Ojalá. Así, ese día sólo estaría sufriendo la muerte de Angie como un mero tercero agraviado, en vez de sentirse de algún modo culpable. O, peor todavía, tal vez la muerte no habría llegado a suceder.

Como su plan de pasar la mañana en la oficina se había visto desbaratado, Suzanne cogió un trapo para mantenerse ocupada mientras esperaba que Kelly volviera a llamarla con más detalles. Deambular por el amplio apartamento quitándoles el polvo a muebles que la asistenta había dejado impolutos el día anterior hizo que se sintiera tan vacía como una calabaza ahuecada. Los rayos del sol se filtraban en el salón por el este e iluminaban el jarrón veneciano que decoraba la mesita de centro, haciendo que emitiera caleidoscópicos destellos rojos, azules y naranjas. A pesar de la tristeza que sentía, se detuvo un momento para admirar el fenómeno, llena de orgullo por poseer dicho objeto. El jarrón era una auténtica belleza. Lo había comprado en un breve viaje a Venecia y representaba mucho más que los miles de liras que le había costado. Le traía duros y claros recuerdos del día en el que su seguridad financiera había estado a punto de irse al garete. Le servía de recordatorio de lo frágil que podía ser un estilo de vida.

Un timbrado del teléfono hizo que saliera corriendo hacia la cocina. Convencida de que oiría la voz de Kelly, se sorprendió cuando el conserje del edificio le anunció que había dos detectives del departamento de policía de Chicago en el vestíbulo que querían hablar con ella. Suzanne le dijo al hombre que los hiciera subir y esperó en el vestíbulo con un ojo puesto en la mirilla. Un minuto después, las puertas del ascensor se abrieron y dos caricaturescas figuras salieron del mismo, una rechoncha y la otra enorme. Suzanne abrió antes de que tuvieran tiempo de llamar al timbre.

Cuando O'Reilly y Kozlowski vieron a la joven en el umbral de la puerta de su casa —alta, delgada y rubia, vestida con unos pantalones vaqueros ajustados y una impoluta blusa blanca—, reaccionaron del mismo modo que la mayoría de los hombres cuando la veían por primera vez: irguieron la espalda y metieron barriga.

—Señorita Lundgren, lamentamos aparecer sin avisar. Kelly Delaney nos ha dado su nombre —explicó O'Reilly sin apenas poder respirar por el esfuerzo que hacía disimulando la panza.

Ambos detectives metieron las manos en los bolsillos para sacar la cartera.

—No es necesario —dijo Suzanne, indicándoles con un movimiento de la mano que volvieran a guardar la placa—. Sé quiénes son y por qué están aquí.

—Sabe quiénes se *supone* que somos. No deje entrar nunca a un desconocido a su apartamento sin verificar antes quién es. Nosotros dos bien podríamos ser asesinos armados con hachas.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez que una amiga aparezca muerta —dijo ella adustamente.

Acto seguido, los hizo pasar al salón. O'Reilly dejó escapar un tenue silbido al ver el espacio. Calculó que allí podrían caber fácilmente tres mesas de billar. Los pulidos suelos de madera estaban cubiertos por alfombras orientales y las paredes estaban decoradas con arte moderno que no le decía demasiado, pero que sin duda debía de ser caro. Aunque no sabía mucho de esas cosas, no hacía falta que nadie le dijera que todo lo que estaba viendo estaba más allá de las posibilidades del sueldo de un policía.

—Bonito apartamento.

—Gracias. Me siento muy orgullosa de él.

Suzanne los hizo sentar en un par de sillones beige y ella hizo lo propio en un sofá color melocotón que había enfrente y colocó las manos sobre el regazo.

—Ese jarrón es precioso —comentó Kozlowski con los ojos puestos en el jarrón veneciano.

—Es cristal de Murano. Lo compré en Venecia.

—Venecia. Me encantaría visitarla antes de morir.

—Debería hacerlo. Es muy especial —repuso ella.

—Lamentamos lo de su amiga —dijo O'Reilly, dedicándole una fulminante mirada a su compañero para que pusiera fin a la cháchara—. ¿Hacía mucho que la conocía?

—Más de veinte años. —Las lágrimas acudieron a los ojos de Suzanne y ella se los secó con un pañuelo de lino. El modo en el que O'Reilly la observaba la incomodaba, si bien no tenía forma de saber que el policía estaba comparándola mentalmente con Kelly, a la que había encontrado tan arisca como a Suzanne refinada.

—Según nuestras informaciones, estuvo usted anoche en una fiesta con Angela y luego se marchó con ella y con... —Maldita sea. La diosa que tenía enfrente lo había puesto tan nervioso que se le había olvidado el nombre de la novia.

Kozlowski acudió en su ayuda.

—Maggie Trueheart.

—Así es.

—¿Y qué hicieron después?

—Fuimos a un club de la calle Rush llamado The Overhang. Fue idea de Angie. Yo las acompañé a mi pesar.

—¿A su pesar? ¿Por qué dice eso?

—No me gustan demasiado los locales nocturnos. Sólo fui porque Angie insistió.

Él se acarició la barbilla con los dedos y se inclinó hacia delante.

—Hábleme un poco de lo que pasó en ese club.

—Bueno, Maggie y Angie estuvieron un rato en él antes de que yo llegara. Primero fui a dejar el coche a casa. Veamos... Abreviando, consumimos mucho alcohol, incluidos algunos chupitos. He de confesar que bebí más de lo que

suelo, pero tampoco demasiado, pues esta mañana pretendía ir a trabajar. Cuando Angie apenas se tenía en pie, la llevé a su casa.

—¿Y cómo fueron a su casa?

—En taxi. Literalmente, tuve que meterla dentro. Fuimos directo a su casa, en el barrio de Old Town, e hice que el taxi esperara frente al edificio hasta que Angie hubo entrado en él. —La compostura de Suzanne empezó a venirse abajo. No pudo impedir que sus labios comenzaran a temblar. Se llevó el pañuelo a la boca—. Vi cómo se metía dentro.

O'Reilly le preguntó por la fiesta y por Harvey, y ella les contó básicamente lo mismo que Kelly les había dicho antes. Parecían estar a punto de dar por terminada la visita cuando Kozlowski preguntó:

—¿Y la novia no se marchó del club con ustedes?

—No. Estaba bailando y quería quedarse, de modo que Angie y yo nos fuimos solas. —Suzanne pensó en echar un último vistazo a la pista de baile antes de arrastrar a Angie fuera del bar. Esperaba no haber cometido un error dejando a Maggie. Como le había dicho a ella, no podía hacerles de canguro a todas. Ya resultaba suficientemente duro ser la de Angie.

Acompañó a los detectives a la puerta y esperó mientras llamaban el ascensor con medio cuerpo en el apartamento y el otro medio en el pasillo. Finalmente, no fue capaz de seguir conteniendo su aprensión y sus labios pronunciaron una pregunta:

—¿Creen que alguien estaba esperándola en casa?

—¿Quiere la verdad? —preguntó O'Reilly.

Ella asintió.

—No. Ya hemos echado un vistazo en su casa. No hay ninguna señal de que hubieran entrado por la fuerza ni de que hubiera violencia. Lo más seguro es que decidiera volver a salir sola. Lo he visto un millón de veces.

—Cuando estén seguros, ¿me lo dirán? Necesito saber si la dejé en manos de su asesino.

—Lo haremos —aseguró Kozlowski en un tono tranquilizador.

Las puertas del ascensor se cerraron a la espalda de los detectives y ella volvió a meterse en su apartamento y se quedó de pie en medio del salón sin hacer nada. Deseó tener noticias de Vince para poder contarle lo que había sucedido. Recordó el tono de decepción en su voz cuando la noche anterior lo llamó desde casa de Carol Anne para decirle que iba a salir con Maggie y con Angie. Suzanne no entendía por qué le había molestado tanto. Era él quien estaba casado.

Finalmente, cogió el trapo y siguió quitando el polvo.

## Seis

### Kelly

El intermitente sueño de Kelly estuvo plagado de pesadillas protagonizadas por Angie. Estaban en clase de biología diseccionando una rana, pero el cuello del anfibio estaba roto y su cabeza colgaba a un lado. Angie se reía, pero Kelly no podía comprender dónde estaba la gracia. Por alguna razón, el laboratorio se encontraba en casa de Carol Anne y, de repente, Angie se ponía a bailar con sus zapatos de tacón. A continuación, se encontraban en el apartamento de Kelly, donde Angie se cernía sobre ella sin dejar de proferir obscenidades. Kelly intentaba entonces esconderse a gatas detrás del sofá del estampado de flores, pero su amiga la seguía sin dejar de insultarla.

—¿Por qué estás tan enfadada, Angie? —le preguntaba Kelly en tono suplicante.

—¿Por qué? ¿Por qué? —gritaba el fantasma abriendo con ira sus vidriosos ojos—. Porque deberías haber sido tú, no yo. Por eso. Deberías haber sido tú.

Kelly se despertó de su siesta cubierta de sudor. Se había dormido y volvería a llegar tarde al trabajo. La echarían. Se lo habían advertido. Corrió hacia el armario y cogió su uniforme, pero entonces recordó que su trabajo no estaba en peligro. Había llamado antes a Gitane's para explicar por qué no podría ir hoy. Últimamente no era la persona más responsable del mundo.

Fue al rincón en el que se encontraba la cocina y, tras servirse un vaso de agua, se lo bebió con sonoros tragos. Tenía la maloliente ropa de correr pegada a la piel. Incapaz de posponer la ducha por más tiempo, fue al cuarto de baño, abrió el grifo del agua y dejó la ropa en el suelo. Luego entró en la ducha y permaneció bajo el implacable chorro deseando que todo el mundo se

esfumara por el desagüe junto con el sudor, el jabón y el agua. Recordó la pesadilla que acababa de tener con una intensidad que le provocó un escalofrío. El rostro de Angie cerniéndose sobre ella, pálido y acusatorio: «Deberías haber sido tú, no yo. Deberías haber sido tú».

Angie tenía razón. Debería haber sido ella.

Tal vez la vida de Kelly habría sido distinta si su madre no hubiera enfermado. Fue un bebé tardío: sus dos hermanos ya iban al instituto cuando ella nació. Y habían terminado la universidad y estaban empezando a formar sus propias familias cuando su madre fue diagnosticada de cáncer de colon en estadio IV. Para entonces, ella tenía diez años. Su padre, un exitoso abogado de patentes, viajaba con frecuencia por trabajo, de modo que la joven solía quedarse cuidando de su madre durante días. Kelly se pasó la adolescencia viendo cómo sufría el dolor de la radiación y la quimioterapia, y oyendo sus desconsolados sollozos por las noches después de sufrir la indignidad de una colostomía. A pesar del funesto diagnóstico, su madre aguantó muchos más años de los que nadie habría imaginado y, tal y como deseaba más que nada en el mundo, llegó a ver cómo su hija se convertía en una mujer.

Kelly se encontraba en su tercer año de instituto cuando el cáncer se metastatizó a los órganos vitales y quedó claro que la batalla estaba llegando a su fin. La chica siguió haciéndose cargo de su madre y durante los últimos años de vida de ésta se apresuró a llegar a casa después de las clases para estar con ella, alimentarla cuando ya no quería comer o cambiarle la bolsa de la colostomía cuando ya no podía hacerlo por sí misma. Su padre se ofreció a contratar a una enfermera, pero Kelly se negó. La intimidad que madre e hija compartían en la vida llegaría hasta el mismísimo final.

Su madre murió el día de Nochebuena. Al principio, Kelly sintió cierto alivio por que su sufrimiento hubiera terminado, pero eso apenas consiguió mitigar el dolor. La persona a la que más amaba en el mundo se había ido para siempre. En el funeral, rodeada de su padre y sus dos hermanos con sus

respectivas esposas e hijos, se sintió como si estuviera entre desconocidos. Sólo ella sabía realmente lo mucho que su madre había sufrido. Le habían extirpado una parte de su ser y ya nunca volvería a sentirse completa.

Para su disgusto, apenas un año después, su padre volvió a casarse. Lo hizo con su secretaria, una mujer de origen chino llamada Clara. A Kelly la traumatizó no tanto la presencia de esa desconocida en casa como el hecho de que su padre hubiera podido olvidarse de su madre con semejante facilidad. Para empeorar las cosas, Clara tan sólo era diez años mayor que ella, y aborrecía la presencia de su hijastra en su vida tanto como ella la de su madrastra. Aunque permanecieron en la hermosa casa de estilo georgiano en la que Kelly había sido criada, Clara se apresuró a marcar su nuevo territorio, cambiando los muebles antiguos de su madre por otros modernos, y reemplazando la vajilla de la familia con otra comprada en unos grandes almacenes. Kelly odiaba tanto a su madrastra que procuraba estar en casa lo menos posible, dividiendo su tiempo en las de sus amigas. Su refugio favorito era la casa de Angie, donde las ruidosas y acaloradas discusiones que tenían lugar durante las comidas eran el polo opuesto a la falsa cordialidad que reinaba en la suya propia. El padre de Kelly estaba encantado con su joven y sana esposa, una mujer que hacía todo lo posible para borrar cualquier rastro de la anterior, cosa que consiguió todavía más cuando se quedó embarazada.

Kelly se moría de ganas de graduarse. Ni siquiera le importó que su padre no acudiera a la ceremonia porque Clara estuviera en el hospital dando a luz a su hermanastra. Graduarse suponía ir a la universidad, y ésta era el pasaje para dejar una casa con recuerdos oscuros y un bebé que lloraba toda la noche. Se matriculó en los cursos de verano de la Universidad de Illinois, en Champaign, y se marchó de casa dos semanas después de graduarse del instituto. Se volcó en los estudios ignorando el persistente dolor por la muerte de su madre, una herida abierta que no parecía sanar. Rara vez hablaba con nadie sobre ello, ni siquiera con sus mejores amigas, como si no tuviera importancia. Pero sí la tenía, y era algo que estaba destrozándola por dentro.

Nada más graduarse como profesora —un semestre antes de tiempo—, regresó a Chicago. Dado que su trabajo como docente no iba a comenzar hasta el siguiente septiembre y no quería volver a casa de su padre —donde Clara la hacía sentir tan bienvenida como a una exesposa—, alquiló un apartamento en la zona de Old Town y cogió un trabajo temporal como camarera en un bar de la calle Rush llamado Oliver's.

Al menos se suponía que iba a ser temporal. Servir copas le encantó desde la primera noche. Había estado tan inmersa en los estudios durante la universidad que había desatendido su vida social. Ahora se pasaba el tiempo en un lugar que estaba lleno de gente y era ruidoso y excitante, por no mencionar que estaba lleno de hombres atractivos que parecían sentirse atraídos por ella. El beneficio añadido era que se ganaba muy bien la vida. En su primera semana, ganó tanto en propinas como lo que ganaría mensualmente como profesora a partir de septiembre.

También descubrió otra cosa en Oliver's: una comunidad de la que se sentía parte. Alienada de su padre por su nueva esposa y la hija de ambos, y con sus hermanos ocupados con sus propias esposas y sus hijos, sus compañeros se convirtieron en la familia que no tenía. Los empleados de Oliver's formaban un grupo unido de porteros, camareras y bármanes que hacían horarios de vampiro. Eran los currantes del otro tramo de nueve a cinco del reloj.

Como la jornada laboral de éstos terminaba cuando el resto del mundo estaba comenzando la suya, solía haber frecuentes fiestas *after hours* que duraban hasta mucho después de que el sol hubiera salido. Fue en una de esas fiestas que un colega le pasó un billete de cien dólares enrollado y un espejo con una raya de polvo blanco. Kelly sabía lo que era la cocaína y había visto que circulaba por la facultad, pero nunca la había probado. Se suponía que era una droga para ricos, sin efectos secundarios, de modo que decidió probarla. Esnifó la raya y, en cuanto la droga alcanzó su sistema nervioso, sintió un

bienestar que no había experimentado desde que su madre todavía estaba sana. Acababa de conocer a un nuevo mejor amigo.

Las fiestas ocasionales dieron paso a las regulares y entró en un ciclo que consistía en beber y esnifar después de trabajar, llegar a casa después del mediodía y dormir hasta que llegaba la hora de volver al trabajo. Para cuando llegó septiembre, había perdido todo interés en la docencia. Comenzó su nuevo trabajo, pero siguió bebiendo y tomando cocaína, de modo que la despidieron después de tres semanas llegando tarde o llamando para decir que estaba enferma. No le importó lo más mínimo. Volvió a servir copas en Oliver's y retomó el decadente estilo de vida que la acompañaba.

Siguió con ese ritmo durante diez años. Como todavía era joven y tenía capacidad de recuperación, su cuerpo sobrevivió a los abusos a los que estaba siendo sometido. Durante esa época, Kelly tuvo varias relaciones fugaces, pero las drogas y el alcohol siempre entorpecían cualquier posibilidad de compromiso. Ahora bien, no suponían ningún obstáculo para la actividad sexual: tuvo más rollos de una noche de los que podía contar. O recordar. Las lagunas eran habituales. Llegó incluso a quedarse embarazada, pero la naturaleza se encargó de ello y sufrió un aborto antes de tener que decidir qué hacía al respecto.

Su empleo en Oliver's llegó a su fin cuando el bar fue adquirido por una cadena nacional con reglas estrictas y la echaron por beber en horas de trabajo. Eso no supuso un gran problema, pues en sus años trabajando en la calle Rush había hecho suficientes contactos para que no le costara nada encontrar otro empleo. Lo hizo en un antro llamado Finnegan's, a la vuelta de la esquina de Oliver's. El propietario era un irlandés que tenía sus propios problemas de drogas y al que no le importaba que ella bebiera mientras trabajaba. De hecho, solía sentarse a la barra para beber con ella. Esto llegó hasta el punto de que a veces apenas era capaz de mantenerse de pie al final de su turno. La coca la ayudaba a aguantar pero, al mismo tiempo, eso consumía

una parte tan grande de sus ingresos que a veces tenía dificultades para pagar el alquiler.

Kelly casi no veía a su padre o a sus hermanos, y apenas conocía a su hermanastra. En cuanto a sus viejas amigas, siempre que quedaban para almorzar o cenar, ella invariablemente cancelaba en el último minuto o no aparecía. Hasta que, una vez, al no presentarse a un almuerzo con Angie y Carol Anne cuya fecha habían pospuesto en tres ocasiones, éstas decidieron ir a buscarla. Después de llamar repetidamente al interfono sin éxito, entraron en su edificio aprovechando que salía un vecino, subieron hasta el tercer piso y estuvieron llamando a la puerta hasta que al fin se abrió ligeramente. Lo que vieron estuvo a punto de provocarles una conmoción. Kelly llevaba el pelo sucio y despeinado y tenía la cara tan hinchada que sus pómulos casi habían desaparecido y sus ojos de color azul cielo parecían haberse hundido en el cráneo. Estaba hecha un completo desastre.

Kelly intentó que no entraran en su apartamento, pero Angie empujó la puerta y la hizo a un lado. Descubrió entonces que las condiciones en las que vivía eran todavía peores que el aspecto de su rostro. El fregadero de la cocina estaba repleto de platos de plástico y cartones de comida para llevar, todo un banquete para las cucarachas que correteaban por encima. Las baldosas del suelo tenían manchas de suciedad y restos de bebidas derramadas. Un cubo de basura de plástico estaba hasta los topes de botellas de vodka. Por todas partes había pilas de ropa sucia y a través de la puerta abierta del dormitorio se veían las sábanas grises de la cama sin hacer. La alfombra no había visto una aspiradora en meses (o en años). Sobre la mesita de centro había un espejito cubierto de polvo blanco.

El desconcierto que sintió Carol Anne fue tal que no supo qué decir, pero Angie no se mordió la lengua.

—Por el amor de Dios, Kelly, ¿qué es toda esta mierda? —exclamó disgustada—. Esto es asqueroso. No quiero ni imaginar lo que debe de estar

creciendo en tu cuarto de baño. ¿Qué te pasa? Vives como un animal. No, pido perdón a los animales. Tú vives peor.

Kelly parpadeó varias veces, intentando espabilarse. Sólo Dios sabía a qué hora debía de haberse acostado.

—Sé que está todo un poco desordenado. He estado trabajando mucho. Iba a limpiar esta tarde —dijo arrastrando las palabras.

—¿Limpiar? ¿Con qué? ¿Una manguera? ¿Un soplete? —insistió Angie—. Es una suerte que no vinieras a comer. Nos habrían echado del restaurante por violar la normativa de sanidad. Joder, Kelly, tienes treinta y un putos años y tienes un aspecto de mierda. ¿Es que quieres morir? ¿Qué diantres te pasa?

Carol Anne, mucho más diplomática que Angie, intentó razonar con ella.

—Kelly, somos tus amigas y nos preocupamos por ti. Esto no está bien. Necesitas ayuda. Queremos ayudarte.

A través del velo de drogas y alcohol, Kelly oyó lo que estaban diciéndole y no le gustó lo más mínimo. Comenzó a despotricar. Ellas no lo entendían, no podían entenderlo. No habían crecido con una madre enferma en una casa oscura que olía a enfermedad e irradiaba dolor. Sus madres habían estado sanas y enteras. Y su padre no se había olvidado de ellas por una mujer que prácticamente tenía su edad y un bebé que no dejaba de llorar. ¿Cómo podía comprender su dolor nadie cuyos padres lo hubieran apoyado y querido? Ella se había buscado la vida por sí misma y hacía lo que le daba la gana. No le había pedido nada a nadie, ni nadie iba a decirle lo que debía hacer. Kelly se dirigió a sus amigas como si fueran unas intrusas ataviadas con batas blancas que hubieran ido para llevársela a un futuro acolchado.

—¡Marchaos! —masculló entornando los ojos con expresión resentida—. ¡Largaos de mi apartamento!

Carol Anne volvió a intentar razonar con ella.

—¿No ves que estamos preocupadas por ti, Kelly? Queremos...

Angie la interrumpió de golpe:

—Déjalo estar. No pierdas el tiempo. No hay nada que hacer. No

ganaremos esta discusión.

Cogió a Carol Anne por el brazo y salieron del apartamento.

Kelly permaneció extrañamente desafiante en medio de la porquería, como una reina en su castillo de basura.

—¡Iros a la mierda y pudríos! —exclamó, y cerró la puerta de golpe en sus narices.

Seis meses más tarde, finalmente se vio obligada a entrar en razón. Había terminado pronto de trabajar y quería pillar algo de coca. La presión policial había dejado sin provisiones a sus distribuidores habituales de la calle Rush, de modo que cogió un taxi y se dirigió a un bar gay de Boystown llamado The Zone cuyo camarero solía vender papelinas. Su mierda estaba muy cortada y era un auténtico timo, pero estaba desesperada.

The Zone estaba lleno hasta los topes de hombres guapos, ninguno de los cuales se molestó en echarle un vistazo cuando entró. Kelly se sentó en un taburete de la barra y Lyle, un tipo que de tan delgado parecía anoréxico, la saludó con un movimiento de la cabeza.

—¿Qué quieres tomar, cariño? —le preguntó acercándose a ella con un posavasos en la mano.

—¡Hola, Lyle! Me preguntaba si te queda alguna entrada para el cine...

El camarero dejó el posavasos en la barra y negó con la cabeza.

—Lo siento, no tengo nada. Mi surtidor está seco. La cosa aquí anda tan jodida como en la calle Rush.

—Mierda —dijo Kelly, preguntándose dónde narices podía encontrar algo. Necesitaba un tiro.

Recordó que en Wrigleyville había un tipo al que le había pillado alguna vez. Quizá le quedara algo. Se tomó de golpe el chupito de Jägermeister y se dirigió hacia la puerta. Se encontraba en la avenida Lincoln buscando un taxi cuando un musculoso hombre negro salió de The Zone y se acercó a ella.

—No he podido evitar darme cuenta de que andabas buscando algo ahí

dentro, y tengo la sensación de que no se trataba de una cita. Tal vez puedo ayudarte. —Sacó un pequeño frasquito de cristal del bolsillo interior de su cazadora de cuero y lo sostuvo frente al rostro de Kelly—. De lo mejorcito que hay en las calles.

—Lo único que hay en las calles —dijo ella cautelosamente mirándolo a él y luego el frasquito—. ¿Puedo probarla?

—Claro que sí, pero no aquí. Sígueme.

El tipo dobló una esquina y la condujo a un callejón donde había un Cadillac negro aparcado frente a una señal en la que se podía leer: SE AVISA A LA GRÚA.

—Me llamo Lemont —dijo él, abriéndole la puerta para que entrara—. Vamos dentro y te dejaré probarla.

Kelly sabía que no era muy inteligente subir al coche de un desconocido, pero las ganas que tenía de meterse algo anulaban todo instinto de supervivencia. Entró en el coche y se pegó a la puerta del acompañante para dejar tanta distancia entre ellos como fuera posible. Lemont metió una pequeña cucharita en el pequeño frasco y acercó un montículo de polvo blanco al agujero derecho de la nariz de Kelly. Ella lo esnifó más rápido que un oso hormiguero. Una agradable sensación recorrió su sistema.

—¡Uau, es buena! —exclamó—. ¿Cuánto?

Lemont no respondió y, tras meter la mano debajo del asiento, sacó una botella de Jack Daniel's, le quitó el tapón y se la ofreció. Kelly le dio un trago. Él le ofreció otro tiro y luego ella le dio otro trago más al Jack Daniel's. Estaba comenzando a sentirse realmente bien, relajada y bajo control. Otro tiro y otro trago.

—Sí, definitivamente pillaré un par de gramos —dijo metiendo las manos en el bolso para coger el dinero.

Eso era lo último que recordaba.

Cuando volvió a abrir los ojos ya era completamente de día. Estaba desnuda sobre un colchón sin sábanas en una habitación con unos

desconchones tan grandes que porciones de los montantes de la pared eran visibles. Lemont dormía a su lado. Su desnudez dejaba a la vista sus oscuros músculos. Una cucaracha correteaba por la pared en dirección al techo.

Kelly se incorporó lentamente y no pudo evitar una mueca ante el dolor que sentía entre las piernas. Sabía bien cuál era la razón pero, si tenía en cuenta la situación en su conjunto, en ese momento eso no era lo más importante. Salir de allí sí lo era. Su ropa estaba apilada en un rincón de la estancia, pero no veía el bolso por ningún lugar. «Genial.» En él llevaba las llaves y el dinero. No tenía ni idea de dónde se encontraba ni de cómo iba a regresar a casa.

Con cuidado de no despertar al tipo que dormía a su lado, descendió a gatas del colchón y se vistió sin hacer ruido. Justo cuando iba a salir, la puerta se abrió de golpe. Una mujer vestida con una camiseta de los Chicago Bulls y unos pantalones elásticos de color negro entró en la habitación con una pistola en la temblorosa mano derecha. Sus ojos vidriosos le indicaron a Kelly que iba colocadísima. Cuando la mujer la vio, apuntó su arma directamente hacia ella.

—¿Cómo te atreves a follarte a mi hombre, zorra? —gritó.

Un hombre que para entonces ya se había despertado del todo y permanecía incorporado en el colchón completamente inmóvil.

—Cálmate, Felicia —le ordenó.

—¿Que me calme? ¿Que me calme? —La mujer volvió la pistola hacia él y apuntó entre sus piernas. Él se cubrió con una de sus grandes manos.

—Eso no te servirá de nada —gritó ella, acercándosele—. El balazo te reventará la mano además de esa polla infiel.

Al ver que Felicia centraba toda su atención en su pareja, Kelly aprovechó para salir corriendo de la habitación y huir por el pasillo. Tras dejar atrás a un par de tipos que estaban esnifando en el salón, salió del apartamento. A través de la rejilla que había a un lado del pasillo abierto, pudo ver que se encontraba en un edificio de alguna de las zonas de viviendas sociales de Chicago. Y, peor todavía, se encontraba en el piso más alto. Consciente de que

no hacía falta que probara si funcionaba el ascensor, apretó a correr por el pasillo con las paredes cubiertas de grafitis en dirección a la escalera y la bajó tan rápido como sus temblorosas piernas le permitieron. El olor a orina resultaba abrumador.

Cuando estaba llegando al primer piso, se topó con dos pandilleros que le cortaban el paso en medio de la escalera. Ambos vestían pantalones vaqueros caídos y camisetas y, si bien sus imberbes mejillas delataban su juventud, sus oscuros ojos eran los de una persona mayor. Ella intentó rodearlos, pero uno de ellos la agarró del brazo.

—¡Eh, guapa! ¡No puedes bajar gratis! ¡Hay un peaje! —Kelly intentó desembarazarse del chaval, pero éste la tenía fuertemente agarrada—. ¿Es que estás sorda? ¡Hay un peaje! Si no tienes dinero, tendremos que cobrárnoslo de otra forma...

Antes de que Kelly pudiera siquiera intentar escapar, el chaval la empujó contra la pared. Ella forcejeó para liberarse, pero él era demasiado fuerte. Pegó su boca a la de ella e intentó abrírsele con la lengua. El aliento del chico, una mezcla de tabaco, alcohol y dientes sin lavar, le provocó una arcada. El otro adolescente se colocó a su lado y, un momento después, ambos la estaban sosteniendo en el aire por pies y manos. Kelly no dejaba de forcejear para liberar sus extremidades cautivas, pero la juventud y la fuerza de los chicos hacían que sus esfuerzos fueran en vano. En ese momento, dos pandilleros más aparecieron de la nada y se la quedaron mirando como si fuera una mercancía poco común.

—Vamos a disfrutar de un buen culo blanco —oyó Kelly que decía uno de ellos al tiempo que le metía una mano por debajo de la camiseta y le arrancaba el sujetador.

—Tienes ganas de fiesta, ¿a que sí, guapa? —dijo el otro. Y los cuatro rompieron a reír.

Al oír sus desagradables carcajadas, tanto la vejiga como los intestinos de Kelly amenazaron con relajarse. Se preguntó entonces si dejar escapar sus

fluidos impediría que la violaran. Tenía la boca tan seca que no podía gritar, aunque también era consciente de que hacerlo tampoco serviría de mucho.

«Oh, no, Dios mío. Por favor, Dios mío, no dejes que esto pase —rezó para sus adentros mientras los pandilleros comenzaban a llevar su cuerpo a los pisos superiores—. Por favor. Por favor...» Si conseguía salir viva de ésa, cambiaría. Dejaría de beber. Dejaría de tomar drogas. Y llamaría a su padre. «Lo que sea. Por favor, Dios mío.»

De repente, Kelly notó una ráfaga de aire junto al oído y, un instante después, el ruido de un disparo reverberó en la escalera. Levantó de golpe la cabeza y vio a la mujer drogada del apartamento de pie en el rellano superior. Sostenía la pistola con ambas manos y estaba apuntándola directamente a la cara.

—¡Dejadla, niños! ¡Es mía!

—¡La madre que la parió! ¡Está pirada! —Los pandilleros soltaron a Kelly y salieron corriendo.

Acto seguido, ella comenzó a caer por la escalera, rodando y golpeándose repetidamente la cabeza con los escalones. Otra bala rebotó a su lado. El silbido de la primera todavía reverberaba en sus oídos. Finalmente llegó a la planta baja, donde se abrió el labio al golpeárselo con el suelo. Sin perder un segundo, salió a gatas por la puerta abierta y se encontró en una zona común sin hierba y repleta de hojas de periódicos viejos y envoltorios de comida rápida. Se puso de pie y apretó a correr tan deprisa como le permitió su maltrecho cuerpo y sus tambaleantes piernas. No se detuvo hasta que vio un coche de policía en una calle lateral.

Los agentes fueron lo suficientemente amables para fingir que se creían la historia que les contó acerca de que se había equivocado de parada de metro y que de algún modo había terminado en medio de las viviendas sociales Robert Taylor. La llevaron a un barrio más seguro y uno de ellos incluso le dio dinero para que pudiera regresar a casa.

Ese día, Kelly dejó el trabajo y acudió a su primera reunión de Alcohólicos

Anónimos. Luego pasó por el refugio de animales y adoptó a la gata. Cuando llegó a casa, su primera llamada fue a Angie para pedirle perdón.

Kelly cerró el grifo de la ducha y se quedó mirando cómo el agua terminaba de desaparecer por el desagüe. Luego se puso su maltrecho albornoz y regresó a la otra habitación, cogió el auricular del teléfono y, sin dejar de gotear en el suelo, se quedó un momento sosteniéndolo mientras el dedo índice de la otra mano permanecía inmóvil sobre el dial. Esa llamada no sería a Angie, sino sobre ella. Lo más probable era que para entonces ya estuviera en la morgue, con una etiqueta numerada sujeta del dedo gordo de un pie, y que sus padres estuvieran a la espera de llevar a cabo la desagradable tarea de identificarla. El padre le diría a su esposa que esperara en el pasillo, pero la madre insistiría en ver el cadáver de su única hija. Luego la señora Lupino estaría a punto de desmayarse mientras el señor Lupino la sostendría en sus temblorosos brazos.

Kelly pensó en lo cerca que había estado ella de hacer que su propio padre pasara por la misma situación y sintió una agridulce punzada al imaginarlo inclinándose sobre su carne fría y con una lágrima cayendo sobre el cristal de sus gafas de montura de pasta. A continuación visualizó a su madrastra dándole unas palmaditas en la espalda y toda dulzura desapareció.

«Deja de regodearte en tu propia miseria —se dijo—. Hay más para compartir.» Dos horas después de dejar la comisaría de policía, llamó finalmente a Suzanne.

## Siete

### Suzanne

Suzanne no ocultó su descontento por el hecho de que Kelly hubiera tardado tanto en volver a llamarla.

—Llegas un poco tarde. Tus amigos acaban de marcharse.

—¿Mis amigos? ¿Qué amigos?

—Los detectives asignados al caso de Angie. O'Reilly y Kozlowski.

—¿Te refieres a Mutt y a Jeff? <sup>1</sup> No llames «amigos míos» a esos dos capullos —replicó Kelly, estremeciéndose de nuevo al recordar el congelador en el que había pasado la mayor parte de la mañana—. ¿Qué querían?

—Querían saber cosas sobre Angie —respondió Suzanne. Su enfado fue disminuyendo ante la gravedad del tema en cuestión—. Sobre nosotras y lo que hicimos anoche. Sobre mí y el hecho de que acompañara a Angie a casa. Me han dicho que tomó cocaína —añadió.

Hubo un silencio antes de que Kelly volviera a hablar.

—Debería haberlo imaginado por cómo estaba actuando anoche.

—Todas deberíamos haberlo imaginado, Kelly.

Siguieron hablando sobre Angie y las circunstancias y lo horrible que era todo hasta que la conversación se topó con un muro de futilidad. Sin nada más que añadir ni nada más que hacer, colgaron y ambas se quedaron lidiando con la muerte de Angie en su propio universo. Tras colgar el auricular del teléfono de la cocina, Suzanne se quedó mirando por la ventana los veleros y las lanchas motoras que surcaban el lago y volvió a sentir el vacío de la pérdida con toda su intensidad.

Conoció a Angela en el primer año de instituto, cuando la coincidencia

alfabética hizo que las sentaran una al lado de la otra en el aula esa mañana y luego todas las mañanas durante los siguientes cuatro años. Lundgren. Lupino. ¿Cómo podía una sentarse junto a una persona durante tanto tiempo y no hacerse amiga de ella? A pesar de la absoluta disparidad de sus personalidades e intereses, esa amistad nacida en el instituto se mantuvo inquebrantable durante la universidad y después de ésta. Suzanne llegó incluso a ser dama de honor de Angie. Aun así, en los años que siguieron a la boda de ésta fueron separándose poco a poco, hasta que llegó el momento en el que dejaron de hablar a diario y de compartir secretos. Podría pensarse que se debió al matrimonio de Angie, pero en realidad el mayor impedimento para su amistad era el compromiso de Suzanne: ésta estaba casada con su trabajo.

Suzanne era incapaz de recordar una época en la que no hubiera querido ser rica. Encontrar ese camino a la riqueza había sido la fuerza impulsora de su vida. De pequeña, lamentaba que su familia fuera modesta en comparación con todas las demás de Winnetka, donde ser pobre quería decir no pertenecer al club de campo adecuado. O, por debajo de eso, no pertenecer a ningún club de campo, que era la situación de la familia de Suzanne. Sus padres eran unos inmigrantes suecos propietarios de una tienda de juguetes situada en Green Bay Road, entre tiendas de vestidos de alta costura y de ropa de cama en las que unas sábanas costaban tanto como un coche de segunda mano. Secretamente, Suzanne envidiaba a las chicas de su edad que recibían la paga semanal de unos padres que eran abogados, directores de una compañía o empresarios industriales de tercera generación. Ella tenía que trabajar para conseguir dinero. Se pasaba horas detrás del mostrador de Skanda, la tienda familiar, para poder comprarse el tipo de ropa que sus amigas adquirían con las tarjetas de crédito de sus padres.

Las ambiciones de Suzanne hicieron que se tomara más en serio los estudios que ninguna de sus amigas. En el segundo año de instituto ya estaba dando clases de nivel universitario y siempre se esforzaba un poco más de lo

necesario para asegurarse el sobresaliente. Sus notas se vieron recompensadas con una beca para estudiar en Purdue, donde se graduó en Economía. Después de obtener el título, se sacó un máster en la Universidad de Chicago. Cuando fue contratada por una de las mejores agencias de Bolsa de la ciudad, algo nada fácil para una mujer en esa época, supo que había llegado el día de cobro.

No tardó en descubrir que no era así. Si bien en sus tarjetas de visita se podía leer ASESORA FINANCIERA en relieve dorado, en realidad básicamente ejercía de comercial al teléfono, y su cometido principal consistía en atraer a posibles clientes para asesorarlos. La empresa le proporcionaba una modesta remuneración anticipada y una lista de médicos, abogados y demás profesionales a los que llamar. Lamentablemente, todas las empresas usaban la misma lista de candidatos. Machacados a llamadas de los comerciales, esos posibles clientes rara vez se dignaban siquiera contestar. Las pocas veces que Suzanne conseguía convencer a una secretaria para que pasara su llamada, el asediado cliente potencial solía colgarle el teléfono dejándola con la palabra en la boca. Una llamada podía considerarse exitosa cuando su interlocutor permanecía al aparato el tiempo suficiente para que ella le expusiera sus argumentos de venta.

Tras seis meses llamando sin parar, Suzanne seguía sin conseguir una simple cuenta. Estaba tan desesperada que comenzó a cuestionar su decisión de convertirse en corredora de Bolsa y veía cómo se tambaleaban sus sueños de ganar mucho dinero. Todo cambió una noche de intensa lluvia en la que cogió el autobús para regresar a casa. Iba dándole vueltas a cómo sufragar el alquiler con su misérrima paga anticipada cuando el vehículo se detuvo un momento frente a un enorme solar en el que estaban construyendo un edificio. Al volver la cabeza, vio por la ventanilla a docenas de obreros ataviados con ponchos amarillos que trabajaban bajo la lluvia. Por aquel entonces, la ciudad vivía un *boom* inmobiliario y había obras por todas partes. En ese momento tuvo un instante de inspiración. ¿Y los trabajadores de la construcción?

Seguramente ganaban bastante dinero y, como no tenían préstamos universitarios que devolver, la mayoría debían de usarlo para gastos discrecionales. Al fin y al cabo, ¿cuánto dinero podía gastarse una persona en cerveza?

Investigó un poco y descubrió que los empleados de la construcción ganaban de media más de cuarenta mil dólares al año, y el salario todavía era mayor en el caso de los que trabajaban en los pisos más altos. Eso era más de lo que algunos empleados de su empresa ganaban, incluida ella. Además, cayó en la cuenta de que había otra cosa a su favor a la hora de tratar con trabajadores de la construcción. Su apariencia. Medía casi un metro ochenta y estaba bendecida con la típica combinación escandinava de pelo rubio, ojos azules y una increíble estructura ósea recubierta por una piel perfecta. Era una mujer muy guapa. Y, si bien no era nada vanidosa en lo que respectaba a su belleza, tampoco estaba en contra de usarla en su beneficio. Tratar cara a cara con potenciales clientes masculinos le proporcionaría una ventaja con la que no contaba por teléfono.

Al día siguiente, que amaneció radiante y soleado, Suzanne se maquilló un poco más de lo habitual y comenzó a visitar distintas obras de la ciudad y a pedir permiso a sus encargados para hablar con los trabajadores sobre asesoramiento financiero. De haberlo probado en un bufete de abogados o en las oficinas de una empresa, lo más seguro era que le hubieran enseñado la puerta, pero con toda la testosterona que se concentraba en una zona de obras, bueno, no hace falta decir que no sólo la recibían de buena gana, sino que disponía de carta blanca.

Al cabo de un año había abierto cientos de pequeñas cuentas. Y, como estaban operando en uno de los mercados más alcistas de todos los tiempos, sus clientes estaban ganando mucho más dinero que el triste cinco por ciento que les ofrecía su cooperativa de crédito. No tardó en correrse la voz sobre los servicios que Suzanne ofrecía, y pronto estaba trabajando para contratistas generales, quienes a su vez la recomendaron a sus proveedores. Al poco,

gestionaba las carteras de valores de tantos presidentes y directivos de juntas que se encontró a sí misma en el tramo fiscal más alto. Exactamente donde quería estar.

Desde que tenía memoria, Suzanne poseía una insatisfecha atracción por el lujo. A sus frugales padres no les gustaba malgastar el dinero y el ahorro fue siempre reverenciado en su hogar. Ahora que ella estaba ganando tanto, había llegado el momento de colmar esos deseos insatisfechos, y se entregó a las compras con fervor.

El primer lugar de la lista lo ocupaba un ático en primera línea del lago con vistas al sur, al este y al norte y que procedió a decorar como un apartamento digno de aparecer en la revista *Architectural Digest*. Luego comenzó a conducir un BMW descapotable y a vestir las mejores marcas (frecuentaba tanto la tienda de Chanel que ya la conocían por su nombre). Los tratamientos faciales en Elizabeth Arden y los cortes de pelo del mejor peluquero de Sassoon eran de rigor. Un abrigo de visón negro y otro de castor la protegían de los brutales inviernos de Chicago, al tiempo que pendientes de diamantes, perlas Mikimoto y un reloj Cartier alimentaban su autoestima.

Un gran porcentaje de sus adquisiciones las hacía a crédito, y los pagos se zampaban gran parte del dinero que ganaba, pero era 1986 y los mercados no dejaban de subir junto con sus ingresos. Suzanne ignoraba el torbellino de deudas que devoraba su dinero tan rápido como lo ingresaba. Ella estaba convencida de que su listado de clientes y sus propias inversiones seguirían creciendo. Mientras tanto, los ingresos cubrían con holgura los pagos.

Hasta el 19 de octubre de 1987, un día que sería conocido como Lunes Negro, en que la burbuja estalló. El Dow Jones cayó más de un 22,6 por ciento en un día, y más de quinientos millones de dólares se evaporaron sin dejar rastro. Y, junto con el dinero, desaparecieron las carteras de la mayoría de los clientes de Suzanne, así como la suya propia.

Para empeorar todavía más las cosas, el crac tuvo lugar mientras ella disfrutaba de sus primeras vacaciones en tres años. Estaba tomando un

expreso en una cafetería de Venecia cuando oyó unos comentarios sobre un desastre en los mercados. Como eso fue mucho antes del ahora ubicuo teléfono móvil, salió corriendo hacia su hotel para ver en la televisión qué había sucedido. Cuando le quedó claro el alcance de la implosión, intentó llamar a su oficina. Las líneas estuvieron comunicando durante horas hasta que consiguió hablar con alguien. Su asistente le confirmó que la situación era tan mala como había oído, si no peor. De inmediato, Suzanne compró un pasaje para el día siguiente y, después de pasar la noche sin dormir, a las seis de la mañana cogió un avión de Venecia a Frankfurt y de allí a Chicago. Si hubiera podido volar antes lo habría hecho, pero parecía que la mayoría de la gente quería marcharse de Venecia.

Para cuando aterrizó en el aeropuerto O'Hare (aferrada a su jarrón veneciano), el daño ya estaba hecho. Aunque, en realidad, poco podría haber hecho para salvar las carteras de sus clientes, incluso si hubiera estado sentada a su escritorio ese fatídico día. El sistema se había saturado tanto que desprenderse de posiciones había resultado prácticamente imposible. Pero no había modo de explicarle eso a alguien que acababa de perder el veinticinco o el cincuenta por ciento de su dinero. Muchos clientes perdieron la confianza en ella por el hecho de que se encontrara de vacaciones cuando estalló la crisis. No había estado ahí para responder a sus llamadas, y el agente que la cubría estaba sobrepasado con lo suyo. Muchos mostraron su disgusto cerrando sus diezmadas cuentas.

Suzanne intentó explicarles a sus clientes que las pérdidas eran sólo sobre el papel y que el mercado se recuperaría, pero aun así muchos prefirieron dejar de operar en Bolsa. Intentó convencerlos de que compraran ahora que los precios eran bajos, pero no le hicieron caso. Sus pequeños clientes, los trabajadores de la construcción, regresaron a la cooperativa de crédito en la que sabían que su dinero estaría a salvo. Lo único que fue capaz de venderles a los clientes que siguieron con ella fueron certificados de depósito, que le proporcionaban una miserable comisión. Era consciente de que, con suerte,

sus ingresos ese año se reducirían a un cuarto de lo que habían sido el año anterior.

Y, con unos ingresos tan bajos, era imposible que pudiera pagar sus deudas. La hipoteca. El coche. La tarjeta de crédito. Se vio obligada a reducir sus gastos. Se acabaron las cenas en restaurantes, los tratamientos faciales, las nuevas adquisiciones. Decidió incluso vender algunas piezas a los joyeros que tan felizmente se las habían vendido a ella. Cuando descubrió que por un collar que todavía estaba pagando le ofrecían veinte céntimos por dólar, casi se muere. Pero estaba desesperada por conseguir dinero en efectivo, de modo que lo vendió a ese bajo precio de todos modos.

Con sus reservas de efectivo en las últimas, Suzanne se vio obligada a liquidar sus propios valores y malvendió acciones y fondos de inversión mobiliaria que estaba convencida de que se recuperarían con el tiempo. Pero estaba apurada. Y, si bien era la última cosa que quería hacer, pronto se dio cuenta de que también tendría que vender el apartamento en primera línea del lago. Su residencia en la planta cuarenta con suelos de parquet, molduras en el techo y lujosos revestimientos era la culminación de todo aquello por lo que había trabajado. Después de haber sacrificado su vida social, su vida amorosa y su familia por la oportunidad de poseer algo tan lujoso, la idea de perderlo le resultaba devastadora. Por primera vez, envidió a mujeres casadas como Natasha y Carol Anne, que no tenían problemas económicos porque sus parejas ganaban mucho dinero. Tal vez soportar a un marido valía la pena si eso la liberaba a una de las preocupaciones.

La bestia estaba hambrienta. Necesitaba dinero sin demora. E incluso si ponía a la venta su apartamento de inmediato a precio de saldo, tardaría un tiempo en venderlo y todavía más en cerrar la venta. Y no tenía ningún sentido pedirles un préstamo a sus padres. Nunca habían ocultado que consideraban su tren de vida una insensatez. Si les pedía dinero sólo conseguiría que le soltaran una reprimenda, y de las largas. La situación parecía desesperada.

Entonces pensó en el promotor inmobiliario Vince Columbo. Era uno de sus

pocos clientes de importancia cuya cuenta seguía activa. Se trataba del promotor más prominente de la ciudad y sus ganancias seguían siendo inmensas, a pesar de la recesión. Suzanne hacía tiempo que sospechaba que Columbo estaba interesado en ella, pero había ignorado sus sutiles avances. Estaba casado y ella no tenía ningún interés en ser la segunda opción de nadie. Aun así, en tanto que astuta mujer de negocios, no había tenido problemas en usar sus atributos físicos para establecer una relación de negocios con él (manteniéndola con destreza en el terreno meramente profesional). Estaba convencida de que la razón por la que las cuentas de Vince seguían activas era que su interés en ella también seguía activo. Tal vez podría aprovechar esa atracción para conseguir un préstamo. En circunstancias normales, un acto tan drástico le habría parecido abominable. Pero su situación era muy complicada.

Cuando llamó a su oficina, la pasaron directamente con Vince y éste aceptó de buena gana su invitación para ir a almorzar el viernes siguiente. Para discutir algunas opciones de inversión, claro. La mañana de ese viernes, Suzanne se vistió con especial cuidado. Escogió un vestido de color azul eléctrico que favorecía su tez cremosa y resaltaba asimismo sus ojos azules. Llegó al restaurante The Pump Room temprano y se sentó en la acolchada piel del cubículo del rincón, bajo fotos antiguas de celebridades de Chicago e iconos de Hollywood, con los ojos puestos en la puerta. Justo a mediodía, Vince Columbo entró en el restaurante ataviado con un entallado traje gris y corbata roja y con el pelo cano peinado hacia atrás, dejando completamente a la vista su pico de viuda. La forma en la que destacaba entre los demás comensales le indicó a Suzanne que se había esmerado tanto en vestirse como ella.

Vince la saludó con un formal apretón de manos e inmediatamente se pusieron a charlar. Suzanne esperaba que la tensión en su tono de voz no delatara los nervios que sentía. Al poco, el camarero interrumpió su charla y pidieron rápidamente: cócteles de gambas seguidos de lenguado Dover.

Suzanne escogió una botella de Chablis Premier Cru de la extensa carta de vinos e indicó su aprobación con un movimiento de la cabeza cuando el sumiller le sirvió una copa. Consciente de que Vince era un fanático del béisbol, llevó la conversación al inminente primer partido de la temporada de los Cubs, dejando claro lo versada que estaba en el mundo de los deportes.

—¿Qué opinas de la iluminación de Wrigley Field? —preguntó antes de tomar un sorbo de su copa de vino.

—Hace mucho tiempo que deberían haber puesto luces. Los Cubs tienen que adaptarse al mundo real. Conozco a mucha gente que se resiste porque odia el cambio, pero mi filosofía es que hay que aceptarlo o morir. La gente que no está dispuesta a realizar o a aceptar cambios terminan nadando en el mismo charco toda su vida. Y el agua se vuelve tan turbia que son incapaces de ver las oportunidades que hay ahí fuera.

Suzanne asintió al tiempo que le daba un mordisco a un crujiente de parmesano. Normalmente, el crujiente se habría fundido en su lengua, pero estaba tan nerviosa que se le pegó al velo del paladar. Tomó otro sorbo de vino, esta vez más largo, tanto para despegarlo como para soltar un poco su lengua.

—Esto me resulta muy embarazoso, Vince, pero tengo que confesarte algo —comenzó a decir—. Te he hecho venir bajo un falso pretexto. No se trata de un almuerzo de negocios. O, al menos, no de negocios normales.

Él dejó su copa sobre la mesa y se la quedó mirando sin parpadear.

—Hace unos cinco años que nos conocemos y..., bueno, te considero un amigo —prosiguió ella, preguntándose si todo eso no sería un colosal error de juicio—. No tengo a nadie más a quien acudir y he pensado en ti. Conoces bien mi integridad y mi ética profesional... —De repente, se calló. Eso no iba bien. A pesar de lo mucho que había practicado, tanto mentalmente como delante del espejo, se dio cuenta de que no podía «pedírselo»—. Esto es un error —dijo finalmente, cambiando el vino por agua.

—¿El qué, Suzanne? —preguntó él con mirada compasiva, esperando que

terminara lo que había comenzado a decirle.

Ella volvió al vino y respiró hondo. Era como lanzarse a un lago frío. Pensó en la semana de vacaciones que, cuando era pequeña, su familia solía pasar cada año en el norte de Minnesota, donde vivía la familia de su madre. Al meter los pies en el lago helado, ella y Johnny chillaban cuando el frío agarrotaba sus pies. Tras repetidos intentos fallidos de bañarse, llegaron a la conclusión de que el modo más indoloro era zambullirse de golpe y no retrasarlo más. Después del *shock* inicial, el agua no estaba tan mal. Las expectativas eran peores que la realidad.

Se zambulló.

—Necesito un préstamo —soltó finalmente.

La expresión de Vince mientras ella le detallaba su situación no le ofreció indicación alguna de sus pensamientos. Ella le habló de los clientes perdidos y de sus propias pérdidas, y le explicó que pensaba vender su apartamento tan pronto como el mercado inmobiliario se recuperara. Cuando lo hiciera, le devolvería el dinero con intereses. No parecía que el mercado financiero fuera a recuperarse pronto, pero ella estaba esforzándose en encontrar buenas inversiones y estaba segura de que era sólo cuestión de tiempo que consiguiera liquidar todas sus deudas. Él la interrumpió cuando estaba diciéndole que, por supuesto, extendería un pagaré y...

—¿Cuánto? —preguntó.

—¿Qué?

—He preguntado que cuánto.

¿Era posible que Vince estuviera considerando de verdad prestarle el dinero?

—Ahora mismo necesito cuarenta mil —dijo ella, y luego contuvo el aliento.

Sin decir una palabra, él metió la mano en el bolsillo interior de su americana y sacó un talonario. Extendió un cheque por valor de cuarenta mil dólares y, a modo de concepto, anotó «préstamo». Luego extendió la mano

para entregárselo a Suzanne y ella se lo quedó mirando con incredulidad. Había sido muy fácil. Estaba convencida de que tendría que darle muchas más explicaciones, argumentárselo un poco más. Sin embargo, en sus manos tenía un cheque por valor de cuarenta mil dólares, absolutamente legítimo en virtud de esa pequeña palabra en la esquina: «préstamo».

—Gracias —dijo mirándolo fijamente a los ojos—. Deberíamos discutir los términos de la devolución.

—Suzanne, no estoy preocupado por la devolución. Sé que me pagarás tan pronto como puedas y con un interés justo. —Lo dijo con una sonrisa en los labios, y ella se sorprendió fijándose en lo atractivo que era—. Me siento más seguro dejándote este dinero a ti que si lo hiciera con alguno de los miembros de mi familia. Sólo hay una condición.

«Vaya —pensó ella—. Había sido demasiado fácil.»

—Quiero almorzar contigo una vez a la semana. Para hablar sobre el mercado, claro está. Y puede que también un poco de béisbol.

Suzanne no tenía un pelo de tonta y era consciente de adónde esperaba él que condujeran esos almuerzos. Pero eso no le preocupaba; sabía cuidar de sí misma. Lo más importante era que el préstamo de Vince mantendría alejados de su puerta a los cobradores de deudas durante los próximos dos meses. Ya lidiaría con lo otro cuando surgiera, si es que llegaba a hacerlo.

—¿Trato hecho? —preguntó él.

—Trato hecho —contestó ella, y se dieron un apretón de manos.

Cuando llegó la cuenta, Suzanne la cogió para pagarla. Él intentó evitarlo, pero ella se mantuvo firme.

—Por favor, he sido yo quien te ha invitado a almorzar —dijo—. Esta vez pago yo.

Él no se lo discutió y ella sacó su American Express y la dejó sobre la mesa. Sería la última cuenta que pagaría.

## Ocho

### Angie

Angie se quedó en el portal mirando por el cristal de la puerta de entrada cómo Suzanne y el taxi se alejaban hasta quedar fuera de su vista. En el coche había recuperado la energía y ya no le apetecía estar en casa. Últimamente era un lugar demasiado solitario. Encontrar un taxi en su tranquila calle era algo bastante improbable, de modo que comenzó a caminar en dirección a la calle Halsted, donde habría muchos. De repente, oyó que por detrás se acercaba un coche y se volvió por si se trataba de un taxi, pero sólo era un particular que pasó de largo y torció en la siguiente esquina. Estaba sola en la calle desierta. El repiqueteo de los tacones de sus zapatos al caminar resonaba en la oscuridad, y no pudo evitar sentir un poco de miedo. En un momento dado, le pareció oír a alguien a su espalda, pero sólo era el viento agitando las ramas de los árboles. Aun así, aceleró el paso. El repiqueteo de los tacones fue aumentando de ritmo hasta que su andar se convirtió en una auténtica carrera.

Cuando llegó a Halsted estaba sudando, pero la actividad de la calle calmó su ansiedad. De los bares locales salían clientes ataviados con pantalones chinos, cárdigan y zapatos náuticos o zapatillas deportivas (eran mucho menos estilosos que los habituales de la calle Rush). Consideró la posibilidad de meterse en uno de los bares del vecindario para tomar una copa rápida, pero se le agotaba el tiempo y el frasquito que llevaba en el bolso estaba vacío. Lo que contenía ese frasquito era lo único que aliviaba su dolor y su misión era rellenarlo.

Detuvo un taxi y le dio al conductor una dirección de Newtown. El vehículo apestaba a olor corporal, de modo que bajó la ventanilla, apoyó la

cabeza en el marco de la puerta y se limitó a contemplar el paisaje urbano con perezosa indiferencia. En un momento dado, el taxi se detuvo en un semáforo, a escasa distancia de un hombre y una mujer tan absortos en sí mismos que ni siquiera la vieron. Al hombre lo conocía bien, a la rubia menuda no. Estaban riéndose por algo, él con el brazo envolviendo posesivamente a la mujer. Angie sacó la cabeza por la ventanilla abierta.

—¡Harvey! —exclamó—. ¡Aquí, gilipollas!

Su todavía marido volvió la cabeza y abrió los ojos como platos al ver la cabeza de Angie asomando por la ventanilla abierta de un taxi. La rubia se la quedó mirando sin comprender nada. La luz del semáforo cambió y el taxi arrancó de nuevo. Angie sacó el torso por la ventanilla y siguió gritando. Prácticamente todos los viandantes se volvieron para mirarla.

—¡Eso es, hijo de perra! ¡Adelante, pavonéate en público! ¡Ni siquiera puedes esperar a que el divorcio sea definitivo! ¡Voy a sacarte hasta el último centavo, cabrón! ¡Nos veremos en los juzgados, polaco de mierda!

La pareja quedó fuera de la vista y, nada más acomodarse de nuevo en el asiento, Angie comenzó a sentir lástima de sí misma. «¿Qué pasó, Harvey? —pensó—. ¿Por qué me trataste así? ¿Acaso no me ponía guapa para ti? ¿No mantenía limpia tu casa? ¿No preparaba tus comidas favoritas? ¿No estaba bien el sexo (al menos, al principio)? ¿Por qué no pudiste ser un poco más comprensivo? ¿No podías esperar hasta que me sintiera mejor? ¿No sabes lo doloroso que fue perder a esos bebés?» Angie pensó en el cartel de SE VENDE que había delante de su casa. Los beneficios de la venta serían el botín del divorcio. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Estaba buscando un pañuelo en su bolso cuando el taxi llegó a su destino, un antro llamado The Zone. A causa del frenazo, éste se le cayó del regazo y aterrizó en el suelo cubierto de basura.

—¡Maldita sea! ¡Mire lo que ha hecho! ¡Debería tener más cuidado! —le gritó al taxista.

—Cuatro dólares, señorita —dijo el conductor.

Le recriminó incluso que le cobrara la carrera. Recogió la cartera del suelo y sacó un billete de diez. Luego dejó la cartera a su lado en el asiento y siguió recogiendo sus cosas del sucio suelo del vehículo y metiendo lápices de labios, lociones y el frasquito vacío de vuelta en su enorme bolso. Estaba tan enfadada que no pensaba darle propina al conductor. Cuando finalmente éste extendió la mano con seis billetes de un dólar por encima del respaldo del asiento, ella cogió el dinero y lo metió en el bolso. Luego salió del vehículo y cerró la puerta de un portazo.

El taxi se alejó con su cartera todavía en el asiento trasero.

Aunque el suelo parecía balancearse, Angie consiguió llegar hasta los oscuros escalones que conducían a la entrada del bar con el bolso fuertemente agarrado a un costado. Tropezó una o dos veces antes de alcanzar el rellano de cemento. Tiró de la puerta con fuerza para abrirla y se adentró en el establecimiento.

## Nueve

Enfilé el camino de entrada de la casa de Carol Anne y aparqué detrás del Porsche plateado de Michael con matrícula MD2020. Me sentí extremadamente aliviada por haber llegado a mi destino de una pieza, sobre todo después de haber tenido que parar en el arcén de la autopista para vomitar... dos veces. Todavía tenía arcadas. Aunque, si consideraba la situación en su conjunto, no importaba lo mal que me encontrara, cualquier cosa era mejor que estar en mi apartamento con su asfixiante atmósfera de culpa. Abrí la puerta del coche y permanecí un momento inmóvil en el asiento, oyendo el ruido de los cortacéspedes a lo lejos y los pájaros cantando en los árboles: los consoladores sonidos de las urbanizaciones residenciales. Sonidos anclados en una infancia feliz.

Todavía estaba sentada en el coche cuando apareció Carol Anne corriendo por el camino de entrada con el rostro bañado en lágrimas. Salí de mi Volkswagen escarabajo de color rojo y la estreché entre mis brazos. Nos abrazamos con fuerza, deshechas por el dolor.

—No puedo creérmelo —no dejaba de repetir una y otra vez. Sus lágrimas mojaban mis mejillas.

—Lo sé, lo sé —era la única respuesta que era capaz de decir.

Finalmente nos separamos y nos quedamos mirando. Carol Anne tenía los ojos hinchados y rojos de llorar. Pero también eran visibles unas oscuras ojeras, como si no hubiera dormido. Conocía bien ese rostro de nuestra adolescencia. Otra cosa merodeaba detrás de esos ojos además de la muerte de una amiga.

—¿Estás bien? Tienes casi tan mal aspecto como el mío.

—«Como yo» —me corrigió Carol Anne, sorbiéndose la nariz.

—¡Jesús! Fui yo quien se especializó en inglés. Como yo.

Me echó un vistazo y reparó en mis ojos escarlatas y en mi rostro pelado.

—¿Qué te ha pasado? Parece que te hayan metido en una batidora.

—No me digas... —Mi estómago se había calmado, pero todavía sentía un incesante martilleo en la cabeza—. Necesito una taza de café.

Entramos en la casa y cruzamos el vestíbulo en el que las seis nos habíamos despedido la noche anterior. Habíamos quedado reducidas a cinco para siempre. Al entrar en el salón cogidas del brazo, eché un vistazo por la ventana a la piscina con forma de riñón que había en el patio trasero. En mi mente, Angie estaba allí, jaleando al stripper a todo pulmón, meneando el trasero en sus ajustados pantalones y balanceando los pechos en su escotada camiseta. Sus gritos todavía resonaban en mi cerebro: «¡Enséñanos el arma, agente Tony!».

—Es como si pudiera oírla —dijo Carol Anne, poniendo palabras a mis pensamientos.

—Sí, yo también.

Recorrimos el pasillo, pasamos por delante de un comedor con un techo con ornamentación estilo Wedgwood que databa de la era del jazz y terminamos en la cocina. Carol Anne sirvió dos tazas de café de una jarra y nos sentamos a la isla con tablero de granito bajo un mueble circular del que colgaban cacerolas de cobre. La casa estaba extrañamente silenciosa. La ausencia de correteos, televisores encendidos y gritos de bebé resultaba todavía más ruidosa que su presencia.

—¿Dónde está Michael? —pregunté, echando un vistazo a mi alrededor.

—Todavía está durmiendo.

—¿Tan tarde? Pensaba que se levantaba temprano.

—Estuvimos despiertos hasta tarde —dijo Carol Anne.

Tal vez eso explicaba las oscuras ojeras que había bajo sus ojos. Ella y su marido habían aprovechado que los hijos no pasaban la noche en casa. Me

alegraba por ellos. La estabilidad de su matrimonio sólo servía para recordarme cómo yo había puesto en peligro el mío. Hablamos sobre la muerte de Angie y especulamos sobre lo que podría haberle pasado. Mi mente apenas podía prestarle una atención parcial al tema, pues lo que había hecho con el carpintero no dejaba de aporrear mi conciencia como un irregular latido. El sentimiento de culpa no dejó de crecer hasta que la tapa pareció estar a punto de saltar y no pude contenerla más.

—Carol Anne, te va a parecer demencial que necesite hablar de mí en un momento como éste, pero hay algo que debo confesar. Algo muy muy malo.

Sus oscuros ojos se abrieron como platos en su cansado rostro.

—No me digas que has matado a Angie.

—No bromees sobre eso. —Con los ojos puestos en la puerta por si aparecía Michael, susurré—: Anoche le fui infiel a Flynn.

—¿Que has hecho qué?!

—¡Shhh! —supliqué que bajara la voz mientras buscaba algún gesto de comprensión en su rostro. Era la mejor amiga que tenía en el mundo y necesitaba que estuviera de mi lado.

Nuestra amistad databa del jardín de infancia y nos entendíamos la una a la otra como no lo hacíamos con nadie más. Compartíamos entornos familiares similares. Ambas proveníamos de familias que sólo habían tenido hijas: Carol Anne era la tercera de cuatro niñas y yo la mediana de tres. De pequeñas, encontramos en la otra a alguien que sabía lo que era tener una hermana mayor sabelotodo y otra más pequeña malcriada; alguien que no estuviera compitiendo por la atención de papá o intentando robarte tu camisa favorita. Lo sabíamos todo la una de la otra, o al menos eso pensaba yo por aquel entonces. Entre nosotras había un pacto tácito según el cual nuestros secretos no sólo permanecerían en secreto, sino que nunca juzgaríamos a la otra.

Así pues, mis esperanzas de absolución se fueron al garete cuando oí las siguientes palabras de Carol Anne:

—¡Oh..., Dios... mío! ¿Es que te has vuelto loca?

—Gracias por el voto de confianza.

—Lo siento. Es que me has pillado por sorpresa. Entre lo de Angie y esto... Es demasiado. —De repente, reparó en la afligida expresión de mi rostro y suavizó su tono de voz—. Cuéntame qué pasó.

Poco a poco, le expliqué que había conocido a un carpintero en el bar y que, tras invitarlo a una copa y bailar con él, había dejado que me acompañara a casa y lo había invitado a mi apartamento, donde una cosa había conducido a..., bueno, a la otra. Cuando hube terminado, enterré mi dolorida cabeza entre las manos como si ocultar mi rostro pudiera hacer que mi error desapareciera.

—Lo de anoche fue una puta pesadilla. Ahora Angie está muerta y yo he cometido esta terrible equivocación. Es todo tan surrealista... Estoy a punto de casarme con un tipo maravilloso y voy y la cago así. Terminaré en el infierno. Estoy segura. ¡Oh, Dios mío...! ¿Y si estoy embarazada?

Los ojos de Carol Anne se abrieron más de lo que yo había visto nunca.

—Ni siquiera lo pienses. Usaste algo, ¿no?

—Esta mañana, sí, pero anoche no.

El silencio fue de lo más elocuente. El modo en el que Carol Anne se me quedó mirando me recordó a mi madre. Cuando al fin habló, lo hizo en el tono de voz que normalmente se reserva para los peores criminales.

—¿Es que has perdido la cabeza?! Casi puedo comprender lo de anoche. Ibas muy borracha. Pero ¿lo de esta mañana? ¿También lo has hecho esta mañana?

Mi vergüenza y humillación fueron completas.

—A Dios pongo por testigo de que no sé qué me ha poseído. Ha sido una especie de enajenación temporal. Después de que Suzanne me llamara y me contara lo de Angie, la presencia del carpintero me ha resultado tan reconfortante que, de repente, lo he deseado tanto (hacerlo, a él) que me ha dado todo igual. Sé que debería haberme contenido, pero no quería. *Entonces*. Ahora estoy tan avergonzada que no sé qué hacer.

—Está bien, está bien. Deja de castigarte a ti misma. Eso no va a

solucionar nada. —Sentí un leve alivio ante este tono más comprensivo de Carol Anne—. Estas cosas probablemente pasan más a menudo de lo que la gente admite. Digamos que ha sido algo así como una última cana al aire. Has cometido un gran error, pero nunca volverías a hacerle algo igual a Flynn, ¿verdad?

El nombre de Flynn abrió de par en par las compuertas de la culpa. Por razones más allá de mi comprensión, estaba tan enamorado de mí que a veces mis sentimientos por él parecían tibios en comparación. Ahora bien, avivado por las llamas del miedo a su pérdida, el amor que sentía por él había resurgido con renovada intensidad. Lo quería más que a nada en el mundo.

—¿Volver a engañarlo? Ni en un millón de años. Ahora me doy cuenta de lo importante que es para mí.

—¿Lo ves? —dijo en un tono tranquilizador—. Tal vez esto ha pasado por una razón. En cuanto a lo de que te hayas quedado embarazada, las probabilidades son pocas. Me preocuparía más de las posibles enfermedades. —Frunció los labios y repensó lo que acababa de decir—. ¿Cuándo tiene que bajarte la regla?

—Dentro de diez días.

A mis palabras las siguió un silencio incómodo mientras ambas nos poníamos a contar días mentalmente. No podría haber cometido la infidelidad en un momento peor.

—Bueno, no pasará nada —dijo Carol Anne en un tono de falsa seguridad.

—¿Y si pasa?

—¿Todavía estabais haciendo lo del celibato antes del matrimonio?

Yo asentí ligeramente.

—¿Aborto? —La mirada que le lancé terminó toda discusión sobre ese tema—. Entonces me temo que tendrás que decirle que es suyo.

—¿Decirle que es suyo el qué?

La voz masculina que hizo esa pregunta estuvo a punto de hacer que me cayera al suelo. En un momento de despiste en el que había dejado de vigilar

la puerta, Michael Niebaum había entrado a hurtadillas y estaba de pie en medio de la cocina con una camiseta de los Grateful Dead y unos pantalones vaqueros. Todavía tenía los espesos rizos negros mojados por la ducha que acababa de darse. Afortunadamente para mí, no había oído la primera parte de la conversación.

—Hablamos de la elección del entrante de la cena de ensayo —respondió hábilmente Carol Anne.

—¿Otra vez aquí? —me preguntó Michael, claramente muy poco interesado en nada que tuviera que ver con la cena de ensayo de mi boda, y besó la parte posterior de la cabeza de Carol Anne. La ternura de ese gesto casi hizo que se me saltaran las lágrimas—. ¿Por qué no te quedaste a pasar la noche?

—Créeme, desearía haberlo hecho.

—Me temo que tengo una noticia terrible, Michael —dijo Carol Anne, girándose en el taburete para quedar de cara a su marido—. Han encontrado muerta a Angie.

En toda mi vida no había visto nada como la mirada que pasó por el rostro de Michael Niebaum. Sus grandes ojos oscuros se vidriaron como si estuvieran contemplando las profundidades de un horror innumerable y se quedó lívido. Acto seguido, se apartó de golpe, se dirigió hacia la jarra de café y se sirvió una taza con las manos trémulas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó dándonos la espalda y mirando por la ventana.

—Todavía no estamos muy seguras, pero parece que fue asesinada. Cuando Kelly ha salido a correr esta mañana por el parque Lincoln, se ha topado con una especie de alboroto y había un cadáver y... era Angie. ¿No es increíble? Es decir, anoche mismo estábamos con ella... —El tono de voz de Carol Anne fue apagándose, hasta que, de repente, volvió a alzarla—. ¿Y sabes dónde la han encontrado, Michael? Cerca del puerto de Belmont.

—¿Qué?! —Cuando se volvió, su rostro había recuperado algo de color, pero todavía se veía pálido para alguien de tez bronceada. Estuvo un momento

pensando en lo que mi amiga acababa de decir. Luego hizo una mueca y se llevó las manos al abdomen—. Lo siento, ahora vuelvo —dijo, y salió a toda prisa de la cocina.

—¿Estás bien? —exclamó Carol Anne a su espalda—. Sufre de colon irritable —me explicó a mí bajando el tono—. Supongo que la noticia sobre Angie lo ha sorprendido tanto como a nosotras.

El teléfono sonó y ella me miró con recelo mientras descolgaba el aparato.

—¿Hola? Sí. Sí, soy yo —dijo.

«Policía», me dijo a mí moviendo los labios como si pronunciara la palabra pero sin emitir sonido alguno. Escuché en silencio su parte de la conversación.

—Sí, ya me he enterado de lo del asesinato. Ajá. ¿Cuándo? ¿Esta tarde? Sí, aquí estaré. —Hubo una pausa seguida de—: ¿Maggie Trueheart? Bueno, en realidad...

Me sobrevino una oleada de terror. No podía hablar con la policía. Todavía no. No tenía ni idea de lo que iban a preguntarme sobre la noche anterior y todavía menos qué podía contestar yo sin sellar mi propio ataúd. Moví la mano de un lado a otro de mi garganta como si estuviera cortándola. Mi siempre perspicaz amiga acudió en mi ayuda.

—En realidad ha estado aquí, pero acaba de marcharse. Sí, agente. Quiero decir, detective. Sí, nos vemos luego.

Carol Anne colgó y se volvió de golpe hacia mí.

—La policía va a venir a hablar conmigo sobre Angie. ¿Por qué has hecho que me callara?

—Porque querrán hablar también conmigo y ahora mismo no puedo hacerlo. —Presa del pánico, descendí del taburete. La culpabilidad y la pena habían pasado al asiento trasero y dejado espacio al instinto de supervivencia, más profundamente arraigado. Algo me decía que iba a tener que contar algunas mentiras, y no quería tener que hacerlo delante de Carol Anne. Ni de Michael. Cogí mi bolso y me dirigí a la puerta—. He de marcharme.

Ella me acompañó al coche y se quedó a un lado mientras lo arrancaba.

—¿Estás segura de que estás bien?

—No estoy segura de nada, Carol Anne. Salvo de que, tal y como me siento ahora, sería mejor que fuera yo quien estuviera en la morgue.

—No digas eso, Maggie —dijo ella metiendo la mano por la ventanilla del coche y apoyándola sobre mi hombro—. Van a venir a hablar sobre Angie. No saben nada de ti y no les importas. No te preocupes. Yo estoy de tu lado.

—Gracias, C. A. Necesitaba oír eso —arranqué el coche y recorrí marcha atrás el largo camino de entrada.

## Diez

Durante todo el trayecto de vuelta a la ciudad no dejé de pensar en Flynn, el hombre con el que me iba a casar dentro de dos semanas, el prometido al que había traicionado. Nos habíamos conocido en la fiesta que habían organizado Natasha y Arthur para celebrar el Día de los Caídos. Luego descubrí que, sin que lo supiéramos, en realidad nuestros amigos nos habían concertado una cita a ciegas. Después de haberme deshecho finalmente de los trece kilos que me sobraban desde el instituto, me había vuelto más ingeniosa y coqueta. Tras años siendo gordita y graciosa (es decir, la chica con una gran personalidad), había eliminado de la ecuación lo de gordita y había pasado a ser la chica mona con una gran personalidad.

Flynn y yo congeniamos de inmediato. Compartíamos predilección por el sushi, la música y el cine. Me llevó a casa y permanecimos sentados en su coche delante de mi apartamento hasta las dos de la madrugada comparando películas favoritas. Ambos teníamos el pésimo gusto de adorar las películas de Doris Day y *¡Aterriza como puedas!*, pero también apreciábamos clásicos como *El tercer hombre* o *Casablanca*. A él le intrigó que yo hubiera elegido matricularme en una universidad estatal como la de Iowa y especializarme en Literatura cuando él había ido a una de la Ivy League, la de Dartmouth, y se había especializado en Economía. Esa noche, me acompañó a la puerta y me dio un cariñoso —pero no demasiado— beso de buenas noches, y tuve la sensación de que mi anodina vida estaba a punto de cambiar. Cuando al día siguiente me llamó para quedar, supe que estaba en lo cierto.

Y mi vida cambió. Por primera vez desde el instituto, formaba parte de un «nosotros». Ya no era sólo yo, o yo y las chicas. Había un hombre en mi vida.

Y, según todas las mujeres que me rodeaban, Flynn era uno muy apuesto. Era guapo, buen hijo y hermano y querido por todos sus amigos. Provenía de una familia rica, pero había tenido éxito por sí mismo fundando una empresa de software (fuera lo que fuera eso de *software*). La empresa había crecido rápidamente y esa primera noche Flynn me dijo que pensaba amasar una fortuna de al menos nueve cifras (y, a sus treinta y seis años, iba francamente bien encaminado). Ya había pagado la entrada para una casa para los dos en la zona de Gold Coast a la que nos mudaríamos después de la luna de miel. La casa era el sueño de cualquier mujer (de cualquier persona, de hecho): cuatro pisos de suelos de madera, baños de granito y balaustradas talladas a mano. Sin embargo, a medida que se acercaba la fecha de la boda, más me costaba sentirme emocionada por esa casa de ensueño. Me parecía excesiva. Mi madre me reprendió por la indiferencia que mostraba ante mi buena suerte. Ella estaba entusiasmada ante el hecho de que, después de tantos años de preocupación, su hija de treinta y tres años dejara de vivir de alquiler en un apartamento de una habitación de un edificio sin la apropiada seguridad.

Lo cierto era que últimamente me sentía indiferente por todo, incluido Flynn. No estaba segura de si comprendía del todo lo que significaba estar enamorada de una persona para siempre. Salvo mi primer amor en el instituto, mi experiencia con el sexo opuesto era limitada. Antes de que apareciera Flynn, mis relaciones habían consistido en breves amoríos y todavía más breves rollos de una noche. A pesar de mi peso, no tenía problemas para que se acostaran conmigo. Lo difícil era que volvieran a hacerlo.

Por si no era consciente de lo afortunada que era de tener a Flynn, había mucha gente dispuesta a recordármelo. Yo atribuía mi falta de entusiasmo a la presión que comportaban todos los preparativos de la boda. ¡Resultaba todo tan tedioso! Cosas como la fiesta de compromiso, las distintas celebraciones prenupciales y las necesarias notas de agradecimiento posteriores. O las decisiones que mi madre trataba como acontecimientos de la máxima trascendencia: invitaciones, la creación de una lista de bodas para la vajilla,

la cubertería y la cristalería, el cursillo prematrimonial, la elección del vestido de novia de tres mil dólares y los de las damas de honor, la elección de la banda de música, flores, menú, tarta, la toma de medidas semanal para el vestido de novia, encontrar hoteles para los invitados que venían de fuera de la ciudad, la cena de ensayo, etcétera. La lista era interminable. Y yo me sentía asfixiada.

No dejaba de preguntarme qué diantres me pasaba. Estaba acercándome a la mitad de la treintena, una edad en la que la mayoría de las mujeres solteras ya estaban planeando cruceros juntas, y había conectado con alguien de un modo que estaba más allá de las más salvajes expectativas de la mayoría de las mujeres. La mayoría de las mujeres, de hecho, habría hecho cualquier cosa por estar en mi lugar. Debería de estar loca de felicidad. Carol Anne tenía razón. El efecto secundario de mi indiscreción (de qué otro modo podía llamarlo) era que Flynn se había convertido en lo más importante de mi mundo. En ese momento lo quería tanto que quizá, de un modo algo retorcido, era posible que mi imprudente comportamiento tuviera un resultado positivo.

Decidí entonces que resarciría a Flynn siendo la esposa y compañera perfecta durante el resto de mi vida. Por supuesto, él no podía llegar a enterarse nunca del doloroso error que yo había cometido. Era mi deber protegerlo para siempre de ese desliz.

Lo cual hizo que volviera a pensar en el asesinato de Angie. No era que quisiera restarle importancia ni mucho menos, Angie había sido muy importante para mí, pero sin duda la policía querría verme esa tarde. Me supo mal estar tan preocupada por lo que pudieran preguntarme, pero no podía evitar sentir miedo. ¿Y si querían saber si había salido del bar con Angie y con Suzanne? ¿Qué les diría? Mi intención era hacer todo lo posible para ayudarlos a encontrar a la persona que había asesinado a mi amiga, pero no debían enterarse de lo que yo estaba haciendo mientras eso sucedió. Nunca. Jamás. La policía sólo necesitaba saber lo necesario para su investigación, y eso no lo era.

Cuando llegué a mi apartamento vi que la luz roja del contestador automático estaba parpadeando. Tenía tres mensajes de Flynn pidiéndome que lo llamara a Nueva York, y uno de un detective llamado O'Reilly en el que me decía que necesitaba verme lo antes posible. Primero llamé a Flynn a su hotel. Antes de hablar con él, respiré hondo y me pregunté si desde el otro lado de la línea podría percibir mi traición.

—Hola —mascullé.

—¿Dónde estabas, Maggie? ¡Estaba empezando a preocuparme!

—En casa de Carol Anne.

—¿No estuviste ahí anoche?

—He tenido que volver a por una cosa.

—Te noto rara. ¿Va todo bien?

Antes de que pudiera hacerme más preguntas, le conté lo de Angie con la esperanza de que supusiera que el extraño tono de mi voz se debía al asesinato de mi amiga. Lo cual en parte era cierto. Por supuesto, eso provocó que comenzara a hacerme un montón de preguntas sobre el asesinato, pero lo interrumpí antes de que pudiera inquirir demasiado.

—Estoy demasiado alterada para hablar sobre eso ahora —dije.

—Claro, comprendo perfectamente que no puedas hablar, cariño. Es algo terrible —asintió—. Espero que pillen al desgraciado que lo ha hecho.

—Yo también —convine, una de las pocas afirmaciones honestas que hice durante la conversación.

—Nos vemos mañana, pues. Te quiero —dijo para terminar.

—Yo también —repetí.

Apenas acababa de colgar el auricular en el aparato cuando llamaron a la puerta. Al abrirla, vi a dos hombres, uno muy corpulento y el otro rechoncho, ambos mostrándome sus placas. No hacía falta ser un genio para saber de quiénes se trataba. Evidentemente, habían decidido dar un rodeo por el

callejón de la Culpa antes de ir a casa de Carol Anne. Maldije para mis adentros haberles abierto la puerta.

Por supuesto, querían hablar sobre el día anterior. Nos sentamos a la mesa del comedor y, aquejada de un terrible dolor de cabeza que hacía que quisiera arrancarme el cuero cabelludo, hice todo lo posible por reconstruir las actividades de la noche anterior sin compartir nada incriminatorio. Mientras O'Reilly hablaba, los pequeños ojos de su compañero escudriñaban mi apartamento como si estuviera realizando un inventario: el sofá y el sillón de color crudo comprados en un almacén de muebles con descuento, el pequeño rincón donde tenía el escritorio, los estantes combados bajo el peso de mis libros de tapa dura favoritos y las obras completas de Shakespeare, las cajas que poco a poco había estado llenando para el traslado después de la boda. El silencio de Kozlowski me ponía más nerviosa que las preguntas del irlandés de tez rubicunda, sobre todo cuando sus curiosos ojos llegaron a la puerta abierta de la cocina. Ya me había deshecho de la botella de Jameson, pero los dos vasos de chupito seguían boca abajo en el escurrerplatos. Me pregunté si habría reparado en ellos y no pude evitar que se me acelerara el pulso.

En un momento dado, O'Reilly me preguntó algo, pero yo estaba tan distraída que no lo oí bien.

—Perdone, ¿podría repetir la pregunta?

—¿Tuvieron algún problema con alguien durante la noche? Quiero decir en el bar.

—Bueno, tuvimos una pequeña discusión. —Les hablé de los dos tipos de la zona oeste a los que Angie había mandado a la mierda—. Que se deshiciera de alguien especificándole adónde podía ir no era algo raro en ella.

—¿Tuvieron algún contacto con ellos después de eso?

—No. Se marcharon al poco con una chica joven. Obviamente, era más interesante que nosotras.

—¿Y a qué hora se fueron ustedes del bar?

—Suzanne y Angie se marcharon sobre las tres.

—¿Y usted?

—Un poco más tarde.

Las cosas se complicaron un poco más cuando Kozlowski hizo la pregunta que yo había estado temiendo.

—¿Por qué no se marchó con ellas?

Mi corazón comenzó a latir con tanta fuerza que parecía que fuera a salirse del pecho, como en los dibujos animados. El modo en el que hicieron la pregunta parecía sugerir que yo tenía algo que ocultar. Lo cual era cierto. Ahora bien, lo que había hecho con el carpintero estaba mal pero no era ilegal, y contárselo no serviría de nada.

—Porque estaba bailando y no tenía ganas de volver a casa todavía —dije con lengua de trapo.

—¿Bailando con alguien conocido? —insistió Kozlowski.

«Lo siento, pero ¿qué diantres tiene eso que ver con nada?»

—No. Bailé con distintas personas —y, al decir eso, mentí a la policía, lo cual probablemente sí era ilegal.

—¿Y a qué hora se marchó de The Overhang?

¿Eran imaginaciones mías o los ojos del detective corpulento habían vuelto a echar un rápido vistazo a mi cocina? ¿Habría reparado en los dos vasos de chupito? Me entraron ganas de salir corriendo hacia el cuarto de baño y vomitar por tercera vez ese día. «Ya habían encendido las luces del bar. Unas luces brillantes y cegadoras.»

—Cuando iban a cerrar. Sobre las tres y media.

—¿Y cómo regresó a casa?

—Cogí un taxi. —Me dije a mí misma que sería mejor que me acostumbrara a esa mentira. Las palabras habían salido de mi boca sin siquiera pensarlas. Era increíble lo que una podía llegar a hacer cuando su supervivencia estaba en juego.

O'Reilly volvió a decir algo, pero los pensamientos se arremolinaban en mi cabeza a tal velocidad que apenas pude oír el final de su pregunta.

—¿Cómo es él?

—¿Él? ¿Quién? —Sentía palpitaciones en las orejas y la cabeza me daba tantas vueltas que tenía la sensación de que iba a desmayarme. ¿Estaba preguntándome por Steven Kaufman?

—Su ex. Harvey. ¿Cómo es?

—¿Harvey? —Alivio. Las palpitaciones disminuyeron. Eso era lo que la culpa le hacía a la gente. O'Reilly no estaba interesado en el carpintero. Estaba interesado en Harvey. Alabado fuera el Señor—. En general es una buena persona. Comenzó desde abajo y ha ganado mucho dinero, lo que lo hace muy feliz.

—¿Por qué estaban divorciándose?

—Él le fue infiel.

—¿Estaba siendo un divorcio complicado?

—Había cierta animosidad, desde luego. Especialmente en lo concerniente a su inmueble. Angie juró que conseguiría el edificio que tenían y todo lo que había en él aunque le costara la vida. —Me quedé callada de golpe al darme cuenta de lo que acababa de decir.

—¿Cree que Harvey Wozniak sería capaz de hacerle daño a su ex?

Pensé en lo increíblemente felices que habían sido Angie y Harvey durante sus primeros años juntos. Él era como un cachorro, revoloteando a su alrededor con la lengua fuera, exaltado, animado y feliz. Después de ponerle los cuernos, le suplicó que lo perdonara, pero ella no quiso saber nada de él. ¿Era posible que su amor hubiera degenerado hasta el punto de que quisiera matarla? Me costaba creerlo.

—Es imposible que Harvey la matara. Él la amaba de verdad.

—¿Sabía usted que Angie estuvo tomando cocaína anoche? —preguntó O'Reilly.

Yo negué con la cabeza. Otra mentira, pero, de nuevo, la policía sólo necesitaba saber lo necesario para su investigación, y eso no lo era.

—Entonces no tiene ni idea de quién pudo vendérsela.

Volví a negar con la cabeza, aunque esta vez era cierto.

Nadie se ha sentido nunca más aliviada que yo al ver la espalda de esos dos policías bajando por mi escalera. Me puse a mí misma un sobresaliente por haber sobrevivido a mi interrogatorio sin desvelar mi secreto, si bien la culpa me carcomía por dentro. Aunque yo me lo había buscado, no dejaba de ser una pesada carga. La culpa combinada con el miedo es una potente mezcla. Consideré distintos escenarios. ¿Y si interrogaban al camarero de The Overhang y éste recordaba haberme visto saliendo del bar con el carpintero? ¿Haría eso que O'Reilly y Kozlowski volvieran con más preguntas? Esperé que encontraran rápido al asesino de Angie; al menos, antes de que indagaran más sobre mis actos de esa noche.

Luego me dije que debía dejar de comportarme como una paranoica. La policía no estaba interesada en mis asuntos personales. Era la vida de Angie lo que les preocupaba. O, mejor dicho, su antigua vida.

Mi dolor de cabeza se había convertido en una pelota de ping-pong de plomo que no dejaba de golpear las paredes de mi cráneo. Jurando que nunca más volvería a beber, cogí dos aspirinas y me fui al dormitorio. El colchón desnudo supuso un nuevo recordatorio de mi pecado. Me tumbé en la cama y, cubriéndome la cabeza con los brazos, me pregunté cómo me las arreglaría para mirar a la cara a mi prometido al día siguiente y pensé en lo mucho que iba a echar de menos a Angie.

## Once

### Angie

Angie conoció a Harvey un ajetreado sábado de Navidad, cuando la tienda estaba tan falta de personal que se vio obligada a hacer de dependienta en el departamento de ropa interior. Al abrirse paso por un atestado pasillo, no pudo evitar fijarse en un fornido hombre de pelo oscuro y vestido con una cazadora de los Blackhawks que estaba rebuscando en un colgador repleto de picardías de encaje con la mirada tímidamente baja.

—¿Puedo ayudarlo? —le preguntó ella tras decidir que se reiría un poco de él. El tipo levantó sus caídos ojos de sabueso y se sonrojó. Angie estaba segura de que, si hubiera podido desaparecer en ese mismo instante, lo habría hecho.

—Esto... Sí, estoy buscando un regalo. —Su acento nasal indicaba que provenía de la zona de Southside. Clase trabajadora.

—¿Es para su esposa?

—Esto... No, para una amiga especial. —Se aclaró la garganta dos veces.

—Una mujer afortunada. —Angie rebuscó en el colgador hasta que encontró un picardías ribeteado con plumas. Se lo mostró al hombre—. ¿Esto es de su talla?

—No estoy seguro —dijo Harvey, cuyo rostro para entonces ya era del color de la remolacha hervida. Al parecer, la talla era algo en lo que no se le había ocurrido pensar.

—Bueno, ¿cómo es esa mujer en comparación conmigo? —lo provocó Angie, mirándolo directamente a los ojos—. ¿Diría que es de mi talla? ¿Más grande o más pequeña?

Harvey se fijó en su cuerpo. Con su sonrisa de labios carnosos, sus voluminosos pechos y sus anchas caderas, Angie rezumaba sensualidad por todos los poros. De repente, a su delgada y plana novia le esperaba una Navidad más bien triste.

Harvey cogió el picardías que Angie sostenía delante de él.

—Éste parece perfecto. Me lo llevo. ¿Puede envolverlo?

Ella le cobró la adquisición y la envolvió en papel de colores vivos. Luego metió el paquete en una bolsa de Bloomingdale's y se la entregó.

—Estoy segura de que le encantará.

—Lo dudo. —Él le devolvió la bolsa—. Es para ti.

Esta vez le tocó a Angie sonrojarse. Se quedó petrificada detrás del mostrador mientras docenas de compradores de Navidad competían por su atención. Envalentonado, Harvey le sonrió y le preguntó:

—Bueno, ¿adónde vamos a cenar esta noche?

Rápidamente, ella recobró la compostura.

—¿Qué te parece Morton's? Me gusta la carne roja.

Ella no se pondría ese picardías hasta la noche de bodas. Para deleite y frustración de su futuro marido Angie era virgen y tenía intención de permanecer en ese infrecuente estado hasta que estuviera casada. Su comportamiento insinuante y a menudo incluso lascivo era mera fachada. Su padre había sido un notorio mujeriego y sus escapadas habían sido tan descaradas que prácticamente todo el mundo tenía conocimiento de ellas. Criada a la sombra del comportamiento de su progenitor, Angie se había formado una firme opinión sobre el sexo y la dolorosa estela que éste dejaba. No tenía la menor intención de entregarse nunca a aventuras esporádicas.

Cuando se puso ese picardías la primera noche de su luna de miel en su suite de Las Brisas, resultó que la espera había valido la pena. Para ambos. Harvey resultó ser un amante tan considerado como los que Angie había conocido en los libros, y la timidez de ésta se derritió bajo su guía. Ella

descubrió que el sexo era algo que realmente disfrutaba. Lo cual era una suerte, pues su única aspiración en la vida consistía en tener hijos y criar una familia.

Tanto ella como Harvey estuvieron entusiasmados cuando poco después de la luna de miel descubrieron que ella se había quedado embarazada. Compraron una casa de tres plantas en la zona de Old Town y la rehabilitaron para convertirla en una casa unifamiliar con tres dormitorios y un cuarto para el bebé. Entonces tuvo lugar el primer aborto espontáneo. El ginecólogo de Angie le aseguró que no era extraño que una mujer sufriera un aborto natural en su primer embarazo, de modo que Harvey y ella volvieron a intentarlo. El segundo embarazo también terminó en aborto. Y el tercero.

Después del cuarto, Angie se volvió inconsolable. No podía comprender por qué su cuerpo, tan claramente hecho para tener hijos, estaba traicionándola. Cuando sufrió el quinto aborto, en vez de buscar el apoyo de Harvey, se alejó de él. No quería que la tocara, pues no podía soportar la idea de volver a fallarle. El dormitorio que había sido fuente de tanta felicidad para ambos se convirtió en un amargo campo de batalla en el que él buscaba satisfacer sus necesidades y ella lo rechazaba.

Esto duró aproximadamente un año, hasta la tarde en la que ella llegó temprano a casa y encontró a Harvey en su cama con una rubia de su oficina.

Si Angie se había vuelto inconsolable a causa de su incapacidad para tener hijos, la infidelidad de Harvey no hizo sino empeorar las cosas. Él le juró que era la primera y única vez que le había sido infiel. Que la mujer lo había acompañado a casa y había sucumbido a ella en un momento de debilidad. Le juró que no volvería a pasar. Angie, sin embargo, no quiso escucharlo. Después de haber sido testigo de cómo su madre soportaba en silencio las aventuras extramatrimoniales de su padre, no tenía intención alguna de pasar por lo mismo. Harvey se lo suplicó, le recordó que hacía meses que no practicaban sexo, le pidió que acudieran a terapia de pareja. Pero para Angie

la infidelidad era la mayor de las traiciones posibles. Lo echó de casa e inició los trámites de divorcio. Y ya no quiso saber nada más.

## Doce

### Carol Anne

Con los niños otra vez en casa, el nivel de ruido en la cocina volvía a ser tan ensordecedor como siempre. Cara y Eva estaban peleándose por el mando a distancia, mientras Michael Jr. reclamaba atención a gritos en su trona. Carol Anne apenas si oía nada. Se encontraba de pie delante del fregadero, pelando patatas. Tenía muchas y muy inquietantes cosas en la cabeza. Como la pérdida de Angie. Nada menos que asesinada. Lo que debían de estar sufriendo sus padres... No podía imaginar siquiera lo devastador que debía de ser perder a un hijo. A continuación, estaba el estúpido desliz de su mejor amiga, acostándose con un desconocido y arriesgándose a perderlo todo. Lo que más le preocupaba, sin embargo, era su matrimonio con Michael. Algo iba terriblemente mal entre ellos dos.

Cuando la policía había aparecido en la puerta, él se encontraba en el hospital encargándose de una complicación surgida durante una liposucción. Como los niños todavía estaban con su abuela, cuando se sentó con los detectives en el salón para contestar a sus preguntas la tranquilidad en la casa era digna de una mansión encantada. Le interrogaron sobre la noche anterior, sobre Angie y las demás chicas, sobre Angie y Harvey, sobre la condición en la que se encontraba ésta cuando se marchó, si sabía que estaba tomando cocaína (cosa que, por supuesto, ella ignoraba). El detective O'Reilly fue quien más habló y, mientras tanto, su silencioso colega tomaba notas. Habían sido de lo más formales y a ella le había resultado muy fácil ser directa y honesta con ellos. Tampoco era que tuviera nada que ocultarles. Al menos, eso creía, hasta que llegó el final del interrogatorio.

—¿Y sus invitadas sobre qué hora se marcharon, señora Niebaum? — preguntó O'Reilly. Carol Anne apreciaba que se refirieran a ella como señora Niebaum. Le encantaba cómo sonaba su nombre de casada.

—Diría que sobre las diez ya se habían ido todas.

—Si no me equivoco, la señorita Lupino se dirigió al centro en coche con la señorita Trueheart.

—Así es.

El detective rechoncho asintió con sus gruesos dedos entrelazados sobre el regazo.

—Y usted se quedó sola.

—Sí. Los niños estaban en casa de mi suegra. De hecho, todavía están ahí, y mi marido estaba fuera jugando a las cartas.

—Espero que ganara —bromeó Kozlowski. Era lo primero que decía desde que se habían presentado en la puerta.

—Pues lo cierto es que lo hizo. Más le valía, con lo tarde que regresó. — En cuanto pronunció esas palabras, lamentó haberlas dicho. ¿Había sido eso un destello de perspicacia en el ojo de O'Reilly? Su ceja derecha parecía haber contraído un tic y se la tocó ligeramente con la mano para calmarla.

—¿A qué hora llegó a casa su marido, señora Niebaum? —preguntó.

Ella se dijo que probablemente se trataba de una pregunta rutinaria. Aun así, no quería que supieran que los pájaros ya estaban cantando cuando Michael se metió en la cama. Eso resultaría humillante y no era de su incumbencia. Esperó que ninguno de los dos detectives advirtiera su vacilación antes de contestar.

—Michael volvió justo después de la medianoche.

Después de eso se marcharon, dejándola sola en una casa que de repente parecía más grande y vacía.

Los gritos de las niñas alcanzaron un volumen intolerable que penetraba a través de sus pensamientos privados y perturbaba sus sensibilizados nervios

como uno de esos sopladores de hojas que usan los jardineros. En un momento dado, la mano se le resbaló y se hizo un corte en el nudillo con el pelador de patatas. Dándose la vuelta en el fregadero, se dirigió a sus hijas en un tono de voz que rara vez oían.

—¡Cara! ¡Eva! ¡Ya basta! ¡Ahora mismo, maldita sea!

Tras quedarse estupefactas al descubrir que su madre tenía un límite, las niñas salieron corriendo de la cocina y desaparecieron por el pasillo. Los gritos del bebé aumentaron de intensidad, de modo que Carol Anne lo cogió en brazos. Cuando se tranquilizó, volvió a sentarlo en la trona y le dio de comer un potito de zanahoria. Sus pensamientos regresaron a Michael.

Hacía meses que no la tocaba. La cama que compartían sólo la usaban para dormir. Por primera vez en los quince años que llevaban juntos, Carol Anne sospechaba que había otra mujer. Pasaban tantas por su consulta a diario que tener una aventura sería tan fácil para él como arrancarle un pétalo a una margarita. Lo raro era que no había reparado en ninguna de las señales que solía leer en las revistas. No se había comprado ropa interior sexy ni había comenzado a pasar una cantidad de tiempo exagerada delante del espejo. Tampoco recibían misteriosas llamadas a casa de gente que luego colgaba. Finalmente, Carol Anne decidió que la imaginación estaba jugándole malas pasadas. Su marido sólo estaba cansado de trabajar tan duro, la excusa que él siempre le daba cuando ella le mencionaba la falta de intimidad en su matrimonio.

Pero los acontecimientos del día hicieron que volviera a tener sospechas a un nivel completamente distinto. En realidad, Michael había regresado a hurtadillas a las cinco de la madrugada y, sin querer, la había despertado (si es que a ese inquieto duermevela podía considerárselo dormir). Le había pedido perdón por llegar tan tarde y le había explicado que no había podido marcharse antes de la partida de póquer porque era de mala educación que el jugador que iba ganando dejara la mesa. Luego habían hecho el amor por primera vez en meses, aplacando la ira que ella sentía por que hubiera llegado

tarde. Lo único que importaba era que su marido le había hecho el amor por primera vez en siglos.

No obstante, su renovada felicidad se había hecho añicos por la mañana al ver la reacción de Michael ante la muerte de Angie. Se había puesto tan lívido como las persianas de las ventanas de la cocina, y las manos le habían comenzado a temblar tan visiblemente que había temido que se le cayera la taza de café. No parecían las manos de un cirujano que podía quitarle veinte años a los ojos de una mujer. Si bien resultaba innegable que la muerte de Angie suponía una tragedia inesperada, Michael se había mostrado excesivamente afectado por ella. Al fin y al cabo, Angie era amiga suya, no de él. Y entonces fue cuando se le ocurrió lo impensable. ¿Acaso había habido algo entre su marido y Angie? ¿Era posible que la ruptura del matrimonio de ésta la hubiera empujado a entrometerse en el suyo con Michael?

Todavía estaba dándole cucharadas de puré de zanahoria al bebé cuando advirtió que Michael se encontraba detrás de ella. Su marido tenía la molesta costumbre de entrar en las habitaciones sin anunciarse y entonces decir o hacer algo que le daba un susto de muerte. En esta ocasión, un ligero toque en el hombro hizo que diera una pequeña sacudida a la cuchara que tenía en la boca del bebé.

—¡Odio cuando me asustas así! —dijo Carol Anne, volviéndose y fulminándolo con la mirada antes de volver a centrar su atención en el bebé—. ¿Qué tal está la paciente?

—Está bien. He tenido que drenarla un par de veces. Por supuesto, de nada sirve practicarle una lipo a la señora Cavanaugh. En nada, volverá a estar igual de gorda. Sólo que esta vez la grasa terminará alrededor de la cintura en vez de alojarse en el culo. Gracias a Dios que pagan por anticipado. — Michael se le acercó por la espalda y la envolvió con sus brazos.

Ella dejó a un lado el tarro de potito y, tras darse la vuelta, enterró su rostro en el pecho de su marido.

—¿Por qué te has comportado de un modo tan raro cuando te has enterado

de la muerte de Angie? —le preguntó sin levantar la mirada.

El cuerpo de Michael se tensó y, echándose hacia atrás, agarró a Carol Anne por los brazos con más firmeza de la que ella estaba acostumbrada y se la quedó mirando de un modo que la asustó.

—¿De qué estás hablando? ¿Una amiga tuya ha sido asesinada y tú piensas que yo me comporto de un modo raro? ¿En comparación con qué? ¡No todos los días recibimos una noticia como ésa!

—¡Oh, Dios! Tienes razón, Michael —se disculpó ella. No quería enfadarlo—. A veces me preocupo demasiado. Tú y los niños lo sois todo para mí, y si sucediera algo...

Él volvió a abrazarla, esta vez con más fuerza, y comenzó a balancearla ligeramente hacia delante y hacia atrás.

—Cariño, ha sucedido algo terrible y trágico. Es comprensible que estés alterada. Pero no veas cosas donde no las hay.

Sintiéndose segura en los brazos de Michael, Carol Anne comenzó a pensar que, efectivamente, estaba reaccionando de un modo exagerado. Sin embargo, había un extraño timbre en el tono de voz de su marido. Una normalidad que casi parecía forzada. No pudo evitar que la invadiera la sensación de que algo no iba bien y no consiguió desembarazarse de ella ni siquiera cuando su marido subió al primer piso para prepararse para el almuerzo. Procuró reprimirla. Ese hombre de pelo rizado era el punto focal de su existencia, el único hombre al que había amado, y nunca nada cambiaría eso. Sus atribulados pensamientos eclipsaron el dolor que debería haber estado sintiendo por su fallecida amiga.

## Trece

### Trece días para la boda

El mayor obstáculo que tuve que superar después de haber mordido la manzana prohibida fue volver a ver a Flynn cuando el domingo por la tarde regresó a casa tras pasar unos días en Nueva York. Me libré de ir a buscarlo al aeropuerto, pero no era viable que me negara a cenar fuera con él esa noche. Como me había dejado la elección del local a mí, escogí intencionalmente nuestro restaurante de sushi favorito para no tener que sentarme enfrente de él y mirarlo a los ojos durante toda la cena. Temía que sus confiados ojos azules pudieran leer mis traidores ojos verdes. No estaba lista todavía para que viniera a mi apartamento, de modo que le dije que nos encontraríamos en la puerta del restaurante. En cuanto lo vi doblar la esquina vestido de manera informal con unos pantalones vaqueros lavados a la piedra y un polo de color arándano, se me llenaron los ojos de lágrimas. Él me abrazó y yo enterré la cabeza en su pecho, vertiendo ríos de sal sobre el caballo de Ralph Lauren sin estar segura de si las lágrimas se debían más a mi comportamiento o a la muerte de Angie. Él, mientras tanto, me acarició la espalda con suavidad sin dejar de repetir:

—No pasa nada Mags. No pasa nada.

Cuando recobré la compostura, me sequé las mejillas y lo miré brevemente a los ojos. Luego volví a bajar la vista.

—Bienvenido a casa —dije.

Sentados uno al lado del otro en el restaurante de sushi, hablamos de la muerte de Angie. Le conté todo lo que sabía sobre el asesinato: que lo más probable era que ella hubiera vuelto a salir de su apartamento después de que

Suzanne la dejara y que había sido asesinada algo más tarde. Por fortuna, Flynn no me pidió detalles de la velada. Cuanto menos me explayara sobre lo sucedido esa noche, mejor. Le conté una mentirijilla —si es que puede llamarse así— al decirle que Angie, Suzanne y yo nos marchamos de The Overhang a la misma hora, pero que habíamos cogido distintos taxis porque Suzanne había acompañado a Angie a su casa. Reconozco que esa afirmación dejaba cabos sueltos y cojeaba un poco, pues Angie vivía más cerca de mi apartamento en la zona de Old Town que del de Suzanne en Lake Shore, con lo que habría tenido más sentido que hubiera sido yo quien la acompañara en vez de ella, pero Flynn no se dio cuenta.

Aunque, claro, él tampoco estaba buscando inconsistencias en mi relato. No tenía ninguna razón para desconfiar de mí. Con la intención de aligerar un poco mi estado de ánimo y dejar de hablar de Angie, Flynn procedió a contarme el fin de semana que había pasado en Nueva York con sus hermanos de la fraternidad, un fin de semana del que —me explicó— su hígado iba a tardar un mes en recuperarse. Comenzaron el viernes por la noche de copas en Fanelli's, a las que siguieron unos filetes en Gallagher's, y terminaron la noche en P. J. Clarkes. El sábado por la noche cenaron en la zona de Hell's Kitchen y luego sus amigos lo llevaron a un club de caballeros de un sórdido vecindario de la zona de Westside.

—¿Quieres saber lo que pensaba mientras veía a esas chicas en The Incubator? —dijo cogiéndome de la mano—. Pensaba que no podían compararse contigo. Y deseé estar aquí contigo o que tú estuvieras conmigo en Nueva York.

—Yo también habría deseado estar en Nueva York —repetí con honestidad: si hubiera estado allí, nada de todo aquello habría pasado.

Me volví en el taburete y me quedé mirando su dulce rostro, la pendiente de su nariz y su fuerte mentón. Me recordé a mí misma lo afortunada que era, algo que mi madre siempre me repetía. «No hay muchos hombres como Flynn,

especialmente para mujeres en la treintena —remachaba hasta la náusea—. Ya te decía que encontrarías a alguien si adelgazabas.»

«Como si tú no tuvieras nada que ver con el peso, madre», quería contestarle yo siempre. De repente, la imagen de un rebelde Barry Metter, con su pelo pajizo y su mirada somnolienta, se abrió paso en mi mente y se me hizo un nudo en el estómago al recordar con dolor mi juventud.

Me colé por Barry tanto como Carol Anne lo hizo por Michael. Mi inexperto corazón era tan vulnerable al primer amor como un nativo a las enfermedades coloniales. Él era mayor y más listo que yo, veía el mundo desde otra perspectiva y solía exponer radicales creencias y elevados ideales para solucionar el hambre en el mundo y salir de la guerra de Vietnam antes de llegar a la edad de reclutamiento. Nos conocimos en el invierno de mi penúltimo año y fuimos inseparables durante toda la primavera y el verano siguientes. Y, tal y como manda el amor juvenil en su forma más pura, en un momento dado comenzó a presionarme para que llegáramos hasta el final, diciéndome que si de verdad lo amaba tenía que demostrarlo. Como la buena chica católica que era, yo me negué a ello, pero dejé que me hiciera cosas que habrían horrorizado a mis padres.

A medida que se acercaba septiembre, sin embargo, empecé a preocuparme por el hecho de que Barry iba a marcharse a Berkeley. Y decidí que demostrarle mi amor tal vez sería la única forma de mantenerlo unido a mí, a pesar de los tres mil y pico kilómetros que separaban Winnetka de California. Un día se presentó la noche perfecta: mis padres iban a ir a ver *La traviata* al centro y no llegarían a casa hasta tarde. Como mi hermana mayor ya se había ido a la universidad y la menor iba a pasar la noche en casa de una amiga, iba a tener toda la casa para mí.

Barry trepó por el olmo que crecía frente a la ventana de mi habitación para que ninguno de los vecinos lo viera entrar en casa. Yo lo esperé junto a la ventana ataviada con el salto de cama amarillo que mis padres me habían

regalado por Navidad. Cuando me tomó en sus brazos, sentí como si fuéramos Romeo y Julieta: dos jóvenes amantes tan enamorados el uno del otro que el resto del mundo había desaparecido. Barry me trató con cariño y sólo me sentí ligeramente incómoda cuando finalmente se adentró en territorio inexplorado. Él estaba encima de mí y las sábanas a los pies de la cama cuando de repente la puerta del dormitorio se abrió. La mala suerte había querido que se hubiera ido la luz en el teatro The Lyric y la ópera hubiera sido cancelada.

Los gritos de mi madre seguían resonando en mis oídos todos esos años después. Quiso meter a Barry en prisión por estupro. Como él tenía dieciocho años y yo sólo dieciséis, cabía la posibilidad de que la acusación prosperara. En vez de eso, sin embargo, le prohibieron que volviera a verme y a mí me castigaron las semanas que quedaban de verano. Barry se marchó a Berkeley sin que tuviéramos la posibilidad de despedirnos. Yo permanecí encerrada en mi habitación llorando durante días, negándome a comer.

Dos semanas después, me puse el uniforme gris de cuadros y regresé al Inmaculata para cursar mi último año de secundaria. Las semanas siguientes seguí sin comer, había perdido el apetito, pero aun así la cintura del uniforme cada vez me iba más justa. Mi madre abordó la cuestión antes siquiera de que yo llegara a ser plenamente consciente de ella. Como mi hermana mayor ya no estaba en casa y la menor todavía no tenía la regla, mi madre y yo éramos las únicas que usábamos tampones en casa. Cuando vio que la caja de Tampax de mi cuarto de baño seguía precintada, no tardó en sacar su conclusión.

Antes de que pudiera darme cuenta, la mujer más católica entre las católicas me llevó a su ginecólogo judío para que me hiciera un legrado. ¿Cuáles eran mis opciones? Tenía dieciséis años y mi novio estaba a tres mil kilómetros. Y, como si de un tornado se tratara, cuando mi madre tomaba una decisión era una fuerza de la naturaleza contra la que no podía hacerse nada. Yo era una mera esclava que cumplía órdenes. Me limité a hacer lo que me decían y clavé los ojos en el techo con las piernas abiertas mientras me

raspaban el útero. Esa noche, todavía insensibilizada por la pérdida de Barry, e incluso más por la pérdida de su potencial hijo, volví a comer.

Y vaya si lo hice. Me sumergí en la comida para mitigar el dolor. No dejaba de engullir hamburguesas, patatas fritas, helados... No tenía suficiente. No paré de comer hasta que añadí trece kilos a mi complexión de un metro sesenta.

Nunca volví a ver a Barry. A finales de ese otoño, su padre fue trasladado a California, de modo que ya ni siquiera tendría la opción de verlo cuando viniera a casa durante las vacaciones semestrales. Aunque tampoco habría querido verlo con el aspecto que tenía entonces, hinchada como el *Hindenburg*. Con el tiempo, el dolor fue a menos, pero eso no me hizo adelgazar esos trece kilos. Mantuve ese peso durante lo que me quedaba de instituto, la universidad y mis primeros años profesionales. En parte, atribuía mi éxito en la revista *Chicagoan* a mi sobrepeso. La grasa me protegía de cualquier distracción (como, por ejemplo, un novio), dejándome gran cantidad de tiempo para dedicarme a un trabajo que ni siquiera me gustaba.

Hasta que un día, mientras me encontraba en la sala de espera de una agencia de seguros que se publicitaba en *Chicagoan*, me puse a hojear una revista especializada y vi una fotografía de Barry. Había ganado algún premio al mejor vendedor de seguros de su condado. Tenía el rostro fofo, entradas en el pelo, y la sonrisilla burlona que tanto me gustaba se había convertido en una amplia mueca que dejaba a la vista las blancas coronas de sus dientes. El artículo mencionaba lo orgullosos que estaban de él su esposa y sus dos hijos. Su rebeldía había dado paso a un insulso conformismo. En ese momento me di cuenta de que en algún lugar en lo más profundo de mi conciencia siempre había tenido la esperanza de que algún día volviéramos a estar juntos. Esa idea se evaporó de golpe.

Durante las semanas siguientes, dejé de comer en exceso. Así de simple. Dejé de atiborrarme de hamburguesas y patatas fritas y galletas y helado, y comencé a alimentarme con comida sana como fruta, verdura y pescado.

También empecé a ir al trabajo a pie en vez de coger el coche o un taxi. Y a hacer abdominales y flexiones. Kilo a kilo, el peso fue disminuyendo hasta que un día me subí a la balanza y pesaba cuarenta y nueve kilos. Exactamente lo mismo que pesaba el verano que estuve con Barry.

Y lo mismo que pesaba también el día que conocí a Flynn.

Cada una de las palabras que dije durante el resto de la velada con Flynn sonó forzada y fingida, como si estuviera con un desconocido del que me muriera de ganas de librarme. Lo irónico era que él era la misma persona a la que había acompañado al aeropuerto el jueves por la tarde. Era yo quien había cambiado, quien había violado su confianza, quien era ahora la desconocida. Y, por más que me esforzara, estaba costándome mucho comportarme de un modo normal. Sentí una oleada de alivio cuando detuvo el coche delante de mi edificio para que me bajara. Sin embargo, antes de que pudiera salir del coche, me preguntó si todo iba bien. Yo culpé mi extraño comportamiento a la muerte de Angie, lo cual era parcialmente cierto. Luego me apresuré a apearme y a subir a mi apartamento, agradecida por el hecho de que todavía no viviéramos juntos y pudiera quedarme a solas con mi culpa.

## Catorce

### Suzanne

Vince se sentó en el borde de la cama y, con las sábanas cubriéndole el exhausto miembro, se quedó mirando cómo Suzanne se vestía. La observaba con tal intensidad que ella siguió sintiendo sus ojos mientras se ponía el vestido negro por la cabeza. Cuando se llevó la mano a la espalda para cerrar la cremallera, él se puso en pie de un salto y la ayudó a hacerlo con un esmero casi religioso. Luego siguió mirándola mientras ella se sentaba a su tocador, se recogía el pelo rubio en un moño perfecto y se aplicaba una ligera capa de lápiz de labios. Cuando se puso en la muñeca el pesado brazaletes de oro que él le había regalado, Vince asintió mostrando su aprobación.

Entonces la fachada de Suzanne se vino abajo y, tras apoyar la cabeza en el respaldo de la silla, dejó escapar un suspiro. Luego cerró con fuerza los ojos y buscó la paz en la oscuridad de sus párpados cerrados. No había palabras para describir lo mucho que había detestado el velatorio. Había sido terriblemente doloroso: la malsana atmósfera del tanatorio, la madre de Angie llorando, el padre deshecho, los tres hermanos intentando mantener la compostura, los afligidos rostros de familiares y amigos, el dolor exacerbado por las preguntas sin respuesta de quién y por qué. Los últimos días habían sido excepcionalmente duros para ella, pues no había podido dejar de pensar en la muerte de Johnny. Hasta entonces había creído que el tiempo había cicatrizado esa herida, pero el fallecimiento de Angie había vuelto a abrirla y le dolía tanto como antaño.

Cuando volvió a abrir los ojos, Vince estaba mirándola con preocupación. Ella forzó una débil sonrisa.

—Será mejor que me vaya.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? Estás muy pálida —dijo él en un tono de voz preñado de una nueva inquietud.

Ella comenzó a asentir, pero, de repente, se detuvo y negó enfáticamente con la cabeza. Esforzándose por mantener el control de sus emociones, se sentó al lado de Vince en la cama que, apenas unos minutos antes, había sido escenario de su dulce éxtasis.

—Oh, Vince. No puedo dejar de sentir que de algún modo todo esto es culpa mía. Sé que no es así, pero no puedo evitarlo. Cada vez que veo a los padres de Angie, mi sentimiento de culpa va a más. Me siento responsable.

—Pero ¿cómo vas a ser tú responsable? —la tranquilizó él—. No es culpa tuya que Angie volviera a salir.

—Pero insistí para que se fuera a casa. No puedes entenderlo.

—Ayúdame a hacerlo.

—Es demasiado difícil —dijo ella.

Vince le rodeó los hombros con un brazo para tranquilizarla. Ella se liberó de su agarre y le dio un rápido pico en los labios. Nada que ver con los vehementes besos que se habían dado poco antes.

—No quiero llegar tarde. Asegúrate de cerrar la puerta cuando te vayas —le recordó.

Suzanne salió del apartamento y cogió el ascensor para ir al garaje. Luego, mientras avanzaba poco a poco en medio del tráfico matutino con las manos sobre el volante, los rayos del sol se reflejaron en el brazalete de oro y no pudo evitar sonreír ante su sencilla belleza. Vince se lo había regalado en uno de sus primeros almuerzos. En un primer momento, ella lo había rechazado. Ahora lo contemplaba con la satisfacción de un gato tumbado sobre el cálido capó de un coche. A pesar de toda la tristeza que había a su alrededor, el valor de una posesión siempre conseguía elevarle el ánimo.

Los almuerzos con Vince habían comenzado de la forma más inocente. Durante

un mes, cada viernes ella quedaba con él en un buen restaurante en el que compartían una fabulosa comida y un vino caro. En todas esas ocasiones, el comportamiento de Vince había sido el de un perfecto caballero. Se ponía de pie cuando ella se acercaba a la mesa, mantenía la distancia apropiada mientras almorzaban o le daba un educado beso en la mejilla cuando se despedían al terminar el encuentro. Sus conversaciones rara vez versaban sobre negocios, sino más bien sobre arte, deportes o historia. A veces discutían sobre política, pero como ambos eran conservadores y seguidores del presidente de aquel entonces, George Bush, era como predicar a un converso.

Él sólo habló sobre sí mismo en una ocasión. Envalentonada por una tercera copa de vino, un día ella le preguntó cómo había logrado su éxito. Él le contó que había nacido en Pittsburgh cuarenta y dos años antes y que sus padres, ya mayores, murieron con apenas unos meses de diferencia, dejándolo huérfano a los ocho años. Durante los ocho siguientes, fue pasando de familia en familia, unos meses aquí, un año allá, sin llegar a contar nunca con una habitación propia ni, todavía menos, un lugar que pudiera considerar un hogar.

—Pero no te compadezcas de mí —dijo al ver cómo lo miraba ella—. Mi infancia me convirtió en quien soy ahora. Me hizo desarrollar la fuerza de voluntad que me ha permitido alcanzar el éxito; una fuerza de voluntad que no tendría si mi vida hubiera sido normal.

Sus deseos de autosuficiencia hicieron que dejara el instituto a los dieciséis años y se pusiera a trabajar en la construcción, un campo en el que había mucho trabajo y se podía ganar dinero. Le apasionaban todos los aspectos del negocio. Le entusiasmaba la idea de crear algo donde previamente no había nada. Disfrutaba del peligro que implicaba trabajar en las alturas y la destreza necesaria para ello. Apreciaba la matemática simetría de las estructuras en las que trabajaba y el hecho de que toneladas de acero y hormigón pudieran integrarse con kilómetros de cables y fontanería para formar espléndidas estructuras. Adoraba pelearse con los elementos y resolver problemas.

—Decidí que lo que quería hacer era poseer una empresa que diseñara y erigiera edificios, de modo que acudí a la escuela nocturna para completar mi educación secundaria, me diplomé y luego comencé a estudiar Arquitectura e Ingeniería. Me he pasado toda la vida estudiando y trabajando, estudiando y trabajando.

Se detuvo un momento como si estuviera decidiendo si seguir contando su historia, y, sin que Suzanne insistiera, finalmente prosiguió:

—Por aquel entonces era muy solitario, siempre estaba solo. Un día, un tipo con el que estaba trabajando en un proyecto me presentó a su hermana, Anna, y al poco me encontré a mí mismo con mi primera novia. Y mi primera amante. Lo cual fue genial hasta que se quedó embarazada. Me casé a los diecinueve años y a los veinte me convertí en padre.

No hubo vacilación alguna antes de sus siguientes palabras.

—Pero ¿quieres saber algo? Aunque me vi atrapado en un matrimonio a una edad tan temprana, mi hija hizo que valiera la pena. Es lo que más quiero en este mundo.

Tras haber superado ese obstáculo, Vince prosiguió su historia. La familia terminó trasladándose a Chicago, que vivía un auténtico *boom* inmobiliario. Consiguió trabajo en una pequeña empresa cuyo propietario lo acogió bajo sus alas y le enseñó el aspecto más empresarial de la construcción. Cuando este jefe decidió jubilarse, Vince compró la empresa y comenzó no sólo a construir, sino a promover sus propios inmuebles.

—Y ahora, por si no te has dado cuenta, Columbo es probablemente el letrado más visible de la ciudad. Es mi pasión y soy muy bueno en ello. Me crezco ante la competencia que suponen cosas como pujar en las subastas, tratar con los sindicatos, solucionar problemas de diseño. No tengo ni idea de qué otra cosa estaría haciendo si no me dedicara a promover y a construir inmuebles.

Suzanne se lo quedó mirando por encima del borde de su copa de vino.

—Menuda historia... Tienes razones para estar orgulloso —dijo sin estar

muy segura de por qué le había contado lo de su matrimonio. Para ella eso no suponía ninguna diferencia. No tenía ninguna intención de iniciar ningún romance con él, de modo que no le dio más vueltas.

Él ya no volvió a hablarle de su matrimonio, y ella no le preguntó por él. La conversación volvió a los temas habituales como el arte, los deportes o la historia. Otro viernes, Vince se presentó con un caro frasco de perfume francés. Ella intentó rechazar el regalo, pero él insistió en que lo aceptara explicándole que no era más que un pequeño obsequio, un detalle. Suzanne lo aceptó con cierto recelo. Al viernes siguiente, Vince le hizo otro regalo, éste más caro: un brazalete Bvlgari de oro. Esta vez ella se negó con firmeza a aceptarlo. El acuerdo entre ambos era estrictamente profesional y los regalos sugerían otra cosa. Él se encogió de hombros y volvió a guardarse el brazalete en el bolsillo de la americana.

Cuando terminaron de almorzar y estaban esperando que el camarero les llevara la cuenta, Vince la sorprendió diciéndole:

—Suzanne, una mujer hermosa debería tener cosas hermosas. Voy a seguir haciéndote regalos y tú eres libre de rechazarlos, pero en ese caso los guardaré con la esperanza de que algún día los aceptes.

Los ojos azules de Suzanne se volvieron vidriosos.

—Como quieras, Vince, pero no estoy en venta.

Al viernes siguiente, él le ofreció un collar de perlas negras que ella admiró fugazmente antes de rechazarlo. Y, una semana después, le llevó un reloj Cartier. La cosa continuó así durante varias semanas más, hasta que, en contra de lo que le decía su instinto, Suzanne descubrió que la atracción que sentía por ese hombre hecho a sí mismo era cada vez algo más que platónica. Era prácticamente imposible no sentirse cautivada por él. Era exitoso, inteligente y apuesto. Había acudido en su ayuda cuando ella la necesitaba desesperadamente. Y compartían muchos rasgos: a ambos los motivaba el éxito y apreciaban las cosas materiales que éste proporcionaba, pero también eran conscientes de que tenía un precio; ambos adoraban el arte, la música y la

literatura, pero tenían escaso interés en la parafernalia social que rodeaba las fiestas y las galas, y ambos eran almas solitarias cuyas mayores satisfacciones se las proporcionaba su trabajo.

Vince era su amigo. Su confidente. Su financiero.

Y, en un momento dado, pasó a ser su amante.

Sucedió en su duodécimo almuerzo. Vince debía de haber advertido que la determinación de Suzanne estaba flaqueando, porque cuando ésta llegó al Ritz-Carlton, en vez de dirigirse a una mesa del restaurante del hotel, hizo que la acompañaran a una sala privada. En ella estaba esperándolos una botella de Taittinger Comtes de Champagne en una cubitera de cobre. En cuanto ella entró, él cogió la botella y se la mostró.

—Mi favorito —dijo.

—No está mal —contestó Suzanne, a sabiendas de que el precio de esa botella era estratosférico.

Sus ojos expertos inspeccionaron la estancia. Una gran alfombra oriental cubría la mayor parte del suelo de mármol rosado. Un par de sillas estilo Luis XIV tapizadas con un suntuoso brocado color crema estaban colocadas frente a una pared con un espejo que iba del suelo al techo. Los acordes de un Concierto de Brandeburgo sonaban a través de unos altavoces escondidos. Y bajo un candelabro de reluciente cristal había una mesa para dos cubierta con un mantel de lino irlandés. Suzanne nunca habría imaginado que una escena semejante pudiera existir más allá de las películas o de la imaginación de una.

—Espero que no te importe que en esta ocasión haya optado por prescindir del restaurante —se disculpó Vince—. Simplemente hoy no tenía ganas de oír a los demás comensales.

—Bueno, no puedo quejarme del servicio —dijo ella. Sus ojos repararon entonces en la puerta abierta al fondo de la sala y en la enorme cama con dosel que había dentro. Semanas antes se habría sentido insultada por lo que todo eso sugería. Ese día, en cambio, notó que le flaqueaban las rodillas.

Llamaron discretamente a la puerta y a continuación entró un camarero

vestido con una americana blanca empujando un carro con un montículo de caviar servido sobre un cuenco de hielo y acompañado por unas tostaditas triangulares y *crème fraîche*. Vince cogió una de las sillas y le ofreció asiento a Suzanne. Ella se apresuró a sentarse, agradecida de notar el sólido asiento bajo su cuerpo. A continuación, él hizo lo propio delante de ella y sonrió.

Las mejillas de Suzanne se habían encendido tanto que estaba segura de que se habían vuelto del mismo color que su traje rojo. Tras servir el Taittinger y el caviar, el camarero desapareció. Sin intercambiar siquiera una palabra, Suzanne y Vince chocaron sus copas y bebieron. Si bien el champán era excelente, ella apenas registró el sabor. Su cuerpo estaba experimentando unas sensaciones desconocidas y se le había acelerado la respiración. Muchos hombres se habían interesado por ella a lo largo de su vida, pero siempre había dado prioridad a los estudios y luego al trabajo, de modo que sus experiencias sexuales eran limitadas. Sentía un extraño aturdimiento. ¿Se debía al Taittinger o a Vince?

La habitual chachara informal entre ambos fue dando paso al silencio a medida que la electricidad entre ellos aumentaba. Al final, lo único que podía oírse en la estancia era el concierto. Cuando el camarero regresó para servir más champán, Suzanne rompió el silencio con unas palabras que la sorprendieron a ella misma. Mirando directamente a los ojos de Vince, le pidió:

—Dile que espere para servir el siguiente plato.

El camarero se retiró, dejándolos solos. Vince permaneció sentado en su silla, permitiendo que fuera únicamente su mirada la que salvara la distancia entre ambos. Se moría de ganas de levantarse y acercarse a ella, pero su cuerpo había comenzado a responder de un modo que sin duda lo delataría en caso de que se pusiera de pie. Ella tenía el rostro reluciente y sonrosado, y las pupilas dilatadas en medio de los círculos de color azul zafiro de sus iris. Vince sentía los nervios más a flor de piel que el día que nació su hija.

Cuando finalmente encontró las palabras, las pronunció con firmeza:

—Suzanne, quiero hacerte el amor más de lo que he querido nada en este mundo.

Esas palabras satisficieron enormemente a la joven, pues ella sentía exactamente lo mismo. Todas y cada una de las fibras de su ser deseaban que Vince la tocara y la consumiera. Un lado de ella que ni siquiera sabía que existía se hizo con su voluntad y decidió tomar la iniciativa. De repente, se levantó de la silla, rodeó la mesa, se sentó en el regazo de Vince y lo envolvió con sus brazos. La dureza que podía notar debajo de ella confirmó lo que él acababa de decirle, y no pudo evitar regocijarse de su recién descubierto poder.

El primer beso entre ambos duró minutos. Ninguno de los dos quería o estaba dispuesto a que finalizara. Suzanne nunca había experimentado nada como ese beso. La llevó a otra dimensión, como si Vince fuera una extensión de ella. Fue un beso cálido y profundo, y lo más carnal que le había pasado en la vida. No quería que terminara nunca.

Como ya no lo avergonzaba su estado físico, él se puso de pie con ella en brazos y, tras llevarla al dormitorio, la depositó sobre la cama sin dejar de besarla. Sus labios pasaron del cuello a las mejillas y luego a los párpados de Suzanne. A continuación, le desabrochó la chaqueta y acercó la boca a los montículos de sus pechos. Acto seguido, le abrió la cremallera de la falda y se la quitó. La excitación que sentía se vio aumentada por el ligero de encaje y las medias que llevaba, un profético cambio respecto a su habitual panti. Luego fue el turno de Suzanne, que se tomó su tiempo para desvestirlo, besando su torso a medida que iba desabrochando los botones de la camisa. Cuando hubo terminado, pasó a la cremallera de su pantalón.

Luego volvió a ser el turno de Vince. Tumbó a Suzanne de espaldas sobre la cama y no dejó de besarla mientras le quitaba el sostén, el ligero, las medias y las minúsculas bragas. Estaba frenético y quería lamer cada centímetro de su piel. Estuvo a punto de hacerlo. Su excitación no dejaba de ir

en aumento mientras ella gemía a su lado. Cuando no pudo soportarlo más, se colocó sobre ella y acercó su sexo a la dulce abertura entre sus piernas.

—¿Estás lista para mí? —jadeó.

—No estoy usando ningún método anticonceptivo —consiguió decir ella entre gemidos. Eso puso todavía más cachondo a Vince. El hecho de que no tomara la píldora ni llevara sus propios condones le indicaba que aquello no era algo habitual para ella, que no solía ir acostándose por ahí.

Él, sin embargo, sí estaba preparado. Sacó un preservativo del bolsillo de sus pantalones y volvió a unirse a ella en la cama para lo que resultó ser el mejor sexo que ninguno de los dos hubiera experimentado en sus vidas.

Terminaron el almuerzo en la cama, haciendo una pausa entre el primer y el segundo plato para otra ronda de sexo. Mientras el día daba paso lánguidamente a la tarde, Suzanne permaneció en brazos de Vince completamente satisfecha y sin poder creer que hubiera algo más excitante en la vida que abrir una nueva cuenta corriente o recibir un cheque con una enorme paga extra.

—Te he traído una cosa —dijo él tras darle un beso en la frente.

A continuación abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó un montón de pequeñas cajas. A ella el corazón le dio un vuelco al darse cuenta de que Vince había traído todos los regalos que ella había rechazado: el brazalete de oro, las perlas negras, el reloj Tank de Cartier. También había una caja adicional con el color azul turquesa y el lazo blanco típicos de Tiffany's.

Cuando la abrió, se quedó muda. No estaba segura de si se sentía aliviada o decepcionada ante el exquisito par de pendientes de iridiscentes diamantes y esmeraldas que relucían bajo la luz de la lámpara.

—Oh, Vince, son impresionantes —exclamó.

—Entonces, ¿aceptarás por fin mis regalos?

—Al final mi lado mercenario siempre termina aflorando —dijo ella saliendo de la cama y acercándose al espejo. Completamente desnuda, se puso

los pendientes, las perlas y el brazalete y se volvió en busca de su aprobación —. ¿Qué te parece?

Al verla con el collar de perlas oscuras colgando hasta su esbelta cintura, Vince volvió a sentirse excitado y extendió una mano en su dirección para atraerla hacia sí.

Fue pasada la medianoche cuando su recién descubierta felicidad se topó con el primer badén. Suzanne estaba dormitando entre los brazos de Vince cuando, de repente, él la despertó. Al levantar la mirada hacia su cara, ella vio una expresión de disculpa en su rostro y las comisuras de la sonrisa que había comenzado a formarse en sus labios se volvieron hacia abajo.

—He de marcharme —dijo Vince, y tras acercar los labios a su oreja añadió—: Jamás me había sentido así por una mujer. He estado loco por ti desde la primera vez que te vi. Estar contigo es mejor de lo que podría haber imaginado.

Suzanne fingió indiferencia. Vince estaba diciéndole que era lo más especial de su vida, pero tenía que marcharse a casa para estar junto a su esposa. No suponía ninguna sorpresa, pero aun así se sintió molesta. Que se marchara después de la magnitud del paso que habían dado le resultaba decepcionante. ¿Por qué no había inventado una mentira para poder pasar su primera noche juntos? Ella ni siquiera había llamado a su oficina para avisar de que no regresaría después del almuerzo. Había puesto en peligro su puesto de trabajo y él, en cambio, la abandonaba.

—Por favor, no me mires así —dijo él, leyendo sus pensamientos—. No me juzgues. No después de que entre nosotros haya pasado algo tan importante.

«Bienvenida al mundo real», pensó Suzanne. ¿Qué esperaba?

—Lamento que te vayas —dijo ella sin más.

Suzanne recibió el beso de despedida de Vince con frialdad y su caricia en las mejillas con indiferencia. No quería que él encontrara en ella la menor dependencia emocional. En cuanto él se hubo marchado, llenó la bañera de

mármol y vertió algunas de las lujosas sales que había en el cuarto de baño. Cuando se metió en el agua la fragancia de lavanda le provocó un hormigueo en la nariz y, mientras se bañaba, reflexionó sobre su situación. Se dio cuenta de que eso no tenía por qué ser algo malo. De hecho, tener un amante y una vida propia le ofrecía la posibilidad de disfrutar de lo mejor de ambos mundos. Ella no andaba buscando un compromiso ni una familia, de modo que, ¿por qué no limitarse a disfrutar?

Regresó a la cama y olió las sábanas. Todavía conservaban el aroma de Vince, masculino y almizcleño. Colocó una almohada entre sus piernas y otra bajo su cabeza y, sintiéndose sexy y satisfecha, se quedó profundamente dormida.

A la mañana siguiente, una caja de una floristería estaba esperándola en la puerta de su apartamento. Dentro había dos docenas de rosas amarillas de tallo largo. En la tarjeta que las acompañaba podía leerse: «Para la mujer más especial del mundo. Te quiero, Vince».

Ella no volvió a pensar en el estado conyugal de Vince. Pensaba disfrutar la relación tal y como era. Si bien cuestionaba la sensatez de dicha decisión (por no mencionar el aspecto moral de mantener una aventura con un hombre casado), Vince añadía un elemento a su vida que hasta entonces no se había dado cuenta de que le faltaba. El tiempo que pasaban juntos estaba lleno de excitación y pasión. Aportaba a su vida algo por lo que suspirar, una intensa válvula de escape física. Cada minuto que pasaba con él le proporcionaba un gran placer. Aceptar que la relación no podía llegar a nada todavía lo hacía todo más disfrutable. No hacía falta arruinar las cosas analizándolas demasiado. Simplemente eran dos personas que compartían la mente y el cuerpo del otro. Eso era suficiente para ella.

El ruido de múltiples cláxones despertó a Suzanne de su ensoñación. El semáforo se había puesto verde y estaba entorpeciendo el tráfico. Iba de

camino a un funeral. En cuanto pisó el acelerador y el BMW se puso en marcha, pudo sentir la desaprobación de Angie procedente de las alturas.

## Quince

### Diez días para la boda

Me senté junto a la ventana y, mientras estaba pendiente de la llegada del Audi plateado de Flynn, me entretuve quitándole las pelusas a mi falda negra de Gap. Iba a ser nuestro primer encuentro desde la incómoda cena del domingo por la noche. Tenía los nervios destrozados y un nudo en el estómago. Sólo esperaba que no se me notara durante el funeral. Los últimos días habían sido verdaderamente difíciles para mí. Había estado intentando retomar la normalidad cuando no estaba del todo segura de qué era lo normal. Mi vida estaba tan fuera de control que ni siquiera me sentía yo misma, sino alguien que permanecía suspendido sobre su desafortunado otro yo.

El lunes evité por completo a Flynn diciéndole que tenía muchas cosas que terminar en *Chicagoan* antes de la boda y que tendría que trabajar hasta tarde. En realidad, eso era cierto. Las responsabilidades de una directora de ventas no terminaban por más que una de sus mejores amigas hubiera sido asesinada, le hubiera sido infiel a su prometido y fuera la novia de la boda más cara de la historia. Tenía muchísimo trabajo atrasado a causa de la gran cantidad de días que me había cogido para ocuparme de los preparativos de la ceremonia, y el calendario me indicaba que sólo faltaban diez días para terminarlo todo.

Por pura casualidad, el martes Flynn tuvo que salir de la ciudad y no regresó hasta tarde, evitándome la dura experiencia de tener que asistir al velatorio de Angie con él. Ese desgarrador evento ya fue suficientemente difícil sin él, repleto como estuvo de lamentos, sollozos y lágrimas. Fui con Suzanne, pero como ella estaba tan alterada sólo nos quedamos una hora.

Y ahora ahí estaba otra vez, en estado de apoplejía ante la perspectiva de

ver a mi prometido. Como no quería correr el riesgo de que Flynn pudiera subir a mi pecaminoso edén, en cuanto vi que su coche aparecía por la calle bajé corriendo la escalera y salí por la puerta de entrada. Él no había pisado mi apartamento después de *ese* día, y temía que si visitaba la escena del crimen pudiera advertir que había algo diferente. Como no nos habíamos visto en un par de días, yo había podido quitarme la armadura que mantenía a raya mi sentimiento de culpa, pero ahora tenía que volver a ponérmela.

Caminé hacia su coche sintiéndome vulnerable. El aire olía a asfalto húmedo a causa de la tormenta que había caído poco antes, y el sol estaba comenzando a asomar por detrás de una de las últimas nubes negras, prometiendo uno de esos días húmedos típicos de Chicago. Un día casi perfecto para un funeral. Me detuve junto al vehículo para tranquilizarme y respirar hondo antes de abrir la puerta del copiloto. De inmediato, el olor a algún producto de limpieza reemplazó al del asfalto húmedo. Claro. Era miércoles. El día en que Flynn lavaba el coche. Hubiera o no funeral. Me saludó con una sonrisa de oreja a oreja que dejó a la vista sus blancos dientes, me senté a su lado y me puse el cinturón de seguridad, lo cual hizo que sólo pudiera saludarlo con un beso en la mejilla.

—¡Qué romántico! —dijo él al tiempo que su sonrisa daba paso a un mohín de decepción.

—Flynn, hoy voy a enterrar a una de mis mejores amigas.

—Lo siento. Ha sido un comentario desconsiderado.

Encendió el motor y arrancó el coche sin decir nada más, pero sin duda sintiéndose herido. Yo, mientras tanto, permanecía envuelta en mi manto de engaño. En la radio comenzó a sonar una canción de Whitney Houston: *I Wanna Dance with Somebody (Who Loves Me)*. No pude evitar que en mi cerebro apareciera una imagen no deseada del carpintero en la atestada pista de baile de The Overhang, y me apresuré a reprimirla.

Después de sufrir veinte minutos de lento tráfico, nos incorporamos a la autopista Dan Ryan y Flynn aceleró como si estuviera en una carrera contra el

tiempo, esquivando velozmente los coches sin dejar apenas margen y a veces cruzando hasta cuatro carriles a la vez. Le encantaba conducir de forma agresiva, y normalmente yo le decía algo acerca de ese arriesgado comportamiento, pero en ese momento un choque mortal me parecía la solución perfecta a mis problemas. Cuando llegamos a Edens Spur, comenzó a conducir todavía más rápido, y a medida que íbamos dejando atrás las rampas de salida cuyas curvas descendían a vecindarios de idénticas casas de una planta me di cuenta de que había llegado el momento de romper mi silencio, si no por mí, al menos por la seguridad de los demás conductores.

—Gracias por venir al funeral —dije, esperando que mi tono sonara sincero—. Sé que hoy has tenido un día importante en el trabajo.

—Jamás se me ocurriría dejar que pasaras por esto tú sola. —Pareció tranquilizarse y la velocidad del coche disminuyó hasta acercarse a la del límite permitido—. ¿Qué sucede, Maggie?

—¿Por qué no dejas de preguntar eso? —suspiré, devolviéndole la pelota con base en la táctica de que la mejor defensa es el ataque.

—Bueno, soy consciente de que esta muerte ha supuesto un duro golpe para ti, pero te comportas de un modo raro. Desde que regresé de Nueva York es como si fueras otra persona. —Yo no dije nada, y él añadió—: ¿Ves? Eso es lo que quiero decir. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Lo siento —dije al tiempo que me devanaba los sesos en busca de una excusa razonable. No era justo que lo torturara de ese modo—. Supongo que estoy agotada y un poco deprimida. No te lo tomes como algo personal.

Él levantó una mano del volante y la posó sobre la mía.

—Bueno, piensa en algo bonito. Como tu boda. Es increíble pensar que faltan menos de dos semanas, ¿verdad?

—Desde luego —respondí. Eso era la pura verdad. Los últimos meses habían volado. Pensé en todos los regalos de boda apilados en el dormitorio de mi infancia. Parecía un bazar.

—¿Sabes, Mags? Uno de los mejores días de mi vida fue el día en que te

conocí —dijo Flynn al tiempo que tomábamos Tower Road y nos dirigíamos al este por la reserva forestal. Las ramas de los árboles estaban cubiertas de hojas—. Nunca te he dicho esto, pero desde el principio lo que más me gustó de ti, aparte de tu increíble personalidad, claro está, es que no eres una de esas mujeres que andan sólo detrás del dinero. Eres alguien con auténtica sustancia. Y me hiciste reír. Me refiero a reír de verdad. ¿Me prometes que seguirás haciéndome reír cuando estemos casados?

—Haré lo que pueda —respondí, preguntándome si habría oído el chiste de la despedida de soltera en que la prometida...

Otra imagen no deseada apareció en mi mente: el carpintero sonriéndome en la pista de baile como si me conociera de toda la vida. Me reprendí a mí misma, preguntándome de dónde vendrían esos pensamientos.

Y, peor todavía, ¿cómo podía estar pensando en eso de camino al funeral de una amiga?

## Dieciséis

### Vince

A solas en el apartamento de Suzanne, Vince comenzó a pensar en la fascinación que esa mujer ejercía sobre él. Todo lo que hacía le impresionaba. Se había fijado en cómo se ponía firme al salir por la puerta para ir al funeral, como un soldado preparándose para el combate. Esa imagen había hecho que se le encogiera el corazón de un modo que nunca antes había experimentado. Recordó entonces la seguridad con la que se desenvolvía la primera vez que la había visto en una de sus obras. En esta ocasión la cosa había sido distinta. Su rígida postura se había visto contrarrestada por el tirón de la tristeza. Deseó haber podido ir al funeral con ella; estar allí para rodearla con sus brazos y ofrecerle un hombro sobre el que llorar.

Había pasado menos de una semana desde la última vez que la había visto, pero tenía la sensación de que había transcurrido un año lunar. Se alegraba de haber decidido pasar por su apartamento sin avisar, y todavía más de que lo hubiera recibido con los brazos abiertos. Habían hecho el amor de forma rápida y apasionada. Recordó entonces con satisfacción haber visto cómo se ponía el brazalete que le había regalado en su delgada muñeca. ¡Dios santo, cuánto la había echado de menos esos últimos días!

Se dio la vuelta en la cama, hundió el rostro en las sábanas y aspiró con fuerza la fragancia que ella había dejado. Procuró almacenarla en su sentido olfativo para rememorarla más adelante. Luego se duchó y se vistió por segunda vez ese día. De pie delante del espejo del cuarto de baño, se anudó la corbata con la imagen del dormitorio visible a su espalda a través de la puerta abierta. Como era de esperar, era una habitación con auténtico estilo. De la

colcha Frette a la cama Biedermeier, pasando por los grabados japoneses que decoraban las paredes. Suzanne tenía clase, algo que su esposa nunca podría tener. Para Vince, Suzanne era la perfección absoluta. La obsesión que sentía por ella hacía que sintiera miedo de que no le correspondiera. Cuando le preguntó por sus relaciones pasadas, ella le dijo que sus últimas parejas habían sido tan intrascendentes que no le habían dejado la menor huella. A él le costaba concebir que alguien tan hermoso, tan perfecto como Suzanne, nunca se hubiera enamorado. Debía de haber habido alguna gran pasión en su vida.

Vince había advertido que en su apartamento había muy pocas fotografías personales. Estaba convencido de que en algún lugar debía de guardar recuerdos, como por ejemplo fotos de su vida anterior; es decir, antes de conocerlo a él. De repente, tuvo una idea que violaba hasta tal punto la privacidad de Suzanne que se odió a sí mismo por tener siquiera la osadía de considerarla. Al mismo tiempo, sin embargo, supo que iba a llevarla a cabo. Se volvió hacia el vestidor y apenas vaciló un instante antes de entrar. Al igual que el resto del apartamento, estaba extremadamente ordenado y, como un muestrario de colores, la ropa había sido organizada de la más clara a la más oscura. Vince comenzó a abrir cajones al azar: ropa interior, calcetines, camisetas, pañuelos de seda... En cada uno podía vislumbrar un atisbo de ella. Además, en cada cajón había una bolsita con aroma a lila, el olor que él asociaba a ella en esos exquisitos momentos en los que se desvestía.

Después de abrir todos los cajones y no haber encontrado nada personal, pasó a inspeccionar los estantes superiores. Bolsos y cajas de zapatos etiquetadas con rotulador negro. Zapatos negros de tacón de Ferragamo. Sandalias doradas de Gucci. Los ojos de Vince recorrieron las cajas hasta llegar al rincón del armario, y fue ahí donde halló lo que buscaba. Escondidos entre la última caja y la pared había tres álbumes de fotos. Extendió los brazos y cogió uno.

Las fotografías que había dentro parecían ser de la adolescencia de Suzanne. Había imágenes en la playa, en el auditorio del instituto, en un

parque. Supuso que las chicas que aparecían eran las amigas de las que siempre hablaba; la pelirroja regordeta debía de ser la que iba a casarse, y la del pelo oscuro de pecho grande, la que había muerto. Dejó el primer álbum y cogió el segundo. Ahí estaban las fotos de la universidad. Escenas de un arbolado campus. Atestadas fiestas en las que se veía a hombres y mujeres bebiendo cerveza y fumando. Vince se sintió aliviado de no encontrar ninguna fotografía de Suzanne cogida del brazo de alguien especial ni nadie que pareciera ser beneficiario de esa sonrisa que tan loco lo volvía.

El tercer álbum estaba encuadernado en piel agrietada y era mucho más antiguo que los otros dos. En la primera página había una envejecida polaroid de una niña pequeña mirando a un recién nacido en una cuna. Una segunda imagen de la misma página era una foto de familia en la que podía verse a un niño pequeño rubio, a una niña rubia ligeramente mayor y a dos adultos rubios, todos sentados sobre una manta con una cesta de pícnic en el centro y situada cerca de un riachuelo. Sus sonrientes rostros irradiaban felicidad. La familia iba madurando a lo largo de las siguientes páginas. Suzanne evolucionaba hasta convertirse en una joven increíblemente hermosa y el niño en un apuesto joven. Había fotografías del padre decorando el árbol de Navidad o de su madre sacando un pavo del horno. Primeras comuniones y graduaciones y cumpleaños. Todo el álbum estaba dedicado a la pequeña familia: Suzanne, el chico y los dos adultos.

En la última página había un amarillento recorte de periódico.

#### VECINO DE LA LOCALIDAD FALLECE EN UN ACCIDENTE CON FUGA

John Anders Lundgren, de veintidós años, de Winnetka, falleció en un accidente de circulación en Green Bay Road cuando el vehículo que conducía se salió de la carretera a causa de otro vehículo que, aparentemente, invadió su carril. Un testigo asegura que el conductor del otro coche, un Cadillac negro, había estado conduciendo de forma errática y parecía estar borracho. Dicho testigo no pudo tomar nota de la matrícula porque se detuvo para socorrer al accidentado. Lundgren fue trasladado al hospital Evanston, pero los médicos tan sólo pudieron certificar su defunción.

Lundgren regresaba de Chicago después de llevar a su hermana a casa tras una fiesta familiar de cumpleaños.

Le sobreviven sus padres, Lars e Inga, y su hermana Suzanne.

Vince volvió a dejar el álbum en su lugar con la sensación de que acababa de abrir la caja de Pandora. A pesar de que Suzanne solía hablar ocasionalmente de sus padres, nunca había mencionado a su hermano, y mucho menos que estuviera muerto. Ahora comprendía por qué la muerte de Angie la había afectado tanto.

Era consciente de que debería sentirse avergonzado por haber invadido su privacidad y husmeado en su ámbito personal, pero estaba tan obsesionado con ella que no había podido evitarlo. Y esa intrusión era menor comparada con la anterior, mucho más invasiva que rebuscar en un armario. Si ella llegaba a descubrirla, no había duda de que lo odiaría. Pero nunca se enteraría, porque él no podría soportar la idea de estar vivo si ella lo odiaba.

## Diecisiete

Sentí la mano de Flynn como una garra extraña cuando me rodeó la cintura con el brazo para conducirme a la entrada del tanatorio Donovan Brothers. Al entrar, comprobamos que había acudido tanta gente que habían juntado varias salas y aun así estaba hasta los topes. Las primeras filas estaban ocupadas enteramente por familia. Al fin y al cabo, Angie era italiana. Había tantos arreglos florales amontonados junto a las paredes que el lugar podría haber pasado por un invernadero. A cada lado del ataúd cerrado había unos caballetes en los que podían verse sendos *collages* del arco vital de Angie: infancia, instituto y universidad. Un flagrante vacío era la ausencia de fotografías de su boda. Era casi como si dicho matrimonio no hubiera tenido lugar.

Ida Lupino permanecía de pie junto a los restos cerrados de su hija. Sollozaba sonoramente y su voluminoso pecho subía y bajaba. A su lado se encontraba el padre de Angie, acariciándole el hombro estoicamente. El sombrío rostro que se vislumbraba bajo una espesa mata de pelo gris estaba deformado por el dolor que siente un padre cuando el orden natural ha sido invertido. Poco se parecía al elegante hombre que pocos años antes había acompañado a su resplandeciente hija al altar detrás de ocho damas de honor. Completaban la estampa los tres hermanos de Angie, vestidos con unos sombríos trajes negros y el apuesto rostro desencajado, junto a sus esposas, que no parecían saber muy bien qué hacer.

Divisé a Kelly, sentada junto a Arthur y a Natasha en el centro de la sala, que llevaba la espesa mata de pelo recogida en una trenza y, como casi todo el mundo, iba vestida de negro. Natasha estaba muy elegante con un caro traje

negro. En el rostro de Arthur se podía adivinar una expresión de engorro, como si hubiera preferido estar en cualquier otro lugar. Carol Anne y Michael se habían sentado detrás de ellos y estaban reservando tres sillas. Le hice una señal a Flynn con la cabeza, nos dirigimos hacia ellos y nos sentamos en dos de las sillas disponibles. Flynn inició una conversación con Arthur mientras yo hablaba con Carol Anne.

—¿Suzanne no ha llegado? —pregunté.

—Todavía no.

—Espero que se encuentre bien. Anoche, en el velatorio, parecía estar pasándolo realmente mal. Ya sabes, para ella todo esto es como un *déjà vu*. ¿Cómo lo lleva la familia?

—Creo que esa escena habla por sí misma. —Volví la cabeza hacia la parte delantera de la sala, donde los hijos de la señora Lupino estaban prácticamente arrastrándola hacia su asiento de primera fila antes de que comenzara la ceremonia. Las cuñadas de Angie rodearon a su suegra para intentar consolarla. El corazón se me encogió.

—¿Y tú? —susurró Carol Anne—. ¿Cómo lo llevas?

—No demasiado bien.

Me volví hacia el fondo de la sala para buscar a Suzanne y divisé a Albert Evans de pie entre los últimos en llegar. Además de haber trabajado para Angie como encargado adjunto, Albert había sido uno de sus más estrechos amigos y un gran apoyo durante su separación. Antes de conocer a Flynn, yo había pasado muchas horas tomando cócteles con Angie y con Albert, oyéndolos debatir sin descanso sobre los aspectos más sutiles de la venta al por menor. Impecablemente vestido con un entallado traje italiano, el aspecto de Albert parecía más apropiado para una sesión de moda que para un funeral. En su rostro, sin embargo, se podía percibir la expresión de alguien a quien acaban de decirle que su perro ha sido atropellado por un coche. Cruzamos miradas y le dediqué una sonrisa irónica. Él me correspondió llevándose el pañuelo a los ojos y empapando la tela irlandesa con una sincera lágrima. Su

pareja, Julian, entre apenado y aburrido, permanecía a su lado para ofrecerle apoyo.

Fue entonces cuando apareció Suzanne, excesivamente emperifollada para la ocasión. Le hice una señal con la mano para que supiera dónde estábamos, y cuando llegó a nuestro lado nos saludamos en voz baja al tiempo que un sacerdote alto y calvo subía al podio. El padre Carroll era un viejo amigo de la familia Lupino y había oficiado la boda de Angie. Ahora iba a enterrarla.

—En pie —dijo, y así lo hicimos.

Recitó las oraciones católicas para los difuntos, oraciones que yo oí por primera vez en el funeral de mi abuela cuando tenía ocho años. Su monótono cántico se vio interrumpido por los ocasionales sollozos de la señora Lupino. Cuando hubo terminado las oraciones rituales, el sacerdote salpicó el ataúd con agua bendita e invitó a los congregados a ofrecer sus últimos respetos antes de la misa exequial.

Las sillas se vaciaron y se formó una cola de gente que quería desfilas por delante de los restos de Angie. Carol Anne se detuvo un momento para acariciar el ataúd con la mano. Michael asintió respetuosamente. Kelly también tocó el ataúd, al igual que Suzanne, cuyos hombros se agitaban al tiempo que intentaba reprimir un sollozo. Arthur y Natasha —que no había soltado ni una lágrima— pasaron por delante sin detenerse y luego me tocó a mí.

Sobre la tapa del ataúd había una fotografía de la graduación del instituto. Angie tenía un aspecto angelical bajo el birrete negro. Recordé el pacto que las seis hicimos esa noche bajo los efectos del alcohol, el solemne acuerdo de que, si alguna de nosotras moría prematuramente, no debíamos llorar su fallecimiento, sino celebrar una fiesta y dejar el cadáver apoyado en una esquina con una cerveza en una mano y un porro en la otra. Pensé en el rosario que seguramente Ida Lupino había enrollado en los dedos rígidos de su hija y decidí que le sería más útil que una cerveza y un porro.

—Adiós, amiga mía —susurré con los dedos sobre el ataúd y lágrimas en

los ojos. Flynn me empujó suavemente y me aparté del féretro mientras me secaba los ojos con las puntas de los dedos. Esta vez, la mano de Flynn me resultó tranquilizadora y cercana.

Cuando salimos al vestíbulo, me sorprendió ver a Harvey encorvado en un rincón como un paria. Tenía la cabeza inclinada, como si pidiera disculpas. No lo había visto desde que él y Angie se habían separado y tenía un aspecto lamentable. Su rostro estaba deformado por el dolor y unos oscuros círculos rodeaban sus ojos como si no hubiera dormido en varios días. Sin duda, debía de estar pensando que si él y Angie hubieran permanecido juntos, esa desgracia no habría tenido lugar. «Demasiado tarde, Harvey.» Nada podía cambiar ya la situación. Él levantó la mirada y me vio. Lo saludé con un compasivo movimiento de la cabeza cuando Flynn y yo pasamos por delante. Quise extender el brazo para acariciarle la mano y decirle lo mucho que lo lamentaba, pero no lo hice.

Pasar de las tenues luces del tanatorio a la luz del sol resultó cegador. Pero incluso con los ojos entornados para evitar los rayos del sol pude ver a los detectives O'Reilly y Kozlowski esperando en el aparcamiento. Ataviados con sendos trajes en vez de ir en mangas de camisa, procuraban pasar desapercibidos mientras examinaban a todas las personas que salían del tanatorio. Sentí una oleada de miedo. Eran dos personas que no quería volver a ver. Más por ellos que por mí, me pegué a Flynn con la esperanza de que el hecho de que me vieran con mi prometido impidiera más interrogatorios indeseados.

—¿Ves a esos dos hombres que están ahí? Son los policías encargados de la investigación del asesinato de Angie —le dije a Flynn en voz baja.

—¿Te refieres a esos dos con los trajes baratos? Pensaba que eran parientes de Cícero —dijo Flynn.

Le dije que callara y volví la cabeza para asegurarme de que nadie de la familia de Angie nos hubiera oído.

—¿Qué crees que están haciendo en el funeral?

Flynn me dedicó la mirada que normalmente reservaba para alguien a quien consideraba rematadamente estúpido.

—Están examinando a los presentes. Estoy seguro de que se trata de algo habitual en estos casos. Ya sabes, los criminales siempre regresan a la escena del crimen. —Se puso sus Ray-Ban y aceptó el adhesivo naranja en el que ponía FUNERAL que le ofrecía uno de los hermanos Donovan. Subimos al coche y colocamos la pegatina en el ángulo inferior derecho del parabrisas con cuidado de no apretar demasiado para que luego no quedaran restos en el cristal.

Mientras permanecíamos en el coche con el aire acondicionado encendido a la espera de que comenzara la procesión a la iglesia, pensé en lo que Flynn había dicho sobre los criminales que regresaban a la escena del crimen. Era incapaz de concebir que nadie de los presentes hubiera podido tener nada que ver con la muerte de Angie.

## Dieciocho

Después de la ceremonia, los asistentes fueron invitados a la casa familiar. Para cuando llegamos Flynn y yo, las calles estaban tan llenas de coches que nos vimos obligados a aparcar a cuatro manzanas de distancia. Mientras caminábamos junto a una cañada bajo los frondosos robles, recordé los cientos de veces que había recorrido esa calle en mi juventud. Tanto pisando las crujientes hojas del otoño como viendo caer la nieve de las ramas desnudas, siempre había tenido la sensación de que esa calle poseía una dulzura particular. Ahora esa dulzura había desaparecido.

La dolorosa sensación se incrementó al llegar a la casa. La modesta vivienda de cuatro habitaciones de estilo colonial que había conocido en mi primera visita había crecido con los años hasta convertirse en un enorme caserón cuyas numerosas ampliaciones la habían llevado a los límites de una parcela muy arbolada. El padre de Angie parecía haber añadido una nueva ala con cada nuevo acuerdo de negocios que había cerrado. O quizá había sido con cada nueva novia, para mantener a su esposa ocupada. No era ningún secreto que el señor Lupino era un mujeriego. Angie descubrió que su padre era infiel cuando cursaba el segundo año en el instituto. Nos lo contó entre lágrimas. Ahora bien, si la señora Lupino conocía las aventuras de su marido, nunca dijo nada al respecto. Al fin y al cabo, eran italianos, y por más tarde que llegara su esposo a casa, éste no dejaba de ser el dueño y señor de la mansión, y la cena siempre estaba esperándolo. Irónicamente, se trataba de un auténtico hombre de familia y un devoto católico que solía contribuir generosamente a la iglesia. Todos los domingos podía vérselo en el banco de

la primera fila con su esposa y sus hijos. Era el hombre mejor vestido del templo.

Docenas de niños jugaban en el patio delantero. Las sobrinas, los sobrinos y los jóvenes primos de Angie por fin podían corretear en libertad tras toda una agotadora mañana comportándose bien. Los Lupino veneraban a los niños, lo cual hacía todavía más trágica la muerte de Angie antes de que hubiera podido tener descendencia. Daba la impresión de que siempre había un pequeño ejército de niños en su casa, especialmente los fines de semana en que los parientes de Cícero iban de visita. Cuando era pequeña, el caos que había en casa de Angie me parecía muy vibrante y apetecible en comparación con la silenciosa mesura con la que nos comportábamos en la mía, y me encantaba pasar el tiempo libre allí. Mis pocos primos vivían en otro estado y apenas los conocía. Como en mi familia no solía haber grandes reuniones, las de los Lupino me resultaban más divertidas de lo que probablemente eran.

Flynn y yo entramos en la casa y nos abrimos paso por un atestado pasillo hasta llegar a la cocina. Con todo el equipamiento y la actividad que había dentro, parecía más un restaurante que una residencia. Varias mujeres de voluminoso pecho estaban a los fogones cocinando pasta y crepitantes salchichas. Largos tramos de la encimera estaban ocupados por cuencos de *penne* y albóndigas, fuentes de pollo frito, bandejas de *antipasto* y cestas de crujiente pan. Una mesa redonda que había junto al ventanal estaba cubierta con dulces, galletas, pasteles y *cannoli* rellenos de requesón: el sabotaje de todas las dietas que yo comenzaba. No era ningún misterio que durante mi juventud mantuve gran parte de mi peso atiborrándome en la mesa de los Lupino, tan distinta de la de mi madre, en la que una proteína, una fécula y una verdura eran la norma.

Una mujer con los brazos del tamaño de mis muslos y un moño de pelo gris sujeto con horquillas en lo alto de la cabeza removía el contenido de una olla que estaba al fuego. Al verme, dejó a un lado el cucharón y se acercó a mí a toda velocidad. Su rollizo cuerpo se movía con sorprendente agilidad, y, en

cuanto llegó a mi lado, me rodeó con sus enormes brazos y me abrazó con tal fuerza que apenas podía respirar.

—Oh, querida, ¿quién podría haber imaginado que un día como éste podía suceder? —dijo negando con la cabeza a modo de respuesta a su propia pregunta. Luego me soltó y centró su atención en Flynn, que parecía asustado por si también lo abrazaba—. ¿Este hombre va contigo?

—Es Flynn Hamilton, mi prometido. Flynn, ésta es Rose, la tía de Angie.

—Apuesto, pero demasiado delgado —dijo Rose con una débil sonrisa—. Y tú también —añadió mirándome de arriba abajo—. Te estás quedando en nada. —Alegrándose por tener una misión, nos sirvió dos platos hasta arriba de comida y nos los tendió—. Tomad, ahora salid de la cocina y comed. *Mangiate, mangiate*. —Una vez cumplido su cometido, volvió a centrar toda su energía en las ollas que hervían en la cocina de seis fogones.

—Esto ha sido como una escena sacada directamente de *El Padrino* —dijo Flynn mientras salíamos por la puerta trasera.

El patio estaba lleno de gente sentada a mesitas dispuestas alrededor de la piscina o en el césped. Yo me acomodé en la hierba mientras él volvía al interior de la casa en busca de bebidas. Había comenzado a picotear un poco de mi plato cuando vi que Albert Evans estaba solo de pie, con aspecto abrumado ante su plato igualmente lleno de comida. Al verme, se acercó a mí.

—¿Puedo sentarme contigo? —me preguntó.

—Por supuesto. ¿Dónde está Julian?

—Ha tenido que marcharse a trabajar.

Albert volvió a sacar el pañuelo de lino irlandés del bolsillo y lo desplegó en la hierba antes de sentarse encima. Luego estudió su plato como si la comida fuera a comérselo a él.

—¿No es demencial? Una mujer gigantesca me ha acorralado en la cocina y no me ha dejado escapar hasta que me ha dado suficiente comida para alimentar a la mayor parte de Mongolia Exterior, donde sea que se encuentre eso.

—Es la tía de Angie. Así son los italianos. Por grande que sea la tragedia, es importante comer. Durante el desayuno hablan del almuerzo, y durante éste, de la cena. —Dejé el tenedor en el plato. Sentía el estómago algo revuelto, de modo que no tenía apetito—. ¿Cómo lo llevas sin tu antigua jefa?

Las lágrimas acudieron a sus ojos y buscó el pañuelo en el bolsillo antes de darse cuenta de que estaba sentado en él. Se secó los ojos con los pulgares.

—No ha sido fácil. Angie no sólo era mi jefa, sino también una de mis mejores amigas. La quería mucho. Me resulta incomprendible que haya encontrado la muerte de un modo tan violento. Sólo espero que estuviera suficientemente colocada para no sufrir.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunté.

Albert miró a su alrededor subrepticamente y luego se inclinó hacia mí.

—¡Oh, Dios mío, me moría por contárselo a alguien...! ¿Me juras que mantendrás el secreto?

Besé mis dedos cruzados.

—Vi a Angie poco antes de que la asesinaran.

—¿Qué? ¿Dices que viste a Angie?

—Esa noche yo estaba en un bar llamado The Zone y ella apareció poco antes de que cerraran.

—¿The Zone? ¿Qué diantres hacía Angie en The Zone? —Conocía ese bar de Boystown porque se publicitaba en *Chicagoan*. Con su clientela casi exclusivamente gay, no parecía el tipo de local al que Angie soliera ir. Y menos todavía sola.

La expresión de tristeza del rostro de Albert dio paso a otra de culpa.

—Creo que fue a pillar.

—Entonces ¿crees que compró allí la coca que llevaba?

La expresión de culpa se hizo todavía más manifiesta.

—Tiempo atrás la puse en contacto con un camarero que además de servir copas se dedica a trapichear. Tras su separación de Harvey estaba tan

deprimida que pensé que un tiro de vez en cuando la haría sentir mejor, de modo que le presenté a Lyle. Sólo estaba intentando ser útil.

—Bien hecho, Albert.

—¿Cómo iba a saber que el asunto se le iría de las manos? Lo digo en serio.

Parecía estar intentando convencerse a sí mismo más que a mí.

—¿Y no hablaste con ella esa noche? —pregunté.

—No. Estaba con unos amigos y ella no me vio. No le dije nada porque... Bueno, ya sabes lo brusca que podía llegar a ser Angie. Sobre todo cuando iba colocada. En ese momento no tenía ganas de lidiar con ella.

—¡Oh, Albert! —lo reprendí—. Si hubieras hablado con ella, tal vez las cosas habrían sido distintas.

—Joder. Cuéntame algo que no haya pensado un millón de veces. Pero todavía hay más. De camino a la salida después de pillar, se detuvo para hablar con un tipo moreno que estaba sentado solo. Se notaba que se conocían y también que él no se alegraba de verla allí. Ella le dijo algo que hizo que él la mirara como si fuera a darle un puñetazo. Luego se marchó.

—¡Oh, Dios mío! ¿Le has contado a la policía todo eso?

—Ése es el problema. No puedo. Si le cuento a la policía que estaba en The Zone, irán a por Lyle. Puede que pienses que el mundo ha cambiado, pero la mayoría de los polis son auténticos homófobos y a muchos les pone ir a por los gais. Y no lo digo con segundas. Lyle me llamó en cuanto vio la cara de Angie en las noticias y me suplicó que mantuviera el pico cerrado.

—Pero, Albert, ¿y si el tipo moreno es quien la asesinó?

Bajó la mirada.

—La culpa me reconcome las entrañas desde hace una semana. Llevo días sin dormir.

«No eres tú el único a quien reconcome la culpa. O que no puede dormir.» Aunque también había algo positivo en la confesión de Albert. Si el tipo moreno que había visto en el bar resultaba ser el asesino de Angie, su muerte

quedaría resuelta, la policía ya no tendría que hacerme más preguntas y yo no correría el riesgo de que descubrieran mi secreto.

—Albert, tienes que llamar a la comisaría del área 3 y preguntar por el detective O'Reilly. A él le dará igual Lyle. Sólo quiere descubrir quién asesinó a Angie.

Albert se quedó un momento callado y puso los ojos en blanco.

—Lo pensaré, Maggie. En serio. Mientras tanto, recuerda que me has prometido que no dirás nada.

—Pero esto es distinto, Albert.

—Déjame resolver esto a mi manera. Si no, lo negaré todo.

—Tienes que hacer lo correcto, Albert.

Nuestra conversación terminó de golpe cuando Flynn llegó con dos copas de vino. Carol Anne y Kelly iban detrás de él. Albert se puso de pie y recogió su pañuelo. Saludó a las chicas con un movimiento de cabeza y se marchó, dejando un plato con una montaña de comida sin tocar sobre la hierba.

—¿Qué le pasa? —preguntó Carol Anne, sentándose en el césped. El traje azul que llevaba hacía que sus ojos parecieran todavía más azules, pero había algo en ellos que no podía identificar.

—Debe de haber perdido el apetito —respondí al tiempo que cogía la copa de vino que me ofrecía Flynn—. ¿Dónde está Michael?

—Le han enviado un mensaje al busca durante la ceremonia. Había una emergencia en el hospital y ha tenido que marcharse.

—¿Una emergencia de cirugía plástica? —bromeó Kelly al tiempo que se metía una albóndiga gigante en la boca.

—A veces pasa —respondió Carol Anne a la defensiva.

—¿Y qué hay de Suzanne? —pregunté.

—Ha vuelto al trabajo. A mi parecer, ver a la familia de Angie ha sido una experiencia demasiado emotiva para ella. Le ha traído demasiados recuerdos —añadió Carol Anne.

Recordé a Suzanne tan deshecha por el dolor el día del funeral de su

hermano que tuvimos que llevarla al coche entre dos. Pensé en mis propias hermanas, la mayor y la menor. Puede que hubiéramos tenido nuestras diferencias, pero era incapaz de imaginarme el mundo sin ellas. Del mismo modo que ninguna de nosotras podía imaginarse el mundo sin Angie.

De camino a la salida, Flynn y yo nos detuvimos un momento para despedirnos de los padres de Angie. Eso resultó ser lo más difícil del día. Había un carácter definitivo en ese adiós que teñía la atmósfera como si fuera una espesa neblina. La madre de Angie me abrazó y lloró, mientras que su padre permaneció a su lado con el mismo silencio afligido que había mantenido durante el velatorio y el funeral.

—Si por lo menos supiéramos quién ha podido hacer algo tan terrible... — dijo Ida Lupino entre sollozos.

De inmediato pensé en Albert Evans. En circunstancias como éstas, ¿realmente tenía que guardarle el secreto? ¿Haría él lo correcto e iría a la policía? Y, si lo hacía, ¿resolvería eso el misterio del asesinato de Angie y proporcionaría a los Lupino un mínimo alivio?

El problema era que había demasiados secretos. Entre ellos, el mío. Tras disculparme con la —por una vez— honesta excusa de que al día siguiente me esperaba una jornada laboral terrible, le pedí a Flynn que me dejara en la oficina y me sumergí en el trabajo hasta pasada la medianoche.

## Diecinueve

### Kelly

La nube oscura descendió mientras Kelly estaba atándose los cordones de las zapatillas deportivas. Era como si la luna pasara entre el sol y la tierra, eclipsando toda luz y dejándola a ella en la más absoluta oscuridad. Cuando aparecía, lo hacía sin advertencia previa, como un tren que cruzara a toda velocidad un paso a nivel. A diferencia de un tren, sin embargo, no desaparecía al cabo de unos minutos. Permanecía ahí ominosamente; a veces durante horas, otras durante días.

Ese fenómeno había comenzado a afectarla tras la muerte de su madre. A lo largo de los años, había empleado distintas estrategias para lidiar con ello. En el instituto, se encerraba en su habitación con un buen libro. En la universidad, se sumergía en los estudios. El alcohol, las drogas y los rollos de una noche llegaron más tarde. Y, si bien la nube había remitido con su sobriedad, durante todo ese tiempo había permanecido al acecho detrás del horizonte y ahora había reaparecido con fuerza. Se trataba de una auténtica borrasca depresiva que estaba aplastándola contra las rocas de la orilla.

La invadió una sensación de inutilidad, de insignificancia, de impotencia; el sentimiento de que su vida era un gran montón de mierda. Se acercaba a los cuarenta y ahí estaba, intentando poner en marcha una vida que nunca había llegado a comenzar. El desafío parecía inalcanzable. Ella no era como los demás estudiantes de sus clases de la universidad. Sus jóvenes cerebros asimilaban sin esfuerzo conocimientos y sus trayectorias ya estaban programadas para el éxito. Ella, en cambio, tenía que esforzarse. Envidiaba su entusiasmo y desearía haberse sentido del mismo modo a su edad.

Alcanzar a sus amigos era jodido. Ahora que estaban llegando a la mediana edad, parecían desenvolverse sin mayores problemas en vez de ir avanzando a trompicones como ella. Todos tenían familias o carreras, casas y buenos coches. Además, carecían de preocupaciones financieras, como el pago de la matrícula o del alquiler. Y tenían a otras personas en sus vidas: maridos, novios, hijos... Suzanne se las apañaba sola, cierto, pero su trabajo era el único amante que siempre había querido. Kelly nunca había tenido una relación con alguien en quien pudiera apoyarse o que estuviera esperándola en casa. Se decía a sí misma que estar sola no significaba necesariamente sentirse sola. Pero a ella le sucedían ambas cosas. Estaba sola y se sentía sola. Desearía que la vida fuera algo que disfrutar en vez de padecer.

Resultaba casi cómico que estuviera estudiando para ser psicóloga. Odiaba a los psicoterapeutas. Había pasado mucho tiempo en sus divanes tras la muerte de su madre y la mayoría le habían parecido unos santurriones con un montón de problemas propios. Estaba segura de que podía hacer un trabajo mejor que ellos a la hora de ayudar a la gente. Por eso quería ser psicóloga. Al menos habría una que comprendiera el dolor de la gente.

La gata tuerta se acercó a ella y se la quedó mirando con preocupación. «Basta de autocompasión —se reprendió—. No puedes culpar a nadie de tu aletargamiento vital. No dejes que esa nube oscura vuelva a llevarte al mismo punto en el que estabas. Sal ahí fuera y déjala atrás.» Terminó de atarse los cordones y se dirigió a la puerta.

El cielo de primera hora de la mañana era de un color lapislázuli salpicado de algodones blancos. El aire todavía era frío cuando atravesó el patio y enfiló la calle todavía a ritmo de calentamiento. Al poco, ya estaba corriendo a su velocidad habitual, y con cada zancada sentía los músculos más fluidos. Pero, si bien su cuerpo estaba cooperando, sus pensamientos seguían atribulados. La nube oscura todavía se cernía sobre ella, tapando el cielo azul. Al llegar al parque, Kelly aceleró con la esperanza de dejarla atrás, pero no lo consiguió. La nube cada vez estaba más y más baja, hasta que finalmente la

tuvo justo encima, envolviéndola, y en su interior se encontraba el rostro deformado de Angie. «Deberías haber sido tú.»

Al notar que le costaba respirar, se detuvo y se inclinó con las manos apoyadas en las rodillas. Cualquiera que estuviera viéndola habría pensado que iba a vomitar. El corazón le latía de forma irregular y la cabeza le daba vueltas, haciendo que confundiera arriba y abajo. Estaba sufriendo un ataque de pánico con todas las de la ley. Procurando reprimir la sensación de que iba a desmayarse en cualquier momento, dio media vuelta y, con paso inestable, emprendió el camino de regreso a casa. Cruzar la calle Clark le supuso un esfuerzo hercúleo, y el resto del trayecto fue un auténtico calvario. Cuando abrió la puerta, la gata la saludó con un inquisitivo «miau». Una vez dentro, dejó caer su cuerpo trémulo sobre el sofá del estampado de flores.

El pánico comenzó a remitir poco a poco, soltando su garra dedo a dedo. Si alguna vez había tenido la sensación de que necesitaba una copa bien cargada, era entonces. Se veía capaz de lidiar con la depresión, pero el pánico era algo completamente incontrolable.

Ya no podía hacer eso sola. Necesitaba hablar con alguien.

## Veinte

### Ocho días para la boda

El viernes por la mañana me encontré a mí misma preguntándome por qué no me había quedado a dormir en la oficina, ya que el día anterior me había marchado de allí bien pasada la medianoche. Miré con odio la montaña de papeleo pendiente. Cifras de ventas. Informes. Proyecciones. En vez de disminuir, la pila parecía que crecía, y perder todo un día para asistir al funeral de Angie me había retrasado todavía más. Encima, la regla debía de estar a punto de bajarme, pero aún no lo había hecho. Y Flynn se sentía molesto conmigo por el hecho de que estuviera evitándolo. De hecho, el único aspecto positivo de la cantidad de trabajo que tenía era poder usarla como excusa para no ver a mi prometido. Mi sentimiento de culpa no sólo no había disminuido un ápice en los últimos días, sino que había aumentado todavía más y amenazaba con asfixiarme. Lo más preocupante, sin embargo, era el hecho de que indeseados recuerdos de Steven Kaufman en la pista de baile o en mi dormitorio no dejaban de acudir a mi mente. Por más que intentara reprimirlos, no conseguía apartarlos de mi cabeza. Durante las escasas horas en las que había conseguido dormir la noche anterior, había aparecido en mis sueños y me había pedido que no me casara con Flynn. Freud dijo que somos todos los personajes que aparecen en nuestros sueños. ¿Podía yo ser ese desconocido al que no quería volver a ver?

Consulté la agenda. Había un recordatorio para que llamara a la tienda de novias en relación con los vestidos de las damas de honor. Otro para que llamara al florista. Y otro más para que telefonara a la madre de Flynn con el número de personas que asistirían a la cena de ensayo. Me sentí tan abrumada

que deseé desaparecer, irme a casa y acurrucarme en un rincón con un buen libro. Tenía la sensación de que habían pasado años desde la última vez que había leído por placer. Mi apartamento estaba lleno de cajas con libros sin leer, pero las recientes exigencias de mi vida no me dejaban tiempo para ello. Y todavía menos para escribir. Siempre había pensado que dentro de mí había un libro intentando salir y que era sólo cuestión de tiempo. Pero la vida real no me dejaba demasiados ratos libres. Además, para escribir había que tener algo sobre lo que escribir.

El teléfono sonó y Sandi, la recepcionista, me informó de que Kelly Delaney estaba al teléfono. ¿Me pasaba la llamada? En realidad, no quería, pero le dije que sí de todos modos.

—¿A estas horas no sueles estar corriendo? —pregunté.

La voz de Kelly sonó confusa, como si estuviera debajo del agua.

—Hoy no he salido a correr. Tenía cosas más importantes que hacer, como cortarme las uñas de los pies. ¿Tienes unos minutos?

Unos pocos minutos era exactamente lo que no tenía.

—Para ti tengo todo el tiempo del mundo. ¿Qué pasa?

—No me encuentro muy bien. Necesito hablar. Podría acudir a una reunión de Alcohólicos Anónimos, pero no sería lo mismo que hablar con una amiga. Me preguntaba si podríamos vernos hoy. No quiero molestarte, pero no sé a quién más llamar.

«No podrías haber escogido peor momento, Kelly», pensé. Consulté mi agenda. Reunión de personal. Almuerzo de negocios. Llamadas a clientes importantes. Estaba tan atareada que apenas tenía tiempo de ir al cuarto de baño. El primer hueco del día lo tenía a las tres, hora a la que tenía pensado sacarme de encima más papeleo. Pero no podía ignorar el tono de desesperación que percibía en la voz de Kelly. ¿De qué servía una amiga si no podía tirar por el retrete su vida para ayudar?

—No puedo escaparme hasta la tarde. ¿Qué te parece a las tres? ¿Estarás bien hasta entonces?

—A las tres está bien —Su voz ya sonaba mejor—. Podemos quedar en el Mayfair Regent. Te invito a un té. O a una copa si prefieres.

—¿El Mayfair? Entiendo que no buscas ligue. —Ese caro hotel era un lugar habitual de señoras con el pelo azul y los homosexuales que las acompañaban.

—Busco paz y tranquilidad.

—De acuerdo. Nos vemos allí a las tres.

—Gracias, Maggie. Muchas gracias. Sé que estás muy ocupada. No sabes lo mucho que aprecio esto —dijo Kelly.

—Para eso están las amigas.

Colgué e intenté seguir trabajando, pero no lograba concentrarme. En un momento dado noté una intensa punzada en la zona pélvica. ¿Era señal de que estaba a punto de bajarme la regla o de otra cosa? Cerré los ojos y recé para sufrir los dolorosos y debilitantes calambres que solían acompañar a mis períodos. Luego me cuestioné si era acertado aconsejar a Kelly cuando mi propio estado mental era tan rematadamente inestable.

Me escapé de la oficina a las 14.45, ignorando la mirada de «Estás de broma, ¿no?» que Sandi me dedicó cuando me vio salir por la puerta. No era ningún secreto la cantidad de trabajo que tenía pendiente. Llegué al Mayfair justo antes de las tres. Apreté el paso mientras caminaba por delante de los porteros uniformados y me adentré en el formal vestíbulo. Con sus paneles de madera en las paredes, el techo decorado con un fresco y una joven asiática tocando el harpa, ese lugar era un auténtico oasis en medio del frenesí de la ciudad. La sala estaba llena de mujeres mayores bien vestidas y hombres mucho más jóvenes en cuyas americanas de seda de color marfil destacaban coloridos pañuelos de bolsillo. Kelly me observaba desde un sofá que había en el rincón del fondo. Sus ojos me hicieron pensar en un animal escondido.

—¿Estás bien? —le pregunté en cuanto me senté a su lado en el sofá.

Ella se encogió de hombros.

—Cuando era pequeña, después de que mamá enfermara, mi tía Betty solía

llevarme de compras a la avenida Michigan y luego veníamos aquí. Nos sentábamos en esta sala con todos nuestros paquetes y tomábamos té. Me pasaba el año esperando que llegara ese día. Era muy especial para mí. Supongo que por eso quería quedar contigo aquí. Todo lo malo desaparecía cuando estaba en el Mayfair.

»La tía Betty murió poco después de mi madre. Un ataque al corazón —añadió. Aunque sus ojos de color azul pálido permanecían secos, proyectaban la profundidad de mil lágrimas—. Sigo echándola de menos.

Un camarero con americana blanca apareció con un carrito y nos sirvió unos canapés y bizcochitos con mermelada de fresa y crema cuajada. Escogimos un té y lo preparó en unas teteras de porcelana que cubrió con unas fundas acolchadas antes de volver a marcharse con el carro. El ritual era tan civilizado que por primera vez en casi una semana me sentí prácticamente humana. Kelly se sirvió una taza de té y comenzó a tomárselo.

—No sé qué me pasa, Maggie. Desde el asesinato de Angie tengo la sensación de que estoy a punto de derrumbarme. Necesito hablar sobre ello antes de que me pase algo malo. —No hacía falta que explicara qué quería decir con lo de «algo malo». Entendí perfectamente a qué se refería—. Sabes que odio pedir ayuda, de modo que agradezco de veras que estés aquí.

—No seas idiota. Ya te he dicho que para eso están las amigas.

—Este año ha sido realmente duro. Con todo, creo que me las he apañado bastante bien. Pero desde la muerte de Angie... Bueno, es como si estuviera retrocediendo y fuera a caer en un foso. No puedo quitármela de la cabeza. Tengo la sensación de que estaba tan obsesionada con mis propios problemas que no fui una amiga suficientemente buena. Ella solía llamarme después de que se separara de Harvey, pero yo estaba tan ocupada con la universidad y el trabajo que nunca tenía tiempo para ella. El día de la fiesta en casa de Carol Anne me di cuenta de que iba colocada. Debería haberle dicho algo, pero no lo hice.

—Kelly, tú no podrías haber salvado a Angie. Nadie podría haberlo hecho.

—Es posible, pero podría haberlo intentado. Ella lo intentó conmigo. La otra noche vi a mi antiguo yo en ella: el nerviosismo, la agitación. En el fondo, sabía que no sólo iba bebida. Pero estaba tan concentrada en mi propia recuperación que sólo podía pensar en mí misma. Ahora, todas las mañanas veo su rostro mirándome con expresión acusatoria. Y a veces también a otras horas. He empezado a sufrir ataques de pánico. El de hoy ha sido tan severo que ni siquiera podía correr.

—Debes dejar de castigarte a ti misma —dije llevándome la taza de reconfortante té a los labios. La mano me temblaba ligeramente cuando volví a dejarla sobre el platillo—. ¿Qué hay de mí? Esa noche yo estuve con ella en el bar.

Kelly reparó en mi trémula mano y luego me miró a la cara. Me estudió de un modo que me hizo sentir tan transparente como sus ojos de color azul cielo. ¿Acaso podía ver mi interior? ¿Podía advertir mi angustia?

—¿Qué sucede? —me preguntó, cambiando repentinamente el tema de nuestro encuentro. De pronto volvía a ser la misma chica que no se andaba con rodeos que había conocido en el instituto. La que abordaba los problemas de frente y los resolvía. Una ecuación matemática. Una madre enferma.

—¿A mí? Nada. ¿A qué te refieres? Pensaba que íbamos a hablar de tus problemas. —Cogí un sándwich de pepino. Aunque no tenía apetito, le di un gran mordisco para no tener que hablar.

—Te sucede algo malo. Lo noto. Vamos, Trueheart. Sólo te conozco desde hace... ¿Cuánto? ¿Cien años? ¿Qué te pasa? —Mi silencio sólo hizo que insistiera con más fuerza—. ¿Es que tienes dudas acerca de la boda?

Me tragué el bocado de sándwich. Quise contestarle que «por supuesto que no», que Flynn era el centro de mi existencia y que me moría de ganas de convertirme en su esposa dentro de exactamente una semana y un día. Eso era lo que me habría gustado decirle. En vez de eso, me sorprendí a mí misma confesándole la verdad.

—He engañado a Flynn.

—¿Que has hecho qué?

—Es verdad. —Tragándome la humillación que sentía, le conté que había conocido a un carpintero en The Overhang y que me lo había llevado a casa y lo había metido en mi cama. También que ahora temía estar embarazada.

Kelly soltó un débil silbido.

—¡Uf! Quizá deberías ser tú la que tendrías que seguir un programa de desintoxicación.

—Ahora mismo eso no es lo que necesito oír —dije a la defensiva.

—De acuerdo. Lo siento. ¿Sabes qué? Lo cierto es que la otra noche en casa de Carol Anne, además de mis sospechas sobre Angie, tuve la sensación de que no estabas demasiado entusiasmada con la idea de casarte.

—Claro que estoy entusiasmada. Flynn es el hombre más maravilloso del mundo. Estoy segura de que todo el mundo tiene dudas antes de casarse. —Me pregunté si con ese argumento pretendía convencer a Kelly o a mí misma—. No fue más que un estúpido rollo de una noche. Eso es todo.

—¿Y si estás embarazada?

—Dios no lo quiera. Lo sabré pronto. Hasta entonces, procuro no pensar en ello.

—Pero ¿qué pasará si estás embarazada? —repitió.

—No lo sé. Quizá vaya a New Hampshire a buscar al carpintero —bromeé sin mucho entusiasmo—. Podría ponerme uno de esos abrigo de leñador rojos y negros y podríamos criar ovejas.

Sus ojos azules se abrieron como platos.

—¿Has dicho New Hampshire?

—Sí. El carpintero era de New Hampshire.

Kelly dejó la taza de té en el platillo con tanta fuerza que estuvo a punto de romperlo. Luego inclinó su delgado cuerpo hacia mí.

—Por favor, no me digas que conducía una camioneta. Una camioneta GMC de color blanco.

Repasé el borroso recuerdo que tenía del momento en que, al llegar delante

de mi edificio, el carpintero consiguió aparcar su enorme camioneta blanca en el reducido espacio que había entre dos coches. Una profunda inquietud me invadió de golpe.

—¿Cómo sabes eso?

—¡Dios mío! —dijo Kelly—. Cuando me marché de casa de Carol Anne el viernes por la noche vi esa misma camioneta aparcada delante. Reparé en ella porque la matrícula de New Hampshire con el eslogan «Vive libre o muere» llamó mi atención. ¿Qué diantres estaba haciendo allí?

Esa revelación me dio muy mala espina, pero debía cortar de raíz a Kelly antes de que su entusiasmo provocara mi desgracia.

—Déjalo estar. Es una locura. Es imposible que estuviera aparcada delante de la casa de Carol Anne. Tiene que tratarse de una coincidencia. Debe de haber miles de camionetas blancas en el mundo.

—¿Con matrícula de New Hampshire? ¿Que ahora mismo estén en el estado de Illinois? No creo que haya tantas. De hecho, te apuesto lo que sea a que sólo hay una. Mi detector de pirados me dice que hay algo raro en todo esto. ¿Y si ese tipo estaba siguiendo a Angie y tuvo algo que ver con su muerte?

—Déjalo ya. Es imposible que el carpintero asesinara a Angie. Estaba conmigo cuando la mataron.

Kelly tuvo la audacia de poner los ojos en blanco.

—¿Estás segura de eso? Tú misma has reconocido que te quedaste dormida. —No se dio por vencida y prosiguió con su preocupante razonamiento—. No hay ningún motivo para que ese tipo estuviera en Kenilworth y luego terminara en The Overhang. Tenemos que contarles eso a Mutt y a Jeff.

—¿Te refieres a los polis? Ni de coña, Kelly. No sabemos si realmente era la camioneta del carpintero la que estaba en Kenilworth. Y si se lo contamos a la policía ya sabes las repercusiones que podría tener para mí. —Recordé entonces la conversación que había mantenido con Albert Evans en la que le

había insistido para que le contara a la policía que había visto a Angie en The Zone. Genial. Ahora, además de mentirosa e infiel, era una hipócrita. Lamentablemente, había demasiadas cosas en juego para no serlo—. Y si eres amiga mía ni se te ocurrirá hablar con ellos.

—¿Y si ese tipo se marchó mientras tú estabas roque y asesinó a Angie? —protestó.

—¿Y luego regresó a mi apartamento y se metió en la cama sin que yo me despertara? Lo dudo mucho.

Kelly siguió erre que erre.

—¿Y si es una especie de asesino en serie pervertido? ¿Y si vuelve a por ti? Si te pasara algo, no me lo perdonaría nunca. Piénsalo.

—¿Y si me arruinas la vida? Por favor, Kelly, prométeme que no le dirás nada a la policía —le supliqué.

—¡Mierda! —protestó ella al ver la expresión de sufrimiento en mi atribulado rostro—. De acuerdo, te lo prometo. Pero no me hace ninguna gracia. Y tienes que jurarme que si vuelves a ver a ese tipo en algún lugar (en la calle, en una tienda, en la iglesia) irás a la policía.

¿Qué dicen acerca de que las buenas acciones también reciben su castigo? El esfuerzo que había hecho para ayudar a Kelly me había salido por la culata y ahora tenía que preocuparme también por ella. Por no mencionar la otra preocupación que se había añadido a mi lista, esto es, si efectivamente la camioneta que estaba en la calle de Carol Anne era la de Steven Kaufman. En ese caso, ¿qué diantres estaba haciendo él allí? No había ninguna respuesta lógica a esa pregunta.

—Te lo prometo —le dije.

## Veintiuno

Flynn y yo estábamos en Acorn On Oak, escuchando a un cliente cincuentón cantar una versión desafinada de *Loverly* mientras el complaciente pianista hacía lo posible para asegurarse una buena propina. El Acorn parecía salido directamente de los años cincuenta. Se trataba de un local tenuemente iluminado con sillas giratorias tapizadas. Flynn consideraba que era el sitio perfecto para picar algo.

—Bueno, ¿qué te ha parecido la película? —preguntó. Acabábamos de ver *Big* en el Water Tower Place.

—No está mal —contesté—, aunque pensaba que la encontraría más divertida.

Después del encuentro con Kelly en el Mayfair, estaba tan nerviosa que había estado considerando la posibilidad de cancelar la cita del viernes noche con Flynn, pero luego había decidido que eso sería injusto para él. Además, había llegado el momento de que comenzara a llevar una existencia normal. Había sido yo quien había elegido *Big*. Había supuesto que sería inofensiva, sin elementos controvertidos ni sexo, y que nos reiríamos un poco. Y lo cierto era que había cumplido con las expectativas y había supuesto un auténtico alivio respecto a todo lo que estaba agobiándome últimamente: el trabajo, la boda, la infidelidad y el embarazo, en orden ascendente. Durante dos benditas horas, las payasadas de Tom Hanks haciendo el papel de un niño de trece años que de repente se encuentra en el cuerpo de un hombre adulto habían dominado mi universo. Había sido la evasión perfecta. Ingeniosa. Divertida. Inocua.

Ciertamente, salí del cine de buen humor.

Hasta que vi el póster promocional en el vestíbulo. En él, un Tom Hanks

con apariencia culpable reflexionaba acerca de las siguientes palabras: «¿Has tenido alguna vez un gran secreto?». Difícil no sentir un estremecimiento.

—Sí, yo también pensaba que sería más divertida —convino Flynn—. Quizá deberíamos haber ido a ver *Cocodrilo Dundee II*.

—Paso de secuelas. ¿Qué tal te ha ido la semana? —Estaba esforzándome por mantener una conversación inocente y dejar de ser la pareja terrible que había sido últimamente.

—La verdad es que bastante productiva a pesar de... —No terminó la frase, pero supe que se refería al hecho de haber perdido un día—. ¿Y tú qué tal?

—Voy tirando. Si no me ahorco esta semana, supongo que ya nunca lo haré. Él le dio un trago a su cerveza.

—¿Alguna novedad sobre lo de Angie?

—*Nada*<sup>1</sup> —dije mientras pensaba en la camioneta blanca aparcada en la calle de Carol Anne. ¿Cuáles eran las probabilidades de que hubiera dos camionetas blancas con matrícula de New Hampshire en Chicago la misma noche? Tenían que ser menos de una entre un millón, y en Chicago había ¿cuántos?, ¿tres millones de habitantes? Eso sin contar las urbanizaciones residenciales.

De repente me di cuenta de que Flynn estaba hablando otra vez.

—Me parece increíble que la policía no esté haciendo más al respecto. Menudo hatajo de inútiles.

Para mi inmenso alivio, de repente Flynn vio a un par de conocidos y éstos se detuvieron junto a la mesa para saludar. Él les preguntó entonces si querían sentarse con nosotros y, por fortuna, ellos aceptaron, lo cual me ahorró más conversaciones incómodas.

En el taxi de camino a casa, me preguntó si debía subir.

—Mejor no, Flynn. Ya sabes que mañana Natasha ha organizado esa estúpida fiesta prenupcial en mi honor y tengo que levantarme pronto. Gracias a Dios, ésta es la última.

—No pasa nada —dijo él—. Probablemente sería demasiado tentador. No quiero romper nuestro pacto. —Entonces me rodeó con un brazo, me atrajo hacia sí y me dio un profundo beso.

Yo sentí que mi cuerpo respondía a su abrazo. Fue casi como antes. Pensé entonces que tal vez las cosas terminarían saliendo bien. Tal vez lo harían.

## Veintidós

### Vince

La silueta de Vince se recortaba frente a la ventana del salón de Suzanne. Estaba observando la ciudad que se extendía bajo sus pies. Cientos de dramas individuales tenían lugar detrás de otros tantos recuadros de luz amarillenta. Una mujer mecía a su bebé, una anciana calentaba leche en un cazo, una pareja celebraba una cena, un joven cogía algo de la nevera, probablemente una cerveza, y regresaba al salón para ver un enorme televisor... Si ese bebedor de cerveza levantara la mirada, ¿qué pensaría del hombre que lo observaba desde la penumbra con una copa de vino en la mano? La mirada de Vince se posó entonces en la autopista Lake Shore Drive. La línea de coches avanzaba con lentitud en el tráfico de ese viernes noche. Sus faros blancos contrastaban claramente con la luz amarilla de las farolas. El oscuro vacío del lago Michigan se extendía solitario y negro al otro lado de la lenta procesión.

Dio un sorbo al vino y reparó en cómo el sabor permanecía en su boca. Igual que el de Suzanne. El sabor de ésta también permanecía en él hasta muchos días después de que hubieran estado juntos.

Se volvió y la miró. Estaba sentada a la mesa. Su rubia cabellera relucía bajo la luz de una vela. Apenas había hablado durante la cena y casi no había probado el filete que había pedido en Gibson's. Los cambios de humor que sufría desde la muerte de su amiga habían ido a peor. Vince era consciente de que había sufrido una pérdida, pero aun así le costaba comprender su comportamiento. Se acercó a ella y le sirvió lo que quedaba del Latour del 61. Era un vino increíblemente caro, pero cuando se trataba de satisfacer a

Suzanne ningún precio era demasiado alto. Luego sostuvo en alto la botella vacía y miró la etiqueta.

—El 61 fue un buen año —dijo.

—Lo fue. Mi hermano nació ese año.

A Vince le entraron ganas de arrojar la botella por la ventana y deseó haber comprado la del 82. Quiso decir algo, pero tenía claro que se suponía que desconocía la existencia de un hermano. En vez de eso, pues, dejó la botella vacía en el aparador y comenzó a masajearle los hombros a Suzanne. El tacto de su carne bajo las yemas de sus dedos nunca dejaba de impresionarlo. Esa mujer era al mismo tiempo tan femenina y suave como atlética y firme. Era contradicción y armonía. Fría y caliente. Reservada y apasionada.

—¿Tu hermano?

Ella se puso en pie de golpe, apartándose de él, y se dirigió a la ventana. Su reflejo en el cristal resultaba fantasmagórico y severo.

—Sí, mi hermano. Nunca te lo he dicho, pero tenía un hermano. Murió en un accidente de coche. Sucedió hace mucho tiempo, justo después de que consiguiera mi trabajo.

Se quedó un momento callada y le dio un sorbo a su copa de vino mientras su mirada vagaba por la superficie del lago.

—En Sheridan Road, un borracho hizo que se saliera de la carretera y chocara contra un árbol. Un hombre lo vio todo y se detuvo para ayudar a mi hermano. Johnny no llevaba cinturón y había salido disparado del coche. Se había roto el cuello. El tipo esperó junto a él hasta que llegó la ambulancia. Johnny murió de camino al hospital.

»Y si bien agradezco que esa persona se detuviera para ayudarlo, una parte de mí desearía que no lo hubiera hecho, que hubiera seguido al conductor borracho y hubiera conseguido su matrícula. Entonces tal vez habríamos descubierto quién mató a mi hermano. Tal vez se podría haber hecho justicia. O, al menos, cabría la posibilidad de que mis padres y yo pudiéramos poner fin a nuestro duelo.

Vince comenzó a decir algo, pero Suzanne alzó la mano.

—No —dijo, indicándole que callara—. Hay algo más sobre esa noche. Johnny murió porque me acompañó de vuelta a la ciudad. Era el cumpleaños de mi madre y yo tenía el coche en el taller, así que había tomado el tren para ir a Winnetka. Mis padres querían que me quedara y pasara la noche en su casa, pero yo insistí en regresar a la mía porque quería estar en mi escritorio a primera hora de la mañana. Como mis padres no querían que cogiera el tren tan tarde, Johnny me llevó en coche. Murió cuando regresaba a Winnetka. ¿Puedes imaginarte lo culpable que me siento? Desde entonces no he dejado de sentirme responsable de su muerte.

Suzanne se calló un momento para recobrar la compostura. Esta vez Vince tuvo claro que no debía interrumpirla.

—Ahora he perdido a una de mis mejores amigas y vuelvo a sentir lo mismo. El desgraciado que la asesinó sigue libre. Y nunca lo encontrarán. Lo sé. Nadie pagará nunca por la muerte de Angie, del mismo modo que nadie lo hizo por la de Johnny. —Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, dejando oscuras manchas de rímel en sus mejillas—. Salvo yo. Yo seguiré pagando por ello el resto de mi vida. ¿No lo ves? Johnny murió porque me acompañó a casa. Y Angie murió porque la acompañé a casa.

Vince nunca había visto llorar a Suzanne y su infelicidad le rompió el corazón de un modo que nunca habría creído posible. Se acercó a ella y la abrazó con fuerza. Suzanne enterró el rostro en su pecho. El rímel se le había corrido y le había dejado un círculo oscuro alrededor de los ojos y las mejillas manchadas de negro. Se sorbía continuamente la nariz. Y cuanto más lloraba, más la quería él. La dama de hierro se había fundido, y eso la hacía todavía más atractiva. Lo desconcertó sobremanera descubrir que sus sentimientos por ella pudieran ser todavía más intensos.

—Suzanne, cariño, escúchame. —Colocó un dedo bajo su barbilla y le levantó el rostro para poder mirarla directamente a los ojos—. Voy a solucionar esto. Encontraré a la persona que ha asesinado a Angie.

Ella dejó de llorar e, inesperadamente, rompió a reír todavía con lágrimas en los ojos.

—Oh, Vince, por favor... Tú no puedes encontrar al asesino de Angie.

—Sí que puedo —dijo él con expresión severa y una firme determinación en la mirada—. En este mundo hay pocas cosas que no puedan hacerse si el precio es el adecuado. El dinero puede abrir más puertas que la policía. Conozco a alguien que se dedica a esto. Él encontrará al asesino de Angie.

Ella parpadeó para contener otra ronda de lágrimas.

—Lo dices en serio, ¿verdad?

—Completamente. Verte así es una tortura para mí.

—¿De veras crees que puedes descubrir quién mató a Angie?

—Sé que puedo.

—¡Oh, Dios mío, eres realmente maravilloso! —Suzanne se secó la nariz con el dorso de la mano—. Debo de tener un aspecto terrible.

—Nunca has estado más hermosa. —Y lo decía en serio.

Tras coger su rostro con ambas manos, la tomó entre sus brazos y pegó su boca a la de ella y saboreó la sal de las lágrimas en sus labios. Luego la depositó con cuidado en el suelo.

Cualquier *voyeur* habría disfrutado del espectáculo.

Rondaba la medianoche cuando Vince llegó a casa. A oscuras, fue directamente a la planta inferior y se dirigió a su despacho. Al pasar por delante de la barra de bar en construcción tuvo cuidado de no pisar ninguna de las herramientas que había por el suelo. El despacho que tenía en casa era su santuario, una estancia completamente masculina con muebles forrados en piel y un enorme escritorio de roble. Se sentó detrás de este último y sacó su agenda personal del cajón superior. Tras abrirla por la letra «B», recorrió la página con el dedo hasta que encontró el nombre que estaba buscando: «Belchek, Charley». Se trataba de un expolicía de Chicago al que habían expulsado del cuerpo por usar métodos poco éticos para obtener confesiones.

Poco después, abrió un despacho de investigador privado altamente eficaz. Años atrás, había ayudado a Vince a ganar la licitación de un importante negocio gracias a una información poco halagüeña sobre un competidor y su joven pupila que descubrió y posteriormente filtró a los periódicos. Desde entonces, Vince no había vuelto a necesitar sus servicios. A pesar de la hora que era, sospechó que el expoli todavía estaría despierto. Marcó el número de su línea privada.

La voz que se oyó al otro lado parecía sacada de una película de cine negro.

—Belchek.

—Charley. Soy Vince Columbo.

Si a Charley Belchek le molestó que lo llamara a esas horas, no dio muestra alguna.

—Vince. Cuánto tiempo. Parece que te han ido muy bien las cosas desde la última vez que hicimos negocios. Veo tus letreros por todas partes.

—No puedo decir que tenga ninguna queja —dijo él, ignorando la insinuación de Belchek de que no le habría ido tan bien sin él. Fue directo al grano—: Estoy buscando cierta información. La semana pasada asesinaron a una mujer llamada Angela Lupino Wozniak en el parque Lincoln. Necesito averiguar quién lo hizo.

—Una extraña petición, pero no es cosa mía por qué quieres saber lo que quieres saber. Es viable, pero requerirá mucha pasta y no ofrezco garantías. ¿Cuánto estás dispuesto a invertir?

Vince no vaciló.

—Lo que haga falta.

—Tendré que untar muchas manos dependiendo de la importancia de la persona en cuestión. Ya sabes, pandilleros, mafiosos, pirados, lo que sea... Te costará al menos cuarenta de los grandes.

—Necesito saberlo con rapidez —añadió Vince.

Hubo un silencio en la línea mientras el expoli hacía sus cálculos.

—Que sean sesenta.

—Hecho —dijo Vince.

## Veintitrés

### Ron

Ron O'Reilly se encontraba en la frontera entre la duermevela y el estupor etílico y sus sueños eran fragmentarios. El timbre de la escuela estaba sonando y él estaba esperando a sus hermanas y hermanos en la puerta del St. Mary of the Brook. Le había prometido a su madre que siempre cuidaría de ellos. El timbre se oía cada vez más y más alto. Sonaba y sonaba. Abrió los ojos con un parpadeo. No se trataba del timbre de ninguna escuela. Era su teléfono. Encendió la luz y consultó la hora con los ojos entornados. Las 5.15. Un vaso de whisky medio lleno descansaba sobre la mesilla de noche.

Descolgó el auricular.

—O'Reilly.

Era el comandante de guardia en la comisaría del área 3.

—Ron, acabamos de recibir una llamada. La cartera de Angela Wozniak ha aparecido en la cochera de la empresa de taxis Yellow Cab.

Ron se frotó los ojos para despabilarse.

—Estás de broma. Ha pasado una semana.

—Hablo en serio. Sé que es temprano, pero he pensado que querías saberlo.

—Ahora mismo voy —dijo O'Reilly.

Acto seguido, llamó a Koz, que también dormía, y le dijo que estuviera listo al cabo de quince minutos. Luego se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño. Tras llenar el lavabo con agua helada, hundió la cara dentro. El agua fría lo dejó sin respiración, pero terminó de despertarlo. Finalmente,

se limpió los dientes un par de veces e hizo gárgaras con Listerine Menta. «Con esto será suficiente», pensó.

El cielo matutino se había tornado de un color azul turquesa para cuando cruzaron la entrada de la verja metálica que cercaba la cochera de Yellow Cab, un cementerio repleto de ataúdes de color mostaza con lápidas encima con la palabra TAXI. En un letrero de la entrada podía leerse: PERROS GUARDIANES PATRULLANDO, y el texto estaba acompañado por el dibujo de un pastor alemán enseñando los dientes. O'Reilly se tomó el cuarto caramelo mentolado de la mañana y le ofreció otro a Koz, que lo rechazó. Luego aparcó junto a una fortaleza hecha de bloques de hormigón grises y situada en medio del terreno que ocupaba la cochera. El ruido de los ladridos de los perros inundó el aire.

—¿Dónde están? —preguntó Kozlowski, temeroso de abrir la puerta—. No me gustan demasiado los pastores alemanes. Por alguna razón, consideran a los tipos grandes como yo un desafío.

O'Reilly señaló un gallinero de malla metálica en el que dos pastores alemanes deambulaban de un lado para otro como tigres en una jaula al tiempo que abrían las fauces para amedrentar a los visitantes.

—Ahí dentro, grandullón. Estás a salvo.

Se dirigieron al edificio hecho de bloques de hormigón y un guardia de seguridad los hizo pasar y los condujo al despacho. Dentro del cubículo cuadrado sin ventanas los esperaba una pareja de policías uniformados junto a un hombre negro cuyas largas piernas y brazos eran poco más que huesos. Una mujer blanca de aspecto cansado, con mala piel y todavía peor peluca, permanecía sentada detrás de un escritorio con el tablero de formica. Sobre éste descansaba una cartera Gucci del tamaño de una chequera.

O'Reilly saludó con un movimiento de la cabeza a los dos policías, al hombre negro y a la mujer. La cabeza le dolía mucho y esperaba que el caramelo mentolado fuera suficiente para camuflar los pecados de la noche

anterior. La mujer, Rosie Harding, era la encargada de noche. El esqueleto humano, Mashal Anouye, fue presentado como el conductor del taxi relacionado con la cartera. O'Reilly cogió la cartera y la abrió. Entre docenas de tarjetas de crédito, vio una foto de Angela Lupino Wozniak viva y sonriendo. El compartimento de los billetes contenía varios de cien sin usar.

O'Reilly les indicó a los agentes que ya podían marcharse y se sentó en la única otra silla que quedaba libre en la estancia, frente a Anouye. Kozlowski se apoyó en la pared tan discretamente como su tamaño le permitía.

—¿Alguien quiere explicarme de dónde ha salido la cartera? —preguntó O'Reilly.

Rosie Harding habló antes de que el conductor tuviera oportunidad de hacerlo.

—Mashal nos entregó esta cartera el pasado sábado por la mañana, al terminar su turno, alrededor de las cinco. Yo la guardé en la caja fuerte. Nuestra política es guardar los objetos de valor bajo llave hasta que su legítimo dueño llame para reclamarlos. Cuando Mashal ha preguntado esta mañana si alguien lo había hecho, he echado un vistazo en la caja fuerte. Al ver que la cartera todavía estaba ahí, he mirado dentro en busca de alguna identificación y me he dado cuenta de que pertenecía a la mujer a la que encontraron muerta en el parque Lincoln, de modo que he llamado a la policía.

—¿Es eso correcto, Mashal? —inquirió O'Reilly.

El hombre cambió nerviosamente de posición. Sus rodillas se movían como las de una araña arrinconada.

—Sí, señor. Así es —dijo en inglés con acento británico.

—¿De dónde eres, Mashal?

—De Kenia, señor, pero ya llevo más de diez años en Chicago.

—Aquí el clima no es tan cálido, ¿verdad? —intervino Kozlowski.

El hombre negro volvió momentáneamente la cabeza hacia el gigante que estaba apoyado en la pared.

—No, señor.

—Bueno, háblame de esa cartera —prosiguió O'Reilly.

—Sucedió hace una semana, el viernes por la noche, señor, o, si lo prefiere, el sábado a primera hora de la mañana. Yo iba de camino a Halsted cuando vi a una mujer haciendo señas a mi taxi. Estuve a punto de no llevarla porque ya había terminado el turno, pero pensé que una última carrera no me haría daño. En cuanto subió al taxi lamenté haberlo hecho porque me di cuenta de que iba muy borracha.

—¿Qué sucedió entonces?

—Me pidió que la llevara a un bar de la avenida Lincoln: The Zone. Pero debo decirle, señor, que algo muy extraño sucedió durante el trayecto. En la esquina de Halsted y Armitage, se asomó por la ventanilla y comenzó a gritarle a alguien. Aunque no recuerdo qué dijo exactamente, sí puedo asegurar que se trató de algo hostil sobre verse las caras en el juzgado. Cuando llegó al bar, parecía tener prisa. En cuanto le di la vuelta, salió apresuradamente del vehículo. Sin darme propina, he de añadir. Yo apagué la luz indicadora del taxi y vine directamente aquí, señor, a la cochera.

»Antes de dejar aparcado el vehículo tengo por costumbre revisar la parte trasera. Fue entonces cuando encontré su cartera en el asiento. Debió de dejársela. —Mashal señaló la cartera—. Siguiendo la normativa de la empresa, la dejé aquí para que la guardaran con los demás objetos perdidos que se encuentran en los taxis.

—¿Y ha estado bajo llave desde entonces? —preguntó O'Reilly a Rosie Harding. Cuando ella asintió, él añadió—: ¿Y no ha pensado alguna vez en ponerse en contacto con el dueño de algún objeto perdido?

Ella le lanzó una mirada falsamente ingenua.

—No se creería la cantidad de cosas que la gente se deja en los taxis. Estaríamos todo el día al teléfono.

O'Reilly se volvió hacia Mashal, que no dejaba de moverse en su asiento como si estuviera hecho de cristales rotos en vez de madera.

—¿Y la razón por la que usted preguntó si alguien había reclamado la

cartera es...?

—Porque a menudo, señor, las personas dejan una recompensa para el conductor a modo de agradecimiento cuando recuperan el objeto perdido. Lo habría hecho antes, pero he estado enfermo.

O'Reilly inquirió al respecto y descubrió que Mashal estaba siendo sometido a quimioterapia a causa de un tumor en el pulmón. Ésa era la razón por la que había estado ausente la semana anterior y, muy probablemente también, el motivo por el que no parecía capaz de estarse quieto. Tras indicarle al conductor que podía marcharse advirtiéndole que no saliera de la ciudad, O'Reilly metió la cartera en una bolsita de plástico y se la dio a Kozlowski. Rosie Harding permanecía en silencio detrás del escritorio.

—Realmente deberían considerar la posibilidad de ponerse en contacto con los clientes que hayan perdido algo —fueron las últimas palabras de O'Reilly—. Sería un buen servicio público.

El sol estaba en lo más alto cuando salieron del edificio y comenzaba a hacer calor. El ruido de los ladridos de los perros los acompañó de vuelta al Ford. Una vez dentro del vehículo, O'Reilly arrancó el motor y esperó a que el aire acondicionado se pusiera en marcha. Sentía palpitations en el rostro.

—No puedo creer que no miraran dentro para ver a quién pertenecía la cartera. Pandilla de idiotas.

—Ciertamente, no se trata de la mejor política —convino Kozlowski.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que el conductor del taxi la liquidara?

Kozlowski negó con la cabeza.

—No lo creo. Daba la impresión de que una ráfaga de viento del lago podría hacerlo salir volando. Además, ¿por qué iba a dejar la cartera sin coger el dinero?

—Sí, ya. Desde luego, Angie parecía llevar suficiente pasta encima para pagarse el vicio —dijo O'Reilly al tiempo que cambiaba de marcha—. Al

menos sabemos adónde fue antes de que la mataran.

## Veinticuatro

### Kelly

El rocío de la mañana todavía flotaba en el aire y el sol comenzaba a ascender cuando Kelly salió a correr por la ribera del lago. Tenía la cabeza mucho más despejada que el día anterior, pero se sentía fatigada por la falta de sueño. Se había pasado la noche dando vueltas en la cama sin dejar de pensar en la camioneta de New Hampshire aparcada en la calle de Carol Anne (y consiguiendo con ello que la noche de su gata fuera tan espantosa como la suya). Los polis deberían estar informados sobre esa camioneta y el carpintero, pero no sabía cómo hacerlo sin romper la promesa que le había hecho a Maggie en el Mayfair.

Cuando llevaba ocho kilómetros, dio media vuelta y se dirigió hacia el sur, rodeando la arboleda en la que habían descubierto el cadáver de Angie. Dudaba que volviera a correr alguna vez por allí. A la altura del tótem de Addison, divisó a Ralph y se dio cuenta de que hacía varios días que no lo veía. Como de costumbre, Kelly ralentizó el paso para chocar su mano. La sonrisa entrecana de Ralph se extendió por sus mejillas sin afeitarse.

—¡Hola, jovencita! —dijo él extendiendo la mano para su tradicional saludo.

—¡Ey, Ralph! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿No te has desviado un poco?

—No pienso volver a pasar por esa arboleda. Ahí no hay nada bueno.

Chocaron las manos y ella siguió adelante. No fue hasta que hubo avanzado medio kilómetro que cayó en la cuenta de lo que acababa de oír.

—¡Joder! —exclamó.

Dio media vuelta y salió corriendo a toda velocidad.

—¡Espera, Ralph! —exclamó al divisar el encorvado cuerpo del anciano. Para cuando llegó a su lado, Kelly ya casi se había quedado sin aliento—. ¿Por qué has hecho ese comentario sobre la arboleda? —preguntó entre jadeos.

La respuesta de Ralph la dejó completamente estupefacta.

—Allí vi algo malo.

—¿Malo en qué sentido, Ralph? —preguntó ella con la respiración todavía jadeante por el esprint que acababa de hacer.

La desdentada sonrisa del anciano se volvió tirante. Luego asintió como si estuviera tratando de tomar una gran decisión. Sin dejar de describir pequeños círculos en el suelo con la punta de uno de sus maltrechos zapatos, levantó la mirada hacia Kelly nerviosamente.

—No quiero problemas.

—Claro que no, Ralph. Soy amiga tuya. No habrá ningún problema. Cuéntame por qué no quieres volver a la arboleda.

—Vi a un hombre que cargaba con una chica muerta.

A Kelly le dio un vuelco el corazón.

—Ralph, ¿puedes contarme qué viste exactamente?

—Bueno, jovencita, pasó hace una semana más o menos. Yo había salido a pasear por el sendero como siempre. Estaba a punto de amanecer, pero todavía no lo había hecho. Suelo levantarme pronto, sobre las tres y media o las cuatro. Antes trabajaba limpiando los bares del centro, así que me pasé casi treinta y cinco años levantándome a esa hora. Ahora que estoy jubilado, sigo con la costumbre. Bueno, la cosa es que estaba paseando y vi a alguien cerca de la arboleda cargando con algo grande al hombro. Pensé que lo mejor sería hacer notar mi presencia para que no se asustara ni nada de eso, de modo que dije en alto: «¡Buenas!». Pero en cuanto el tipo oyó mi voz soltó lo que cargaba y salió corriendo. Me acerqué a investigar y vi que lo que había dejado caer al suelo era una chica. Pobrecilla. Tenía el cuello roto, eso estaba claro. Yo no quería meterme en problemas, pero me daba pena dejarla como

estaba, de modo que cogí unas hojas de periódico de la basura y la cubrí con ellas hasta que alguien llegara y pudieran enterrarla adecuadamente. Luego no supe qué más hacer, de modo que seguí con mi paseo.

Kelly no supo si reír o llorar. Siempre había creído que Ralph era alguien con pocas luces, pero no imaginaba hasta qué punto. ¿A quién se le ocurría dejar el cadáver de una mujer cubierto con hojas de periódico en vez de avisar a la policía? Ahora bien, a pesar de sus limitaciones, era posible que Ralph hubiera visto al asesino suficientemente bien para describirlo. Tal vez no era el testigo más creíble, pero al menos era algo.

—Ralph, ¿pudiste ver a la persona que cargaba con el cadáver de esa chica?

—No muy bien. Como te he dicho, estaba oscuro y desapareció en cuanto oyó mi voz.

—¿Podrías describirlo un poco?

—Era más bien grande, su cabeza casi tocaba las ramas bajas, y era moreno.

—¿Por moreno quieres decir negro?

Ralph negó con la cabeza.

—No. Era tan blanco como tú. Quiero decir que tenía el pelo moreno. Y llevaba ropa oscura. Eso es todo lo que pude ver. Se marchó muy deprisa.

»Escucha, jovencita, no le cuentes a nadie todo esto. No quiero problemas con la policía. Ya tuve problemas con ellos una vez, cuando bebía, y, créeme, no quiero volver a pasar por eso.

«Sé bien de lo que hablas», pensó Kelly.

—Pero, Ralph —insistió ella—, esto no te causaría ningún problema con la policía. Estarían encantados si se lo contaras. —Kelly tocó ligeramente el brazo del anciano—. Tal vez incluso podrían llegar a darte una recompensa.

Los ojos de Ralph se encendieron.

—Eso no lo había pensado. Una recompensa. Nunca me han dado ninguna. Diles que pueden encontrarme aquí, en el parque.

O'Reilly estaba sentado a una mesa del restaurante Ann Sather viendo cómo su compañero devoraba una tortilla de cinco huevos con beicon, queso y cebolla. Él tenía el estómago tan delicado que sólo podía tomar café y una tostada (y con la tostada ya estaba excediéndose). Koz se terminó la tortilla y comenzó a dar cuenta de una pila de tortitas. O'Reilly soltó un silbido por encima del humeante café. Su compañero era grande, pero aun así le costaba creer que nadie pudiera ingerir toda esa comida.

—¿Hace mucho que no te dan de comer?

—No he desayunado —respondió el gigante entre mordiscos—. Normalmente, los sábados, Melissa y yo desayunamos en la cama.

La imagen de Kozlowski sin camiseta y con un plato descansando sobre el estómago hizo que a O'Reilly se le revoliera el suyo. Afortunadamente, su busca vibró a tiempo para interrumpir la visión. Bajó la mirada al aparato y soltó un exabrupto al ver el número. Era Kelly Delaney. Esa tía era una auténtica tocapelotas. Lo había llamado tres veces en las últimas veinticuatro horas para preguntarle por la investigación. Para O'Reilly, no había nada peor que un ciudadano entrometido. ¿Qué diantres pensaba Kelly que hacían con su tiempo? ¿Jugar a las cartas?

Dejó a Koz terminándose su desayuno y se acercó al teléfono público. Kelly contestó al primer timbrado.

—Detective O'Reilly, he de hablar con usted —exigió.

—¿Sobre qué?

—¿Sobre qué diantres cree? Tengo información importante para usted. Es muy difícil explicarlo por teléfono. Necesito que venga a mi apartamento.

—Casualmente, estamos por su barrio —dijo él a regañadientes—. Estaremos ahí dentro de diez minutos.

Kozlowski todavía estaba enfrascado en sus tortitas cuando Ron regresó a la mesa.

—Será mejor que vayas terminando —dijo—. Kelly Delaney dice que tiene

algo para nosotros.

—¿Como qué? —preguntó el poli grandullón, limpiándose la boca con una servilleta.

—No lo sé. Dice que es importante. Puede que haya encontrado al asesino del Tylenol. <sup>1</sup>

Kelly todavía llevaba puesta la ropa de correr húmeda cuando O'Reilly y Kozlowski aparecieron en su puerta. Ella los hizo entrar y los sentó a su minúscula mesa de la cocina. No llevaban allí ni treinta segundos cuando se oyó un gemido que sonaba como el atroz chillido de una persona siendo torturada. Ambos policías se pusieron en pie de un salto y se volvieron hacia los rincones del pequeño espacio listos para desenfundar sus revólveres.

—¿Qué diantres es eso? —preguntó O'Reilly mirando a su alrededor.

Se oyó un segundo aullido todavía más alto. Kelly se quedó mirando avergonzada a los policías.

—Se trata de mi gata. He de encerrarla en el cuarto de baño cuando tengo visita. No le gustan mucho los desconocidos. —Pensó en las facturas médicas que todavía estaba pagando de la vez que *Tizzy* atacó la pantorrilla de un fontanero al que había llamado para que le desatascara el retrete.

Los detectives volvieron a sentarse y Kelly no pudo evitar fijarse en cómo le temblaban las manos a O'Reilly, a pesar de que estaban descansando sobre el tablero de la mesa. Se preguntó si su problema con la bebida afectaba el desempeño de su trabajo. No era que la vida de ese policía le importara lo más mínimo, pero la de sus amigas sí. Ya había muerto una. Quería estar segura de que esa cifra no aumentaría a causa de la incompetencia de O'Reilly.

—Bueno, si fuera tan amable de ponernos al día... —dijo él.

Kelly procedió a relatarles su encuentro con Ralph y cómo el anciano había sorprendido a un hombre cargando con el cadáver de Angie la noche de su asesinato. O'Reilly estaba comenzando a pensar que podía ser una pista

importante hasta que Kelly añadió que fue Ralph quien puso hojas de periódico sobre el cuerpo sin vida de Angie.

—¿Cubrió el cadáver con periódicos? —preguntó con absoluta incredulidad.

—Sí. Como he dicho, Ralph es un poco excéntrico. Lo hizo como muestra de respeto.

—Y no se lo dijo a nadie. Si ese Ralph va en serio, podría haberse metido en un buen problema.

—No, por favor —dijo Kelly—. Tiene miedo de la policía. Por eso no dijo nada. Pero eso no cambia lo que vio. Tienen que encontrarlo y hablar con él.

—E imagino que no tendrá usted su dirección. —El tono de voz de O'Reilly le dejó claro a Kelly que no los tomaba en serio ni a ella ni a Ralph.

—No exactamente. Pero pueden encontrarlo en el parque Lincoln, cerca del tótem. Me prometió que estaría allí esta tarde.

—¿Lo has oído, Koz? El tótem.

—No se ríen de mí —dijo Kelly a la defensiva—. Ustedes no han averiguado nada.

—En realidad, sí que lo hemos hecho —replicó O'Reilly—. Esta mañana ha aparecido la cartera de Angie. Se la dejó en un taxi la noche en la que fue asesinada. Habría llegado antes a nuestras manos si la tonta del pueblo no la hubiera tenido bajo llave. También hemos descubierto que ese taxi la llevó a un bar llamado The Zone. ¿Le suena?

—¿Si me suena? Durante años ese local fue mi farmacia.

—Seguramente también lo era para Angie. ¿Tiene algún nombre para mí?

Kelly vaciló. Aunque había cambiado de vida, no quería causarle problemas a ninguna de las personas de la anterior. Al parecer, O'Reilly le leyó el pensamiento, porque le dijo:

—No se preocupe por esa persona. Somos de homicidios, no de antivicio. Si detuviéramos a todos los camellos que nos dan un soplo, tendríamos que requisar el Hilton por falta de espacio.

—Está bien. Su nombre es Lyle. Iba a decírselo de todos modos. Encontrar a la persona que ha asesinado a Angie es lo más importante.

—Entendido. Lyle —repitió O'Reilly. *Tizzy* dejó escapar otro aullido—. ¡Dios mío, parece que esté teniendo lugar un exorcismo ahí dentro!

—Nosotros también tenemos un gato —comentó Kozlowski—. Sólo necesitan un poco de comprensión.

Aunque Kelly no quería que se marcharan todavía, los detectives ya estaban poniéndose de pie. No sabía cómo ponerlos sobre aviso acerca del tipo de New Hampshire. Ya estaban cruzando el patio cuando se le ocurrió un modo. Le había jurado a Maggie que no diría a la policía nada sobre el carpintero, pero de la camioneta no habían dicho nada.

—¡Esperen! —exclamó—. Hay algo más.

Cuando O'Reilly se volvió hacia ella, su irritación era perceptible.

—Tal vez deberían investigar una camioneta sospechosa que estaba aparcada en la calle de la casa de Carol Anne la noche de la fiesta.

## Veinticinco

### Siete días para la boda

Habían pasado treinta minutos de la hora indicada en la invitación cuando enfilé el camino de entrada de la casa que Natasha tenía en Lake Forest. Mi Volkswagen era una piedrecita en un mar de Cadillac Seville, Mercedes y BMW. La mansión de Arthur Dietrich parecía un satélite oxoniense más que una casa. Incluso tenía un nombre, «Ferrydale», aunque ignoraba su significado. El edificio actual había sido construido sobre una mansión que ya había sido considerada ostentosa cuando fue edificada en la década de 1920. Si la intención de Arthur Dietrich era mostrarse todavía más ostentoso, lo había conseguido. Lo que más le importaban eran las apariencias: de sus perfectos esposa e hijos a su casa, pasando por su Bentley con matrícula GREED E 1.<sup>1</sup> Hijo de un cartero, Dietrich había obtenido su riqueza inicial mediante hábiles operaciones bursátiles y la había multiplicado vendiendo en corto poco antes del crac de 1987. Era típico de él alardear de esa operación. A mí nunca me había caído muy bien. Era un fanfarrón y un fantasma, si bien mis sentimientos eran algo encontrados, ya que a través de él había conocido a Flynn.

Me detuve un momento ante las enormes puertas de entrada —más adecuadas para una iglesia medieval que para una residencia—, me alisé el pelo y respiré hondo. Natasha estaría molesta conmigo por llegar tarde a mi propia fiesta prenupcial, pero mi madre estaría directamente furiosa. Y cuando mi madre estaba furiosa, hacía imposible la vida a los demás.

El mayordomo de Natasha abrió la puerta. Sí, mayordomo. Importado de Inglaterra. Era una de las últimas modas entre los nuevos ricos. Hobbs me hizo

pasar a un vestíbulo en el que Natasha estaba hablando con dos de las parejas de *bridge* de mi madre.

—¡Por fin llega nuestra invitada de honor! —exclamó, y se acercó a mí para darme dos besitos en las mejillas a imitación de la señora Astor—. Ya estábamos comenzando a preocuparnos por ti.

—Lo siento. El tráfico estaba fatal.

Me disculpé con las amigas de mi madre y enfilamos todas juntas un amplio corredor decorado con alfombras orientales y valiosos cuadros recientemente adquiridos. El resto de las invitadas estaban sentadas en el jardín, bebiendo vino blanco y charlando educadamente entre macetas de naranjos e higueras. La mayoría de las mujeres eran de la edad de mi madre, de cincuenta para arriba, vestían ropa de marca y llevaban bolsos salidos directamente de las páginas de *Vogue*. Ataviada con un sencillo vestido recto de color beige que me había comprado de rebajas en J.Crew y con una maltrecha bolsa Coach, yo era sin duda la persona que iba menos a la moda del lugar. Mi madre, que estaba sentada en un canapé de ratán, iba vestida con un traje de color amarillo canario y llevaba un pañuelo Hermès sobre sus hombros y racimos de perlas en las orejas. Mi hermana pequeña, Laurel, estaba a su lado con aspecto de cabreada por haber tenido que asistir. No podía culparla. Estaba tan harta del circuito de fiestas prenupciales como yo. Nuestra hermana mayor, Ellen, vivía en Nueva York con su marido y sus hijos y había tenido la suerte geográfica de librarse de las siete fiestas anteriores.

Cuando me vio, mi madre me lanzó una mirada devastadora. Luego sonrió de oreja a oreja para disimular su disgusto, cruzó la estancia y me llevó a un lado como si fuera un perro pastor guiando una oveja descarriada.

—Margaret Mary —dijo secamente. El hecho de que usara mi nombre legal dejaba claro su enfado—. ¿Tienes idea de lo increíblemente mal visto que está llegar tarde a un evento organizado en honor de una?

—Por favor, mamá, ahórrate la bronca. No me encuentro muy bien. —A diferencia de la excusa que le había dado a Natasha sobre el tráfico, eso era

cierto. Me había pasado toda la mañana en el cuarto de baño vomitando. Esperaba que se debiera a algún parásito de la hamburguesa que había comido la noche anterior y no a la otra posibilidad.

Mi madre me observó y una seria preocupación maternal hizo que se olvidara de su enfado. Colocó la palma de una mano en mi frente.

—Estás algo pálida. ¡Oh, Dios mío, no me digas que estás enfermando! ¡No ahora!

—¡Basta, mamá! Seguramente no es más que una intoxicación alimentaria. Venga, terminemos con esto de una vez.

—¡Maggie!

Sin ganas de intercambiar una palabra más con ella, regresé al jardín. Como a esas alturas de la película ya era una veterana en lo que a fiestas prenupciales respectaba, saludé calurosamente a todo el mundo y me disculpé por haber llegado tarde al evento. Atendí a la madre de Flynn y a sus amigas, muchas de las cuales no conocía absolutamente de nada. La madre de Natasha también estaba presente, claro está. Siendo como era una de las mejores amigas de mi madre, ella era la principal razón por la que no había tenido más remedio que celebrar esa fiesta de última hora en casa de su hija.

Por supuesto, yo era perfectamente consciente de la razón por la que Natasha había acogido ese evento superfluo. Si bien la fortuna de Arthur era considerable, no dejaba de tratarse de un nuevo rico, y eso no garantizaba necesariamente el acceso a los círculos en los que ella quería introducirse. Con la madre de Flynn y sus amigas en su casa, Natasha había conseguido reunir un muestrario de las mujeres que pertenecían a los mejores clubes y atendían las juntas más importantes de Chicago y las urbanizaciones de North Shore. Se trataba de mujeres que podían financiar una nueva ala en un museo o conseguir un gorila para el zoo del parque Lincoln con unas pocas llamadas. Natasha era una trepa sin freno. Tener a ese grupo de mujeres en su casa era un paso más hacia la cima.

El mayordomo anunció que el almuerzo estaba servido y nos trasladamos al

comedor. Un extravagante bufet de pastas, ensaladas, marisco y pescado ahumado había sido dispuesto en una larga mesa alrededor de jarrones con arreglos florales. Llenamos nuestros platos y salimos a una terraza con una serie de mesas con sombrillas desplegadas alrededor de una versión a escala de la Fontana di Trevi. Yo conseguí sentarme junto a Carol Anne, que era la única de mi grupo que había aceptado la invitación. Tanto Suzanne como Kelly se habían excusado, y bien que habían hecho. Esperaba poder hablar confidencialmente con mi mejor amiga, por lo que tuve que disimular mi enfado cuando Natasha se sentó a mi otro lado, impidiendo con ello la conversación prevista. Rechacé una copa de vino y pedí té helado. Tenía el estómago tan revuelto que la idea de comer me resultaba nauseabunda. Decidí entonces usar el tenedor para reorganizar la ensalada de cangrejo que me había servido y que diera la impresión de que había comido un poco. Ese comportamiento no pasó inadvertido al vigilante ojo de mi madre.

—¡Te pareces tanto a tu madre, querida! —dijo desde la mesa contigua.

La terraza se quedó en silencio y todos los ojos se volvieron hacia ella. Yo dejé a un lado el tenedor y esperé con temor su explicación de qué era lo que nos hacía tan parecidas.

—Antes de casarme con tu padre estaba tan nerviosa que yo tampoco podía comer. Al final, mi modista se hartó de ceñir continuamente el vestido y me dijo que no volviera hasta dos días antes de la boda.

Todo el mundo se rio mientras yo me removía incómodamente bajo la lupa que suponía ser la protagonista. A veces me costaba creer las trivialidades que salían de labios de mi madre. Me metí un trozo de cangrejo en la boca a modo de desafío directo a sus palabras y contuve el impulso de escupirlo directamente de vuelta al plato.

Al poco, dejé de ser el centro de atención y los invitados retomaron sus conversaciones anteriores. Natasha, con un aspecto increíblemente elegante enfundada en un vestido color crema probablemente comprado en alguna *boutique* de la calle Oak, me dedicó una sonrisa burlona. Vi entonces que tenía

un trozo de espinaca en los incisivos. Normalmente, se lo habría dicho, pero no estaba de humor. Que fuera alguna de las otras mujeres quien le diera la noticia o, mejor aún, su marido, después de que todo el mundo se hubiera marchado.

—¿Qué se sabe de Angie? —preguntó en un tono de voz que me sonó excesivamente pagado de sí mismo.

—Que yo sepa, todavía está muerta —repuse, y luego, decidiendo que había sido demasiado brusca, aunque mi comentario iba dirigido a Natasha, añadí—: Parece que la policía no tiene nada.

—He oído que se trató de un asunto relacionado con drogas. Personalmente, creo que estaba buscando a alguien con quien acostarse y la cosa le salió mal.

—¿Cómo puedes decir algo así de horrible, Natasha? Angie era la última persona del mundo que buscaría un rollo de una noche.

—No lo creo. De hecho, sé que no es así. Una vez intentó seducir a Arthur.

Carol Anne estuvo a punto de atragantarse con su comida y a mí me supuso un desafío contener una sonrisa de oreja a oreja. Angie había dejado claro lo mucho que le desagradaba Arthur Dietrich, a quien llamaba «la Etiqueta Andante», pues siempre andaba alardeando de cuánto le habían costado sus adquisiciones. Incluida Natasha. Hablaba de su esposa y de las joyas y la ropa que ésta llevaba como si formaran parte de su cartera de valores. El otro apodo con el que Angie se refería a él era «el Invasor del Espacio», pues siempre que estaba a su lado se comportaba exactamente así.

Natasha no se amilanó por nuestra respuesta.

—Adelante, reíros, pero Arthur me contó que Angie le tiró los tejos en tu fiesta de compromiso del invierno pasado, Maggie. Cuando él estaba saliendo del cuarto de baño. Me dijo que casi tuvo que quitársela de encima.

Yo sabía a qué incidente se refería Natasha, pero no había tenido lugar tal como ella lo había descrito. En realidad, había sido Arthur quien, borracho, había arrinconado a Angie al salir del baño, empujándola contra la pared e

intentando meter una de sus manazas dentro de su blusa. En vez de sentirse insultada o enfadarse, Angie se deshizo de él entre risas y se marchó sin más. El ego herido de Arthur debió de empujarlo a darle la vuelta a la historia y contarle su propia versión a su esposa.

—Natasha, lo siento, pero es del todo imposible que Angie le tirara los tejos a Arthur.

—Sí que lo hizo. Y eso es lo que le conté a la policía. ¿Sabéis qué problema tenéis vosotras dos? —dijo ella, incluyendo a Carol Anne—. Sois demasiado confiadas. La realidad es que siempre hay alguien esperando a joderte. Si he aprendido una cosa en la vida es a mantener un ojo abierto y una mano sobre lo que es tuyo, porque en cuanto te relajas, alguien intentará quitártelo.

Para nuestro alivio, en ese momento apareció el mayordomo y le susurró algo al oído a Natasha.

—He de ir a ocuparme del café —dijo ella, dejando su copa de vino y siguiéndolo al interior de la casa.

—¡Uf, menuda neurótica! —exclamó Carol Anne.

—Bueno, eso no es ninguna novedad.

—¿Y bien? ¿Cómo te encuentras hoy, amiga mía?

—Sobrevivo, pero a duras penas.

—¿Alguna señal de lo que tú ya sabes?

—No, pero todavía me faltan un par de días para dejarme llevar por el pánico.

Nos callamos de golpe cuando mi hermana pequeña llegó y se sentó en el asiento que había dejado libre Natasha.

—Sólo quiero que sepáis que, después de haber visto este circo, si alguna vez me caso lo haré fugándome con mi prometido.

—A mí me lo vas a contar... —fue todo lo que pude decir.

En ese momento sonó un timbre y todas las cabezas se volvieron hacia las puertas abiertas de la terraza. El mayordomo anunció que el café estaba

servido y la procesión de mujeres regresó al salón, donde la mesa había sido transformada en una pastelería francesa repleta de tartas de frutas, *crème brûlée* y docenas de selecciones de chocolate. Había incluso una cafetera exprés al final de la mesa. Yo me salté el postre y me tomé medio capuchino descafeinado con leche desnatada. Se me ocurrió entonces que ese café podía ser una metáfora de mi vida. Café sin el subidón de la cafeína. Leche sin la grasa. Una insatisfactoria versión de un auténtico capuchino.

Tras el postre, interpreté el papel de buena novia y abrí las cajas hermosamente envueltas que me esperaban sobre una mesa cubierta por un mantel de lino que estaba situada cerca de la fuente. A pesar de que supuestamente se trataba de una fiesta prenupcial dedicada a la lencería, me sentí aliviada al comprobar que la mayoría de los regalos consistían en prendas de buen gusto, como batas de satén o elegantes camisonas, todas recibidas con un coro de «ooohs» y «aaahs». Esto cambió, sin embargo, cuando llegué al regalo de la madre de Flynn. Abrí la caja cuidadosamente envuelta y desenvolví el papel. Contenía un body de color rojo con aberturas en la entrepierna y en los pezones. Mi rostro se volvió tan rojo como la prenda. Lancé una mirada interrogativa a mi futura suegra, y ella asintió. Sostuve en alto la exigua pieza de lencería para que todo el mundo pudiera observarla.

—¿Se nota que quiero ver a Maggie embarazada cuanto antes? —dijo Marguerite Hamilton.

Todas las mujeres reunidas en la terraza estallaron en carcajadas con la excepción de la futura esposa, que deseó poder esconderse en un agujero de gusano y morir. Volví a guardar el body en la caja con la esperanza de que su deseo de verme embarazada no hubiera sido satisfecho todavía.

## Veintiséis

### Ron

Se detuvieron en una tranquila callejuela lateral, a la sombra y con las ventanillas bajadas. Mientras bebía más café solo, O'Reilly contempló cómo su compañero se zampaba dos Big Mac con patatas.

—¿Se puede saber dónde metes toda esa comida? —le preguntó.

—Comer es necesario.

—Sí, ya lo sé, pero ¿has pensado alguna vez en dejar algo para el resto del mundo?

O'Reilly le dio otro sorbo a su café. Era última hora de la tarde, y decir que estaba agotado por todo el trajín que habían tenido ese día desde antes del amanecer sería quedarse corto. Tras despedirse por la mañana de la señorita Delaney, habían ido a Boystown en busca de Lyle, el tipo de The Zone, a quien no le había hecho ninguna gracia que lo sacaran de la cama. Le preguntaron sobre Angie y al principio se hizo el loco. Frotándose los somnolientos ojos, les dijo que no sabía quién era. Que no la había visto en la vida. Finalmente, O'Reilly le explicó sucintamente que él y Koz eran de homicidios, no de antivicio, y que si se mostraba cooperativo, antivicio no se enteraría de sus actividades extracurriculares. En caso contrario, bueno..., por decirlo en términos futbolísticos, caerían sobre él como defensas sobre un *quarterback*.

De modo que finalmente Lyle había cooperado. Sí, Angie fue a The Zone sobre las tres de la madrugada para comprar un gramo. También pidió una copa, pero a la hora de pagar por la bebida y la adquisición colateral no pudo encontrar la cartera. Sabiendo que era de fiar, Lyle la invitó a la copa y le fío el gramo bajo la promesa de que regresaría al día siguiente para pagarlo.

—¿Y después de eso se marchó? —preguntó O'Reilly.

El camarero delgaducho se pasó una mano por su escaso pelo.

—En realidad, de camino a la salida se detuvo para hablar con alguien. Un tipo moreno. Guapo. No lo había visto antes. Parecía un poco nervioso después de hablar con ella.

—¿Se marcharon juntos?

—No. Ella lo hizo sola. Él se quedó un poco más.

—¿Está seguro de que se quedó?

—Sí, lo estoy. Ya he dicho que era guapo, ¿no? —dijo al tiempo que sus somnolientos ojos adoptaban una expresión melancólica.

Cuando terminaron con Lyle, fueron a visitar a Harvey Wozniak a su apartamento de alquiler. Lo habían interrogado justo después del asesinato. Aunque no tenía coartada para las horas en las que Angie había sido asesinada, la conmoción en su rostro cuando le dijeron que había muerto pareció tan real que O'Reilly consideró que no era sospechoso. Hasta ahora. Después de hablar con el taxista esa mañana, Harvey volvía a formar parte de la lista de sospechosos. No hacía falta ser Einstein para saber a quién había estado gritándole Angie desde el taxi.

Cuando aparecieron en su apartamento sin avisar, Harvey se mostró extremadamente alterado. No dejó de mover nerviosamente sus peludas manos durante todo el rato que los dos detectives de homicidios permanecieron sentados en su cutre sofá haciéndole preguntas. Sus impenetrables rostros de poli le hicieron sudar la gota gorda.

—¿Por qué no nos dijo que vio a Angie la noche que fue asesinada? —preguntó O'Reilly con una mirada que parecía una pistola amartillada.

Harvey recordó vívidamente la escena. Iba andando por la calle Halsted con la mano en el brazo de Jennifer y los pensamientos en su entrepierna cuando oyó que lo llamaban a gritos. Al volverse, vio a su todavía esposa asomada por la ventanilla de un taxi, profiriendo insultos como una posesa:

«¡Asqueroso polaco infiel! ¡Nos veremos en los juzgados! ¡Te sacaré toda la pasta!».

—¿Que por qué no les dije que vi a Angie? ¿Cómo querían que lo hiciera? Es decir, ahí está ella, insultándome, y poco después aparece muerta. Y yo sin coartada. Estuve viendo la tele. Soy perfectamente consciente de lo que parece. En este mundo se cometen errores continuamente, y a veces hay gente que paga por crímenes que no ha cometido.

—Entonces ¿está diciéndome que dejó a su cita y se fue directo a casa?

—Como ya les dije, sí.

—Doy por sentado que ya había mantenido relaciones íntimas con ella.

—¿Con Jennifer? Oh, sí. Aunque eso no es de su incumbencia.

—¿Y por qué no se acostó con ella esa noche?

—¿Cómo puedo explicarlo? Mi estado de ánimo cambió tras ver a Angie. Tenía ganas de estar solo. Mire, el día que conocí a Angie fue como lo del rayo de *El Padrino II*. Nunca imaginé que tendría como esposa a una mujer como ella. Nuestros primeros años juntos fueron increíblemente fantásticos, hasta que me echó del dormitorio.

»Resulta irónico que la primera vez que le soy infiel con esa tía buena que me llevó a casa (porque era la primera vez, sí), Angie va y llega pronto del trabajo. Ese día, toda mi vida se fue a la mierda. Perdí a mi esposa y mi casa. Ahora la suerte me ha dado la espalda y los valores de mis cuentas bursátiles no dejan de descender. Mire este lugar de mierda en el que estoy viviendo. Muebles de alquiler.

»Me pregunta por qué no me acosté con Jennifer esa noche. Déjeme que se lo diga claramente. El sexo con Jennifer está bien, pero compararlo con el que tenía con Angie es como comparar la leche desnatada con la nata. Perdí el interés.

Presa de la frustración, Harvey se golpeó el muslo con la palma de la mano. Se sentía mal por su vida, por su situación, por haber perdido a Angie. O'Reilly no tenía claro cuál de esas razones pesaba más.

—Yo no maté a Angie —dijo al tiempo que las lágrimas comenzaban a acudir a sus ojos—. Tienen que creerme. Yo amaba a mi esposa.

Tras dejar a Harvey, habían ido en busca de Ralph, el misterioso paseante. No les había costado encontrarlo. Haciendo caso a Kelly, no se había separado del tótem en toda la mañana. Les contó lo del tipo alto y moreno que había dejado tirado el cuerpo de Angie en el parque y se había largado corriendo. Y también que había cubierto el cadáver con hojas de periódico para que no tuviera frío.

—¿Reconocería a ese hombre si volviera a verlo? —preguntó O'Reilly.

El anciano asintió.

—Sí, señor, creo que sí.

O'Reilly cuestionó su propia cordura por prestarse siquiera a considerar como testigo al excéntrico Ralph. Mientras veía cómo su compañero se terminaba su segundo Big Mac, se preguntó si sería capaz de almorzar.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Kozlowski, tras lo cual sorbió ruidosamente lo que le quedaba de cola y soltó un eructo.

—Estoy pensando en incluir a Wozniak en una rueda de identificación y traer al marica de The Zone y al pirado del parque para ver si lo identifican.

—¿Crees de veras que Wozniak la mató?

—No, pero, ya puestos, estaría bien descartarlo del todo.

—¿Y qué hay de la camioneta blanca aparcada en Kenilworth?

—¿Qué pasa con ella?

—¿No crees que puede ser importante?

—¿Estás de coña? Cuando la señorita Delaney nos contó lo de esa camioneta me entraron ganas de preguntarle qué diantres estaba fumando. Olvídate de la jodida camioneta blanca. No es nada. —O'Reilly arrancó el coche. Se moría por una copa. Ya podía saborear la cerveza descendiendo por su garganta en la taberna de su barrio. Antes de permitirse ese placer, sin embargo, pensó que podían hacer una parada más—. Está bien, Koz. Ya que

estamos en el vecindario, hagámosle una visita rápida a la novia. Luego daremos por terminado el día.

## Veintisiete

Tuve que hacer tres viajes para llevar los regalos que me habían hecho en la fiesta del Volkswagen a mi apartamento. Lamentablemente, el único significado que todas esas lustrosas cajas tenían para mí era la obligación de escribir notas de agradecimiento. Me senté en el sofá y, tras recoger las piernas debajo del cuerpo, respiré aliviada por encontrarme de nuevo en mi santuario, lejos de miradas inquisitivas. Apenas había probado bocado en la fiesta y estaba comenzando a sentir algunos retortijones que reconocí como hambre. Fui a la cocina para prepararme un sándwich de mantequilla de cacahuete, pero llamaron a la puerta cuando apenas le había dado tres mordiscos.

—¿Qué diantres...? —exclamé, procurando no maldecir en voz alta por el hecho de que violaran mi momento de soledad.

Dejé el sándwich en la encimera y fui a abrir la puerta. Mi apetito desapareció por completo en cuanto eché un vistazo por la mirilla y vi a los dos detectives de homicidios en el pasillo. ¿Y ahora qué querrían? Entre las opciones de abrirles la puerta o tirarme por la ventana habría escogido la segunda, salvo porque vivía en un segundo piso y no habría servido de mucho. Abrí la puerta.

—Buenas tardes, detectives —dije haciendo un controlado esfuerzo para mostrarme cordial—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Espero no molestarla —repuso O'Reilly—, pero hoy hemos averiguado nuevos datos que queríamos revisar con usted.

—Por supuesto, entren. —Abrí la puerta del todo casi ensordecida por las palpitations que sentía en las orejas y aterrorizada por si esos nuevos datos

estaban relacionados con el carpintero—. Son regalos de mi fiesta prenupcial —expliqué al tiempo que apartaba una pila de cajas para que pudieran sentarse en el sofá.

Con los brazos llenos de cajas, tropecé con la alfombra y el regalo de la madre de Flynn salió despedido de la pila y el body con abertura en la entrepierna cayó al suelo. O'Reilly apenas pareció darse cuenta, pero a Kozlowski se le encendieron las orejas y volvió rápidamente la cabeza hacia la cocina. Esta vez no había vasos de chupito en la encimera. Sólo un sándwich de mantequilla de cacahuete con tres mordiscos.

—Como he dicho, son regalos que me han hecho en mi fiesta prenupcial. — Volví a meter la minúscula pieza de lencería en la caja y la dejé sobre las demás en un rincón del salón.

—Esto no debería llevarnos más de un minuto —dijo O'Reilly—. Sólo hemos venido a hacerle un par de preguntas. ¿Ha oído hablar de un establecimiento llamado The Zone?

Oír su pregunta fue como si alguien me aplicara un bálsamo sobre una contracción muscular. No habían venido a preguntarme por Steve Kaufman. Estaban interesados por el bar The Zone. La presión del miedo aminoró.

—¿Han hablado con Albert? —pregunté, suponiendo que el encargado adjunto de Angie había contactado finalmente con ellos y les había dicho que la había visto poco antes de morir.

—¿Albert? ¿Quién es Albert? —La mirada de perplejidad de O'Reilly me dejó claro que mi suposición era incorrecta. Bueno, ya se sabe qué dicen de las suposiciones. Ahora ya no podía echarme atrás.

—Albert Evans. Trabajaba con Angie.

—No sabemos nada de ningún Albert Evans —dijo enarcando la ceja derecha y dejando bien a la vista un ojo inyectado en sangre—. Tal vez usted pueda ilustrarnos.

Albert no tendría más remedio que aceptar mi metedura de pata, absolutamente involuntaria. Les expliqué la conversación que había mantenido

con él en la residencia de los Lupino después del funeral, y añadió:

—Se suponía que iba a ponerse en contacto con ustedes.

O'Reilly estaba claramente cabreado y su rostro enrojeció todavía más de lo habitual. Yo odiaba que me pillaran mintiendo, aunque sólo fuera por omisión. Por supuesto, todavía había otra mentira por omisión más grande cuya sombra se proyectaba por el salón, mi aventura con el carpintero, pero afortunadamente sólo yo estaba al tanto de eso.

—Bueno, pues no lo hizo. —De repente, a O'Reilly pareció ocurrírsele algo y la rojez de su rostro disminuyó—. ¿Ese Albert es un tipo moreno y grandullón?

—Exactamente lo contrario —respondí, pensando en los estrechos hombros y la tez pálida de Albert—. Es de compleción menuda y pelo claro.

—Angie fue vista en The Zone hablando con un tipo moreno y corpulento. ¿Sabe usted si Harvey Wozniak frecuentaba el local?

Tuve que reprimir una carcajada.

—¿Harvey en The Zone? Ni de coña. Es un homófobo. No lo encontraría ni a quince kilómetros de un bar gay. Solía odiar la fiesta de Navidad de Bloomingdale's por todos los compañeros de trabajo de Angie homosexuales. Juro que si se le hubiera caído la cartera en esa fiesta, habría vuelto a casa dándole patadas. Además —añadí—, no podría tratarse de Harvey. Albert lo conocía. Lo habría reconocido.

—Mierda... —refunfuñó O'Reilly—. La próxima vez que alguien le dé alguna información, no se limite a suponer que se ha puesto en contacto con nosotros. Hágalo usted. ¿De acuerdo?

—Lo haré. Lo prometo —aseguré con la mano ya en el pomo de la puerta. Tras haber esquivado otra bala más, no veía el momento de que se marcharan. Sin embargo, antes de que comenzaran a bajar la escalera, Kozlowski se detuvo y pronunció sus primeras palabras de la tarde.

—Un momento, Ron. Quiero preguntarle por la camioneta.

La bola me impactó por la espalda y me costó no tambalearme bajo el peso

del golpe. Sabía perfectamente a qué camioneta se refería. Maldije a Kelly por haberme traicionado. Aferrada con fuerza al pomo para mantener estable mi trémula mano, permanecí ahí inmóvil, como si ése fuera el fin de mi vida tal y como la conocía.

—Cierto. —O'Reilly lanzó a su compañero una mirada de reojo que yo no debía ver—. No conocerá usted a nadie de New Hampshire, ¿verdad?

«Mierda.» Me habían pillado. Ya estaba lista para soltarlo todo cuando miré el rostro de O'Reilly y advertí que su expresión estaba en blanco. Y Kozlowski tampoco parecía saber nada. ¿Estaban jugando conmigo o de verdad no tenían la menor idea de mi relación con Steven Kaufman? Consciente de que mi futuro pendía de un hilo, mantuve mi expresión tan opaca como la suya.

—¿Por qué lo pregunta?

—Es sólo que alguien ha mencionado que el pasado viernes había una camioneta blanca sospechosa cerca de la casa de los Niebaum —contestó O'Reilly. Su tono de voz me indicó que odiaba perder el tiempo.

—No. No recuerdo conocer a nadie de New Hampshire —terminé diciendo. Era increíble la velocidad a la que estaban amontonándose las mentiras.

En cuanto se hubieron marchado, corrí al cuarto de baño y vomité los tres mordiscos que le había dado al sándwich de mantequilla de cacahuete. Mi tormento ya era absoluto. ¿Qué sucedería si la policía relacionaba a Steven Kaufman conmigo? ¿Podrían acusarme de algo? ¿Aparecería en los periódicos? Pensé en Flynn y en mis padres y en la vergüenza que sentiría yo si eso llegaba a suceder.

Cuando mi estómago hubo vaciado todo, fui al dormitorio. Empapada de sudor, me quité el húmedo vestido de J. Crew por la cabeza. Mientras me contoneaba para quitármelo, vislumbré mi silueta en el espejo de cuerpo entero. Después de tantos años viendo a la chica gorda con michelines,

todavía me costaba creer que esa esbelta figura de estómago cóncavo y piernas delgadas me perteneciera a mí. De repente sentí un inexplicable impulso y regresé al salón para coger el body que la madre de Flynn me había regalado. Me lo puse y adopté una pose sensual delante del espejo. Ver mis pezones a través de la tela transparente y el rizado vello caoba asomando por la abertura de la entrepierna me hizo sentir increíblemente sexy. Fantasé con que me arrojaran a la cama y me poseyeran de un modo salvaje y apasionado.

El problema era que, en mi fantasía, Flynn no era quien me tiraba a la cama. Ni la persona con la que hacía el amor.

Mis ojos se posaron en la papelera de mimbre que había debajo del escritorio. No la había vaciado en una semana. La volqué y comencé a rebuscar entre pañuelos y trozos de papel hasta que encontré lo que estaba buscando. Una hoja arrugada con un número escrito. El que Steve Kaufman había garabateado en mi cuaderno aquella mañana. 708-925-1014. Descolgué el auricular y comencé a marcar, pero lo pensé mejor y me detuve. Esperé un minuto y volví a marcar, esta vez todo el número. En cuanto el teléfono empezó a sonar, colgué. No tenía ni idea de por qué había hecho la llamada ni de qué habría dicho si hubieran contestado.

Me puse unos anchos pantalones de chándal y llamé a Flynn para cancelar la cita para cenar diciéndole que la fiesta de Natasha me había dejado agotada. Él pareció decepcionado, pero dijo que lo comprendía. Luego me metí en la cama y al poco estaba completamente roque. Dormí profundamente hasta que un tremendo orgasmo me despertó. Permanecí tumbada en la oscuridad con el corazón latiéndome con fuerza. Había estado soñando y, en mi sueño, el carpintero entraba a la fuerza en mi apartamento y se quedaba de pie junto a mi cama.

«¿Eres peligroso o has venido a hacer el amor?», le preguntaba yo.

«Soy peligroso», decía él, quitando de un tirón las sábanas de la cama y colocándose encima de mí.

De repente me di cuenta de que me sentía decepcionada porque sólo

hubiera sido un sueño. «¿Qué diantres te pasa?», me pregunté, sintiéndome profundamente escindida. Parecía estar dividida en tres realidades. Una deseaba volver a ver al carpintero. Otra opinaba que hacerlo no sólo estaría mal, sino que se trataba de una completa estupidez. Y luego había una inquietante tercera voz que me decía que debería tenerle mucho miedo.

## Veintiocho

### Suzanne

El sonido de las campanas de la catedral del Santo Nombre ascendió los cuarenta pisos hasta el apartamento de Suzanne, donde ésta se encontraba sentada en su cocina leyendo la edición dominical de *The New York Times*. En un mundo perfecto, ya estaría en su oficina, pero una llamada temprana del detective O'Reilly preguntándole si él y el detective Kozlowski podían pasarse un momento había desbaratado temporalmente sus planes. Suzanne había llamado entonces al portero de los fines de semana para avisarlo de que esperaba visita y luego había seguido leyendo el periódico. Se encontraba a medias de la sección semanal «Week in Review» cuando sonó el timbre. Al abrir la puerta, la sorprendió ver a Vince en vez de a los polis. Sostenía un enorme ramo de flores tropicales en la mano derecha.

—Vince, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó.

—He venido al centro a ver cómo iban unas obras. Deberías decirle al portero que te avise antes de dejar pasar a las visitas, cariño. Podría haber sido un maníaco depravado.

—Normalmente lo hace. Es sólo que le he dicho que... —Antes de que pudiera decir nada más, Vince la silenció pegando sus labios a los de ella.

Luego entró en el apartamento y cerró la puerta a su espalda con el pie. Dejó caer las flores al suelo, metió una experimentada mano por debajo de la falda de seda de Suzanne y la deslizó por su muslo hasta llegar a la nalga derecha y agarrársela.

Ella dejó escapar un gemido ahogado.

—El maníaco depravado eres tú.

—La culpa es tuya, que me conviertes en uno —respondió él.

Le cogió una mano y la llevó a la bragueta de sus pantalones, donde su rigidez ya empujaba para liberarse de su confinamiento. La excitación de Vince no hacía sino intensificar la que sentía ella. Un minuto antes, el sexo era lo último que tenía en la cabeza. Ahora la ocupaba por completo.

Vince tiró con fuerza de su braguita de encaje y se la arrancó. Al apartarse ligeramente de ella para tener acceso a la cremallera de su bragueta, estuvo a punto de pisar las flores. Les dio una patada sin contemplaciones, se quitó los pantalones y, tras alzar a Suzanne, la penetró con un gruñido. A duras penas conteniéndose a sí mismo, comenzó a balancearla adelante y atrás.

—¡Oh, Dios mío! —masculló ella aferrada a él con los pies en el aire.

Tras quitarle la blusa y luego el sujetador, Vince pegó los labios al pezón derecho de Suzanne y comenzó a describir círculos con la lengua. Ella gimió de placer y empujó su cuerpo hacia delante para que él se adentrara más profundamente.

El mundo sólo eran Vince y ella, y luego sólo ella, y entonces tuvo lugar ese exquisito placer que bordeaba el dolor y dejó escapar un chillido de éxtasis. Él también había alcanzado ese punto y, gruñendo como un animal en celo, se hundió todavía más profundamente en su interior y se vació.

Permanecieron inmóviles unos segundos, saboreando las últimas oleadas de placer con la respiración jadeante. Luego Vince bajó a Suzanne para que sus pies volvieran a tocar el suelo. Él seguía con las manos en las nalgas de ella y ambos todavía estaban recobrando el aliento cuando sonó el timbre de la puerta. Él se la quedó mirando extrañado.

—¿Esperas a alguien?

—¡Oh, mierda! —exclamó ella, usando un lenguaje que rara vez empleaba—. Es la policía. Quieren hablar sobre Angie. —Se bajó la blusa y se alisó la falda.

—Te esperaré en el dormitorio —susurró Vince con una traviesa sonrisa.

—Ten, llévate esto. —Suzanne recogió del suelo la braguita que Vince le

había arrancado y se la tiró.

Él se llevó la delicada pieza a la nariz un delicioso momento y desapareció pasillo abajo. El timbre volvió a sonar, esta vez con más insistencia. Suzanne echó un vistazo por la mirilla y vio a O'Reilly y a Kozlowski esperando en el pasillo. Tras alisarse el pelo, abrió la puerta.

—Discúlpenme. Estaba en el cuarto de baño —dijo rezando por que la ropa que llevaba puesta estuviera toda en su sitio.

—Espero no molestarla —dijo O'Reilly.

—Ya les dije que los ayudaría en lo que fuera.

Se hizo a un lado para dejarlos pasar. Kozlowski se inclinó y recogió el ramo de flores del suelo. En sus prisas para estar presentable, a Suzanne se le había olvidado hacerlo. Él se lo tendió y ella lo dejó en la mesa, sin ofrecer ninguna explicación de por qué estaba en el suelo. ¿Era su imaginación o ambos policías habían intercambiado una mirada de complicidad? Los condujo al salón y todos volvieron a sentarse en los mismos asientos de su anterior visita: ellos en los sillones tapizados de seda, Suzanne en el sofá color melocotón. La luz de la mañana se reflejaba en el jarrón veneciano proyectando sus colores sobre el tablero de la mesa.

—Han dicho por teléfono que habían averiguado algo —dijo Suzanne.

—Así es —contestó O'Reilly—. Para empezar, ahora sabemos que, después de que usted dejara a Angie en su casa, ella se fue a un bar llamado The Zone para pillar algo de coca.

Suzanne cerró los ojos. Volvieron a asaltarla las mismas dudas que habían estado atormentándola desde el asesinato. Si esa noche hubiera acompañado a Angie a su apartamento y la hubiera metido en la cama, ¿todavía estaría viva? Si hubiera dejado a Angie en The Overhang, ¿el desenlace habría sido otro? Nunca podría saberlo. Cuando volvió a abrir los ojos, ambos detectives estaban mirándola fijamente; O'Reilly con aparente impaciencia, Kozlowski de un modo más compasivo.

—En The Zone, un testigo vio que Angie mantenía una acalorada discusión

con un hombre. Un tipo alto y con el pelo rizado y moreno —prosiguió O'Reilly—. ¿Tiene alguna idea de quién puede ser?

—Ésa parece la descripción de Harvey.

—Sabemos que no era Harvey. ¿Podría esa descripción encajar con la de Michael Niebaum?

—¿Michael Niebaum? —Suzanne se quedó estupefacta. La idea de que el marido de Carol Anne pudiera estar implicado en la muerte de Angie le resultaba inconcebible—. Michael es alto y moreno, sí, pero es imposible que tuviera nada que ver con la muerte de Angie.

—Una de sus amigas nos ha insinuado que a Angie le iban los maridos de otras mujeres. Esa noche, el doctor Niebaum llegó tarde a casa.

—Eso es lo más ridículo que he oído nunca —dijo Suzanne, preguntándose quién podría haber sugerido algo así. Acto seguido, la imagen de Natasha le vino a la cabeza y se cruzó de brazos indignada—. Angie nunca tuvo una aventura con ningún marido salvo el suyo. En todo caso, era frígida. Es más, puedo asegurarles que Michael Niebaum es un maravilloso padre y marido. Es imposible que tuviera algo con Angie. Ni por asomo.

—¡Oiga, nosotros sólo somos detectives de homicidios, no la policía de la moralidad! Tenemos que hacer las preguntas difíciles.

Para sorpresa de Suzanne, de repente Kozlowski intervino. El tipo grandullón era tan callado que a veces ella incluso dudaba de que tuviera voz.

—Tal vez podrías preguntarle a la señorita Lundgren por la camioneta.

A O'Reilly le molestaba la obsesión de Kozlowski con la camioneta blanca, pero, qué diantres, al fin y al cabo se trataba de su compañero, y se dio cuenta de que le convenía satisfacer al grandullón.

—¿Recuerda usted haber visto algún vehículo inusual aparcado esa noche en la calle de la casa de la señora Niebaum? En concreto, una camioneta blanca con matrícula de New Hampshire.

—No, no recuerdo ninguna camioneta blanca. Pero por alguna razón me suena lo de New Hampshire... —Rebuscó en su memoria, intentando recordar

dónde había oído algo sobre New Hampshire. No solía oír demasiadas referencias a ese estado a no ser que se encontraran en un ciclo electoral. Entonces cayó en la cuenta—. ¡Ah, sí! Esa noche había un tipo de New Hampshire en The Overhang.

Ron O'Reilly se echó hacia atrás con tanta fuerza que estuvo a punto de volcar el sillón. Kozlowski se inclinó hacia delante.

—¿Podría describirlo?

Suzanne respiró hondo.

—Ahora que lo dicen, era alto y tenía el pelo moreno y rizado. Aunque, si no recuerdo mal, llevaba gafas.

O'Reilly tomó el testigo.

—¿Sabe cuál era su nombre?

—No puedo decirles nada más sobre él. Deberían preguntarle a Maggie. Ella fue quien estuvo hablando con él. De hecho, estaban bailando juntos cuando Angie y yo nos marchamos.

El rostro de O'Reilly enrojeció más que nunca con ese nuevo dato. Recordó que, hacía tan sólo un día, la novia había negado conocer a nadie de New Hampshire. Luego pensó en lo raro que había sido el comportamiento de la rubia que tenía delante cuando les había abierto la puerta. Y también en el evasivo modo en que la señora Niebaum había contestado a alguna de sus preguntas. ¿Por qué tenía la sensación de que todas esas mujeres estaban ocultando algo?

Suzanne los acompañó a la puerta con la esperanza de que no advirtieran el cerco mojado que tenía en la parte trasera de su falda o el hilo de color blanquecino que le chorreaba por la pierna. Luego se unió a Vince, que la esperaba en el dormitorio tumbado en la cama y leyendo un artículo de la revista *Town and Country* sobre los restaurantes más románticos de París. Acababa de decidir que llevaría a Suzanne a la Ciudad de la Luz. En primera

clase. Se alojarían en una suite del Ritz. Pediría champán y luego... Bueno, sólo esperaba que tuvieran tiempo de ver algo de la ciudad.

—¿Te han apretado mucho las tuercas? —preguntó en broma.

—No, pero espero que no se hayan fijado mucho en mi aspecto —respondió al tiempo que se quitaba la falda húmeda y la tiraba al suelo. Luego se metió en la cama con él y pegó la nariz a su mejilla—. Me han hecho un montón de preguntas extrañas. Sobre el marido de Carol Anne, para empezar. Creo que Natasha les ha metido en la cabeza la idea de que Angie estaba teniendo una aventura con el marido de alguien. Además de ser eso algo absolutamente inconcebible, no sé de dónde han sacado lo de Michael. Carol Anne y Michael han estado unidos por la cadera desde el primer día.

Vince apenas había escuchado una palabra. La mera presencia de Suzanne sin falda a su lado era suficiente para excitarlo de nuevo y las caricias que estaba haciéndole en el estómago eran eléctricas. El apetito que sentía por ella era insaciable, como una picadura que sólo deja de picar cuando uno se rasca y que, cuando no se hace, pica todavía más. Lo más exasperante, sin embargo, era que no sólo deseaba su cuerpo. Sus sentimientos por ella eran más profundos que el mero deseo animal. Lo anhelaba todo, cuerpo y alma, y quería estar seguro de que sería siempre suya.

—Y luego me han preguntado otra cosa extraña —prosiguió ella, con la cabeza apoyada en el pecho de él de tal forma que podía oír los regulares latidos de su corazón—. Al parecer, había una camioneta de New Hampshire aparcada en la calle de Carol Anne la noche de la fiesta de Maggie. Curiosamente, esa noche Maggie estuvo bailando con alguien de New Hampshire en The Overhang. ¿No es una coincidencia misteriosa? Es decir, ¿con qué frecuencia conoce una a alguien de New Hampshire?

El vuelco que le dio el corazón lo habría advertido cualquier médico. Suzanne también lo hizo. Reparó entonces en la afligida expresión que había adoptado el rostro de Vince, con los labios fuertemente apretados y sus oscuros ojos clavados en la pared del dormitorio.

—¿Estás bien, Vince?

—Un espasmo muscular —respondió él, y volvió a tumbarse a su lado con la esperanza de que los latidos de su corazón regresaran a la normalidad; estaba lo más cerca de un ataque de pánico que un hombre de su naturaleza podía estar.

¿De modo que la policía estaba buscando a un hombre de New Hampshire en relación con el asesinato? Genial. Ahora era absolutamente crucial que descubrieran pronto al asesino de Angie; antes de que encontraran al hombre de New Hampshire y salieran a la luz ciertos hechos que podían echarlo a perder a ojos de Suzanne.

Tenía que llamar a Charley Belchek y meterle prisa.

## Veintinueve

### Carol Anne

Michael soltó el amarre del *Dermabrasion* mientras Cara y Eva, ambas ataviadas con chalecos salvavidas, corrían por la cubierta sin dejar de reír. Apaciguado por el ruido que hacía el motor del barco y los cálidos rayos de sol que bañaban su rostro, Michael Jr. pataleaba de felicidad en su sillita infantil. Era la primera vez que salían a navegar esa temporada, y al ver los rostros de felicidad de sus hijos, lejos del veneno de la televisión, Carol Anne se preguntó por qué se había resistido tanto a que su marido comprara el barco.

Adquirido gracias a los beneficios que generaba la vanidad, el *Dermabrasion* era un yate de once metros de eslora con dos camarotes, una cocina que podía rivalizar con la de la mayoría de las casas y el mejor equipo náutico que la silicona podía comprar. Carol Anne agradeció en silencio a las mujeres que habían sufragado esa extravagancia con sus liposucciones, sus *liftings* y sus implantes de pecho irrazonablemente grandes. Bajó la mirada a su pequeño pecho, todavía más pequeño tras el último bebé, y sonrió. Ella no se haría nada de eso. Si bien su marido se dedicaba a convertir a la gente en lo que no era y en mantener a raya los efectos de la edad, ella aceptaba lo que la naturaleza le había dado y estaba dispuesta a conformarse con lo que el paso del tiempo le deparara.

El barco avanzó lentamente por las cristalinas aguas del puerto deportivo, pasando por delante de embarcaciones igualmente lujosas. En cuanto dejaron atrás la tranquilidad del puerto y comenzaron a surcar las agitadas aguas del lago, el yate empezó a balancearse. Carol Anne volvió la mirada a la silueta

de la ciudad. Los rascacielos se recortaban como dientes grises contra el cielo azul. En contra de su voluntad, sus ojos se posaron en la arboleda en la que había sido hallado el cuerpo de Angie, y sintió una profunda inquietud. Resultaba enervante lo cerca del puerto que habían encontrado su cadáver. En ese momento, Michael accionó la palanca de mando, la hélice cogió velocidad y el barco aceleró. Mientras las niñas gritaban de júbilo, Carol Anne decidió reprimir todo pensamiento desagradable. Nada iba a arruinarles ese idílico día.

Michael manejó el yate durante algún rato sin detenerse. Cuando estuvieron suficientemente lejos de la costa para que no hubiera nadie cerca, puso el motor en punto muerto y llamó a las niñas.

—¿Alguien quiere pilotar?

Tras soltar unos ensordecedores chillidos, Cara y Eva subieron con sus delgadas piernas la escalera que conducía hacia el puente de mando, peleándose entre sí para ser la primera y gritando «déjame, déjame» por encima del ruido del agua.

Carol Anne cogió al bebé y se sentó en su tumbona para darle el pecho. Observó sus perfectas manitas aferrándose a ella y sus inquisitivos ojos oscuros asimilando todo lo que lo rodeaba y se sintió tan abrumada por el amor que sentía que temió explotar. Ese bebé había tardado tanto en llegar que a punto había estado de no hacerlo.

¿Cuándo habían comenzado a declinar los aspectos físicos de su matrimonio? ¿Había sido después o antes del nacimiento de su segunda hija? En los últimos años, la vida sexual entre ella y su marido había sido prácticamente inexistente, y pasaban meses sin que hubiera ningún contacto físico entre ellos más allá de un abrazo o un beso. Siempre que ella tocaba el tema terminaban discutiendo, y Michael se ponía a la defensiva, culpando su falta de intimidad al estrés del trabajo. Las discusiones terminaban siempre de la misma manera: sexo desgano e insatisfactorio seguido de más meses de sequía.

Aunque sin duda las cosas habían empeorado tras el nacimiento de Eva, lo cierto era que, retrospectivamente, la frecuencia con la que se acostaban ya había disminuido mucho antes. Puede incluso que poco después de su boda. Entre los estudios de Medicina de Michael y luego sus años de residencia, no habían tenido mucho tiempo libre para las relaciones sexuales, y tras el nacimiento de las niñas todavía menos. Cada embarazo y nacimiento traía consigo temporadas más prolongadas sin sexo. Carol Anne se dijo que en eso consistía el amor maduro y se concentró en criar a las niñas y en cuidar de su familia. Intentó todo lo imaginable para que él se interesara más por ella: lencería sexy, lociones aromáticas, películas sucias... Todo salvo colgar de un trapecio, y no habría tenido ningún inconveniente en instalar uno en el techo si hubiera creído que eso iba a servir de algo. No podía comprender la falta de interés de su marido en ella. Se mantenía en forma, hacía todo lo que podía con su rebelde pelo, y sabía que el rostro que le devolvía la mirada en el espejo todavía era atractivo. No podía evitar preguntarse a diario qué tenía de malo para que Michael ya no estuviera interesado en ella.

Cuando ya llevaban seis meses sin mantener relaciones sexuales, Carol Anne se encaró con su marido con lágrimas en los ojos. Esa noche él le hizo el amor obedientemente y concibieron a su hijo. Durante el embarazo, él se ocupó de ella una vez a la semana, hasta que su barriga de embarazada hubo crecido demasiado y, de nuevo, se limitaron a usar la cama que compartían sólo para dormir. Y la cosa había seguido así desde el nacimiento de Michael Jr.

Pero de repente la última semana Michael cambió por completo. Desde la muerte de Angie habían hecho el amor casi cada noche, lo cual suponía más veces que todo el año anterior. Carol Anne no sabía qué pensar, pero no se quejaba. No se le había olvidado la expresión de su marido cuando se enteró de la muerte de Angie. ¿Acaso se había dado cuenta de que era posible perder a alguien cercano o había una razón más oscura? Como, por ejemplo, la que se le había pasado fugazmente por la cabeza: que su marido hubiera mantenido

una aventura con Angie y que, con la desaparición de ésta, el amor que sentía por ella hubiera vuelto.

Carol Anne se negaba a aceptar que semejante traición fuera posible. Michael había sido su mejor amigo desde el primer momento y juntos habían capeado todos los temporales del amor juvenil. Los cimientos de su matrimonio eran sólidos. Alejó las dudas de su mente. En ese instante, su mayor preocupación era la prosperidad de su familia.

Mientras Carol Anne le daba el pecho al bebé, las niñas se fueron turnando para conducir el barco hasta que Michael apagó el motor y dejó que fuera a la deriva. Luego ella fue bajo cubierta con el pequeño y, tras dejarlo en su sillita, preparó un almuerzo compuesto por sándwiches de pavo, zanahorias, palitos de apio y, a modo de sorpresa especial, patatas fritas. Nunca servía patatas en casa, pues no quería que sus hijos se acostumbraran a la comida basura, pero ése era un día especial. Y con ello compensaría un poco a Eva, que echaba de menos los sándwiches de mantequilla de cacahuete. Desde que Cara había desarrollado alergia a los frutos secos, la mantequilla de cacahuete estaba prohibida en casa. Aun así, Michael guardaba un amplio suministro de autoinyectores de epinefrina en el botiquín de primeros auxilios del barco, por si acaso.

Carol Anne sacó los zumos para las niñas y una cerveza fría para Michael. Ella tomaría un Tab. Tras comprobar que Michael Jr. estaba seguro en su sillita, subió a cubierta la bandeja con la comida y las bebidas y la dejó sobre una mesa. De repente, el sonido de un bote que se acercaba llamó su atención. Una lancha se dirigía hacia ellos con dos hombres en la proa y un tercero pilotando. Los tres eran delgados, estaban bronceados e iban ataviados con unos tangas de nailon que los dejaban prácticamente desnudos. Saludaban al *Dermabrasion* con extraña familiaridad. Mientras ella permanecía inmóvil observando la escena, el motor del barco arrancó y Michael exclamó:

—¡Agarraos!

El yate aceleró de golpe y Carol Anne salió disparada hacia la barandilla.

La bandeja resbaló en la mesa y cayó, tirando al suelo parte del almuerzo.

—¡Michael! ¿Qué estás haciendo? —gritó ella.

A pesar del estruendo del motor, oyó el llanto de su bebé, de modo que bajó corriendo la escalera. Michael Jr. estaba llorando, pero por lo demás se encontraba bien. Cuando el barco finalmente aminoró la marcha, Carol Anne regresó a cubierta con el bebé en brazos.

—¿A qué cojones ha venido eso? —exclamó en dirección al puente de mando.

—¡Mami ha dicho una palabrota! —exclamó Eva.

—¡Mami ha dicho una palabrota! —repitió su hermana.

—No tenía ganas de ver a la gente de esa lancha —respondió Michael. Su voz apenas era audible con el ruido del motor y el viento silbando en los oídos.

—¿Los conocías?

—Son parte de un grupo de gorriones que suelen andar por el puerto deportivo. Desde que descubrieron que soy cirujano plástico, no me dejan en paz. Si les hubiéramos dejado subir, nunca nos habríamos librado de ellos. Hoy es un día para pasarlo en familia.

—¿No crees que ha sido algo maleducado largarse de ese modo?

Sin contestar, Michael puso el motor al ralentí. La lancha fantasma no parecía estar ya a la vista y volvían a encontrarse solos en el agua.

—¿Qué te parece si almorzamos aquí?

Carol Anne echó un vistazo a la bandeja tirada en la cubierta y, frustrada, negó con la cabeza. Los sándwiches estaban intactos, pero las patatas fritas, las zanahorias y los palitos de apio habían quedado esparcidos por el suelo. Lo limpió todo y bajó los boles para volver a servir la comida. Michael y las niñas bajaron del puente de mando y la familia se sentó bajo el sol a comer en paz mientras las olas lamían los costados del barco. Michael le dio un largo trago a su cerveza. Tenía los ojos empañados pero una amplia sonrisa en el rostro. Dejó la lata a un lado y rodeó con los brazos a cada una de sus hijas.

—Esto es inmejorable, ¿no os parece? —preguntó.

Por desconcertante que resultara el comportamiento de su marido, Carol Anne optó por no darle mayor importancia. Costara lo que costase, estaba decidida a que nada arruinara ese día.

El sol de junio todavía estaba en lo alto cuando regresaron al puerto deportivo de Belmont. Sus aguas estaban tranquilas bajo el inmóvil aire vespertino. Michael atracó el barco y apenas impactó un par de veces con las defensas del muelle, lo que causó gran regocijo a las niñas. Dejando a sus hijos en el barco mientras su padre seguía maniobrando el motor, Carol Anne hizo el primero de varios viajes para cargar el coche. Acababa de depositar la nevera portátil en el suelo para abrir el maletero del Volvo cuando se dio cuenta de que había dos hombres observándola desde un coche color arena aparcado dos espacios más allá. Las puertas se abrieron y los hombres salieron. Todas las alarmas saltaron cuando los reconoció. Eran los detectives que habían ido a su casa después del asesinato de Angie. «¿Qué están haciendo aquí?», se preguntó.

—Lamentamos molestarla, señora Niebaum —dijo el bulldog llamado O'Reilly, si no recordaba mal—. ¿Le importa que le hagamos unas preguntas?

—Claro que no —respondió Carol Anne, aunque sí le importaba.

El tipo grandullón recogió la nevera portátil y la metió en el maletero del coche.

—Tienen ustedes un barco muy bonito —comentó.

—Sí, somos muy afortunados —convino ella—. Sólo hace un par de años que lo tenemos, y el año pasado no tuvimos demasiadas oportunidades de usarlo a causa de mi embarazo. Este verano procuraremos salir más con él.

—¿Alguna vez lo han cogido de noche? —preguntó O'Reilly.

Carol Anne vaciló. La pregunta parecía extraña, y la desagradable sensación que tenía ante los detectives todavía más. Se volvió hacia ellos y puso los brazos en jarras. Como una leona plantándole cara a un depredador

que amenazara su madriguera, afiló sus garras mentales. Su único propósito era proteger la manada.

—¿A qué viene todo esto?

—Señora Niebaum, me gustaría preguntarle de nuevo a qué hora llegó su marido el viernes por la noche. O el sábado por la mañana, como prefiera.

Ella intentó recordar la mentira que les había dicho, para no contradecirse.

—Ya se lo dije, llegó a casa poco después de la medianoche.

—¿Está aquí su marido? Nos gustaría hablar con él.

—Está en el barco con los niños. Iré a buscarlo —dijo Carol Anne, haciendo todo lo posible por calmar su tono de voz y mostrarse despreocupada. Los buenos sentimientos del día acababan de desvanecerse como el humo, dejando en su lugar un ardiente pozo de alquitrán.

Regresó al barco con paso rígido y la cabeza dándole vueltas como la mantequilla en una batidora.

—Michael —dijo casi sin aliento mientras bajaba por la escalera que conducía bajo cubierta. Su marido asomó la cabeza por la puerta de la sala de máquinas y ella fue a hablar con él lo más lejos posible de las niñas, que estaban entreteniéndose al bebé con un juego de dinosaurios de plástico—. La policía está aquí. Los dos detectives que se encargan de la investigación del asesinato de Angie quieren hablar contigo —susurró.

—¿Qué diantres...? —su rostro palideció y levantó la mirada hacia la escotilla abierta.

—En el barco no. Están en el aparcamiento —dijo Carol Anne—. Michael, les dije que la noche en que Angie fue asesinada llegaste a casa sobre la medianoche. Sé que es mentira, pero no quería que supieran lo tarde que habías vuelto. No pensé que fueran a comprenderlo.

El color regresó gradualmente a sus mejillas.

—No pasa nada, cariño. Hiciste lo correcto. Iré a hablar con ellos y volveré enseguida.

Carol Anne se quedó con sus hijos, intentando no explotar de ansiedad

mientras terminaba de recogerlo todo. Los niños estaban poniéndose nerviosos y no sabía qué otra cosa hacer para que permanecieran bajo cubierta. No había ninguna razón para que estuvieran arriba mientras su padre hablaba con la policía; especialmente si terminaba sucediendo algo terrible. No estaba muy segura de qué podía ser eso, pero en su imaginación era algo que implicaba el uso de unas esposas. «Aunque no hay ninguna razón para ello...»

—¿Dónde está papá? —preguntó Cara—. ¿No nos vamos a casa?

—Ahora vendrá. Vamos, sé buena y termina de recoger tus cosas.

Mientras las niñas recogían su ropa y sus libros, Carol Anne terminó de limpiar la cocina sin saber si llorar o gritar. Nunca se había sentido tan confundida o asustada. Pasaron diez minutos y luego otros diez hasta que Michael apareció finalmente por la escotilla. Cuando lo vio con su sonrisa habitual, Carol Anne se permitió al fin respirar tranquila. Toda esa preocupación para nada.

—Bueno, pandilla, ¿estamos listos para ir a casa?

—¡Papá, papá! —gritaron las niñas mientras subían la escalera detrás de él. Carol Anne cogió al bebé y fue tras ellos.

En el coche de camino a casa, con las niñas en el asiento trasero absortas en sus libros para colorear, Carol Anne le preguntó en voz baja a Michael qué querían los detectives.

—En realidad, nada. Alguien les ha metido en la cabeza la idea de que Angie y yo estábamos teniendo una aventura.

—¿A eso lo llamas nada? —Revisitando su inexpresado miedo, Carol Anne aprovechó la oportunidad para despejar sus dudas—: ¿Y bien? ¿La tenías?

—¡No seas ridícula, cariño! —Él le lanzó una sincera mirada antes de volver a poner los ojos en la carretera—. No puedo creer siquiera que me hayas preguntado eso. Te juro que nunca he tenido una aventura con Angie. Ni con ninguna otra mujer.

Ella lo estuvo observando mientras él conducía con la mirada clavada en la

carretera. Aunque creía que estaba diciéndole la verdad, seguía teniendo la sensación de que algo no iba bien. A pesar de todo, su mundo volvía a estar en su lugar, de modo que se mordió la lengua y permaneció en silencio el resto del trayecto a casa.

## Treinta

### Vince

El pésimo humor de Vince aumentó cuando comenzó a recorrer el camino de entrada de su casa y divisó el Mercedes de su esposa aparcado delante de la puerta principal. No importaba cuántas veces le hubiera dicho que lo metiera en el garaje —de tres plazas—, ella seguía dejándolo regularmente en la rotonda del camino de acceso, lo que hacía que la casa pareciera un anuncio de coches. Al parecer, su majestuosa residencia no era suficiente declaración de riqueza, ella debía mostrarle al mundo lo que tenía. «Quien nace campesino muere campesino», pensó.

Aparcó su Cadillac Seville en la plaza del garaje más cercana a la casa y cerró la puerta. Giovanna había insistido en que quería el Mercedes. Él no creía en los coches importados y prefería los estadounidenses. El país se había portado bien con él y quería mostrar su agradecimiento. Era un ciudadano modélico. Votaba y pagaba sus impuestos. Bueno, la mayoría de ellos.

Entró en casa por el garaje e irrumpió en la cocina.

—¡Giovanna! —exclamó en un tono de voz que apenas disimulaba su ira.

María, la sirvienta salvadoreña, asomó la cabeza por la puerta de la despensa y volvió a meterla como una tortuga escondiéndose en su caparazón. Sabía cuándo debía apartarse del camino de su jefe. Vince cruzó la cocina y salió al vestíbulo, donde se detuvo a los pies de una escalera en espiral y volvió a gritar:

—¡Giovanna!

Un momento después, la cabeza de su esposa asomó por la barandilla. Su

largo pelo moreno caía sobre sus hombros.

—¿Qué pasa, Vince? ¿Por qué gritas como un loco? Terminarás asustando a María y tendré que buscarme una nueva sirvienta.

—¡Maldita sea, Giovanna! ¿Cuántas veces te he pedido que aparques el maldito coche en el garaje? ¿Cuántas veces?

—Tranquilízate, Vince, o se te reventará una arteria. Iba cargada. Ya lo meteré en el garaje dentro de un rato.

Cargada, cargada... Lo único que hacía esa mujer era ir de compras.

—Tengo cosas que hacer. Estaré en mi despacho —exclamó él poniendo fin a la conversación, si es que el intercambio que habían mantenido podía considerarse como tal.

Descendió por la escalera en espiral hasta la sala de juegos de la planta inferior, cuya ventana daba a un cuidado jardín y una piscina. Como estaba construyendo una barra de bar, el espacio parecía una zona de batalla y por todas partes había herramientas y pedazos de madera. Pasó una mano por la madera de cerezo del mostrador sin terminar. Su calidad era lo más cercano a la perfección que había visto nunca. Luego, como si quisiera castigar a la barra por algo que hubiera hecho, la golpeó con tanta fuerza que se hizo daño en la mano.

Se metió en su despacho y cerró la puerta. Tras sentarse a su escritorio, dio vueltas a su Rolodex hasta que dio con el nombre que estaba buscando. Comenzó a hablar al teléfono antes de que el recepcionista pronunciara el nombre del hotel:

—Quiero hablar con el ocupante de la habitación treinta y cuatro. Y, si no está, quiero dejar un mensaje.

Pero sí estaba.

—¿Qué sucede? —dijo al oír la voz de Vince.

—Lo que sucede es que te quiero aquí de inmediato.

—¡Eh, tío! ¡Es domingo!

—Si quieres conservar tu trabajo, será mejor que vengas cagando leches

ahora mismo.

Vince colgó el auricular más fuerte incluso de lo que había golpeado la barra. Puede que ese capullo fuera el mejor artesano del mundo, pero desde luego cumplir órdenes se le daba fatal. La ira de Vince estaba tan fuera de control que tenía la sensación de que iba a explotarle la cabeza. Giovanna tenía razón. Se enfadaba demasiado y no le convenía. Su médico le había advertido que no era sano perder los estribos, pues hacía que se le disparara la presión sanguínea, pero ésa era una de esas situaciones en las que no podía evitarlo.

Llamaron suavemente a la puerta. Luego ésta se entreabrió y Anna asomó la cabeza.

—¿Molesto? —preguntó mirándolo con sus ojos oscuros.

Vince se relajó de golpe. Lo alegró ver que su hija volvía a llevar el pelo de su color negro azabache natural; se lo teñía con tanta frecuencia que ya nunca sabía qué esperar. Un día era rubio, al otro naranja. Giovanna no dejaba de decirle que el pelo sólo era pelo y podía cambiarse fácilmente, no como los tatuajes, que parecían estar poniéndose de moda y de los cuales sería más difícil librarse.

—Entra, cariño. Ya sabes que tú nunca me molestas.

Ella abrió la puerta del todo y entró en el despacho. Sus ceñidos pantalones vaqueros y el minúsculo top que llevaba rayaban el mal gusto, y Vince se dijo que debía pedirle a Giovanna que hablara con ella sobre la forma en que vestía. Luego pensó que en realidad su madre no vestía mucho mejor. Siempre optaba por prendas ostentosas y renunciaba a la sutileza. Le habría gustado que Anna tuviera un mejor modelo que seguir; alguien con clase, alguien como Suzanne.

Dejando de lado la ropa, Anna se parecía mucho a él, y éste la adoraba. La chica había heredado su inteligencia y su determinación. Desde su más tierna infancia, Anna lo había afrontado todo del mismo modo que lo hacía él, ya fuera aprender a montar en bicicleta o sacar buenas notas. Cuando quería algo

era incansable y no desfallecía. Acababa de terminar el tercer año de Arquitectura en la Universidad de Illinois y había sacado todo sobresalientes. El plan era nombrarla socia de la empresa cuando se graduara al año siguiente. Anna se había pasado todas las vacaciones escolares trabajando para él y ya había comenzado a aprender el negocio desde abajo.

—¿Dónde has estado todo el día, papá? —preguntó ella—. Se suponía que íbamos a ir a almorzar, ¿recuerdas?

Él se dio una palmada en la frente. Había estado tan concentrado en ver a Suzanne esa mañana que se le había olvidado por completo el almuerzo en el club con su esposa y su hija.

—Lo siento, cariño. Ha surgido algo en las obras de Delaware. Espero que lo comprendas. Iremos el próximo domingo, seguro. —Odiaba mentirle a su hija, y de repente sintió una punzada de miedo al tomar conciencia de su descontrol emocional.

Era un hombre escindido por dos mundos. Por un lado, su familia y, por el otro, Suzanne. Últimamente, el tirón que ejercía Suzanne era tan fuerte que no estaba seguro de cuánto tiempo más conseguiría mantener el equilibrio entre ambos mundos. Tras pasarse la infancia de familia en familia, sin saber nunca a qué mesa iba a sentarse a comer, se había jurado a sí mismo que su hija siempre tendría un entorno estable, y nada —y todavía menos una amante— rompería su familia. Vince usaba a las mujeres y se deshacía de ellas a voluntad, normalmente proporcionándoles un generoso estipendio para mitigar el dolor que pudieran sentir tras la separación. Pero eso era antes de Suzanne. Ésta era demasiado importante para prescindir de ella. Para ese problema no tenía ninguna solución válida.

—No pasa nada, papi. El próximo domingo. Pero esta vez no te olvides.

—No me olvidaré, cariño. Te lo prometo. —Lamentablemente, eso quería decir que no podría remolonear en la cama con Suzanne.

Anna se sentó en el brazo de la silla de su padre y le rodeó el cuello con los brazos.

—Tú y mamá sois lo más importante del mundo para mí. Nada cambiará nunca eso, ¿verdad?

Por un momento, Vince creyó notar un destello acusatorio en la mirada de su hija, pero eso era imposible. No podía haber descubierto lo suyo con Suzanne. Había sido increíblemente cuidadoso.

—Y nada cambiará nunca lo importante que tú eres para nosotros. Pero algún día encontrarás a un hombre todavía más importante que tus padres y nos dejarás para formar tu propia familia. Por supuesto, ese tipo tendrá que contar con mi aprobación, y para mi hija no aceptaré nada que no sea la perfección. De modo que supongo que todavía tardarás algún tiempo en irte de casa — bromeó. Luego adoptó un tono más serio—. Asegúrate de ser selectiva.

—Gracias, papi —dijo ella, incorporándose del brazo de la silla—. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño.

Anna se dirigió hacia la puerta, y la visión del balanceo del suave trasero de su hija hizo que a Vince le diera un vuelco el corazón. Esperaba que lo escuchara cuando le advertía que fuera selectiva. Últimamente había estado viéndose con un pringado de origen italiano que había conocido en un bar, un tipo demasiado mayor para ella. Giovanna opinaba que no era más que una fase y que, si armaba un escándalo, la empujaría más a él. Esperaba que su esposa tuviera razón. No se le ocurría nada peor que tener como yerno a un tontaina como ése.

Media hora después volvieron a llamar a la puerta.

—Adelante —dijo Vince bruscamente.

La puerta se abrió y Steven Kaufman entró en el despacho vestido con una camiseta azul y unos pantalones vaqueros rasgados. Llevaba los rizos recogidos en una coleta.

—Bueno, ¿se puede saber qué es tan importante para tener que venir aquí un domingo?

—¿Qué es tan importante? —Vince se esforzaba por controlar su

temperamento para que no le subiera más la presión, pero era una batalla perdida—. Lo importante es que tenemos un serio problema. ¿Recuerdas ese trabajo extra que hiciste para mí el pasado fin de semana?

Steven se encogió de hombros.

—¿Espiar a tu novia? Como te dije, no tienes nada de lo que preocuparte. No había ningún otro tipo en su radar.

—Sí, bueno, también hiciste otra cosa que te pedí que no hicieras.

—No te entiendo.

—Entablaste contacto con las chicas. Bailaste con la novia.

Una falsa sonrisilla de satisfacción se dibujó en los labios de Steven.

—¿Y? ¿Qué problema hay?

—¿Es que no lees los jodidos periódicos? El problema es que una de sus amigas fue asesinada esa misma noche. Y alguien ha informado a la policía de que vio una camioneta blanca con matrícula de New Hampshire en Kenilworth. ¿Qué pensará la poli del hecho de que un tipo de New Hampshire apareciera luego en el mismo bar en el que estaban ellas? Parecerá que las estabas siguiendo. Ése es el problema.

La sonrisilla desapareció y Steven se dejó caer en la silla que había frente a Vince.

—¿Qué chica? —preguntó.

—¿Cómo dices?

—¿Qué chica fue asesinada?

—Bueno, no fue Suzanne ni fue la novia, de modo que la otra, Angie. Nunca olvidaré su nombre. Suzanne no deja de llorar su muerte.

Steven se llevó una mano detrás de la cabeza y tiró de su coleta.

—Yo no la maté.

—¡Por el amor de Dios! ¡Eso espero, joder! Aunque eso no cambia el hecho de que la policía está preguntando por ti. Y, si te encuentra, será mejor que tengas una buena coartada.

—Bueno, de hecho, la tengo.

Los ojos negros de Vince penetraron en el cráneo de Steven como picahielos al tiempo que consideraba las distintas posibilidades.

—No puede ser. Por favor, dime que no... ¿La novia? —El carpintero no contestó y Vince notó que su tensión alcanzaba niveles peligrosos. Olvidándose del daño que se había hecho antes en la mano, volvió a golpear con fuerza el escritorio—. ¡Te pedí que siguieras a Suzanne, no que te follaras a su amiga!

—Fue ella quien comenzó. Me invitó a una copa.

—Joder—exclamó Vince, echándose hacia atrás en su silla—. Menudo desastre. La policía está buscando una camioneta blanca con matrícula de New Hampshire. Y, como las matrículas de New Hampshire no abundan en la tierra de Lincoln, terminarán encontrándote. Y cuando lo hagan, te preguntarán por qué estabas primero en Kenilworth y luego en ese jodido bar. ¿Y tú qué vas a responder? Que estabas siguiendo a la novia de tu jefe a petición de éste. ¿Y qué estabas haciendo cuando Angie Wozniak fue asesinada? Follándote a la novia. Es una situación delicada tanto para ti como para mí. Y no digamos para la novia.

A Steven le molestaron las últimas palabras de Vince.

—¡Eh, lo siento! ¿Cómo iba a saber que esa noche iban a matar a alguien? Esto me hace tan poca gracia como a ti. Créeme, tengo mis propias razones para no querer líos con la policía.

Para entonces, Vince estaba tan furioso que apenas oyó lo que el carpintero acababa de decirle. No le importaban lo más mínimo las razones que tuviera para no querer hablar con la policía. Ni tampoco la novia infiel. Lo único que le importaba era Suzanne. No deseaba considerar siquiera lo que podría pasar si ésta descubría que había hecho que la siguieran. ¿Lo odiaría? ¿No volvería a hablar con él? Eso lo mataría.

Sólo había una solución para ese lío, y era que Steven Kaufman desapareciera hasta que Charley Belchek encontrara al asesino de Angie. Cuando eso sucediera, a nadie le importaría una mierda el tipo de New

Hampshire. No tenía ninguna duda de que el expolicía tendría éxito en su cometido, pero no sabía cuánto podía tardar. Mientras tanto, Vince no quería que Kaufman condujera esa camioneta por ahí, arriesgándose a que lo pararan y lo llevaran a comisaría para interrogarlo. No, el carpintero tendría que permanecer oculto, y qué mejor sitio que bajo sus propias narices.

—Esto es lo que vamos a hacer: aparcarás la camioneta en mi garaje y la dejarás ahí hasta que la situación se calme. Tú mientras tanto puedes dormir aquí y terminar la barra. María te preparará una de las habitaciones del servicio. Estoy seguro de que estará mucho mejor que el nido de pulgas en el que te alojas en la ciudad.

Vince abrió el cajón inferior de su escritorio, en el que guardaba bajo llave una pequeña caja fuerte. Dentro había dinero en efectivo, varios juegos de llaves y un mando extra del garaje. Antes también guardaba ahí su pistola, pero desde el crac bursátil había optado por esconderla sujetándola con cinta adhesiva debajo del cajón superior. Sacó cinco billetes de cien dólares y dejó el dinero y el mando del garaje delante de Steven.

—Esto es por las molestias. Ahora esconde esa camioneta antes de que alguien repare en la matrícula.

Steven permaneció un rato sin decir nada, considerando su situación. No le gustaba depender de Vince, pero se encontraba en una difícil tesitura y en ese momento no se le ocurría ninguna solución mejor. Hablaba en serio al decir que no quería líos con la policía. Y Vince tenía razón en otra cosa. Cualquier lugar era mejor que el hotel en el que se hospedaba temporalmente. Se guardó el dinero en la cartera y cogió el mando del garaje.

—¿Dónde aparco?

—Usa la plaza de mi esposa. Es la del medio. Y, por cierto, mantente alejado de mi hija.

—Ni siquiera sabía que tenías una hija —dijo el carpintero de camino hacia la puerta.

—Bien. Que siga así —repuso Vince a su espalda, pensando que Steven era

el típico perdedor por el que Anna se sentiría atraída.

Giovanna Columbo negó frustrada con la cabeza. No había quien entendiera a su marido. Se disponía a meter el coche en el garaje tal y como él le había pedido —mejor dicho, exigido— y cuando lo abrió encontró la camioneta del carpintero en su plaza. ¿Qué le pasaba a ese hombre? Bueno, daba igual. De todos modos, a ella le gustaba dejar el coche delante de la casa. Retrocedió, rodeó la rotonda y volvió a dejar el coche donde estaba, igual que en los anuncios de las revistas.

## Treinta y uno

### Ron

El lunes por la mañana amaneció gris y lluvioso, y la presión atmosférica estaba causando estragos en la cabeza de Ron O'Reilly. Cuatro aspirinas y dos tazas de café no le habían proporcionado alivio alguno. Permanecía sentado a su escritorio con la cabeza a punto de explotar, deseando poder interrumpir el flujo sanguíneo del cuello para arriba e intentando bloquear el ruido que hacían los demás detectives al hablar por teléfono. La mesa contigua a la suya estaba vacía. Koz había ido al dentista tras pasar la noche en vela a causa de un dolor de muelas.

Trabajar en el caso de Angela Lupino Wozniak no hacía sino empeorar su jaqueca. Estaba convencido de que Niebaum la había matado, no sólo por las dudas que había sembrado Natasha Dietrich, sino porque el buen doctor tenía un barco amarrado en el puerto deportivo de Belmont, no muy lejos del lugar en el que habían encontrado el cadáver de Angie. E incluso si el doctor Niebaum no había estado follándose a Angie, una cosa estaba clara: ese viernes a medianoche Michael Niebaum no se encontraba en casa. Puede que él supiera mentir, pero su esposa no.

Lamentablemente, el hombre misterioso de New Hampshire complicaba las cosas. Su presencia en Kenilworth y luego en The Overhang resultaba preocupante. Después de hablar con Suzanne Lundgren, habían emitido una orden de búsqueda para dar con el paradero de una camioneta GMC blanca con matrícula de New Hampshire. Si el tipo todavía estaba en el estado, terminaría apareciendo. Mientras tanto, había llegado el momento de que O'Reilly tuviera otra pequeña charla con la novia.

Pero eso podía esperar. La primera tarea del día consistía en dar con Albert Evans, el escurridizo encargado adjunto de Angie. El departamento de recursos humanos de Bloomingdale's les había proporcionado sus datos de contacto y lo habían llamado por teléfono, pero un mensaje grabado en su contestador automático los había informado de que había ido a pasar el fin de semana a New Buffalo y no regresaría hasta el lunes. O'Reilly le dejó un amenazante mensaje en el que aludía a la naturaleza delictiva de la obstrucción a la justicia con el convencimiento de que Evans no tardaría en devolverles la llamada.

Su certidumbre se vio confirmada cuando un segundo después sonó el teléfono.

—O'Reilly.

—Soy Albert Evans —dijo una voz claramente estrangulada por el miedo—. Creo que están buscándome.

—Eso es quedarse corto, señor Evans. Necesito hablar con usted en relación con el asesinato de Angela Wozniak. ¿Podría usted venir ahora a comisaría?

—Lo siento, ahora mismo me resulta imposible. He de ir al trabajo.

—También podemos vernos allí. —Como Evans no contestó, O'Reilly añadió—: O, si lo prefiere, podemos tomar un café en un bar. No lo entretendré demasiado.

En la voz de Evans seguía siendo perceptible un ligero temblor:

—Supongo que podemos tomar un café. ¿Conoce Peaches, en la calle Rush? Si cojo el próximo autobús podría estar ahí dentro de treinta minutos.

—Me parece bien —dijo O'Reilly—. ¿Cómo va vestido? Lo digo para reconocerlo.

—Con la lluvia que está cayendo, llevaré mi gabardina de color verde militar. Pero no se preocupe, ya lo reconoceré yo a usted. Lo vi a la salida del funeral. Tiene el pelo canoso y, no se lo tome a mal, pero viste usted como un poli.

—Dentro de media hora, pues.

El detective colgó y pensó que podía ser algo positivo que Albert Evans fuera un capullo tan observador.

O'Reilly identificó al encargado adjunto de Angie en cuanto entró en Peaches. Llevaba la mencionada gabardina de color verde militar, un paraguas negro con una cabeza de pato en la empuñadura y no se había despeinado lo más mínimo a pesar del aguacero. Los ojos de Evans recorrieron la cafetería hasta que vio a O'Reilly en la mesa del rincón. Tras colgar la gabardina y dejar el paraguas en un paragüero de hojalata que había junto a la puerta, cruzó la concurrida cafetería en su dirección.

—Soy Albert Evans.

—Siéntese —dijo O'Reilly en un tono a medio camino entre una invitación y una orden. Evans se sentó obedientemente a la mesa con aspecto derrotado—. Tengo entendido que vio usted a Angie Wozniak antes de que fuera asesinada.

Evans bajó la mirada hacia sus cuidadas manos.

—Lo siento mucho —repuso sin atreverse a levantar la mirada—. Sé que debería haberme puesto en contacto con ustedes. Sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que quería a Angie. Era mucho más que mi jefa. Era una auténtica amiga y un ángel. Y tenía un gusto exquisito. La echamos mucho de menos en la tienda. —Cogió una cucharilla y comenzó a jugar con ella—. Supongo que no es eso lo que quiere oír.

O'Reilly enarcó una ceja y permaneció en silencio.

Albert dejó la cucharilla a un lado y levantó la mirada nervioso.

—La noche en que fue asesinada, Angie apareció en The Zone a última hora, más o menos una hora antes de que cerraran. No había duda de que iba como una cuba. Yo estaba con un grupo de amigos, de modo que la ignoré. A ver, la quería como a una hermana, pero cuando iba borracha podía ser muy desagradable. No tenía ganas de lidiar con ella.

»Se tomó una copa en la barra. Luego, de camino a la puerta, se paró para hablar con alguien. Un tipo corpulento y guapo que estaba sentado solo. Lo recuerdo bien porque me fijé en él cuando entró en el bar. Ese hombre pareció quedarse muy agitado cuando terminaron de hablar y se marchó poco después.

—¿Por qué no nos ha contado eso antes?

Albert se encogió de hombros estúpidamente y volvió a coger la cucharilla.

—Mire —dijo O'Reilly en unos términos nada ambiguos—, si le preocupa causarle algún problema a su amiguito, puede estar tranquilo. Ya hemos hablado con él, y si termina pringando no será por nuestra culpa.

—¿Están al tanto de Lyle? —Evans se mostró visiblemente sorprendido.

—¿Acaso piensa que nos tocamos las narices? Claro que estamos al tanto de Lyle. Ahora cuénteme todo lo que sepa sobre el tipo ese al que vio hablando con Angie.

Viéndose libre de la carga de la traición, Albert se sintió aliviado y se dispuso a contar todo lo que sabía.

—Bueno, diría que rondaba los cuarenta, era corpulento, moreno y estaba macizo. Tenía el pelo rizado.

—¿Llevaba gafas?

—Definitivamente no. No me van los hombres con gafas.

—¿Podría identificarlo si viera una fotografía?

—¡Y tanto! —dijo Albert con entusiasmo, deseoso de ayudar ahora que había sido exonerado.

O'Reilly depositó una fotografía de Harvey Wozniak sobre la mesa.

—¿Es éste el hombre que vio en The Zone?

Albert negó con la cabeza.

—Para nada. Éste es Harvey, el ex de Angie. Además, ya he dicho que estaba macizo.

O'Reilly depositó otra fotografía sobre la mesa junto a la de Harvey. Los pálidos ojos de Albert se abrieron como platos al tiempo que la culpa lo reconcomía todavía más.

—¡Dios mío! ¡Es increíble! ¡Es él! ¡Éste es el tipo con el que Angie estuvo hablando! Aunque la foto no le hace justicia, la verdad. ¿Quién es?

—Tanto da —dijo O'Reilly, recogiendo la fotografía de Michael Niebaum que había obtenido del departamento de tráfico—. ¿Estaría dispuesto a identificar a este hombre en una rueda de reconocimiento? —preguntó.

—Si eso ayuda a encontrar al asesino de Angie, desde luego —asintió Albert.

Kozlowski estaba sentado a su escritorio intentando tomar un sorbo de café de su taza de poliestireno tras haber recibido cinco inyecciones de novocaína en la boca. El dolor de muelas lo había mantenido despierto toda la noche y no podía culpar a nadie salvo a sí mismo. Su esposa no había dejado de insistir durante años para que fuera al dentista y él la había ignorado. Afortunadamente, no era de esas mujeres que luego le dicen a uno «ya te lo había dicho», aunque, después del dolor que había sufrido, a partir de ahora la escucharía de vez en cuando. Nunca había imaginado que se alegraría tanto de ver una jeringuilla. Después de anestesiarle la boca, el dentista había estado perforándole los dientes durante tanto rato que le sorprendía que no hubiera encontrado petróleo.

Trató de tomar un nuevo sorbo, pero con la boca tan dormida sólo consiguió verter el café directamente sobre la pechera de su camisa. Tiró la taza a la basura y al levantar la vista vio que O'Reilly entraba en la sala con su habitual rostro rojizo. Koz se preguntó si ya habría tomado alguna copa. A veces había bebido tanto la noche anterior que el pestazo a alcohol emanaba de sus poros. En esas ocasiones, Kozlowski iba en el coche con la ventanilla bajada. No podía comprender cómo alguien podía envenenarse a sí mismo del modo en que lo hacía su compañero. Él no solía beber mucho; tal vez una cerveza de vez en cuando, pero eso era todo.

Al menos O'Reilly no fumaba. Eso habría sido intolerable.

—Han identificado a Michael Niebaum como el hombre que habló con

Angie en The Zone —dijo O'Reilly en tono triunfal al tiempo que arrojaba la fotografía de tráfico sobre su escritorio.

—*Efo ef genial. ¿Vamof a por él?*

—¿Se puede saber qué diantres te pasa?

—Novocaína.

O'Reilly asintió a modo de momentánea solidaridad.

—No. No creo que haya riesgo de fuga. Al menos, no todavía. Y aún tenemos que ver qué hacemos con lo del tipo de New Hampshire.

—*Entoncef ¿qué hacemof?*

—Vamos a visitar a la novia —dijo O'Reilly.

## Treinta y dos

### Cinco días para la boda

Estaba absorta en las ventas del mes anterior y las cuotas del próximo, feliz de estar haciendo cualquier cosa que no fuera afrontar los problemas de mi desdichada vida, cuando el zumbido del intercomunicador me devolvió a la realidad con un sobresalto. El tono de voz de Sandi Lane apenas disimulaba su curiosidad malsana.

—Hay aquí dos hombres que desean verla. El detective O'Reilly y el detective Kozlowski.

Me llevé las manos a la frente para evitar que mi cabeza saliera disparada y me pregunté qué diantres habría empujado a los dos policías a aparecer por mi oficina. A pesar del abyecto terror que me sobrevino, me las arreglé para permanecer en calma y decirle a Sandi que los hiciera pasar a mi despacho. Recibirlos en el vestíbulo estaba fuera de toda cuestión. No con una recepcionista que convertía a la señora Kravitz de «Embrujada» en un avestruz con la cabeza bajo tierra. Además, dudaba de que el tembleque de mis piernas me permitiera caminar por el pasillo. Por no mencionar mi vejiga.

Un minuto después, los dos detectives estaban en mi despacho. Su presencia resultaba asfixiante, y no pude evitar preguntarme si había suficiente oxígeno en la estancia para los tres. Reordené un poco los papeles que había sobre mi escritorio como queriendo decirles «no tengo tiempo para esto».

—Perdone que no la hayamos llamado antes. Estábamos por la zona —mintió O'Reilly.

—Parece que andan ustedes muy a menudo *por la zona*... —repliqué yo.

Se sentaron en las dos sillas que había frente a mi escritorio y fueron

directos al grano.

—Hay algo que nos gustaría comprobar con usted —prosiguió O'Reilly haciendo caso omiso de mi comentario—. ¿Recuerda que el otro día le pregunté si conocía a alguien de New Hampshire?

¡Bum! La bomba finalmente había explotado. Puse mi mejor cara de póquer con la boca cerrada mientras esperaba sus siguientes palabras.

—Ayer hablamos con Suzanne Lundgren y nos contó que la noche en que asesinaron a Angie conocieron a alguien de New Hampshire en The Overhang. Y que usted estuvo hablando con él.

Permanecí callada mirando fijamente a O'Reilly durante unos segundos que me parecieron años. Así que Suzanne era una judas. Tosí para ganar unos cuantos segundos más de vida tal y como la conocía. No sabía cuánto podía revelar exactamente a esos polis. Entonces O'Reilly cometió un error estratégico que me proporcionó una escapatoria fácil.

—¿Lo recuerda ahora? —insistió.

«Recordar... Gracias por eso, detective.» Teniendo en cuenta lo borrosa que resultaba esa noche, ¿cómo iba a saber él lo que no recordaba a causa del alcohol?

—Detective —dije tímidamente—, no me siento orgullosa de ello, pero esa noche iba bastante borracha. Recuerdo vagamente haber bailado con un tipo en The Overhang, pero soy incapaz de decirle si era de New Hampshire o de la luna.

—Yo no he dicho que bailaran.

Di un ligero respingo, pero me recuperé rápidamente.

—Bueno, yo recuerdo estar bailando, pero eso es todo.

Los ojos inyectados en sangre de O'Reilly siguieron evaluándome en busca de alguna fisura en mi relato. Pero yo mantuve el rostro inexpresivo; todas esas noches en la universidad jugando a las cartas habían merecido la pena. Sus siguientes palabras apenas disimularon su recelo.

—¿Está diciendo que no recuerda nada de ese tipo?

Negué con la cabeza y me encogí de hombros.

—Lo siento.

O'Reilly insistió un poco más, pero yo seguí escudándome en mi ignorancia ética. Finalmente se dio por vencido y ambos policías se marcharon. Sentí como si acabara de sobrevivir a un escudriñamiento congresual. Aunque aborrecía mentir, se me había comenzado a dar rematadamente bien. Lo cierto era que, si hubiera pensado por un solo momento que Steven tenía algo que ver con el asesinato de Angie, lo habría contado todo. De verdad lo habría hecho. Pero lo único que sabía sobre el carpintero era lo que estaba haciendo en el momento en que asesinaron a Angie, y eso era asunto mío y de nadie más.

El resto del día fue un desastre. La doble presión del trabajo y la boda estaba matándome y, peor todavía, aún no me había bajado la regla. Había hecho media docena de esperanzadas incursiones al cuarto de baño, pero el resultado siempre había sido un impoluto papel higiénico blanco. Esa noche llegué a casa sintiéndome completamente abrumada. Con todas las fechas límite que tenía encima, debería haberme quedado a trabajar hasta tarde, pero Flynn iba a venir a cenar y no podía cancelar otra cita con él. Últimamente ya había estado tratándolo suficientemente mal.

Estaba cortando verduras y disfrutando de la relajación que me proporcionaba esa actividad repetitiva cuando sonó el teléfono. Lamenté haber contestado en cuanto oí la voz al otro lado de la línea. Era mi madre. Como habíamos cenado juntas la noche anterior para revisar algunos detalles de último minuto, creía haberme librado de ella por unos días.

—Llamo para recordarte que el jueves has de ir a probarte el vestido.

—Mamá, ¿no hablamos sobre eso anoche? Lo tengo apuntado en la agenda. Ahora estoy intentando preparar la cena. ¿Quieres algo más?

—¿Cómo vas con las notas de agradecimiento por la fiesta?

Librarse de mi madre cuando a ella se le había metido algo en la cabeza era más difícil que matar una flor de Pascua.

—Todavía están en proceso de concepción.

—Te sugiero que te las quites de encima ahora, así no tendrás que preocuparte de ellas durante la luna de miel. Y no te olvides de mencionar específicamente el regalo.

Como si tuviera alguna intención de pasarme la luna de miel escribiendo notas de agradecimiento. Me imaginé a mí misma en las playas de San Bartolomé, escuchando el oleaje sin ninguna preocupación en el mundo.

—De acuerdo. Hoy comenzaré a escribirlas. He de dejarte. Flynn está aquí.

Me había convertido en una mentirosa tan consumada que ya apenas me reconocía a mí misma. Aunque, claro, si lo pensaba bien hacía ya tiempo que no lo hacía. Incluso antes del asesinato de Angie y de mi noche con Steven Kaufman.

Dejé el cuchillo a un lado y me senté a la mesa. Había llegado el momento de ser franca conmigo misma. ¿Qué le había pasado a esa joven de espíritu libre que iba a viajar y a escribir? ¿Adónde había ido a parar la adolescente que no quería una vida convencional? Me había escondido durante tanto tiempo detrás de mis trece kilos de más que, cuando finalmente me deshice de ellos, me encontré con que estaba en la treintena y había renunciado a mis sueños. Y ahora parecía que iba a conformarme con los de otra persona.

El tiempo pasaba con excesiva rapidez. Tenía la sensación de que me había graduado hacía apenas un día. Mi plan original consistía en tomarme un año libre después de la universidad y viajar de mochilera por Europa acumulando experiencias para un libro futuro. Mi madre desbarató ese sueño desde un primer momento: «Europa estará ahí el resto de tu vida, pero si no comienzas tu carrera profesional de inmediato, te quedarás rezagada respecto a los demás». De modo que, en vez de pasarme un año descubriendo nuevos lugares y personas, me limité a hacer un viaje relámpago de una semana en Londres y otra en París y luego regresé a casa para vender espacios publicitarios. ¿Por qué había dejado que mi madre me controlara así? ¿Por qué no le había plantado cara y había hecho lo que quería?

Nunca olvidaré cómo se le encendieron los ojos la primera vez que llevé a Flynn a casa. No habría estado más feliz si hubiera llevado el Becerro de Oro. Poco después, él me pidió la mano y yo acepté. Como había crecido acostumbrada a que la pasión estuviera lejos de mi alcance, supuse que eso también valía para el matrimonio. La vida junto a Flynn sería cómoda y segura. Debía aceptar la suerte que había tenido de haber encontrado a alguien como él.

Hasta que, de repente, tuve la sensación de que se cerraba una puerta que ya nunca más se abriría.

Steven había despertado en mí a alguien largo tiempo enterrado, la persona que había permanecido desaparecida desde el instituto y Barry Metter. Había asistido a suficientes clases de psicología en la universidad para saber que había una razón por la que no había vaciado la papelera en la que había tirado el papelito con el número de Steven. De hecho, ese mismo trozo de papel estaba ahora en un cajón de mi tocador. Aunque sólo habíamos pasado juntos unas pocas horas borrachos, no podía quitarme al carpintero de la cabeza. Me moría de ganas de ponerme en contacto con él y preguntarle si también él estaba pensando en mí. Luego la realidad se impuso con un resonante «¿Hola?». No existe eso del amor verdadero. No es más que un cuento. Como los sueños que los padres legan y luego arrebatan a sus hijos.

Una vez leí que la mediana edad es más perjudicial para la creatividad que la guerra y la enfermedad juntas. ¿Era eso lo que había sucedido? ¿La mediana edad me había aplacado? ¿Iba a casarme con Flynn porque lo quería o porque me parecía lo más inteligente?

«Deja que las puertas cerradas sigan cerradas.» Capitulé. Mi futuro estaba junto a Flynn, que llegaría en cualquier momento. Volví a coger el cuchillo y seguí cortando verduras.

—Espero que esto no sea un anticipo de nuestra vida de casados —dijo Flynn ante el frío pico que le di en la puerta.

Acto seguido, me atrajo hacia sí y me dio un beso en los labios. No era una persona particularmente apasionada, de modo que me cogió por sorpresa cuando su beso fue a más, metió su lengua en mi boca y deslizó hábilmente una mano bajo mi blusa para tocarme el pecho.

—Parecen más grandes —dijo en un tono sexy.

—Me ha de venir la regla —contesté, liberándome de él y dándome media vuelta.

—Con razón estás así de rara. —Rodeó mi cintura con un brazo y volvió a atraerme hacia él—. ¿Sabes qué? He estado pensando en nuestro pequeño pacto de abstinencia y puede que después de todo no sea tan buena idea. Es decir, tampoco es como si el sábado fuera a ser nuestra primera vez. —Me besó en el cuello y su mano volvió a mi pecho. Muy a mi pesar, no pude evitar sentirme molesta por sus avances.

—Vamos, Flynn. El pacto de abstinencia fue idea tuya y ya llevamos casi un mes. Deberíamos llegar hasta el final. —Le di un largo beso en los labios para calmarlo un poco y luego regresé a la cocina para ocuparme de la cena.

Flynn se quedó enfurruñado en el sofá viendo «NewsHour» en el canal PBS, pero para cuando nos sentamos a cenar ya se le había pasado la frustración. Habló sobre el trabajo y el nuevo software que revolucionaría las cosas. Luego, sobre la boda y lo halagador que resultaba que casi todos sus amigos de Dartmouth fueran a asistir.

—¿Por qué no iban a venir, Flynn? Eres un gran tipo.

—Eso es lo que me digo a mí mismo cada mañana —repuso, sólo bromeando a medias—. Pero comienzo a preguntarme si tú también lo piensas.

—¿Por qué dices eso?

—¿De veras tienes que preguntarlo? Desde que regresé de Nueva York no has dejado de actuar de un modo muy extraño. La semana pasada apenas hablamos.

—De modo que hemos de volver a tener esa conversación —dije, y retomé mi lista de excusas—: El asesinato de Angie. El trabajo. Los planes de boda.

Mi madre. Cuando todo haya terminado, estaré mejor. Lo juro.

Me obligué a mí misma a mostrarme habladora durante el resto de la cena, haciendo bromas sobre las mujeres que habían acudido a mi última fiesta prenupcial y explicándole que su madre me había regalado un body. Comimos pasta y ensalada y Flynn se bebió la mayor parte de la botella de chianti. Cuando hubimos terminado de cenar, en vez de quedarse para ver una peli como normalmente hacía, optó por marcharse.

—Será mejor que descanses, Mags. De verdad que estás muy rara. — Vaciló y luego añadió—: No estarás pensando en echarte atrás, ¿verdad?

Me entraron ganas de abrazarlo y decirle que sí y que gracias por comprenderlo. Pero en realidad se trataba de una pregunta retórica. A Flynn jamás se le ocurriría que yo pudiera sentir otra cosa que no fuera entusiasmo por ser su esposa. Y con razón. *Era* un gran tipo. Me rodeó con sus brazos y sentí el consuelo de su gesto, pero se trataba del mismo consuelo que podría haber encontrado en el abrazo de un buen amigo o del hermano que nunca tuve.

Me guiñó un ojo y comenzó a bajar la escalera. Yo me quedé en el rellano, viendo cómo se alejaba hasta que la puerta de entrada se cerró a su espalda. Pensé que Flynn era lo mejor que me había sucedido nunca y que yo era una especie de Jekyll y Hyde. ¿Cómo podía ser tan estúpida de arriesgarme a perderlo por alguien como Steven Kaufman? Recordé brevemente el fuerte tacto de las manos del carpintero, pero me apresuré a apartar ese pensamiento de mi cabeza.

Mientras fregaba los platos, no dejé de preguntarme por qué no había querido hacer el amor con Flynn. Me habría proporcionado una coartada en el caso de que efectivamente estuviera embarazada. Por fortuna, sin embargo, todavía me quedaba algo de integridad. Nunca podría haber seguido adelante con una mentira como ésa.

Recé: «Por favor, Dios, haz que me baje la regla y prometo que nunca volveré a engañarlo».

## Treinta y tres

### Carol Anne

Las niñas se encontraban en el campamento de día y el bebé estaba durmiendo su siesta de media mañana, de modo que en ese momento Carol Anne se hallaba sola en la cocina. Aunque su libro de recetas estaba abierto por las páginas en las que se explicaba cómo preparar una *piccata* de pollo, tenía la mirada puesta en el petirrojo que estaba construyendo un nido en el manzano que había frente a la ventana. El pájaro colocando ramitas en su lugar para crear un nido seguro en el que poner y empollar sus huevos le recordaba a sí misma. Su único propósito en esta vida había sido mantener un nido seguro para su familia.

Y ahora le preocupaba que su nido estuviera en peligro. Le preocupaba desde que se despertaba hasta que se acostaba. No era que eso fuera algo nuevo para ella. Siempre había sido una aprensiva crónica, de las que imaginan lo peor cuando alguien no aparece a tiempo o no contesta al teléfono: que la persona en cuestión ha sufrido un accidente de coche o un ataque al corazón o que su avión se ha estrellado. En prevención a un posible desastre, tenía radios y linternas repartidas estratégicamente por toda la casa y almacenaba en el sótano agua embotellada para un mes. También guardaba escaleras de cuerda bajo todas las camas del primer piso por si se declaraba un incendio. Su última preocupación, sin embargo, se había vuelto tan abrumadora que había desplazado a todas las demás.

Michael estaba actuando de un modo más extraño que nunca. La noche anterior no había dejado de dar vueltas a su espalda, aclarándose la garganta como si estuviera preparándose para decirle algo. Cuando finalmente abrió la

boca, dijo cosas inocuas como «¿Qué hay para cenar?» o «¿Qué tal tu día?». Carol Anne lo conocía suficientemente bien para saber que estaba esperando el momento adecuado para sorprenderla con algo; había hecho algo similar unos años antes, cuando propuso comprar el *Dermabrasion*. Sin embargo, un sexto sentido le decía que esa vez se trataba de algo más serio que la compra de un barco.

Sólo había una cosa a la que podía recurrir cuando se sentía así de desvalida. Necesitaba un cigarrillo. Después de rebuscar en el cajón de las toallas, su puño se cerró como una grúa sobre una roca alrededor de un paquetito envuelto en celofán que guardaba escondido debajo de los trapos de cocina. Se lo llevó a la nariz y olió el tabaco a través del envoltorio. Fumar estaba reservado para las emergencias, y el momento presente sin duda lo era. Se encendió un cigarrillo con la llama del calentador y le dio una larga calada. La nicotina alcanzó su sistema nervioso de inmediato, proporcionándole una muy necesitada calma. Carol Anne levantó la mirada y le dio gracias a Dios por las pequeñas cosas.

Cuando el cigarrillo llegó al filtro, se encendió otro y reflexionó sobre las ironías de la vida. La gente no era lo que parecía ser, especialmente en lo que respectaba a la felicidad. Pensó en su mejor amiga, que estaba a punto de celebrar una boda de ensueño y se arriesgaba a arruinarlo todo a causa de un rollo de una noche. O en Kelly, que todavía estaba intentando llenar el hueco que le había dejado la muerte de su madre. También en Suzanne, que vivía sola en su palacio celestial. Y en Natasha, que lo hacía con su controlador marido, Arthur. ¿Acaso era alguien realmente feliz?

Su madre parecía haberlo sido criándolas a ella y a sus dos hermanas. Supuso, pues, una conmoción absoluta que sus padres se divorciaran después de que su hermana pequeña se graduara del instituto. ¿Cuánto tiempo habían permanecido juntos sólo por el bien de sus hijas? Carol Anne desconocía la respuesta a esa pregunta, pero sí sabía que su propia felicidad dependía por

completo de su familia, de Michael y de sus hijos. Mientras estuvieran juntos, no habría problema que no pudieran solucionar.

Había apagado en el suelo el segundo cigarrillo y estaba contemplando fumarse un tercero cuando divisó algo con el rabillo del ojo. Con su sigilo habitual, Michael había aparecido sin anunciarse. Se pondría furioso por haberla pillado fumando: como todos los médicos, se oponía con vehemencia al tabaco. Cuando se volvió hacia él, sin embargo, su marido no mencionó los cigarrillos. Ni siquiera parecía haber reparado en ellos. En su rostro había una expresión extraña.

—¿Qué sucede? ¿Qué estás haciendo en casa? ¿Te encuentras bien? — Carol Anne hizo esas preguntas en rápida sucesión y con un tono de voz salpicado de preocupación conyugal.

—Tenemos que hablar.

El sabor de la nicotina en su lengua se volvió nauseabundo. El tono de su marido no presagiaba nada bueno. Carol Anne había anticipado ese momento. Lo había temido. Ahora que lo tenía encima, estaba tan asustada que quería dar media vuelta y salir corriendo. Pero permaneció firme.

—¿Se trata de Angie? —susurró.

—En cierto modo, sí.

—¿Fuiste tú quien la mató?

—¿Qué dices? ¡Claro que no! ¡No digas tonterías! —replicó él al tiempo que en su rostro se esbozaba su habitual sonrisa desenfadada y, por un momento, volvía a ser su Michael. De inmediato, sin embargo, el velo opaco reapareció, sombrío y desconocido—. Esto no es fácil para mí.

«¡Oh, Dios mío! ¡Quiere el divorcio!», pensó ella. Sin apenas poder respirar, Carol Anne estudió el rostro de su marido deformado por el dolor. Un largo silencio se vio roto por el sonido de la máquina de hacer hielo dejando caer unos cubitos. Ella esperó con angustiada paciencia, esforzándose por no gritar «¡Dímelo de una vez!».

—¿Recuerdas el primer día que hicimos el amor? —preguntó él

despreocupadamente, esforzándose por volver a sonreír de nuevo.

¿Cómo iba a olvidarlo? Fue en la playa Tower, sobre una manta que ella había sacado a escondidas de su dormitorio y que luego no pudo volver a llevar a casa a causa de toda la arena. Su madre se pasó años buscando esa manta. Carol Anne temía que apareciera la policía y los pillara en el acto, pero Michael la tranquilizó, diciéndole que la gente enamorada merecía compartir su amor. Cuando hubieron terminado, ella supo que estarían juntos para siempre. Tenía dieciséis años.

—Claro que me acuerdo. Y nunca he hecho el amor con nadie más.

Él le dio la espalda, incapaz de mirarla a los ojos mientras pronunciaba las siguientes palabras:

—Yo sí.

La bofetada verbal le entumeció las mejillas. De modo que sus sospechas eran ciertas. Michael estaba teniendo una aventura. Sin importarle ya la desaprobación de su marido, Carol Anne cogió otro cigarrillo y lo encendió mientras esperaba que prosiguiera.

—Esto te va a doler —admitió él—, pero he de contarte toda la verdad. Es lo menos que te mereces. Hace mucho tiempo que me siento distinto. Bueno, en realidad, desde siempre.

»Pero la cosa llegó a un punto crítico más o menos al año de haber terminado los estudios de Medicina. Comencé a tener unos intensos sueños sexuales. Sueños húmedos que me despertaban en mitad de la noche. Te los oculté. Y luego nació Cara. Y Eva. Los sueños desaparecieron durante algún tiempo. Pero seguía sintiéndome atribulado y echaba de menos los sueños. Hasta que un día apareció en mi vida una persona que me obligó a hacer frente a mis miedos, alguien que comprendía mi escisión interna.

»Esa persona me dijo que sabía qué era lo que estaba atormentándome. Y, cuando la verdad salió a la luz, me sentí más ligero. Como si me hubieran quitado el peso del mundo de los hombros. Como si, de repente, la vida fuera algo que celebrar. Terminamos teniendo una aventura.

El mundo de Carol Anne estaba desmoronándose y las lágrimas anegaron sus ojos.

—¿Con Angie?

—No. Con Angie, no. Con alguien del hospital.

—¿Sigues manteniendo una aventura con ella?

—No. —Michael echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando al techo. Sus siguientes palabras apenas fueron audibles—. Mi aventura con él terminó hace mucho tiempo.

Las palabras golpearon a Carol Anne con la fuerza de un huracán. Quiso corregirlo y decirle: «Querrás decir *ella*», pero en lo más hondo de su ser sabía que su marido no se había equivocado. Michael estaba contándole algo que tal vez ella había sospechado, pero que le había parecido tan reprensible que lo había enterrado con las cosas en las que no quería pensar. Ahora ya no podía mirar a otro lado. Ahora el mundo cobraba sentido. Eso explicaba, por ejemplo, por qué vivían como si fueran buenos amigos, prácticamente hermanos. Y, de repente, los jóvenes aquellos de la lancha también cobraban sentido.

—Tuviste una aventura con un hombre —dijo ella, sorprendida por la tranquilidad con la que había hecho la afirmación.

—Sí.

—¿Ha habido otros?

—Sí.

Fue entonces cuando Carol Anne perdió los estribos. Se abalanzó sobre él y comenzó a golpearle el pecho con los puños. Él encajó los golpes sin ni siquiera intentar detenerla.

—¿Estás diciéndome que nuestro matrimonio es una mentira? —gritó ella—. ¡Desgraciado! ¡Desgraciado! —Cuando Carol Anne se dio cuenta de la violencia con la que estaba actuando, dejó caer las manos a los lados y se quedó mirando a su marido con los ojos llorosos—. ¿Y qué hay del sida,

Michael? ¿Qué hay de mí? ¿Has pensado alguna vez que podrías infectarme? ¿Lo has pensado?

—Siempre he practicado sexo seguro —dijo él sin perder la calma.

—¿Se supone que eso ha de consolarme? —Se dirigió a la mesa y se sentó apoyando la cabeza en las manos—. Has dicho que en cierto modo esto estaba relacionado con Angie. ¿A qué te referías?

—La vi la noche que fue asesinada. En un bar gay.

—¿Qué? No lo entiendo —Carol Anne alzó la cabeza y se lo quedó mirando confusa—. ¿Por qué me cuentas esto ahora?

Él extendió las manos hacia ella, abriéndolas y cerrándolas como si estuviera intentando coger algo inalcanzable. Se esforzaba por contener las lágrimas y tenía los ojos enrojecidos.

—Esta mañana he recibido la visita del detective O'Reilly. Alguien me vio hablando con ella en el bar. —Hundió los hombros y siguió hablando—: La noche en la que celebraste la fiesta de Maggie, después de la partida de cartas, sentí ganas de algo más, de modo que fui a la ciudad en busca de... —Respiró hondo, como si hiciera acopio de energía para pronunciar sus siguientes palabras—. Bueno, fui a varios lugares. Finalmente terminé en un local llamado The Zone, y allí me encontré a Angie. Iba completamente borracha, pero no tanto como para no darse cuenta de cuál era la razón por la que yo me hallaba allí.

»Hizo un comentario sobre la inutilidad del matrimonio y se marchó. Yo me terminé la copa e hice lo propio. Días después, en su funeral, vi a un tipo que esa noche había estado echándome el ojo en The Zone. Estaba seguro de que él no me había visto a mí, de modo que decidí que sería mejor no ir a casa de los padres de Angie después del servicio por si acaso aparecía por allí.

—Entonces, ¿ese día no hubo ninguna emergencia médica?

—No —admitió él, mirándola directamente a los ojos—. Y todavía hay algo peor. Quieren que participe en una rueda de reconocimiento. Al parecer,

hay un testigo que puede situarme en el parque cargando con el cadáver de Angie. Lo cual es imposible, porque nunca estuve allí.

—¿Una rueda de reconocimiento? No puedes hacerlo. ¿Y si alguien te viera? Piensa en lo que eso supondría para tu reputación.

—Ya lo sé —dijo él, sintiéndose derrotado.

—Pero, Michael, cuando llegaste a casa esa mañana hiciste el amor conmigo. Y parecía que realmente querías hacerlo. ¿Estabas fingiendo?

—No. Tienes que comprender lo confundido que me siento. Te quiero con todo mi corazón. Después de ver a Angie en el bar, me metí en el coche y estuve un rato conduciendo para intentar aclarar un poco mis pensamientos. Llegué hasta la frontera con Wisconsin. Sólo podía pensar en lo horrible que sería perder a mi familia. Eso me aterró. Tú y los niños sois lo más importante de mi vida. En ese momento decidí que te lo contaría todo y que iría a terapia para afrontar el problema. En cuanto tomé esa decisión, sólo pude pensar en regresar a casa y hacer el amor contigo. Quiero que sigamos juntos. Ésa es la verdad.

Sin apenas poder respirar, Carol Anne procuró analizar la situación. Su marido acababa de confesarle que se acostaba con hombres. Eso ya resultaba suficientemente devastador, pero además le había contado que era sospechoso del asesinato de Angie. ¿Qué era peor?, se preguntó, ¿que su marido fuera homosexual o sospechoso de un asesinato? Decidió que, en ese momento, eso último suponía una amenaza mayor para su familia. Ya podía imaginar los titulares: MÉDICO CASADO DE LA ZONA NORTE, REPUTADO CIRUJANO PLÁSTICO, HABITUAL DE BARES HOMOSEXUALES, SOSPECHOSO DE ASESINATO. Tanto daría que fuera culpable o inocente. Perdería su clientela. De cara al público, el daño ya estaría hecho. ¿Y qué sucedería con Cara y Eva? ¿Cómo las tratarían los demás niños cuando supieran que su padre era sospechoso de un crimen semejante?

Si la terapia de Michael tenía éxito, y ella quería pensar que así sería, ¿de qué les serviría si su carrera se veía arruinada?

Lo más importante era proteger a sus hijos de cualquier daño. El caso de Angie era mediático y no podían arriesgarse a que relacionaran a Michael con él. Carol Anne se acercó a su marido y le masajeó la parte baja del cuello tal y como solía hacer en sus años de residencia cuando regresaba a casa tras un largo día. Decidió entonces que se encargaría de ello por más que le costara.

Su esposo no podía formar parte de ninguna rueda de reconocimiento. Punto.

—No te preocupes, Michael. Todo va a salir bien —lo tranquilizó. Y lo decía de veras. Se encargaría de ello. Las cosas eran mucho más sencillas cuando una sabía contra qué se enfrentaba.

## Treinta y cuatro

### Ron

Como Kozlowski se había ausentado tras pasar otra noche sin dormir a causa del dolor de muelas, Ron había ido solo a ver al doctor Michael Niebaum a su consulta de Evanston. Consulta. Menudo eufemismo. La sala de espera parecía más bien el vestíbulo de un hotel: no le faltaban ni la cafetería ni los acabados en mármol. O quizá un burdel, a juzgar por todas las tías buenas que pululaban por ella.

El buen doctor había accedido a verlo inmediatamente. Se había sincerado con él en cuanto O'Reilly le había dicho que había sido visto hablando con Angie en The Zone. Pero entonces había tenido los cojones de contarle un cuento según el cual después de ver a Angie había estado conduciendo hasta Wisconsin para reflexionar. Más bien debía de haber conducido hacia el este, en dirección al puerto de Belmont, y no al norte, que era donde quedaba la tierra de la leche y el queso. La buena noticia era que Niebaum había accedido a someterse a una rueda de reconocimiento. La mala era que ahora tenía que localizar al itinerante Ralph para que esa rueda de reconocimiento tuviera lugar.

O'Reilly volvía a estar en la comisaría del área 3, esperando a que le hiciera efecto su desayuno habitual de aspirina y café. De repente, sonó su teléfono y al contestar lo sorprendió oír a la esposa de Niebaum. Recordó a la guapa mujer de voz suave que había intentado disimular su preocupación durante la conversación que habían mantenido el domingo anterior en el aparcamiento. Aunque fuera una mentirosa, la compadecía por estar casada con semejante capullo.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora Niebaum?

—Detective O'Reilly, es imperativo que hablemos lo antes posible. ¿Podría venir a mi casa?

«Imperativo.» Fuerte palabra. Puede que estuviera lista para confesar que aquella noche su marido no volvió a casa sobre las doce. Llegaba un poco tarde para ello. ¿O había otra cosa que quería compartir con él? Aunque acababa de regresar de los suburbios de la zona norte, las palpitaciones de la cabeza estaban matándolo y cualquier excusa para salir de la «oficina» le parecía buena. La noche anterior se le había hecho demasiado tarde en la cervecería del barrio.

—Voy para allá —dijo.

El cigarrillo se consumió hasta quemarle los dedos. «Dejarlo otra vez va a ser realmente duro», pensó Carol Anne mientras lo apagaba en un platillo. Tras escuchar la conmovedora confesión de Michael, había convencido a su marido para que regresara al trabajo. ¿Qué otra cosa iban a hacer? ¿Quedarse mirándose mutuamente? En cuanto se hubo marchado, llamó al detective O'Reilly. Ahora tocaba esmerarse a fondo.

El llanto de Michael Jr. en el piso de arriba hizo que se le escapara una maldición. Había sido excesivamente optimista al pensar que dormiría mucho más. Subió al cuarto del bebé y lo encontró de pie en su cuna, con las manos firmemente agarradas a la barandilla y el rostro enrojecido a causa del enfado que sentía por haber sido abandonado. Al ver a su madre, dejó de llorar como si fuera un grifo que hubieran cerrado y una amplia sonrisa iluminó su rostro. Era la primera vez que estaba de pie. Carol Anne sintió una intensa oleada de amor al verlo.

—Mi pequeño bebé milagroso —dijo cogiéndolo y sacándolo de la cuna—. Nunca sabrás hasta qué punto eres un milagro.

Estaba cambiándole el pañal cuando sonó el timbre de la puerta. Se apresuró a terminar y bajó la escalera corriendo con el bebé en brazos.

Cuando abrió la puerta comprobó que se trataba del detective O'Reilly. Tenía aspecto de cansado, con los ojos inyectados en sangre y la ropa arrugada. Algunos remolinos rebeldes hacían que pareciera que acababa de levantarse de la cama.

Echó un vistazo por encima del hombro del policía esperando ver a su compañero grandullón.

—¿Está solo? —preguntó.

—El detective Kozlowski no se encontraba bien esta mañana. —O'Reilly fingió una sonrisa con la esperanza de que Carol Anne se sintiera más cómoda.

A continuación, hubo un embarazoso silencio durante el que únicamente se pudo oír el gorjeo del bebé.

—¿Le importa si vamos a la cocina? —dijo ella finalmente—. Ahí puedo sentar al bebé.

—En absoluto. Estoy muy cómodo en las cocinas. —Mientras ella lo conducía por la casa, el detective reparó en su cara decoración y no pudo evitar pensar en el elegante apartamento de Suzanne Lundgren y en la mansión en Lake Forest de Natasha Dietrich. Sin duda, las amigas de Angie Wozniak vivían a lo grande. Luego recordó el diminuto estudio de Kelly. Bueno, al menos, algunas de sus amigas.

Cuando llegaron a la cocina, Carol Anne dejó al bebé en su trona y le ofreció una taza de café.

—¿Cómo le gusta?

—Solo. Y fuerte.

El detective se llevó la taza a los labios con mano trémula. La intensa mezcla de ese café era mucho mejor que lo que bebían en comisaría.

—Quería usted hablarme sobre algo, ¿no, señora Niebaum?

Carol Anne había estado ensayando mentalmente lo que iba a decirle desde que habían hablado por teléfono. Le contaría lo buen hombre que era Michael, además de un buen padre y un profesional talentoso y dedicado. También lo perjudicial que sería para ellos que determinada información saliera a la luz.

Y lo mucho que ella dependía de él. Ahora que había llegado el momento de hablar, sin embargo, las palabras se le habían quedado atascadas en la garganta y no conseguía pronunciarlas. Se encendió un cigarrillo para estimular su valentía.

—Lo siento. Esto es sólo temporal, pero me temo que absolutamente necesario. —Le dio una larga calada al cigarrillo y esperó que la nicotina le hiciera efecto. Tras exhalar el humo lejos del bebé, lo apagó y se quedó mirando la colilla—. Tengo entendido que mi marido es sospechoso del asesinato de Angie.

—Preferimos llamarlo presunto implicado —repuso O'Reilly.

—¿Por qué? ¿Porque lo vieron en el mismo bar que ella? —preguntó con los párpados caídos y la mirada puesta en el suelo a causa de la vergüenza que sentía—. Sí, me ha contado que estuvo en The Zone. De hecho, últimamente me ha contado muchas cosas. Más de lo que me habría gustado oír. Pero que él estuviera en ese bar no tiene nada que ver con el asesinato de Angie. El hecho de que ambos estuvieran allí al mismo tiempo es tan sólo una coincidencia. Nada más.

«¿Y también es una coincidencia que su marido tenga un barco amarrado a escasos metros del lugar en el que hallaron su cadáver?», quiso decirle O'Reilly, pero controló el impulso.

La vulnerabilidad de esa mujer despertaba su compasión. No sólo era guapa, también parecía decente, y su pálida piel y sus oscuros rizos ensortijados hacían que le recordara mucho a su fallecida madre. Si bien O'Reilly no sabía exactamente la razón por la que Michael Niebaum se encontraba en The Zone a las tres de la madrugada, sí tenía claro que no podía presagiar nada bueno sobre su matrimonio. La aversión que sentía por el tipo aumentó. Tanto si Niebaum tenía algo que ver con el asesinato de Angie Wozniak como si no, su estilo de vida había causado otra víctima: su guapa esposa.

—Michael me ha dicho que quieren que se someta a una rueda de

reconocimiento —dijo ella. Su suave voz se había vuelto glacial. Extendió la mano para coger otro cigarrillo, pero lo pensó mejor y se volvió hacia él con ojos suplicantes—. Detective O'Reilly, no puede incluir a Michael en una rueda de reconocimiento. Tiene usted que comprender lo que supondría eso para su carrera. Mi marido tiene una reputación que mantener. Si alguien lo viera en la comisaría, o donde sea que hagan ustedes esas cosas, arruinaría a nuestra familia. Nos destrozaría la vida.

—Señora Niebaum —contestó O'Reilly—. ¿Por qué nos mintió? ¿Por qué dijo usted que su marido llegó a casa a medianoche cuando no fue así?

Carol Anne se tenía por una persona fuerte, pero todo el mundo tenía sus límites. Con tantos frentes abiertos, tenía la sensación de que iba a implosionar. Aunque se esforzaba por mantener cierta bravuconería, lo cierto era que estaba al límite. Le temblaban las manos y tenía la vista nublada a causa de las lágrimas que estaba conteniendo. O'Reilly reparó en el dilema al que se enfrentaba e intentó que la compasión que sentía por ella no entorpeciera sus obligaciones como policía de homicidios. No se dejaría disuadir por las lágrimas de ninguna mujer, por más que ésta le recordara a su madre.

—No sé por qué mentí. No soy una mentirosa —confesó ella, apretando con fuerza los dientes para mantener el control—. Puede que me avergonzara el hecho de que hubiera llegado tan tarde a casa. O tal vez presentí que había algún tipo de problema. Pero tiene que creerme: Michael Niebaum nunca mantuvo ninguna relación con Angie, y desde luego no la mató.

O'Reilly no estaba tan seguro de eso, pero se le encendió la bombilla cuando Carol Anne usó la palabra *relación*. Estaba claro que Niebaum era marica o bisexual. ¿Y si mantenía relaciones con varias personas? Puede que él, Angie y el tipo de New Hampshire formaran alguna clase de trío. Eso explicaría muchas cosas. Debía obtener una citación judicial para echarle un vistazo a los registros telefónicos de Niebaum. Las personas con las que habla un hombre pueden ser la respuesta a muchas preguntas. Pero conseguir una

citación podía llevarle mucho tiempo y O'Reilly tenía prisa. Miró a la mujer desesperada que tenía enfrente.

—A ver qué le parece esto, señora Niebaum. Si está tan segura de que su marido no tiene nada que ver con el asesinato de Angie, puede hacer usted una cosa para demostrarlo. Le propongo un trato. Pospondré la rueda de reconocimiento a cambio de los registros telefónicos de su esposo. Tanto de casa como del trabajo. Si lo tramito a través de los canales oficiales podría tardar días, pero con su permiso...

—Le proporcionaremos los registros —declaró Carol Anne con expresión de alivio. Por un momento creyó que iba a darle un abrazo—. Haremos cualquier cosa para demostrar la inocencia de Michael. Cualquier cosa.

De vuelta a la ciudad, O'Reilly pasó por delante de una de esas cadenas de restaurantes que ofrecen comida mediocre en una gran barra cuadrada. Dio media vuelta y dejó el coche en el aparcamiento. Después de todo, era la hora de comer y una cerveza fría le sentaría bien. La primera desapareció de un solo trago. La segunda la tomó lentamente mientras consideraba posibles escenarios. Aventura extramatrimonial. Amante homosexual celoso. Triángulo amoroso homosexual. Era una pena que Koz no estuviera allí para contraponer opiniones. Aunque, claro, si Koz estuviera allí, no estarían en ese local. O'Reilly pidió una tercera cerveza y pagó la cuenta.

De camino al coche, volvió a pensar en la situación de Carol Anne Niebaum. Incluso los ricos eran infelices, decidió.

## Treinta y cinco

### Kelly

El ajetreo en Gitane's era el de siempre: tipos trajeados comiendo con prisas y señoras vestidas de marca que hacían exactamente lo contrario. Kelly llegó al trabajo inmediatamente después de realizar un examen de psicobiología que no le había ido demasiado bien, lo que provocó que se pasara todo el turno distraída. En dos ocasiones se había olvidado de llevar la comida a la mesa correspondiente, hasta que uno de los clientes había estirado el cuello buscándola, y una vez había llevado a una mesa una cuenta equivocada. Por fortuna, se habían dado cuenta antes de que ella pasara la tarjeta de crédito. De no haber sido así, la equivocación habría salido de su salario.

Pero el examen no era la única razón del deficiente desempeño de su trabajo. Seguía preocupada por la creencia de que ese hombre de New Hampshire estaba relacionado de algún modo con el asesinato de Angie. Mencionarles a los polis la camioneta blanca no parecía haberlos llevado a encontrar al tipo. Así pues, había llegado a la conclusión de que no tenía otra opción que contarles toda la historia.

—Lo siento, Maggie —dijo en voz alta al tiempo que metía la mano en el bolsillo del delantal en busca de una moneda para el teléfono público que había enfrente de la puerta del cuarto de baño de mujeres.

Se alegró de encontrar a O'Reilly en comisaría.

—Odio ser una molestia, pero tengo que hablar con usted sobre algo importante en relación con el caso de Angie.

—Eso no me lo creo ni por un segundo, señorita Delaney —respondió él. Su resaca había ido a menos tras tomar una copa, pero hablar con ella había

hecho que volviera con fuerza.

—¿Cómo? ¿No cree que tenga algo importante que contarle?

—No. Lo que no creo es que odie usted ser una molestia.

—Ja, ja, ja —dijo ella con total seriedad—. Hablo en serio, tengo que verlo.

—Estamos muy ocupados —repuso él con la esperanza de desanimarla. Lo último que quería era perder más tiempo con esa pesada entrometida—. ¿No puede decírmelo por teléfono?

—He dicho que es importante.

—Está bien —accedió él—. ¿Dónde quiere que nos veamos?

—Estoy terminando el turno del almuerzo. ¿Qué le parece O'Dwyer's, en la calle Dearborn, dentro de unos quince minutos?

O'Reilly echó un vistazo al reloj que colgaba en la pared de enfrente. Indicaba que eran las dos cuarenta y cinco.

—De acuerdo, a las tres —dijo. «Será mejor que merezca la pena.»

Koz llamó un minuto después.

—Me alegra comprobar que estás vivo —se burló O'Reilly—. ¿Dónde diantres has estado?

—En la *filla* del *dentifta*. Finalmente me han *facado* la puta muela. Ahora *Meliffa* *eftá* cabreada porque no le *gufsta* la gente a la que le faltan *dientef*. *Dife* que no quiere *efstar* con un paleta. Parece que tendrán que hacerme un puente, lo cual no *ef* barato. *Adióf* a mi nueva caña de *pefcar* —se lamentó Kozlowski—. ¿Me he perdido algo?

—Ve a O'Dwyer's. Hemos quedado allí con Kelly Delaney, así que considérate afortunado por estar todavía bajo los efectos de la anestesia.

—¿La *feñorita* Delaney? ¿Qué le *pafa* ahora?

—No lo sé. No ha querido decírmelo. Puede que quiera unirse al cuerpo de policía.

Lo primero que percibió la nariz de Kelly en cuanto entró por la puerta fue el

familiar olor a cerveza rancia y madera podrida. En la barra había unos pocos habituales que remataban sus chupitos de la tarde con cerveza. A Kelly le gustaba pasarse de vez en cuando por su antiguo lugar de trabajo para recordar lo terrible que era, un poco como el personaje de Fitzgerald que tomaba una copa al día para no empezar a imaginar que el alcohol era mejor de lo que en realidad era. A diferencia del personaje de Fitzgerald, sin embargo, era absolutamente imposible que ella pudiera tomar una copa al día. De eso estaba segura.

Se sentó en el inestable taburete de una inestable mesa que había junto a la ventana y saludó con un movimiento de cabeza a Eddy, el camarero que hacía el turno de día desde que ella tenía memoria. Él le devolvió el saludo con una débil sonrisa. Tenía la cara huesuda y sus amarillentos dientes eran tan grandes como los de un caballo. Estaba bebiendo lo que parecía un vaso de agua con hielo, pero Kelly sabía perfectamente que la única agua en ese vaso eran los cubitos.

Se acercó una camarera y Kelly pidió una Coca-Cola *light*. Sintió un *déjà vu* al ver a Eddy ejecutar el proceso: vaso, hielo, refresco, pajita, darle el vaso a la camarera, tomar un trago de su propia bebida. Se preguntó cuánto tardaría Eddy en sucumbir a una enfermedad hepática o en ser atropellado por un coche al cruzar la calle borracho.

Kelly se sentía culpable por lo que estaba a punto de hacer, pero prefería ser odiada por una Maggie viva que llorar a otra amiga muerta. Cuando era pequeña y su madre la castigaba por algo, siempre le decía: «Esto me duele más a mí que a ti». Así era como se sentía por romper la promesa que le había hecho a Maggie. Pero era algo que debía hacer.

Cogió un ejemplar del *Chicago Tribune* que alguien había dejado en la mesa contigua y se puso a hacer el crucigrama. Años de tiempo ocioso detrás de la barra la habían convertido en una experta. Ya había rellenado casi todas las casillas cuando levantó la mirada y vio que el detective Kozlowski se

acercaba a ella. La mejilla hinchada del poli le daba la apariencia de una enorme ardilla calva.

—¿Le importa que me una a usted, señorita Delaney? —hablaba arrastrando las palabras, y por un momento Kelly se preguntó si estaría siguiendo los pasos de O'Reilly. Entonces el poli se tocó la mejilla con una de sus manazas con aspecto de mitón—. Un empaste de cien dólares acaba de convertirse en un puente de quinientos.

—¿No odia gastarse dinero en los dientes? Yo, desde luego, sí. Póngase cómodo. Y, por el amor de Dios, ¿podría llamarme Kelly? Me hace sentir vieja que alguien de mi edad me llame señorita Delaney. Es como si fuera una profesora o algo así.

—Llámame Joe, entonces.

—Joe —dijo ella, bajando la mirada al crucigrama sin terminar—. No se te ocurrirá por casualidad una palabra de nueve letras para «planta medicinal», ¿verdad?

—Debería. Cuando me tocaba hacer vigilancias solía matar las horas haciendo crucigramas.

—Maldita sea. Una casilla vacía está impidiéndome resolver el puñetero crucigrama. —Pensó en lo que acababa de decir—. ¿Sucedo lo mismo en la investigación de un asesinato? ¿Una casilla vacía lo jode todo?

Kozlowski se pasó un dedo por el cuello ligeramente apretado de su camisa y deseó que su compañero apareciera de una vez. Exceptuando a su esposa, las mujeres lo ponían nervioso y siempre temía decir algo que pudiera sonar estúpido.

—Se trata más bien de un montón de casillas. Y de ser capaz de demostrarlo. Muchas veces sabemos quién es el culpable, pero si no tenemos suficientes pruebas para que el juez lo condene, no sirve de nada siquiera arrestarlo.

—¿Eso sucede a menudo?

—Más de lo que puedes imaginarte.

Kelly pensó en el incidente que había sufrido en las viviendas sociales. Sabía que esos adolescentes no lo habrían pensado dos veces antes de matarla, y se preguntó si habían llegado a detenerlos. La camarera reapareció tras advertir que había otra persona sentada a la mesa. Kozlowski le pidió un refresco.

—No suelo beber alcohol —dijo—. Nunca me ha gustado demasiado el efecto que tiene en mí.

—Bueno, su compañero ya lo hace por los dos —repuso Kelly, y se preparó para la reacción del grandullón.

—Puede que a Ron le guste pimplar, pero eso no lo convierte en un mal tipo —contestó Kozlowski en defensa de O'Reilly—. Y nunca he visto a un policía que trabaje más duro. Debería haber sido nombrado teniente hace mucho tiempo.

—Puede que su problema con la bebida se lo impida.

Kozlowski se encogió de hombros.

—Es irlandés. ¿Qué puedo decir? Su vida no ha sido precisamente fácil. Su madre murió cuando no era más que un niño y se vio obligado a cuidar de sus hermanos. Su padre siempre estaba borracho. Sólo para que veas el tipo de persona que es O'Reilly, no dejó de ocuparse del viejo hasta su muerte hace un par de años.

—¿Está casado?

—Lo estuvo, pero no funcionó.

«Qué sorpresa», pensó Kelly. Pero, por primera vez, O'Reilly le pareció algo más que un borracho. Se preguntó cómo debía de haber muerto su madre y si el cáncer la consumió hasta que de ella no quedaron más que los huesos. ¿De pequeño Ron también se pasaba las noches llorando hasta quedarse dormido? ¿La muerte de su madre había afectado su psique tanto como a ella la de la suya? ¿Acaso estaba intentando llenar con la bebida el vacío que había dejado su fallecimiento?

—Una pena lo de su madre —dijo con pesar.

En ese instante, la puerta del sórdido bar se abrió y apareció O'Reilly. El detective hizo un rápido inventario del lugar antes de unirse a ellos en la mesa junto a la ventana. La camarera regresó antes de que el taburete tuviera tiempo de chirriar.

—¿Quiere algo para beber?

—Una taza de café.

—¿Está seguro de que no quiere algo más fuerte? —bromeó Kelly. La mirada de O'Reilly le indicó que no se pasara de la raya.

La camarera se retiró negando con la cabeza, esperando que los tres abstemios que ocupaban su mejor mesa se hubieran marchado antes de que comenzara la hora del cóctel.

—He de contarles algo importante —comenzó a decir Kelly—. Se trata de algo tan delicado que podría arruinar la vida de alguien. Estoy traicionando la confianza de una amiga. Pero estoy tan preocupada por su seguridad que siento que no tengo otra elección.

O'Reilly lanzó a Kozlowski una mirada que venía a decir: «Estoy harto de detectives aficionados». Se preguntó con qué iba a sorprenderlos esta vez esa exalcohólica y drogadicta reconvertida en camarera y estudiante de Psicología aficionada al *jogging*. No tuvo que esperar mucho para la respuesta. Kelly se inclinó hacia delante y habló en un tono de voz apenas más alto que un susurro:

—Si quieren saber más cosas sobre el tipo de New Hampshire deben hablar con Maggie Trueheart.

O'Reilly reprimió un gruñido. Los había hecho ir al bar para nada.

—Ya hemos hablado con Maggie —dijo—. Recuerda vagamente haber bailado con él en The Overhang, pero eso es todo.

El detective dejó un billete de diez dólares sobre la mesa y se puso en pie para marcharse.

—¡No, espere! —suplicó Kelly, alzando la voz—. Ésa no es toda la historia. Les ha mentado. Hizo algo más que bailar con ese tipo. Se acostó con él.

Varios clientes se volvieron hacia ellos. O'Reilly tomó asiento de nuevo. Esta vez, Kelly tenía toda su atención.

—Con todos mis respetos, si eso es cierto, ¿cómo pudo ese tipo matar a Angie si estaba ocupado con Maggie?

—Esto es lo que yo creo que pasó. El tipo de New Hampshire metió un somnífero en la bebida de Maggie, bien en el bar o ya en su casa. Créame, sé lo fácil que es hacer eso. En cuanto ella se quedó roque, él fue y mató a Angie. Luego regresó a casa de Maggie y volvió a meterse en su cama. Si lo pillan, ¿qué mejor coartada?

—Pero ¿cuál es su móvil? —se preguntó Kozlowski en voz alta.

—Ésa es la parte que desconozco. Pero tienen que admitir que resulta muy extraño que estuviera aparcado enfrente de la casa de Carol Anne y luego apareciera en The Overhang. Y que poco después se tirara a mi amiga.

O'Reilly asintió, más para sí que para los demás. Su instinto había tenido razón desde el principio. Maggie Trueheart escondía algo. Ahora sabía de qué se trataba. Pensó en la mentira de Carol Anne Niebaum y en las dudas que tenía sobre la honestidad de Suzanne Lundgren. Él no era la policía de la moralidad, pero ¿qué demonios les pasaba a esas mujeres? ¿Alguna de ellas les había contado la verdad?

—Esto es lo que tenemos que hacer —prosiguió Kelly, que ya había diseñado mentalmente todo el plan—. Maggie no puede enterarse de que la he delatado. Tienen que inventarse algo, como que uno de sus vecinos la vio saliendo de la camioneta del tipo de New Hampshire. O que el camarero de The Overhang los vio marcharse juntos del bar. Lo que sea, pero que a mí no me implique. No estaría haciendo esto si no temiera que ese tipo pueda ir ahora por ella. No podría vivir conmigo misma si eso llegara a suceder.

—Oh, no se preocupe, hablaremos con ella —dijo O'Reilly, poniéndose en pie por segunda vez. A continuación lo hizo Kozlowski.

Ya estaban a medio camino de la puerta cuando el poli grandullón se detuvo y se volvió hacia Kelly.

—¡Milenrama! —dijo.

Ella bajó la mirada hacia el crucigrama y sonrió.

—Efectivamente. Milenrama. Gracias, Joe.

Cuando salieron a la calle, O'Reilly se volvió hacia su compañero con una ceja enarcada.

—¿Milenrama? ¿Qué diantres significa ese código?

—Una palabra de nueve letras para «planta medicinal».

—Ah —dijo O'Reilly.

Estaba claro que algo había pasado entre su compañero y Kelly antes de que él llegara. Por alguna razón, esa familiaridad entre ambos le fastidiaba. No había ninguna duda de que la señorita Delaney era una auténtica tocapelotas. Además de la razón obvia de descubrir quién había matado a Angie Wozniak, otro gran incentivo para resolver el asesinato era dejar de tratar con ella.

## Treinta y seis Tres días para la boda

El martes estuve trabajando hasta tarde y el miércoles me presenté en la oficina a primera hora de la mañana. No había dormido bien. Había tenido un sueño caótico detrás de otro. Soñé con Flynn, con mi boda, con Steven Kaufman. Todavía tenía varias fechas tope antes de que terminara la semana, y las notificaciones no dejaban de multiplicarse en mi bandeja de entrada. Quería taparme las orejas y abrir la boca como el personaje de *El grito*. Ojalá la vida tuviera un botón para pausarla momentáneamente. O, mejor todavía, para rebobinarla. Deseaba que un agujero negro se me tragara. Sería un final misericordioso.

La regla todavía no me había venido. Tenía los pechos inflados y sensibles, y el abdomen hinchado como si me hubiera atiborrado en el bufet de India House. No recordaba haberme sentido así de incómoda antes del período. Nunca. Intenté convencerme de que se trataba de tensión premenstrual y de que el estrés era el causante del retraso, que era imposible que me hubiera quedado embarazada a causa de un único desliz. Aunque, si ése era el caso, ¿por qué no me cabían los pechos en el sujetador?

El teléfono de mi escritorio sonó. Era mi jefa, Marian Roche, la directora de la revista *Chicagoan*.

—Me preguntaba si podrías venir un momento a mi despacho. —Su tono de voz era serio.

La soga se tensaba. Marian no solía perder el tiempo con halagos. Sólo llamaba a alguien cuando había algún problema.

—Por supuesto. Ahora mismo voy.

Cogí el ascensor para subir a la décima planta y recorrí el largo pasillo de cristal que daba a los despachos ejecutivos hasta que llegué a la puerta con la placa M. ROCHE. Marian iba elegantemente vestida y se hallaba sentada con la cabeza de pelo prematuramente encanecido inclinada sobre un amplio escritorio de cristal tan transparente como las paredes del despacho. Al verme, me hizo una señal con la mano para que entrara. Sus ojos grises escudriñaron mi rostro como los de un médico intentando establecer un diagnóstico.

—¿Cómo va todo? —preguntó sin ofrecirme asiento.

—Estoy bien —mentí. Otra mentira más. A través de la ventana eché un vistazo al parque Grant, donde unos jugadores de *softball* se lanzaban una pelota bajo el sol matutino—. Algunos nervios prenupciales, pero por lo demás todo va bien.

La expresión de su rostro me dejó claro que su pregunta no tenía nada que ver con mi bienestar personal. Marian tenía escaso tiempo en su universo para semejantes frivolidades. A sus cuarenta y cinco años, había sobrevivido a tres matrimonios. Los dos primeros habían terminado en divorcio y el tercero en viudedad, lo que la había convertido en propietaria y directora de *Chicagoan*. La revista era ahora su cónyuge y ella era una mujer competitiva. Toda su *raison d'être* consistía en ofrecer un producto superior que mantuviera la lealtad de sus lectores, así como la de sus anunciantes.

—Sé que ahora mismo tienes muchas cosas en la cabeza, pero necesito saber si podrás cumplir todas las fechas tope de agosto. —Se me quedó mirando fijamente con la precisión de un láser—. ¿Llegarás a la línea de meta este viernes?

Me removí incómoda.

—Voy un poco retrasada.

—¿Qué es «un poco retrasada»? Si necesitas algún ayudante adicional para terminarlo todo, dilo. Puedo conseguírtelo.

Cómo me habría gustado que ésa fuera la solución. Pero un ayudante no

podía meterse en mi cabeza y lograr que me concentrara. Un ayudante no haría que pudiera dormir por las noches ni evitaría que me reconcomiera la culpa. Tenía que hacer eso yo sola. Como fuera. A la larga, era posible que ese trabajo que odiaba fuera la única cosa que me quedara para mantenerme a mí misma y quizá a alguien más.

—Gracias, Marian, pero se trata de cosas que no se pueden delegar. Me quedaré trabajando hasta tarde las próximas dos noches. No te preocupes. Lo terminaré todo.

—Está bien, Maggie. Tengo fe en ti. Pero recuerda: si necesitas ayuda, estoy aquí.

Marian estaba diciéndome con buenas palabras que si no conseguía hacer a tiempo mi trabajo no podría culpar a nadie salvo a mí misma. Salí de la oficina de dirección resuelta a no prestar atención a todas las preocupaciones colaterales y concentrarme únicamente en mi trabajo. No obstante, dicha resolución se vino abajo en cuanto las puertas del ascensor se abrieron al llegar a mi planta y vi al detective O'Reilly sentado en uno de los sillones Mies, hojeando el último ejemplar de *Chicagoan*. Eso comenzaba a ser demasiado habitual. Sandi estaba haciendo todo lo posible para demostrar que su presencia era algo completamente normal. Cuando me vio, O'Reilly cerró la revista y se puso de pie.

—Señorita Trueheart, ¿tendría usted un par de minutos?

—Para serle honesta, detective, no. No los tengo. Ni siquiera tengo unos pocos segundos —dije en un tono de voz chillón a causa del estrés que constreñía mis cuerdas vocales. Sentí la tentación de alejarme por el pasillo y dejarlo allí, en el vestíbulo, de pie con su ropa arrugada. Pero, en realidad, no tenía las agallas necesarias—. Venga conmigo —accedí.

Los ojos de Sandi nos siguieron pasillo abajo. Gracias a Dios, mi despacho no tenía las paredes de cristal como el de Marian. Entramos y cerré la puerta.

—Como seguro que puede apreciar, detective, he de terminar muchas cosas antes de este fin de semana, así que, ¿podemos hacer esto con la mayor

celeridad posible?

—Eso depende de si esta vez tiene usted intención de contarme todo lo que sabe.

—¿Todo lo que sé sobre qué?

—El tipo de New Hampshire.

Mi estómago dejó escapar un obscuro gruñido, que, sin embargo, pareció poca cosa en comparación con la actividad de los músculos de mi esfínter. En cualquier caso, yo no era de las que se amilanan y seguí con mi farol.

—Mire, ya se lo conté todo —contesté más fríamente de lo que me creía capaz.

—Señorita Trueheart —dijo él inequívocamente—, uno de sus vecinos vio una camioneta GMC blanca con matrícula de New Hampshire en su calle la noche en la que Angie Wozniak fue asesinada. Estamos buscando al propietario de esa camioneta. Si tiene usted información que no está compartiendo con nosotros, me veré obligado a detenerla bajo cargos que van desde la ayuda y la colaboración con un criminal hasta la obstrucción de la justicia.

Me habían pillado. No tenía escapatoria. A base de faroles me había salido con la mía en dos ocasiones, pero esta vez mi única opción era mostrar mis cartas. No había duda de la amenaza implícita en las palabras de O'Reilly. Parecía alguien capaz de sacarme esposada de mi boda si hacía falta. Me dejé caer en una de las sillas de mi despacho.

—Detective, el tipo al que están buscando no pudo tener nada que ver con el asesinato de Angie. Estuvo conmigo toda la noche —admití—. Como probablemente sabrá, voy a casarme este sábado. Si esto sale a la luz, no hace falta que le diga la clase de problemas que me causará. No comprendo por qué todo el departamento de policía de Chicago está tan interesado en mi comportamiento.

—Su comportamiento no le preocupa a nadie, pero el de ese tipo sí. Sólo quiero hacerle unas pocas preguntas, eso es todo. Prometo tratar la situación

con la máxima delicadeza. La razón por la que he venido aquí yo solo es asegurarle que este tema será tratado con la mayor discreción posible.

La humillación que sentía era absoluta.

—¿Es que no lo comprende? El tipo de New Hampshire salió del bar conmigo y estuvo en mi casa hasta la mañana siguiente. ¿Hace falta que le explique por qué no pudo tener nada que ver con el asesinato de Angie?

—Usted misma ha admitido que bebió mucho. ¿Estuvo despierta todo el rato que pasó con él? ¿Puede estar segura de que no abandonó su apartamento en ningún momento?

Rebusqué en los borrosos recovecos de mi memoria por enésima vez. Chupitos en la cocina, sus labios en mi cuello, los dos dirigiéndonos tempestuosamente a mi dormitorio. Mi siguiente recuerdo era la llamada de Suzanne. No, si era honesta, no podía estar segura de que hubiera estado en mi apartamento todo el rato, pero apenas pasaron unas horas entre... el primero... y el segundo.

—No pensará usted que salió de casa para asesinar a Angie y luego regresó, ¿verdad? Eso no tiene sentido.

—Nada tiene sentido hasta que lo tiene. Ahora, si no le importa, ¿podría darme un nombre, por favor?

—Steven Kaufman —dije en voz baja, sintiéndome completamente derrotada.

—¿Y tiene usted algún dato de contacto?

La inevitable rendición final.

—Tengo su número en mi apartamento.

—Vamos a buscarlo.

—¿Qué? ¿Ahora? —Mis ojos se posaron en la pila de trabajo que había sobre mi escritorio. Sin embargo, terminar todo antes de la boda parecía cada vez menos importante. Tal y como iban las cosas, era posible que al final tuviera el fin de semana libre para hacerlo. Y muchos fines de semana más—. Sí, ¿por qué no? —añadí.

Los regalos de la fiesta prenupcial seguían apilados en un rincón, compartiendo espacio con cajas de libros y diversos chismes que tendría que trasladar a la nueva casa cuando regresáramos de San Bartolomé. Una maleta abierta para la luna de miel descansaba sobre el sofá. Continuaba vacía.

Dejé a O'Reilly solo en la zona catastrófica y fui al dormitorio. El papel con el número de teléfono se encontraba en el cajón superior de mi tocador, junto a diversos recuerdos de mi vida anterior: servilletas de cóctel con notas garabateadas, postales de París y Londres, cajas de cerillas de restaurantes favoritos... Cogí el arrugado trozo de papel y me lo quedé mirando. Luego cogí una de las postales y copié en ella el número. Cuando regresé al salón, O'Reilly estaba de pie junto a la ventana con los ojos puestos en la puerta del dormitorio. Le di el trozo de papel y él se lo metió en el bolsillo.

—¿Le importa que la policía científica venga para ver si puede encontrar alguna huella digital?

Y yo que pensaba que las cosas no podían empeorar. Visualicé una furgoneta llena de hombres ataviados con monos irrumpiendo en mi apartamento y dejando un rastro de polvo negro a su estela. ¿Cómo iba a explicárselo a los vecinos? ¿O a Flynn? ¿O a mi madre?

—Eso no será necesario —dije al recordar la imagen de Steven en mi cocina sirviendo whisky irlandés en dos vasos de chupito. Fui a por la botella y se la di—. Sus huellas digitales estarán aquí.

Me pregunté si O'Reilly sentiría la tentación de beber un trago.

Cuando regresé a la oficina las cosas estaban tranquilas y la recepcionista que reemplazaba a Sandi durante la hora de comer apenas levantó la mirada de la revista *People* que estaba leyendo. Me dirigí directamente a mi despacho y cerré la puerta. Una inexplicable calma se apoderó de mí. Me sentí como una persona que acabara de aceptar su propia muerte. De repente, la montaña de trabajo parecía superable. Me senté al escritorio y la atacé con fervor.

## Treinta y siete

### Ron

Era última hora de la tarde y la compañía telefónica AT&T acababa de enviarles por fax una lista de todas las llamadas salientes de la residencia Niebaum los días anteriores al asesinato de Angie. Cientos de números habían sido marcados, pero sólo uno llamaba la atención. De un modo escandaloso. La noche del asesinato, había un número de Oakbrook que se correspondía con el de Steven Kaufman que le había dado la novia. Dicho número estaba asignado a un tal Vincent Columbo. O'Reilly se quedó mirando los dígitos sin creerse la suerte que habían tenido.

—¡Eh, Koz! ¿Te parece esto tan interesante como a mí? —preguntó mostrándole a su compañero el listado y el trozo de papel que le había dado Maggie.

Kozlowski le echó un rápido vistazo.

—De lo más interesante.

—Columbo, Columbo... Me pregunto si será el promotor inmobiliario.

—Sólo hay un modo de saberlo —dijo Koz.

La autopista interestatal Eisenhower estaba congestionada a causa de la puesta de sol, que cegaba a los conductores hasta el punto de obligarlos a circular con exasperante lentitud. Incluso con el aire acondicionado a tope, O'Reilly estaba sudando los excesos de la noche anterior, de modo que Kozlowski abrió la ventanilla en busca de cierto alivio. Condujeron en dirección oeste hasta que llegaron a la salida del centro comercial de Oakbrook y abandonaron la autopista. Luego siguieron en dirección oeste hasta que

finalmente llegaron a Chewton Glen. Dos grandiosas torres de piedra señalaban la entrada, pero no había verja.

—No parece haber mucha seguridad —observó O'Reilly.

—Al menos, no todavía —convino Kozlowski.

Tomaron el desvío y siguieron una carretera bordeada por casas gigantescas construidas alrededor de un lago artificial. Se detuvieron al llegar a una enorme mansión de estilo neogriego con un garaje de tres plazas. En la rotonda que había al final del camino de entrada podía verse un Mercedes-Benz. Un letrero colocado en el jardín delantero advertía a los visitantes de que la casa estaba protegida por Safeway Systems.

—Esperemos un momento —sugirió O'Reilly.

Condujeron hasta el final de la manzana, dieron media vuelta y aparcaron frente a un solar arbolado desde el que podían ver la parte delantera de la casa. Al cabo de unos minutos, una mujer de pelo moreno vestida con una camiseta de tirantes y unos ceñidos pantalones blancos salió por la puerta principal y se marchó con el Mercedes. Poco después apareció un Cadillac Seville que estacionó en la plaza del garaje más alejada de la casa.

—¿El dueño? —preguntó Kozlowski.

—Seguramente. ¿Qué te parece si tenemos una pequeña charla con el señor Columbo?

Ambos detectives recorrieron el camino de entrada y aparcaron en el hueco que había dejado el Mercedes.

—Definitivamente estamos bajando el nivel del lugar —dijo O'Reilly al salir de su convencional coche.

Llamaron al timbre de la puerta y los atendió una mujer hispana. Tras mostrarse visiblemente alterada cuando los detectives le enseñaron sus placas, la sirvienta los dejó de pie en el porche y fue a buscar a su jefe. Al poco, regresó y les pidió que la siguieran en un inglés de marcado acento hispano. Los condujo a través de un opulento vestíbulo y los hizo bajar a la planta inferior. Cruzaron una habitación con herramientas y trozos de madera

esparcidos por el suelo y finalmente llegaron al despacho que había al fondo. Vince Columbo permanecía sentado a un escritorio viendo un partido de los Cubs en un televisor con el sonido apagado. A través de la ventana que tenía a la espalda podía verse una piscina y unos cuidados jardines que descendían hasta el lago.

Los detectives mostraron sus placas y Vince los miró con desinterés antes de apagar el televisor.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, señores? —preguntó inclinándose hacia delante y mirándolos con sus penetrantes e intensos ojos oscuros.

O'Reilly se dirigió a él en el tono más deferente del que era capaz.

—Señor Columbo, somos detectives del departamento de homicidios de la comisaría del área 3 y nos gustaría hacerle unas preguntas.

La sirvienta seguía esperando nerviosamente junto a la puerta del despacho.

—No se preocupe, María. Ya puede marcharse. Estos señores no son de inmigración.

Ella se santiguó y se marchó susurrando una oración.

Vince se puso de pie y cerró la puerta. Luego les indicó a los detectives que se sentaran señalándoles los sillones de piel que había delante del televisor y él hizo lo propio en el sofá de cuero que había enfrente.

—¿Ha dicho que tenían ustedes algunas preguntas?

—Señor Columbo —comenzó a decir O'Reilly. Su sudor había comenzado a secarse gracias al aire acondicionado que había en el despacho—. Hace más de una semana una mujer llamada Angela Lupino Wozniak fue asesinada y su cadáver fue descubierto en el parque Lincoln. ¿Conocía usted a esa mujer?

—No. No la conocía —dijo Vince, en alerta ante la mención del nombre.

—¿Nunca la vio?

—No. Jamás.

—¿Ni siquiera para tomar una copa o algo inocente de ese tipo?

—Ya les he dicho que no conocía a esa mujer. —Ni siquiera intentó disimular la irritación de su tono—. Escuchen, caballeros, aunque no tengo

nada que ocultar, me causa cierto recelo el hecho de que dos detectives de Chicago aparezcan sin anunciarse en la puerta de mi casa y, sin ofrecerme explicación alguna, me interroguen en relación con una mujer muerta a la que no conocía. Quizá podrían ponerme al corriente.

—Verá, señor Columbo, resulta que su número de teléfono ha sido vinculado con un presunto implicado en el caso. Esto no es más que una visita informal, pero, según mi experiencia, la gente sin nada que esconder se muestra muy cooperativa. ¿Está usted dispuesto a contestar algunas preguntas más?

En cuanto O'Reilly terminó de hablar, la puerta del despacho se abrió y apareció una joven de pelo moreno vestida con unos ajustados pantalones vaqueros. En su rostro se dibujó una expresión de sorpresa absoluta al ver a los dos detectives.

—¡Oh, lo siento, papi! No sabía que tenías compañía. —Sin esperar a que se lo pidieran, salió del despacho tan rápidamente como había aparecido y cerró la puerta tras de sí. Vince deseó que no llevara ropa tan ajustada.

—Una chica muy guapa —comentó Kozlowski.

—Es mi hija. No puedo evitar morirme un poco cada vez que la veo salir por la puerta con algún idiota. —Vince retomó la conversación—. Quiero dejar claro que no me siento cómodo con esta situación y que no permitiré que me hostiguen. Aun así, contestaré todas las preguntas que considere razonables. Las demás tendrán que hacerlas en presencia de mi abogado. ¿Les parece bien?

—Me parece bien —contestó O'Reilly sin inmutarse. Estaba más que acostumbrado a las actitudes chulescas—. En primer lugar, ¿quién vive aquí?

—Yo, mi esposa y mi hija cuando no está en la universidad. También la sirvienta a tiempo parcial —dijo Vince.

—¿Nadie más?

—Así es.

—¿Conoce a alguien que viva en Kenilworth?

—Conozco a varias personas que viven en Kenilworth. He realizado algunas obras allí.

—En concreto, ¿conoce usted a Michael y a Carol Anne Niebaum?

—No.

—¿Se le ocurre alguna razón por la que alguien de su casa podría haber llamado aquí la noche de autos?

—Ya les he dicho que no conozco a esas personas y que no sé por qué nadie... —De repente, se quedó callado. Esa noche, Suzanne lo llamó para decirle que iba a salir con las chicas y no podrían verse tal y como habían quedado.

Acto seguido, Vince se puso de pie, se dirigió a la puerta, la abrió y asomó la cabeza para asegurarse de que su hija se había marchado. Luego se sentó de nuevo frente a los detectives.

—Esa noche sí recibí una llamada de Kenilworth. Era de... una amiga. Se encontraba en una fiesta y me llamó a mi línea privada. —Su mirada pasó de un detective a otro—. De hombre a hombre, espero que esta conversación quede entre nosotros.

—¿Esa amiga tiene nombre? —preguntó O'Reilly.

—Suzanne Lundgren.

O'Reilly se quedó de piedra. De repente comprendió de dónde procedían las flores que había en el suelo del apartamento de Suzanne la última vez que la visitaron. Procuró que no se le notara la sorpresa.

—Pero ¿nunca conoció a su amiga Angie?

—No. Sólo sé de ella por Suzanne, quien, debo añadir, está profundamente consternada por su asesinato. A causa de mis sentimientos por Suzanne, nada me gustaría más que el culpable fuera llevado a la justicia.

O'Reilly asintió apreciativamente antes de lanzarse a la yugular.

—¿Conoce a alguien llamado Steven Kaufman?

Vince tuvo que esforzarse mucho para mantener el rostro impassible mientras intentaba determinar de dónde podrían haber sacado esos polis el

nombre del carpintero.

—¿Por qué lo preguntan?

—La noche del asesinato fue visto alrededor de las chicas.

—Contraté a Steven Kaufman para que hiciera un trabajo aquí, en mi casa. Estaba construyendo la barra que han visto de camino al despacho.

—¿Alguna idea de por qué Kaufman dio un número de teléfono de esta casa como si fuera suyo?

—Se alojaba de forma temporal en un hotel del centro, de modo que le di este número para que lo usara con los proveedores. Lamentablemente, Kaufman ha resultado ser tan temporal como la estancia en su hotel. Hace una semana que no viene a trabajar.

—¿Y alguna idea de por qué el señor Kaufman estaba en Kenilworth ese viernes por la noche?

—Ninguna.

Vince estaba preparado para esa pregunta. No podía decirles la razón por la que Steven Kaufman estaba en Kenilworth, ni tampoco que el hombre al que estaban buscando se encontraba en una de las habitaciones del servicio que había en el piso de arriba, probablemente viendo la televisión.

De camino a la puerta, Kozlowski pasó una mano por la pulida superficie de la barra sin terminar. Su padre había sido carpintero y reconocía la calidad cuando la veía.

—Un trabajo extraordinario. Es una pena que Kaufman no lo terminara antes de desaparecer.

—¿Verdad que sí? —dijo Vince.

El Mercedes apareció en el camino de entrada justo cuando los detectives ya se marchaban. O'Reilly consultó la hora en su reloj, uno de esos de plástico que utilizaban los corredores. Era muy preciso. El lector digital indicaba que eran las seis en punto. Hacía rato que había pasado la hora del cóctel. Observó a través del espejo retrovisor cómo la misma mujer de pelo moreno

que habían visto antes descendía del coche y comenzaba a descargar bolsas de comestibles.

—Si tuviera una esposa con ese aspecto, no estaría follándome a nadie más —aseguró.

Kozlowski no hizo comentario alguno respecto a la observación de su compañero. En vez de eso, dijo:

—¿No te parece un poco extraño que la esposa de Columbo esté descargando la compra en la puerta delantera de la casa?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, tienen un garaje de tres plazas y, sin duda, desde él debe de haber una entrada directa a la cocina. ¿No te parece que lo normal sería que la señora Columbo metiera las bolsas de la compra por ahí en vez de arrastrarlas por toda la casa?

—Puede que el garaje esté ocupado.

—Bueno, su hija está en casa, de modo que eso es una plaza. Y hemos visto cómo Columbo aparcaba en otra. ¿Qué hay de la tercera? ¿Quién ha aparcado en ella?

—¿La sirvienta? —sugirió O'Reilly.

—Puede, pero me parece un poco raro ofrecerle una plaza de garaje a una sirvienta. Y hay algo que me extraña todavía más. Ya has visto todas esas herramientas desperdigadas por el suelo. Son caras. Me parece extraño que un carpintero se largue dejando sus herramientas.

O'Reilly no tuvo que pensar mucho antes de decir:

—¿Sabes, Joseph? Eres un jodido genio. Llegarás a teniente antes que yo, ya lo verás. Supongo que ahora sólo necesitamos saber quién ha aparcado en la plaza número tres.

## Treinta y ocho

### Suzanne

En cuanto cruzó la puerta de su apartamento, Suzanne se dirigió directamente al contestador automático para escuchar sus mensajes. Una voz electrónica le indicó que había recibido seis llamadas. La primera era de Vince. Su tono de voz le indicó que había algo que le molestaba: Soy yo, cariño. Sólo quería comprobar si habías vuelto de casa de tus padres. Volveré a llamarte más tarde. No me llames tú.

«Qué raro —pensó Suzanne—. Nunca había dicho eso.»

El siguiente mensaje era de Kelly: ¿Quieres que el sábado vayamos juntas a la boda?

Otra vez Vince: ¿Todavía no estás en casa? Espero que estés bien.

En realidad, no estaba bien. Era el aniversario de la muerte de Johnny, un día que siempre pasaba en casa de sus padres. Se trataba de una velada solemne y deprimente en la que se abrían viejas heridas.

La cuarta llamada era del detective O'Reilly: Por favor, llámeme cuando oiga esto.

El quinto mensaje era de su padre. Probablemente lo había dejado nada más salir de su casa. Hola, cariño. Somos mamá y papá. Llámanos en cuanto puedas para hacernos saber que has llegado a casa sana y salva.

En el último mensaje sólo se oía cómo colgaban, pero estaba segura de que se trataba de Vince.

Primero llamó a su padre. Parecía inquieto y cansado.

—¿Hola? ¿Suzanne?

—Sí, papá. Soy yo. Estoy en casa. Ya puedes ir a dormir.

Suzanne oyó a su madre al fondo preguntando si todo iba bien y se imaginó

a su padre vestido con un pijama de algodón y la bata fuertemente anudada a la cintura, asintiendo para indicarle a su esposa que la hijita de ambos había llegado a casa de una pieza.

—Buenas noches, cariño. Tu madre y yo dormiremos mejor sabiendo que has llegado bien. Te queremos.

—Yo también os quiero —dijo ella.

La entristecía que sus padres todavía vivieran bajo la sombra de la muerte de Johnny. Dos personas mayores, atrapadas en su rutina, yendo de casa a la tienda y de la tienda a casa como robots y pasando demasiado tiempo con sus álbumes de amarillentas fotos. A veces Suzanne quería gritarles: «Tenéis que pasar página. Tenéis que seguir adelante con vuestras vidas en vez de hundiros en la miseria». Las lágrimas acudieron a sus ojos. Eran lágrimas por sus padres, por Johnny, por sí misma. «Tú también tienes que pasar página, Suzanne.»

El teléfono la sacó de esa red de dolor resucitado.

—Hola —contestó con un apagado tono de voz.

—¡Por fin estás en casa, cariño! Son las once pasadas. Llevo toda la noche intentando localizarte.

—Bueno, pues ya estoy aquí. —El perceptible desapego de su tono preocupó a Vince. Temió que la policía hubiera hablado con ella sobre Kaufman. Por fortuna, Suzanne apaciguó sus miedos—: Acabo de pasar una de las noches más deprimentes de mi vida. A veces pienso que, si no fuera por mí, mis padres dejarían de existir. Y encima ahora mi padre dice que quiere vender el negocio porque no tiene a nadie a quien dejárselo. Sé que les gustaría que yo me encargara de él, pero soy incapaz de explicarles que tengo mayores aspiraciones que Skanda.

—Pobrecilla —dijo él, tan implicado emocionalmente con Suzanne que hizo suya la infelicidad que ella sentía—. ¿Puedo hacer algo?

—No, Vince. No puedes hacer nada. —Y de repente, como si un mago hubiera agitado su varita mágica, el tono de Suzanne cambió y se volvió más

animado—: Me has llamado tres veces esta noche, ¿a qué debo ese increíble honor?

Vince se armó de valor. La tarea de la que debía ocuparse era de lo más desagradable, pero era imprescindible que lo hiciera de inmediato.

—He de verte. Ahora.

—¿Esta noche? Es muy tarde. ¿Lo que quieres decirme no puede esperar hasta mañana?

Él quiso decirle que sí, que esa cuestión podía esperar hasta mañana y luego mil mañanas más. Podía esperar la eternidad y un día. Pero él, en cambio, carecía del lujo del tiempo. Tenía que verla y explicarle sus acciones antes de que fuera demasiado tarde. Necesitaba que lo comprendiera y esperaba que no lo odiara.

—Me gustaría poder esperar, pero no puedo. A estas horas no hay tráfico. Estaré ahí dentro de cuarenta y cinco minutos.

Aunque estaba agotada, el tono de urgencia que apreció en la voz de Vince hizo que accediera a la visita. Se preguntó qué le diría él a su esposa para salir de casa a una hora tan intempestiva. ¿Se inventaría que había algún tipo de emergencia en una obra? La idea de que le mintiera a su esposa no le resultaba atractiva, de modo que la apartó de su mente. Luego se le ocurrió algo más inquietante. ¿Y si quería ir a su casa para terminar con la aventura que mantenían? Esa posibilidad nunca se le había ocurrido. El tiempo que habían pasado juntos había sido tan dichoso y excitante que no podía recordar cómo era la vida antes de estar con él. Las fantásticas cosas que le había regalado, los lugares a los que habían ido a comer, el sexo... Sobre todo el sexo. Sintió un escalofrío sólo de pensarlo. Le costaba creer que hubiera pasado tantos años sin el menor contacto íntimo. Durante mucho tiempo, había pensado que el sexo no era importante. Ahora no podía imaginarse la vida sin él.

Irónicamente, el estado conyugal de Vince le importaba menos que nunca. Después de esa primera noche juntos en la que le quedó claro cuáles eran las

reglas del juego, Suzanne asumió la existencia de la esposa y no se sentía amenazada por ella. Estaba claro que su marido la adoraba, ¿cuántas esposas podían decir lo mismo? A pesar de su matrimonio, Vince estaba ahí para ella física, psicológica e incluso económicamente si era necesario. Suzanne no necesitaba nada más.

Entonces otro pensamiento casi igual de alarmante se abrió paso en su mente. ¿Y si venía para decirle que quería dejar a su esposa? Eso podía ser tan malo como perderlo. Su relación era perfecta tal y como era ahora; él estaba ahí para ella, pero ella seguía teniendo su propio espacio. Suzanne disfrutaba de su independencia y no sentía ninguna necesidad de casarse. Tampoco sentía deseo alguno de tener hijos, pues consideraba que las probabilidades de que éstos le causaran sufrimiento eran tan altas como las de que le proporcionaran felicidad. Nunca se pondría a sí misma en una situación de sufrir como sus padres.

Ella vivía según sus propios términos y estaba satisfecha con su vida tal y como era en ese momento. Se sentó junto a la ventana y se quedó contemplando las luces de la ciudad a sus pies con la esperanza de que aquello que Vince iba a decirle fuera algo con lo que pudiera lidiar.

El teléfono la despertó. Se había quedado dormida. El portero llamaba desde el vestíbulo.

—Sí, por favor, haga subir al señor Columbo.

Suzanne lo recibió en la puerta, y él pasó a su lado sin siquiera abrazarla. La intensidad de su rostro daba miedo. Tenía las pupilas dilatadas, como las de un animal herido. Parecía mayor, menos atractivo. Quizá porque tenía las comisuras de los labios hacia abajo. En la mejilla derecha era perceptible un tic incontrolable. El miedo hizo que a Suzanne el corazón le diera un vuelco. «Ayúdame, Dios mío. Va a dejarme...»

—¿Qué sucede, Vince? —preguntó en voz baja.

—¿Podemos sentarnos y hablar?

—Claro que sí.

Comportándose más como un invitado inesperado que como un amante, Vince la siguió hasta el salón y se sentó junto a ella en el sofá, dejando intencionadamente un hueco entre ambos. Se la quedó mirando con fijeza. Por primera vez desde que se habían conocido, el cuerpo de Suzanne no despertaba deseo físico alguno en él. Todo su ser estaba en tensión, como un soldado que sabe que el enemigo se encuentra en algún lugar de la oscuridad, esperando para atacar. En ese caso, el enemigo era la verdad.

—Suzanne, me importas mucho —comenzó a decir casi con sumisión—. Más de lo que me ha importado nunca ninguna mujer.

Ella abrió la boca para hablar, pero él alzó la mano para que no lo hiciera.

—Espera a que haya terminado. Creo que me conoces bastante bien y sabes el tipo de persona que soy: cuando quiero algo voy a por ello al cien por cien. Nada se interpone en mi camino. Mis sentimientos por ti son todavía más fuertes. Te quiero al ciento diez por ciento.

»Me despierto pensando en ti. Pienso en ti todo el día. Eres lo último que tengo en la cabeza antes de dormirme. Necesito oír tu voz al menos una vez al día o me vuelvo loco. Mis sentimientos por ti hacen a mi esposa tan innecesaria que prácticamente no existe.

Vince se levantó del sofá y comenzó a deambular de un lado a otro del salón con las manos cerradas en apretados puños. En cuestión de segundos, los pensamientos de Suzanne pasaron de «Ayúdame, Dios mío. Va a dejarme» a «Oh, Dios mío, va a dejar a su esposa».

—Por favor, no me odies por esto —dijo Vince colocando un pie deliberadamente delante del otro—. No sé cómo decírtelo, de modo que voy a soltarlo tal cual. La noche de la fiesta de despedida, cuando saliste con tus amigas, yo... —Su voz se fue apagando y las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

—¿Tú qué, Vince? ¿Qué? —preguntó ella.

Él se quedó un momento callado e inclinó la cabeza.

—Hice que te siguieran.

—¿Hiciste *qué*? —La idea le resultaba tan descabellada que Suzanne no pudo evitar soltar una carcajada.

—Lo digo en serio. Hice que te siguieran. Hice que un hombre que trabaja para mí te siguiera a Kenilworth y luego al centro. Estuvo contigo y con tus amigas en The Overhang.

Una sensación de entumecimiento fue extendiéndose por el cuerpo de Suzanne a medida que iba tomando conciencia de lo que estaba diciéndole.

—No lo entiendo, Vince. Siempre he sido sincera contigo y te he dicho adónde voy y qué estoy haciendo. Te he proporcionado voluntariamente esa información porque quería hacerlo. No tengo ni idea de qué motivo te he dado para que desconfíes de mí de este modo. —Su rostro estaba rojo de ira. No tenía el control de su vida. Era todo lo cautiva que podía llegar a ser una mujer mantenida—. ¿Acaso no te llamé esa noche para decirte qué estaba haciendo? ¿Eh? Tal vez podría haberme limitado a gritar mis planes desde la puerta de entrada de la casa de Carol Anne. Cualquiera diría que soy yo la que está casada y engañando a su cónyuge.

Él se la quedó mirando fijamente a los ojos sin pestañear.

—Ése es el problema, Suzanne. ¿No lo ves? Yo estoy casado y a ti parece que no te importa. No te quejas ni preguntas por mi esposa. No indagas si tenemos una vida sexual o qué aspecto tiene. No es normal. Si me quisieras, no dejarías de hacerme preguntas sobre ella. Pero nunca has dicho nada. Eso hace que me pregunte por la seriedad con la que te tomas nuestra relación.

»Cuando me dijiste que el viernes ibas a salir con tus amigas, perdí el juicio. Tú nunca sales con ellas. Tenía que saber si era eso realmente lo que estabas haciendo. Si hubiera descubierto que estabas con otra persona, me habría muerto de celos. Estoy loco por ti, Suzanne. Por tu culpa ahora me comporto como un chalado. —Se puso de rodillas en medio del salón y juntó las manos como si estuviera rezando—. Alego locura. Perdóname.

Aunque Suzanne quería estar enfadada, la visión de Vince arrodillado hizo

que estallara en carcajadas. No pudo evitarlo. La histeria fue a más y terminó doblada en el sofá con las manos en el estómago, riendo sin parar y con lágrimas en los ojos. Vince no había ido a romper con ella ni tampoco pensaba dejar a su mujer. Había hecho que la siguieran. Así de fuerte era su obsesión por ella. Ahora la miraba como un niño pequeño al que hubieran pillado haciendo algo mal. Cuando Vince se dio cuenta de que en la risa de ella no había amargura, también se echó a reír. La de él, en cambio, era una risa nerviosa de alivio.

Finalmente, Suzanne se incorporó y se secó las lágrimas de los ojos. Frunció el ceño y lo miró.

—Debería estar furiosa contigo y echarte de aquí. En vez de eso, voy a perdonarte. Pero si vuelves a invadir mi privacidad, no habrá una segunda oportunidad.

—Te juro que nunca volveré a hacer algo así.

—Hay una cosa de tu confesión que no entiendo. ¿Por qué has decidido contármelo?

—Porque la policía está buscando al tipo que contraté. Tu amiga Maggie les dio un número de teléfono que los ha llevado hasta mí. Tienen la idea equivocada de que puede estar implicado en el asesinato de Angie. Quería explicártelo todo yo antes de que lo hicieran ellos.

—No lo entiendo. ¿Cómo es que Maggie tenía su número? —Sus ojos se abrieron como platos al recordar la escena que había presenciado en The Overhang—. Oh, Vince, no pensarás que Maggie...

Él apartó la mirada.

—Oh, Dios mío... —fue todo lo que pudo decir.

Suzanne se quedó dormida rápidamente después de hacer el amor, y Vince permaneció despierto a su lado en la oscuridad, recobrando el aliento. A pesar incluso de su estado de agotamiento, una oleada de excitación se extendió por su cuerpo. Mientras contemplaba el perfil de Suzanne bajo la débil luz que se

filtraba a través de la persiana, pensó que no soportaría estar sin ella. Por primera vez en su vida de casado, consideró la idea del divorcio. Era increíble cómo el destino podía intervenir y cambiar una vida. Un giro equivocado. Un encuentro casual. Un crac bursátil. A veces uno tenía que aprovechar las oportunidades cuando se presentaban. Y Suzanne era una oportunidad que no quería perder nunca.

Era consciente de que el divorcio causaría mucho dolor a su hija. Ella también era el amor de su vida, pero era un amor distinto, y esperaba que ella lo quisiera lo suficiente para comprender el que sentía por Suzanne.

## Treinta y nueve

### Dos días para la boda

Tres punks ataviados con camisetas rasgadas y gorras de béisbol vueltas del revés se me quedaron mirando mientras bajaba la escalera del metro elevado en la parada de Fullerton. Yo les sostuve la mirada, desafiándolos a meterse conmigo. Si me daban una paliza y me dejaban tirada en el suelo para que me muriera estarían haciéndome un favor. Cumpliendo con la promesa que le había hecho a Marian, había llegado a la meta. Mi escritorio estaba limpio y la bandeja de entrada, vacía. El único trabajo que se interponía con mi boda era ir a la oficina al día siguiente para ocuparme de unos detalles de última hora.

La disminución de la presión del trabajo, sin embargo, no hizo que disminuyera la otra presión que me atormentaba. La terrible realidad era que el período todavía no me había venido. Ya no podía eludir el hecho de que podía estar embarazada. Me detuve un momento en Walgreen's y compré un test de embarazo, mi última carta desesperada. Conocer mi estado quizá me indicara qué camino tomar.

La noche era agradable. No había humedad, para variar, y soplaba una leve brisa procedente del lago. De camino a casa fui pasando por delante de tiendas cerradas y restaurantes abiertos. Me tomé mi tiempo. Estaba intentando retrasar lo inevitable. Al llegar a mi calle, doblé la esquina y seguí caminando lentamente bajo el follaje de los árboles hasta llegar a mi edificio. Y de repente me quedé inmóvil. Una mujer estaba sentada en la escalinata de la puerta de entrada. No podía ver su rostro. Sólo una mata de pelo rizado y moreno sobre unos hombros. Lo primero que pensé fue que se trataba de una indigente, pero cuando levantó la cabeza descubrí que se trataba de Carol

Anne. Había estado llorando y tenía el rostro tan hinchado y rojo que apenas era reconocible.

Corrí hacia ella y la envolví con mis brazos.

—¿Qué sucede? ¿Les ha pasado algo a tus hijos?

—Mis hijos están bien. Es Michael. Oh, Maggie, no te lo vas a creer... — Sollozaba tan fuerte que apenas podía entenderla.

—No pasa nada. Vamos dentro.

Busqué las llaves en mi bolso y la cogí de la mano. Subimos la escalera hasta la puerta de mi apartamento cogidas de la mano. En cuanto entramos, la senté en el sofá y fui a la cocina para servirnos a las dos sendas copas de pinot grigio. Luego lo pensé mejor y cogí la botella entera.

Le di una caja de clínex y una copa de vino y ella se sonó la nariz y le dio un sorbo entre sollozos. Esperé a que recobrarla la compostura. La copa estaba por la mitad cuando finalmente se vio con fuerzas para hablar.

—Mi vida se ha ido a la mierda —se lamentó.

«Ponte a la cola», pensé. Procedió entonces a contarme una historia que me dejó estupefacta: Michael le había confesado que le interesaban sexualmente los hombres, aunque también le había prometido que cambiaría para salvar así su matrimonio. Yo no supe qué decir. ¿Quién habría sospechado que Michael Niebaum pudiera ser homosexual, bisexual o lo que diantres fuera? Siempre me había parecido la pareja perfecta. Y se comportaba de un modo muy viril. Desde luego, nunca había que fiarse de las apariencias.

—No quería que nadie, ni siquiera tú, supiera lo de todos estos años sin apenas vida sexual. Era demasiado vergonzoso. Durante mucho tiempo pensé que era culpa mía, que no era suficientemente atractiva o que era aburrida. Ahora Michael me ha contado la verdad y, de un modo extraño, me siento feliz por poder identificar finalmente cuál era el problema. Al menos, ya sé a lo que me enfrento.

Carol Anne comenzó a llorar otra vez.

—Pero después de todas sus promesas de que intentaría cambiar, no lo ha

hecho. Hoy se suponía que iba a llegar a casa a las cinco y media. A las siete todavía no había aparecido y he llamado a su consulta. Él se ha justificado diciendo que había tenido que atender a una paciente que había llegado tarde, pero entonces he oído una voz masculina al fondo y he estallado. Ya sabes que todas sus pacientes son mujeres.

»Luego he llamado a la canguro y he venido a verte. Ya no me veía con fuerzas de hacer frente a todo esto yo sola. Necesitaba contárselo a alguien. He pasado tanto rato sentada en la puerta de entrada de tu edificio que pensaba que ya no vendrías a casa. —Metió la mano en su bolso y sacó un paquete de cigarrillos—. ¿Te importa si fumo?

Nos terminamos el pinot grigio. Carol Anne no dejó de encadenar un cigarrillo tras otro y yo tuve que resistirme a la tentación de unirme a ella. Luego abrí una segunda botella de vino. Mi amiga rechazó otro vaso más argumentando que debía despejarse antes de coger el coche para volver a casa. Eso no me frenó a mí. Yo no tenía que ir a ningún lugar. Me serví otro vaso.

—¡Ah, y por si eso fuera poco —dijo Carol Anne, sorbiéndose la nariz—, resulta que además Michael es sospechoso del asesinato de Angie!

—¡Jesús! ¿De quién no sospechan esos polis? El tipo con el que me acosté también es sospechoso.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó ella—. He estado tan ensimismada en mis propios problemas que se me había olvidado completamente lo tuyo con ese tipo. ¿Te ha venido ya el período?

Señalé la bolsa blanca de Walgreen's que descansaba sobre la mesa de la entrada.

—He comprado un test de embarazo. El problema es que los falsos negativos son bastante comunes si hace sólo una semana que debería haberte venido la regla, de modo que si me sale negativo todavía es posible que esté embarazada.

—¿Y si sale positivo?

—Entonces al menos estaré segura. ¿Crees que sería una buena madre soltera? A mis padres seguro que les parece genial. ¿Puedes imaginarte la reacción de mi madre?

—Olvídate de tu madre. ¿Qué hay de Flynn?

Negué con mi embriagada cabeza.

—No lo sé, de verdad que no lo sé. Imagino que esperaré hasta el último minuto. Una vez detuvieron la cuenta atrás del transbordador espacial veintisiete segundos antes del despegue. Supongo que, si es necesario, yo puedo cancelar una boda.

Estaba a punto de terminarme la segunda botella de vino y las palabras de despedida de Carol Anne seguían resonando en mi cabeza: «Si estás embarazada, no le haces ningún favor al bebé bebiendo todo ese alcohol». Dejé la copa a un lado y pensé en mi situación. No estaba encarando mis problemas. Estaba encarando desafíos. Pensé en la situación de Carol Anne y, en mi embriaguez, encontré una solución para ambas. Si yo tenía que cancelar mi boda y Carol Anne se divorciaba de Michael, podríamos irnos a vivir juntas y criar a nuestros hijos felizmente en una gran familia disfuncional como la de la teleserie «Kate y Allie». El teléfono me sacó de mi realidad alternativa.

—¿Hola? —contesté con voz pastosa.

—¿Maggie? ¿Estás bien? —Era Flynn, y parecía enfadado.

—Estoy bien —respondí intentando sonar sobria—. Carol Anne ha pasado por casa y hemos tomado unas cuantas copas de vino, eso es todo.

Su silencioso reproche fue perceptible a través de la línea.

—Será mejor que duermas un poco. No hace falta que te diga que mañana es un gran día. Llegan mis amigos de Dartmouth y no quiero que estés con resaca.

«Siéntate aquí», pensé, alzando una mano con el dedo corazón extendido y deleitándome en mi rebelión privada.

—No te preocupes por mí. Estaré bien.

Él debió de percibir que estaba a punto de estallar, porque su tono cambió.

—Maggie, sé que has estado bajo mucha presión. No quiero mostrarme quisquilloso contigo. Sólo quiero que todo sea perfecto. Ahora ve y procura dormir bien. Ya te llamaré mañana por la mañana, ¿de acuerdo?

—Está bien, Flynn. Buenas noches.

—Y, Mags, recuerda que te quiero.

—Yo también.

Colgué pensando en el día siguiente. Los diez amigos que conformaban el séquito nupcial de Flynn aterrizarían en O'Hare y había que llevarlos a sus hoteles. Mi séquito era pequeño en comparación. Era la única concesión que mi madre había hecho. Estaba formado por mis dos hermanas, la hermana de Flynn, Nan, que acababa de regresar a Chicago tras pasar un semestre en Italia, y Carol Anne, que era mi madrina.

Acababa de terminarme la última copa de vino cuando el teléfono volvió a sonar. Segura de que se trataba de Flynn, farfullé un arisco «hola» tras descolgar el auricular. La voz masculina que me contestó era menos familiar que la suya, pero familiar de todos modos.

—Soy Steven.

—¿De dónde has sacado mi número? —pregunté.

—Lo cogí de tu teléfono aquella mañana —contestó sin darle la menor importancia—. Voy a marcharme del estado. Sólo quería hacértelo saber.

—¿Sabes que la policía te considera sospechoso de un asesinato?

—Tú sabes que no fui yo.

—¿Cómo lo sé?

—¡Oh, vamos! —dijo él.

—No, en serio. ¿Cómo sé que no me metiste algo en la bebida y luego saliste de casa? —pregunté, repitiendo la teoría de Kelly—. ¿Qué estabas haciendo esa noche aparcado en la calle de la casa de Carol Anne? ¿Y por qué nos seguiste luego hasta The Overhang y me sedujiste?

—No es lo que parece. —Hubo un largo silencio y después añadió—: ¿Puedo pasarme por tu casa y explicártelo? Es importante para mí que sepas la verdad antes de que me marche.

—¿No puedes decírmelo por teléfono?

—Es complicado.

Lo inteligente habría sido contestarle con un inequívoco «no» y colgar. O colgar directamente. Eso habría sido lo inteligente. Lo racional. Aunque, claro, nadie podría haberme acusado de estar comportándome de un modo demasiado racional esos últimos días. Más bien lo contrario. Y, como había bebido lo suficiente para sentirme invulnerable, no vi nada malo en dejar que se pasara por casa unos minutos. De hecho, su visita me serviría para conocer la respuesta a algunas preguntas que no dejaba de hacerme a mí misma.

—De acuerdo, puedes venir. Pero será mejor que llegues rápido, y no podrás quedarte mucho tiempo.

—Salgo ahora mismo —dijo él.

Me senté delante del televisor y estuve un rato zapeando fútilmente en busca de algo que consiguiera retener mi atención. Estaba soportando una reposición de «Seinfeld» cuando oí que llamaban suavemente a la puerta de mi apartamento.

Abrí y allí estaba él, en carne y hueso. Real, no soñado. Era más atractivo de lo que recordaba. Sus musculosos brazos se marcaban bajo una camiseta negra de algodón que llevaba metida por dentro de unos vaqueros azules. Le impedí que entrara en casa.

—¿Y bien? —dije.

—¿Puedo al menos pasar?

—¿Estás seguro de que no eres peligroso?

—No más que tú.

Me hice a un lado y lo dejé entrar.

—Tienes buen aspecto —dijo despreocupadamente al pasar por mi lado.

Se sentó en la misma silla en la que lo había hecho aquella mañana. Se

comportaba como si fuera una cita informal para cenar. Me pregunté cómo se sentiría si supiera que mi vida estaba a punto de irse al garete por su culpa. Yo me senté en un brazo del sofá, esforzándome por mostrar una actitud impersonal y mantener el equilibrio al mismo tiempo.

—No te he invitado a mi casa para que hagas comentarios sobre mi aspecto. Quiero respuestas. Puedes comenzar explicándome qué hacías en Kenilworth aquella noche.

—Estaba haciendo mi trabajo. Me contrataron para que os siguiera.

Estuve a punto de caerme del sofá. Mientras yo lo escuchaba en estupefacto silencio, Steven me explicó que su jefe y Suzanne eran amantes y que él le había pagado para que lo informara de las actividades de ella. Aunque me había quedado absolutamente anonadada al enterarme de la aventura de mi amiga, fingí que ya estaba al tanto desde hacía tiempo.

—Entonces, ¿estuviste espiándonos todo el rato que pasamos en casa de Carol Anne?

—Permanecí la mayor parte del tiempo en la camioneta. Aunque cuando llegó el stripper eché un vistazo a hurtadillas por la parte trasera y te vi esposada a la silla. Ésa fue la primera vez que reparé en ti, y pensé que eras muy guapa.

Noté cómo mi rostro se sonrojaba. ¿Se debía a él o al vino?

—¿Y luego qué?

—Cuando os estabais marchando oí cómo le decías a Suzanne que os encontraríais en The Overhang, de modo que me detuve en una cabina para explicarle a Vince la situación y él me dijo que no perdiera de vista a Suzanne bajo ningún concepto.

Recordé entonces el momento en el que lo vi por primera vez, sentado solo en el bar, con los rizos prácticamente en la cerveza. Y cómo luego mi pequeña broma de intentar invitarlo a una copa terminaría provocando mi caída en desgracia.

—Entonces, ¿por qué no seguiste a Suzanne cuando ella y Angie se

marcharon? ¿Por qué te quedaste?

Steven bajó la mirada y comenzó a describir pequeños círculos sobre la alfombra con la punta de la bota. Ese gesto me pareció adorable y no pude evitar pensar en lo estimulante que resultaba que no fuera un tipo con un máster o un banquero de inversiones. Sus manos colgaban distraídamente a los costados. Esas manos fuertes y habilidosas. Me gustaba que trabajara con ellas y creara cosas que perduraban, cosas que tenían auténtico valor, que su objetivo no fuera simplemente ganar dinero por el mero hecho de tener más.

Volvió a levantar la mirada y me sonrió de un modo que me hizo sentir como Scarlett O'Hara cuando Rhett está mirándola desde el pie de la escalera.

—Podría decirse que me distrajo algo mucho más interesante que la novia de Vince Columbo.

Quise odiarme a mí misma por el cosquilleo que en ese momento recorrió mi columna vertebral. «Oh, Dios mío, se refiere a mí.» Había una conexión inexplicable entre ambos, una química sobreentendida que cargaba el aire de deseo. Pensé en el bebé que tal vez había comenzado a crecer en mi vientre, una intimidad que nada podía trascender. Antes de que yo pudiera decir nada, Steven puso palabras a mis pensamientos:

—¿Crees en el destino? ¿Que estamos hechos para estar juntos? Dime que no estás sintiéndolo ahora mismo.

Sin pretenderlo, comencé a inclinarme hacia él como el acero atraído por un imán. Mi decencia no dejaba de advertirme de que se trataba de algo inmoral, pero los átomos indecentes seguían impulsándome hacia él. Al final, la cordura prevaleció momentáneamente y volví a echarme hacia atrás.

—Tienes que marcharte. No puedo volver a cometer ese error.

Una chispa de determinación refulgió en sus ojos color café.

—Puede que no fuera un error, Maggie. Puede que fuera algo que estaba destinado a suceder.

Entonces se activó mi boca de borracha sin pedirle permiso a mi cerebro de borracha.

—Sí, claro, y también estaba destinada a quedarme embarazada, ¿no?

En cuanto pronuncié esas palabras, deseé no haberlas pronunciado, pero eso habría sido como intentar recuperar el agua de un desagüe. Ya no podía retirarlas. Y, si bien las palabras pretendían ser una bofetada, él se las tomó como una invitación.

Recorrió el espacio que nos separaba, se arrodilló en el suelo y enterró su cabeza llena de rizos en mi regazo. «No lo comprendes. Esto está mal...» De nuevo me encontraba en un tira y afloja moral. Por más que quisiera hacer lo correcto, mis «noes» mentales estaban cediendo a los «quizá». Él extendió la mano, me acarició el rostro y yo me volví de gelatina y me deslicé del sofá al suelo. Me quedé tumbada de espaldas y él se colocó encima de mí. La dureza que sentía a través de sus pantalones era un paraíso más allá de mi alcance.

El deseo que sentía por él era tan fuerte que todo lo demás desapareció. Ya no había Flynn, ni boda, ni bebé en mi vientre. Sus manos desabrocharon mi sujetador y su boca se pegó a mi pecho. La mía estaba hambrienta de él, de modo que separé sus labios de mi pecho y los cubrí con los míos. El hemisferio sur de mi cuerpo comenzó a moverse. Lentamente primero, luego más rápido, pegándome a él y luego separándome, provocándolo deliciosamente. Cada centímetro de mi ser estaba en llamas: mi rostro, mis dedos, mis pies. Incluso mis orejas palpitaban de calor. Deseaba tanto... Tanto.

Pum. Pum. Pum.

El ruido me desconcertó. Al principio pensé que habíamos tirado la lámpara, pero los golpes persistieron y sonaban cada vez más fuerte. Con un grito ahogado empapado de pasión, me di cuenta de que alguien estaba golpeando en la puerta. El corazón se me detuvo durante unos segundos. Flynn había venido a ver cómo estaba. Pude ver el desconcierto de Steven en sus ojos y noté cómo aflojaba su presa. Pensé en lo patético que sería que Flynn nos pillara así.

Luego oí unas voces que en modo alguno pertenecían a Flynn.

—¡Policía! ¡Abra la puerta! ¡Tiene diez segundos o la echaremos abajo!

—El cuarto de baño —le dije a Steven, señalándole la puerta que había al fondo del pasillo.

Yo me puse en pie de un salto, me metí la blusa por dentro de los pantalones y conté hasta diez antes de abrir la puerta. O'Reilly y Kozlowski irrumpieron en mi casa seguidos por dos agentes uniformados.

—¿Dónde está Kaufman? Tenemos una orden de detención —exclamó O'Reilly sin apenas mirarme. Sus ojos se volvieron hacia el pasillo, donde un haz de luz era visible por la rendija de la puerta cerrada del cuarto de baño—. ¡Ahí! —gritó entonces. Kozlowski y los dos agentes corrieron hacia la puerta—. Démosle dos segundos y, si no sale, echad la puerta abajo.

—¡Un momento! —exclamé. Mi perjudicado estado no hacía sino avivar el caos—. ¿Qué diantres están haciendo?

—Tenemos una orden de detención —dijo O'Reilly.

—Pero si él no mató a Angie. Estaba conmigo —argumenté, tirando de su brazo.

—No es por el asesinato de Angie. Esta orden ha sido dictada en el estado de New Hampshire por agresión sexual y bigamia —y, sin aviso previo, O'Reilly exclamó dirigiéndose a Kozlowski—: Ya le hemos dado suficiente tiempo. Saquémoslo de ahí dentro.

Yo cerré los ojos y esperé oír la puerta haciéndose añicos, pero pasaron varios segundos sin ruido alguno. Cuando volví a abrirlos, los dos agentes uniformados estaban saliendo del cuarto de baño con la pistola en la mano y negando con la cabeza. Dentro sólo habían encontrado un ventilador encendido.

Maldiciendo en voz baja, O'Reilly entró corriendo en el cuarto de baño seguido por Kozlowski. Estaba vacío, y la persiana se balanceaba adelante y atrás en la oscuridad. O'Reilly asomó la cabeza por la ventana, ahora sin mosquitera, y vio que daba a la escalera de incendios.

Mientras todo ese circo se desarrollaba ante mis ojos, yo seguía dando vueltas a las palabras de O'Reilly, que no dejaban de reverberar en mis oídos

como la onda expansiva de una bomba. Lo de la agresión sexual ya era algo malo, pero ¿bigamia? ¡*Bigamia!* Y pensar que había estado a punto de tirar mi vida a la basura por un hijo de puta que no sólo estaba casado con otra persona, sino con dos...

## Cuarenta

### Kelly

Kelly consultó la hora en su reloj con impaciencia y se sentó en el banco del parque que había frente al edificio Water Tower Place. Estaba esperando al detective O'Reilly. A su alrededor, los chiquillos del vecindario se desahogaban bajo la vigilante mirada de niñeras que se ponían al día de los últimos cotilleos en polaco y español. Libres del confinamiento de sus apartamentos, los niños eran la esencia de la energía desatada, monos urbanos balanceándose de las barras metálicas del parque infantil, tornados provocando destrucción en el cajón de arena.

Comprobó de nuevo la hora. O'Reilly ya llegaba quince minutos tarde y Kelly estaba comenzando a preguntarse si aparecería. Sólo esperaba que de camino no se hubiera detenido en algún bar. Esa mañana, al detective no parecía haberle hecho mucha gracia oír su voz, y menos todavía que insistiera en verlo de nuevo. Bueno, en lo que a ella respectaba, O'Reilly podía irse a la mierda y pudrirse. Él era un funcionario público y ella una ciudadana que pagaba sus impuestos. Quería saber si había investigado el soplo que le había dado sobre Maggie y el tipo de New Hampshire. Una cosa tenía clara, si ella estuviera en el cuerpo de policía, las noticias nocturnas no informarían de la huida de un sospechoso. Como, por ejemplo, lo de ese pobre chico asiático asesinado por Jeffrey Dahmer. Si ella hubiera sido uno de los policías que habían interrogado a Dahmer, sin duda habría sospechado de él.

Y ahora sospechaba del tipo de New Hampshire. No comprendía por qué O'Reilly no estaba buscándolo por todas partes. Aunque su opinión sobre el detective de mirada somnolienta era mucho más generosa ahora que conocía su

infancia y la muerte prematura de su madre, todavía consideraba que el alcohol comprometía gran parte de su trabajo como policía.

Pasaron otros diez minutos hasta que lo vio caminando por delante del Ritz con su paso de gallito y su ancho pecho asegurándose de que los brazos nunca llegaran a tocarle los costados. Aunque llevaba las mangas de la camisa arremangadas, ya podían verse manchas de sudor bajo sus axilas a causa del calor y la humedad. Cuando llegó al parque, cruzó la zona en la que se encontraban los niños derviches y se sentó a su lado. Una pelota perdida apareció rodando y él la detuvo con un pie. Luego la recogió y se la lanzó cuidadosamente al crío que iba detrás de ella.

—Llega tarde. —Kelly señaló su reloj—. He de marcharme pronto a trabajar.

—Soy un hombre ocupado. El suyo no es el único caso del que me ocupo. Es decir, el de Angie no es el único caso del que me ocupo. No es nada personal, señorita Delaney, pero es usted como la tortura de la gota china. Una gota tras otra hasta que uno piensa que su cabeza va a explotar. ¿A qué se debe el encuentro de hoy?

Ella procuró no fulminarlo con la mirada.

—¿Ha hablado con Maggie sobre el tipo ese?

—¡Ya estamos! —dijo O'Reilly, conteniendo una risa irónica—. Antes de que le cuente nada, deje que le haga una pregunta. ¿Ha pensado alguna vez en hacerse policía?

—Nada más alejado de mi mente. —La mayoría de sus encuentros con la policía habían sido más bien desagradables—. Pero tal vez cuando me gradúe en la universidad podría buscar trabajo en la policía como psicóloga. Dios sabe que les iría bien.

Él hizo caso omiso de su comentario.

—Bueno, he de admitir que estaba usted en lo cierto con respecto a que había algo raro acerca del tipo de New Hampshire. Comprobamos sus huellas

dactilares y descubrimos que tenía un par de órdenes de arresto pendientes. Por agresión sexual y bigamia.

Kelly estuvo a punto de caerse del banco.

—Ya le dije que era peligroso. ¿Cree que mató a Angie? Gracias a Dios que no le hizo daño a Maggie. ¿Les ha contado ella qué pasó esa noche? Estoy segura de que el tipo ese le metió algo en la bebida.

—Sí, bueno, lo que está claro es que *anoche* no lo hizo.

—¿Qué se supone que significa eso?

O'Reilly estaba disfrutando de la situación. Sentaba bien tener el control para variar. Se la quedó mirando. Ella esperaba con impaciencia su explicación. Tenía el pecoso rostro bronceado y sus ojos azules eran transparentes como canicas. Y entonces, como si la viera por primera vez, se dio cuenta de que en realidad era una mujer bastante atractiva. Por un momento, perdió el hilo de sus pensamientos.

—¿Qué ha querido decir con lo de que anoche no le metió nada en la bebida? —repitió Kelly.

—¡Ah, sí! —contestó él, centrándose—. En serio, debería hablar con su amiga sobre su capacidad de juicio. Anoche Kaufman estuvo en su apartamento. Una patrulla vio su camioneta en la calle y nos avisó. Fuimos corriendo con las espadas desenvainadas, pero al parecer él había desenvainado la suya primero. Metafóricamente hablando, claro está.

—¿Ese desgraciado estuvo otra vez en el apartamento de Maggie?! — Kelly no podía creer lo que O'Reilly acababa de decirle—. ¿Qué hizo? ¿Entró por la fuerza? ¿Consiguieron atrapar a ese hijo de puta?

Una expresión de avergonzada derrota se dibujó en el rostro del detective.

—Se escapó por una ventana. Teniendo en cuenta el estado conyugal del tipo, deberíamos haber sabido que se le darían bien las huidas veloces.

La joven comenzó a darle vueltas a lo que acababa de oír. ¿Cómo podía Maggie ser tan descerebrada? Y, peor todavía, ¿cómo diantres podía haberseles escapado el tipo ese a los polis? Cuando volvió a mirar a O'Reilly,

vio en su rostro una expresión de remordimiento y le supo mal por él que se les hubiera escapado después de estar tan cerca de pillarlo. Puede que tuvieran más cosas de las que hablar aparte del tipo de New Hampshire.

—¿Vive usted solo? —preguntó para su propia sorpresa.

—Eso es algo personal.

—Seguro que no come muy bien.

—¿Qué poli lo hace?

—Bueno, estaba pensando que tal vez algún día le gustaría una comida casera. Italiana con un toque irlandés. —«¿De dónde han salido estas palabras?»

O'Reilly se ruborizó y su rostro, ya de por sí rojizo, se volvió todavía más colorado. No tanto por esa repentina muestra de interés en él como por el hecho de que fuera ella quien estuviera haciendo las proposiciones. En su barrio, las cosas no funcionaban así. El hombre era siempre quien hacía el primer acercamiento. Y, todavía peor, no podía comprender cómo su absoluto desdén por esa mujer podía haber cambiado de signo tan inesperadamente. Las siguientes palabras que pronunció lo hicieron pensar que tal vez también él necesitaba tomar algunas clases de psicología.

—¿O quizá usted quiera salir y que alguien le sirva, para variar?

—¿En qué día está pensando?

—¿Qué le parece mañana por la noche?

—No puedo. Mañana es la boda de Maggie. —Y, tras pensárselo un momento, añadió—: Al menos, en teoría.

O'Reilly no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Si esa boda se celebra, desde luego el matrimonio no comenzará con muy buen pie... ¿Y si la llamo mañana, por si acaso?

—Me parece bien.

Lo dejaron así y se marcharon en direcciones opuestas. Él hacia el Ritz, donde el aparcacoches estaba vigilándole el vehículo gratis, y Kelly hacia la avenida Chicago y su turno del almuerzo. En un momento dado, ella se volvió

brevemente para ver cómo se alejaba el detective. Parecía caminar más erguido que antes. Ella sintió entonces unas desconocidas mariposas en el estómago. «Ni hablar. Esto no es más que un acto de amistad.» No estaba preparada para que hubiera nadie en su vida salvo su gata. Y menos todavía un policía con problemas con la bebida.

—¡Condenada maldición irlandesa! —farfulló en voz alta.

Pero los irlandeses sufrían más maldiciones aparte de la bebida, y Kelly había caído víctima de otra: el martirio. En el detective O'Reilly había encontrado una causa y no sería propio de ella abandonarlo. Él la necesitaba lo supiera o no.

## Cuarenta y uno

### Víspera de la boda

Mi escritorio estaba completamente limpio. Sobre el tablero no había ningún trozo de papel ni ninguna taza de café. Incluso la papelería estaba vacía. Contra todo pronóstico, había conseguido lo imposible. Eché la silla hacia atrás, me puse de pie y me acerqué a la ventana para contemplar con envidia el mundo que se extendía a mis pies. Los coches de la avenida Michigan serpenteaban de un carril a otro como escarabajos en busca de comida. Pequeños cuerpos se apresuraban por las aceras, moviéndose al unísono con otros cuerpos, cada uno de ellos encerrado en su mundo. Vidas. Cada desconocido intocable tenía una vida única con su cuota de felicidad y tristeza, éxito y fracaso, amor y pérdida.

Habría cambiado mi vida por la de cualquiera de ellos. Mi Waterloo había llegado y estaba afrontándolo con otra resaca más. El cegador dolor que sentía en la cabeza era casi una bienvenida distracción en comparación con la angustia mental que había debajo.

¿Cómo podía el carpintero haberme engañado de ese modo? ¿Qué clase de persona podía hacer algo así? Y, ya que estábamos, ¿qué clase de persona era yo, dispuesta a entregarme a él otra vez, sin tener en cuenta todas las consecuencias? ¿Qué poder tenía ese tipo sobre mí? Incluso ahora que sabía quién era y qué era, la imagen de su cabeza reposando en mi regazo me seguía obsesionando. Era como si estuviera intentando establecer una conexión con la posible —no, probable— vida que crecía dentro de mí. Sentí un maternal remordimiento de conciencia por beber demasiado. Si la resaca hacía que me

sintiera así de mal, no quería ni imaginar el efecto que debía de tener en el pequeño bicho que había en mi interior.

¡Cómo deseaba no estar allí y poder dar marcha atrás! Deseaba que hubiera una máquina del tiempo para regresar a una época anterior a Steven Kaufman, anterior a Flynn, anterior a *Chicagoan*, anterior a la universidad. Quería volver a ser joven y revivir mi vida antes de que me pillaran en la cama con Barry Metter, antes del aborto que nunca podría olvidar, antes de ganar todo el peso que me había alienado durante tanto tiempo. Quería volver atrás y tomar las decisiones equivocadas, volver otra vez a la universidad y estudiar teatro o escritura creativa o algo con alma, aunque tuviera que pagármelo de mi bolsillo. Quería volver a contar con ese estrecho círculo de amigas tan íntimas que nunca estaban a más de un telefonazo de distancia. Quería ansiar el futuro en vez de temerlo. Echaba de menos las vacaciones de verano y los trabajos a tiempo parcial. Odiaba mirarme en el espejo y ver las finas arrugas que se formaban en las comisuras de mis ojos y mi boca. No tanto por vanidad como porque eran pruebas de la velocidad a la que pasaba el tiempo. Había llegado a la mediana edad y no había hecho nada excitante o extravagante. Toda mi vida me había dedicado a seguir la corriente.

Bueno, pues esa vez la corriente iba a ir en dirección contraria. Había tomado una decisión. Lo había hecho antes de la primera de las dos llamadas de Flynn esa mañana cuando se dirigía al aeropuerto para recoger al primer contingente de amigos de Dartmouth. La había tomado antes de hablar con mi madre por tercera vez en ese día sobre detalles del ensayo. La había tomado antes de meterle una bronca a Sandi por no dejar de interrumpirme, a pesar de que ella sólo quería saber a qué hora tenía previsto marcharme. Había tomado la decisión la noche anterior, en la soledad de mi apartamento, después de que la policía se hubiera marchado, mientras escuchaba a Laura Nyro en la oscuridad.

La tierra se había agrietado, las aguas estaban retrocediendo y un tsunami de cinco pisos de altura estaba a punto de arremeter.

Llamaron a la puerta y Marian asomó la cabeza por la puerta del despacho. La sonrisa que llevaba preparada desapareció en cuanto me vio de pie junto a la ventana. Mi jefa solía disimular sus pensamientos en la mayoría de las ocasiones, pero ésa no fue una de ellas.

—¿Estás bien? ¡Tienes un aspecto lamentable!

Yo sabía que mi aspecto era más que lamentable. El miedo, la indecisión, las largas jornadas de trabajo y el exceso de alcohol se habían cobrado su peaje. Mi piel tenía el color de la acera de la calle y un par de oscuros círculos se habían instalado bajo mis ojos. Incluso mi pelo había perdido su volumen.

Intenté decirle que estaba bien, pero no conseguí pronunciar las palabras. Se atascaron en mi garganta y sólo logré emitir un patético gemido. Aunque me sentía demasiado avergonzada para llorar delante de mi jefa, estaba también demasiado alterada para no hacerlo. Enterré el rostro entre las manos y comencé a sollozar.

—¡Oh, querida, tranquilízate! —exclamó Marian, mostrándose extrañamente afectuosa y colocando una mano repleta de joyas de oro sobre mi hombro—. No es más que una boda. Pueden resultar agotadoras. Yo misma he pasado por unas cuantas. ¿Quieres hablar sobre ello?

Negué con la cabeza y me esforcé por contener las lágrimas. Ya no quedaba nada sobre lo que hablar. Llorar había hecho que me sintiera un poco mejor, como el radiador de un coche al soltar algo de vapor. Lo cierto era que la presencia de Marian resultaba reconfortante. Ella era una superviviente de primera magnitud, la prueba viviente de que estar sola no equivalía necesariamente a la muerte.

—He de advertirte de que tal vez deberías arreglarte un poco —dijo—. Fuera hay un pequeño grupo de personas esperándote.

De modo que ésa era la razón por la que Sandi no había dejado de incordiar-me sobre la hora a la que pensaba marcharme. Yo le había contestado

mal. Realmente me había convertido en la zorra del año. Marian se detuvo en la puerta y se alisó su chaqueta perfectamente entallada.

—Saldré y les diré que esperen unos minutos. ¿Estarás bien?

Yo asentí y sonreí tontamente mientras me sonaba la nariz.

—Gracias por confiar en mí.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Siempre has hecho un trabajo soberbio, Maggie. Necesitas tener un poco más de fe en ti misma.

La puerta se cerró dejándome con tan sólo una pequeña polvera y un lápiz de labios para ponerme presentable. El colorete me ayudó a disimular las manchas que tenía alrededor de los ojos, y el pintalabios añadió algo de vida a mi rostro, pero nada podía mitigar la angustia que sentía en mi alma. La última cosa del mundo que quería en esos momentos era ver a un puñado de bienintencionados colegas que pensaban que iba a entrar en una nueva fase de mi vida cuando yo sabía que era todo lo contrario.

Respiré hondo y salí al vestíbulo.

—¡Sorpresa!

Con todas esas pilas de cajas de cartón a modo de silencioso testimonio de una mudanza, mi apartamento me pareció más solitario que nunca. Todos los estantes estaban vacíos. Las baratijas y los souvenirs, las fotografías y los libros: todo estaba debidamente empaquetado y listo para ser trasladado a la nueva casa mientras estábamos en San Bartolomé. Sólo los muebles seguían en su lugar, preparados para ser recogidos por la organización benéfica Goodwill. Aunque había vivido en el mismo apartamento durante más de diez años, nunca había invertido mucho en muebles, pues siempre había supuesto que se trataba de algo temporal y que pronto me mudaría a otro sitio. Dejé los regalos que me habían hecho los compañeros de la oficina junto a los de la fiesta prenupcial y me pregunté cuánto tardaría en devolverlo todo. El lado positivo era que ya no tendría que escribir más notas de agradecimiento.

Eran poco más de las dos. El ensayo en la catedral del Santo Nombre era a

las seis y se suponía que yo debía llegar a las cinco y media. Era necesario que antes hablara con Flynn.

Llamé a su oficina y me saltó una grabación en la que él informaba a todo aquel que lo llamara de que iba a casarse y de que no regresaría hasta dentro de dos semanas. Luego probé en su casa. Otro contestador automático. Dejé un mensaje pidiéndole que me llamara lo antes posible. Mi teléfono sonó menos de un minuto después.

—Hola, novia mía. ¿Qué pasa?

—¿Estás solo, Flynn? —Una confusión de voces al fondo me dejó claro que la pregunta era absurda.

—No. Está aquí parte de la tropa. Y ahora iba a recoger a Toady y a Craig. Los últimos miembros de la fraternidad SigEp.

—Oh. ¿Puedes llamarme en cuanto estés solo? Es importante.

—De acuerdo, cariño. He de marcharme. El tráfico está fatal.

Después de colgar, llamé a casa de mis padres. Quería oír la voz de mi madre una última vez mientras todavía me quería. Contestó mi hermana mayor. El dolor de cabeza que tenía fue a más cuando me enteré de que Ellen y su familia habían venido en avión desde Nueva York esa mañana. Nunca había creído que me importara mucho lo que mi hermana pensara de mí, pero ahora temía que Ellen también terminara odiándome.

—Mamá no está en casa, pero debería volver pronto. Ha ido a recoger su vestido. ¿Estás nerviosa?

—Ni te lo imaginas —fue todo lo que pude decir—. No te molestes en decirle a mamá que he llamado. No es importante.

—Entonces nos veremos en la iglesia. Y, Maggie, no llegues tarde. Ya sabes cómo le sienta eso a mamá. Y las cosas van mucho mejor cuando está de buen humor. Te lo dice una que lo sabe bien.

Colgué lamentando el legado que heredaría mi hermana. Sería Ellen quien tuviera que lidiar luego con el humor de mi madre. Me pregunté cómo reaccionaría mi padre. Hasta ahora, no había pensado demasiado en el hombre

tranquilo y cariñoso que formaba la otra parte del equipo que me había criado. ¿Seguiría igual de tranquilo y cariñoso cuando se diera cuenta de la cantidad de dinero que había tirado a la basura en una boda que no iba a celebrarse?

Fui a mi dormitorio y me tumbé en la cama a esperar la llamada de Flynn. Los minutos dieron paso a las horas y no recibí llamada alguna. Llegadas las cinco en punto, no pude hacer otra cosa salvo ponerme el vestido e ir a la iglesia.

Antes de marcharme, tiré el test de embarazo sin abrir a la basura. Había decidido que ya no lo necesitaba.

## Cuarenta y dos

### Vince

Vince permanecía junto a la ventana de su despacho contemplando el cuidado césped de su jardín. Esperaba que la presión sanguínea no se le hubiera disparado. El carpintero se había largado la noche anterior, llevándose su camioneta y sus herramientas y dejando la barra sin terminar en la sala de juegos. Estaba bastante seguro de que no volvería a verlo. Pues nada, adiós, muy buenas. Ahora que le había contado a Suzanne que había hecho que Kaufman la siguiera aquella noche, la amenaza de que ella lo descubriera por sí misma había dejado de existir.

No, lo que había hecho que su presión sanguínea aumentara era el drama que había tenido lugar en el piso superior de su casa. Giovanna había montado en cólera porque él se había olvidado de un acto para recaudar fondos al que se suponía que debían acudir esa noche y al que él no tenía intención de ir. No cuando la alternativa consistía en estar con Suzanne.

—¡Te lo dije hace meses! —había exclamado ella.

—Hace meses es hace meses. Deberías habérmelo recordado. Ahora me he comprometido a llevar a unos clientes al partido de los Sox. Tengo un palco. —Los eventos deportivos eran siempre mentiras de lo más convincentes—. ¿Cómo crees que podemos permitirnos este estilo de vida?

Optando por el plan B universal de las mujeres, ella se había echado a llorar, y ahora él se veía obligado a tomar la desagradable elección entre cancelar su cita con Suzanne y defraudarse a sí mismo o mantenerla y defraudar a su esposa. Vince siempre había tratado bien a Giovanna, le había dado todo lo que le había pedido y se había asegurado de que ella no se

enterara de sus aventuras. Hasta entonces había sido fácil porque sus infidelidades anteriores habían sido efímeras, placenteras pero insignificantes distracciones del tedio del sexo conyugal.

No había sido consciente del vacío que había en su vida hasta que conoció a Suzanne. Sus sentimientos por ella eran más profundos de lo que jamás habría creído posible. El día que los dos detectives de homicidios se presentaron a su puerta se dio cuenta de que le preocupaban más los sentimientos de Suzanne que los de su esposa. Hasta su hija palidecía en comparación. De hecho, ya se le había pasado por la cabeza que si Giovanna descubría lo de Suzanne, tal vez sería *ella* quien le pidiera el divorcio. Había calculado incluso cuánto estaba dispuesto a ofrecerle. Era mucho más de lo que había considerado antes de conocer a Suzanne, pero ningún precio era demasiado alto para que ésta siguiera presente en su vida.

Marcó su número en el teléfono. El mero sonido de su voz hizo que se sintiera como un perro babeando por un solomillo ante la ventana de una carnicería.

—¿A qué hora llegas? He recogido una pequeña sorpresa en la tienda de lencería que hay a la vuelta de la esquina —dijo ella, provocándolo—. La llevo puesta ahora mismo. Bueno, en realidad apenas la llevo puesta.

Vince notó un cosquilleo en la piel y se esforzó para no sentirse desengañado.

—Ha surgido un pequeño problema. Es posible que esta noche no pueda ir a verte...

Antes de que pudiera dar más explicaciones, la puerta se abrió y su hija entró en el despacho. Llevaba el pelo moreno recogido en lo alto de la cabeza y vestía unos pantalones cortos que él hubiera deseado que fueran algunos centímetros más largos.

—Tenemos que hablar, papá.

Vince cubrió el auricular con la mano.

—Ahora no, Anna. Negocios. —Ella se lo quedó mirando con impaciencia

y se dejó caer en una silla para esperar a que colgara. Cuando él se dio cuenta de que no iba a marcharse, descubrió el auricular y siguió hablando en un tono más formal—: Ha surgido algo, Bob. ¿Puedo volver a llamarte?

Suzanne colgó sin decir nada más.

Vince se volvió hacia su hija. Quería mostrarse enfadado con ella por haberlo molestado cuando estaba hablando con Suzanne, pero le resultó imposible. Ella también mandaba en su corazón.

—¿Qué pasa, cariño?

—Lamento haber interrumpido tus *negocios*, papá. —¿Se lo parecía a él o había cierto tono de ironía en la voz de su hija?—. Mamá está arriba llorando. Dice que no quieres ir a la gala del Arts Club esta noche. Ya sabes lo mucho que esas cosas significan para ella. Había reservado una mesa. Se sentirá humillada ante sus amigas si no vas.

—Ya le he explicado a tu madre que tengo un compromiso de negocios, cariño. —No sonó muy convincente, ni siquiera para él mismo.

Anna rodeó la mesa y, tras colocarse detrás de él, comenzó a masajearle el cuello.

—Papá, por favor. No necesitas hacer negocios esta noche. Por favor, ve con mamá. Por favor.

Vince levantó la mirada hacia sus ojos suplicantes y se dio cuenta de que no podía enfrentarse a madre e hija a la vez. Algún día sería libre, pero desde luego no iba a ser esa noche. Su erección parcial se desinfló al darse cuenta de que la sorpresa de Suzanne tendría que esperar.

—Está bien, iré. Pero con una condición. Has de prometerme que la próxima vez te comprarás el resto de los pantalones cortos.

—Lo haré, papá. Te lo prometo.

Anna dejó de masajearle el cuello y se dirigió hacia la puerta. Vince observó cómo se alejaba y, como siempre que advertía las suaves carnes de su hija cubiertas con esos ceñidos pantalones cortos y los pechos prietos bajo la

camiseta acampanada, no pudo evitar que su corazón diera un salto. Su hija era demasiado joven y confiada para tener ese cuerpo.

—¡Espera! —dijo Vince. Ella se detuvo y se volvió—. ¿Qué haces esta noche, cariño? —preguntó él, queriendo congelar ese momento en el que todavía se querían incondicionalmente y eran una familia feliz.

—Voy a salir con Sal.

El humor de Vince volvió a ensombrecerse cuando pensó en el charlatán ese de la zona oeste con el que salía su hija. Le habría gustado prohibirle que lo viera, pero la edad en la que podría haberlo hecho hacía tiempo que había pasado.

—Bueno, pues pásatelo bien. Pero tampoco demasiado —terminó diciendo. Lo único que podía hacer era desear que no estuviera acostándose con él.

—Sí, papi —dijo ella con una extraña sonrisa—. Le diré a mamá que prepare tu esmoquin.

Él esperó a oír los pasos de su hija subiendo la escalera antes de volver a llamar a Suzanne.

—Lamento haberte cortado. Era mi hija. Resulta que esta noche no podré verte. Al parecer, tengo que asistir a la gala de una organización benéfica. Lo siento mucho.

—No te preocupes —dijo ella—. Con las nuevas cifras de desempleo que saldrán la semana que viene, me he pasado todo el día al teléfono y estoy rendida. Supongo que me pediré una pizza de beicon y piña y me la comeré delante del televisor viendo cualquier tontería.

Le daba un poco de rabia que Suzanne no pareciera decepcionada por no verlo. Había esperado al menos un ligero enfado por su parte, una muestra de que ella se sentía tan triste sin él como él sin ella. En vez de eso, sin embargo, no parecía haberse inmutado. Como no quería colgar todavía, Vince prolongó un poco más la conversación.

—¿Una pizza de beicon y piña? ¿De dónde?

—De Parducci's.

—¿Parducci's? ¿El local ese de la calle Huron? Ahora estás haciendo que se me haga la boca agua por la comida casi tanto como por ti. Mientras estés disfrutando de tu pizza piensa que yo estaré mordisqueando un trozo de carne demasiado hecha y escuchando una aburrida charla sobre la razón por la que debería estar donando dinero a la causa. Me pasaré todo el rato deseando estar contigo. ¿Podemos vernos mañana?

—Mañana tengo la boda de Maggie. Nos veremos el domingo.

Domingo. Había algún conflicto el domingo, pero ¿cuál era? La respuesta la encontró en su agenda. Almuerzo en el club con su esposa y su hija. Se lo había prometido y no podía romper su promesa una segunda vez. El corazón se le encogió ante la idea de perderse otra mañana de domingo en la cama de Suzanne.

—No puedo esperar al domingo —dijo presa de un arrebatado de inspiración—. ¿Qué te parece si paso a recogerte mañana a primera hora? Podríamos salir con mi barco y disfrutar de las vistas del perfil de la ciudad. Prometo que estarás de vuelta con el tiempo suficiente para prepararte para la boda.

—No sabía que tuvieras un barco.

—¿No? Sí, está en el puerto de Belmont. Ha estado en dique seco hasta hace un par de días —mintió.

La verdad era que el barco se encontraba en su amarre desde hacía un par de semanas. No había mencionado el barco antes porque nunca lo usaba. Había sido un regalo de cumpleaños para Giovanna porque ésta creía que debían tener uno. Pero resultó que ni a su esposa ni a su hija les gustaba salir a navegar, de modo que permanecía amarrado la mayor parte del tiempo. Últimamente, había pensado en venderlo, pues el coste del mantenimiento era elevadísimo, pero ahora se alegraba de no haberlo hecho. La idea de hacer el amor con Suzanne en el barco resultaba irresistible y se imponía sobre cualquier preocupación de estar mancillando el patrimonio familiar.

—De acuerdo. Lo apunto en mi agenda para mañana por la mañana, señor Colombo. Pero tiene que ser temprano...

«¿De veras ha dicho eso?»

—No se preocupe, señorita Lundgren. No se olvide de traer esa pequeña sorpresa que iba a enseñarme. Y...

—¿Sí?

—Yo... Bueno, ya te lo contaré mañana.

—Me muero de ganas.

—Yo también. —Vince mantuvo el auricular pegado a la oreja mucho rato después de que Suzanne hubiera colgado, como si eso pudiera ayudarlo a mantener la conexión con ella. Y, sin que hubiera ya nadie al otro lado de la línea, añadió—: Te quiero.

Luego abrió el cajón inferior de su escritorio y sacó la caja fuerte en la que guardaba las llaves del barco. Descansaban encima de una pila de dinero en efectivo, sujetas a un llavero con forma de pequeña boya amarilla. Volvió a dejarlas en la caja y cerró otra vez el cajón. Luego subió a regañadientes al piso de arriba para cambiarse para una velada que prometía ser un suplicio.

Iba tan distraído que no reparó en que su hija se hallaba escondida detrás de la barra sin terminar de la sala de juegos.

—Ha llamado a Parducci's de la calle Huron. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Hola. Acabo de pedir una pizza de beicon y piña, pero no estoy segura de si les he dado la dirección correcta.

—¿Lundgren? ¿En el 1.025 de Lake Shore Drive? ¿Apartamento 4.025?

—Eso es. ¿Cuánto tiempo ha dicho que tardaría?

—Sobre una hora y media. Lo siento, esta noche estamos hasta el cuello.

—¿Sabe qué? Mejor cancele mi pedido. Saldré a buscar algo.

—De acuerdo. Que tenga una buena noche.

Anna Columbo colgó el teléfono sintiéndose muy satisfecha consigo misma.

## Cuarenta y tres

Ante mí se elevaban las enormes puertas de la catedral del Santo Nombre, la iglesia de estilo europeo que era la joya de la archidiócesis de Chicago. Había sido necesario tirar de muchos hilos, por no mencionar una donación obscenamente generosa por parte de mi padre, para conseguir con tan poca antelación una fecha para casarse en junio. Algunas personas esperaban años. Subí los escalones de la entrada sintiendo los pies pesados como el plomo. Al llegar a lo alto, vacilé e intenté prolongar ese momento en el tiempo. Había tanta humedad que el aire se pegaba a mi piel como una estopilla mojada. Tras tomar un último aliento húmedo para coger fuerzas, abrí la pesada puerta de madera y entré en el fresco y oscuro vestíbulo.

Me santigüé con el agua bendita y me adentré en la iglesia. El eco de mis tacones hacía que la catedral vacía pareciera más grande de lo que ya era. Me senté en el último banco y contemplé la magnificencia del espacio sagrado en el que al día siguiente iba a tener lugar mi boda. Era un edificio típicamente neogótico con unas columnas de mármol rosa que ascendían hasta un techo abovedado con incrustaciones de oro. Unas vidrieras que iban del suelo hasta arriba filtraban los rayos del sol vespertino. Jesucristo me observaba desde la cruz dorada del lejano altar. Recé pidiéndole fuerza y perdón.

El ruido hueco de las puertas abriéndose interrumpió el silencio y, al volverme, vi a mi madre y a mis dos hermanas entrando en la iglesia. Ellen sostenía la mano de su hija Olivia, la niña de las flores. Laurel llevaba un reproductor de CD y unos auriculares abrazaban sus orejas. Terminé de rezar y me puse de pie para recibirlas. El rostro de mi madre me dejó claro mi mal aspecto.

—¡Oh, Dios mío! No estarás enferma, ¿verdad? —preguntó al verme. Sus preocupadas palabras resonaron en la iglesia vacía—. La semana pasada en casa de Natasha ya tenías mal aspecto, pero ahora estás peor.

Mi hermana pequeña se dejó caer en un banco y cerró los ojos mientras balanceaba la cabeza al ritmo de la música.

—¡Estamos en una iglesia, Laurel! ¡Quítate eso! —exclamó mi madre. Luego me puso una mano en la frente—. No tienes fiebre.

—Ya te he dicho que estoy bien —repetí, a sabiendas de que no lo estaba.

—Hola, desconocida —dijo Ellen, pegando su mejilla a la mía—. Habríamos venido antes, pero hay un tráfico terrible para llegar a la ciudad. Seguro que todo el mundo llegará tarde.

«Bien», pensé yo. Más tiempo para contemplar mi suicidio.

La hermana menor de Flynn, Nan, fue la siguiente en aparecer. Tenía el rostro sonrojado a causa del calor. Compartía el pelo rubio y los ojos de color azul aciano de su hermano, pero, a diferencia de Flynn, que era esbelto y estaba en forma, Nan estaba entrada en carnes, tenía papada y unos brazos rollizos que habían crecido tras un semestre en el extranjero. Hacerle el vestido de dama de honor había sido una pesadilla, pues no dejaba de llamar desde Italia cambiando las medidas. Cuando llegó a mi lado me atrajo hacia sí para darme un húmedo abrazo.

—¡Estoy tan excitada! —dijo con un agudo tono de voz—. He recogido mi vestido hoy mismo y me va perfecto. Todo va a salir de maravilla.

Sentí otra punzada de la implacable conciencia. Nan me había dejado bien claro lo honrada que se sentía de formar parte de mi séquito. Pensé en los vestidos de setecientos dólares de las damas de honor, hechos de seda lila, y en los zapatos de tela cuidadosamente teñida para que fueran a juego. Pensé asimismo en mi virginal vestido blanco de tres mil dólares colgando de un perchero especial en mi antiguo dormitorio a la espera de su fugaz momento de gloria antes de quedar relegado únicamente a la preservación. Y pensé también en la chuleta de ternera con zizania y verduras del tiempo, a ochenta

dólares el plato. Y en el brindis de champán Taittinger, a veinte dólares la copa. Y en la orquesta. Y en las flores. Y en las servilletas personalizadas.

Y, sobre todo, pensé en Flynn.

Recé para que algún desastre me librara de la infeliz tarea. Algo como un tornado que se llevara por delante el techo de la iglesia o un terremoto que la echara abajo. Si no eso, la bala de un francotirador alcanzándome al salir del templo después del ensayo serviría.

Todas esas ensoñaciones llegaron a un abrupto fin cuando Flynn hizo su ruidosa entrada flanqueado por su revoltoso séquito de Dartmouth. El estruendo de sus voces amenazaba con provocar el desprendimiento del oro del techo abovedado. Toady Cornwall, el padrino, y Bart Pierce, uno de los testigos, iban haciendo viejos chistes acerca de que el matrimonio era una institución, y quién diantres quería estar en una institución. Llegaron a mi lado en masa y no pude evitar la sensación de que acababa de entrar en la fiesta de una fraternidad universitaria. Esforzándome por resucitar mi personalidad, traté de bromear con ellos, pero fracasé estrepitosamente. Por suerte, en ese momento vi que Carol Anne entraba en la iglesia y tomaba asiento.

Me disculpé con el grupo y fui a hablar con ella. Tampoco parecía haber dormido muy bien. Coloqué una comprensiva mano sobre su antebrazo y le pregunté cómo estaba.

—Sobreviviré. Michael y yo hemos seguido discutiendo. Esta vez me ha jurado que va a pedir ayuda, que no lo decía de boquilla, de modo que he accedido a intentar arreglar las cosas. ¿Y tú qué tal?

—Digámoslo así: no te molestes en prestar atención a las instrucciones del padre Jennings —susurré.

—¿El test ha salido positivo?

Negué con la cabeza.

—No lo he hecho. No hace falta.

—¡Oh, Maggie! —Como la auténtica amiga que era, Carol Anne compartió mi angustia—. ¿Cuándo vas a decírselo?

—Después de esta farsa, supongo. He intentado hacerlo antes, pero no he conseguido estar con él a solas.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Carol Anne, pero le pedí que las contuviera.

—No llores. Ya estoy pasándolo suficientemente mal. —Le di un fuerte apretón con la mano—. Prométeme que seguirás siendo mi amiga. Puede que termines siendo la única.

—Aquí está mi reluciente novia —dijo Flynn, interrumpiéndonos. Su sonrisa se desvaneció cuando vio mi pésimo aspecto, pero se recuperó rápidamente—. Hemos estado buscándote.

—Siempre —contestó Carol Anne tocándome el brazo justo antes de que Flynn se me llevara.

Había llegado mi padre. Era alto y de apariencia distinguida, tenía el pelo entrecano con unas ligeras entradas y llevaba unas gafas redondas de montura de carey. Había venido directamente de su bufete, situado en el Loop, y su traje azul marino y su corbata azul seguían sin una sola arruga. Pensé en todas las paternales cosas buenas que había hecho por mí a lo largo de los años. Como, por ejemplo, el hecho de que hubiera pagado por mi educación y el abreviado viaje por Europa. O que hubiera apaciguado la histeria de mi madre el peor día de mi vida, cuando fui sorprendida en la cama con Barry Metter. Bueno, el primer peor día de mi vida. Mi padre no sabía nada del segundo. Todavía.

El padre Jennings salió de la rectoría vestido con su hábito negro de sacerdote con alzacuello blanco. Su cabeza calva relucía bajo el resplandor de las luces de la iglesia. La despreocupada actitud del cura de mediana edad hacía que pareciera más un amigo que un líder religioso, y mi sentimiento de culpa se multiplicó al pensar en todo el tiempo que había invertido en el cursillo prematrimonial con Flynn y conmigo. «¿Habéis hablado de quién se encargará de la economía doméstica? ¿Opináis lo mismo sobre los hijos? ¿Espera Flynn salir de vez en cuando con sus amigos?»

—¡Aquí está la afortunada pareja! —dijo dándome un cariñoso beso en la mejilla y estrechándole la mano a Flynn—. ¿Ha llegado ya todo el mundo?

—¡Si todavía no lo han hecho, se perderán la oportunidad de formar parte de la mejor boda del año! —repuso Flynn. Yo no pude evitar sentir un estremecimiento y temí seriamente que fuera a vomitar.

El sacerdote dio unas palmadas para llamar la atención de la gente y la iglesia se quedó en silencio, a excepción de la voz de Toady, que se apagó unos segundos después. Actuando más como un director de escena que como un hombre de Dios, el padre Jennings dijo:

—De acuerdo. Comencemos para que todo el mundo pueda ir a cenar.

Durante la siguiente hora nos guio a través de la mecánica de la ceremonia, disponiendo a las personas según su papel: padrino, dama de honor, niña de las flores, portadores de los anillos... Yo estuve a punto de perder los estribos cuando tocó ensayar que mi padre me acompañara al altar. Lo quería mucho y lo último que deseaba era hacerle daño a él también. La relación que había tenido con él había sido distinta de la que habían tenido mis hermanas. Yo nunca hacía pucheros ni cogía berrinches para salirme con la mía como Ellen. Ni tampoco era como Laurel, que dependía de él para todo: desde rellenar las solicitudes para la universidad a abrir una cuenta corriente. Yo sabía que él siempre había apreciado mi aceptación de las cosas tal y como eran, mi independencia. Éramos iguales en muchos aspectos. Ninguno de los dos era quejica. Hacíamos de tripas corazón y hacíamos lo que debíamos.

Mi madre no dejó de monitorizar cada aspecto del ensayo, registrándolo en su meticuloso cerebro para analizarlo más tarde y hacer las correcciones que fueran necesarias. Era una de las personas más organizadas y metódicas del mundo: su casa estaba hermosamente decorada y siempre impoluta, y sus fiestas estaban siempre perfectamente orquestadas. Toda su vida basculaba alrededor del orden. Yo sólo esperaba que fuera capaz de lidiar con el desorden en el que iba a verse inmersa dentro de poco.

Posé mis ojos sobre Flynn, radiante ante la presencia combinada de familia

y amigos. Era una persona tan buena y se había portado tan bien conmigo que esperaba que cuando todo hubiera terminado me odiara. Me lo merecía.

Después del ensayo todo el mundo se congregó en el vestíbulo. Flynn estaba organizando el transporte para ir al Chicago Club cuando lo cogí del brazo y lo llevé a un lado.

—Flynn, quiero ir contigo. A solas. Necesito hablar contigo.

—Claro, Mags —repuso con una sonrisa que apenas disimulaba su desconcierto.

Una vez que el último de los invitados hubo partido, cruzamos juntos la calle en dirección al aparcamiento de la iglesia. Al subir al immaculado Audi de Flynn (en la que estaba segura que sería la última vez), el corazón me latía con tanta fuerza que a duras penas podía oír su voz.

—¿A qué viene tanto misterio, Maggie? —preguntó mientras salía a la calle.

No había forma de eludirlo durante más tiempo. Ya no quería que hubiera más mentiras.

—Flynn, antes de nada quiero decirte que me importas muchísimo y que esto es lo más duro que he tenido que hacer en la vida.

Su mandíbula se tensó en previsión de algo desagradable, pero sus ojos permanecieron puestos en la calle, una carrera de obstáculos repleta de señales de stop, semáforos y bicicletas.

«Respira hondo, como en yoga. Inhala. Exhala. Inhala. Aguanta. Suéltalo.»

—Te he sido infiel. Tuve una aventura de una noche.

El aire en el interior del coche se volvió denso. Flynn cruzó dos carriles y frenó de golpe sobre la acera, donde a punto estuvo de atropellar a un ciclista. Sus manos se aferraban con tanta fuerza al volante que los nudillos se le volvieron blancos. Bajó la ventanilla del conductor y el ruido del tráfico que nos rodeaba inundó el habitáculo, haciendo que ya no estuviéramos tan solos.

Al principio no me miró. Luego volvió lentamente la cabeza en mi dirección. La angustia refulgía en sus ojos azules como ascuas enterradas.

—¿Por qué me cuentas esto ahora?

Extendí la mano y le toqué el brazo. Necesitaba desesperadamente tener un último contacto físico con él y tocar la carne que hasta entonces había sido mi futuro.

—Porque creo que estoy embarazada.

—Maggie, dime que no te he oído bien. —Como mi única respuesta fue el silencio, Flynn golpeó el salpicadero con tanta fuerza que todo el coche pareció sufrir la sacudida. Era lo más cerca que lo había visto nunca de comportarse de un modo violento—. Lo del engaño tal vez podríamos haberlo superado de algún modo, pero ¿un embarazo? Te preguntaría con quién o por qué o cómo, pero en realidad eso no importa, ¿verdad? No, si estás embarazada.

—Lo siento mucho, Flynn. Mucho. ¿Qué puedo decir?...

Hice lo posible para no llorar. No quería que pensara que tenía el descaro de esperar su compasión. Pero las lágrimas asomaron a mis ojos de todos modos y comenzaron a recorrer mis mejillas y a caer en mi vestido. Lamenté entonces el hecho de que todavía hubiera luz en la calle y que cualquiera pudiera ver el interior del coche. En un gesto que estuvo a punto de desgarrarme el alma, Flynn apoyó su cabeza en mi hombro y también rompió a llorar.

—¿Por qué, Maggie, por qué?

No sabía qué contestarle. Yo misma no estaba segura de la respuesta. Lo único que sabía era que, como pareja, él no era suficiente para mí y nunca lo había sido. No era que yo quisiera algo más, sino algo distinto. La rápida corriente de la mediana edad me había atrapado y no había sido lo suficientemente valiente para escapar de ella. Hasta ese momento. Pero nunca sabría cómo explicárselo para que pudiera entenderlo. Lo único que podía

hacer era mecer suavemente a mi antiguo prometido adelante y atrás sin dejar de decir:

—Lo siento. Lo siento mucho.

## Cuarenta y cuatro

### Suzanne

Suzanne estaba viendo las noticias cuando el portero llamó desde el vestíbulo.

—Señorita Lundgren, hay aquí un mensajero para usted.

—Gracias, Alvin. Haz que suba.

Apagó el televisor y se dirigió a la puerta, sorprendida por el hecho de que su pizza hubiera llegado tan rápido. Cuando la había pedido, le habían dicho que tardaría una hora y media y, sin embargo, había llegado antes de una hora. Bueno, tampoco iba a quejarse por que su comida llegara antes de lo esperado. Se moría de hambre.

Permaneció a la espera en el umbral de la puerta de entrada a su apartamento con dinero suficiente en la mano para pagar la pizza y una propina generosa. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, en vez del habitual repartidor de Parducci's con una gorra verde apareció una voluptuosa chica de pelo negro con una bolsa de plástico marrón.

—¿Suzanne? —preguntó la chica, volviéndose hacia la puerta.

—Sí —respondió ella con recelo.

Nunca antes un repartidor se había dirigido a ella por su nombre de pila. Y, además, ¿dónde estaba la bolsa de reparto típica de Parducci's? La de plástico que llevaba esa chica no parecía contener ninguna pizza. Suzanne sintió el impulso de cerrar la puerta de golpe, pero no lo hizo. La chica se la quedó mirando con unos ojos oscuros e impenetrables.

—Soy Anna —dijo con una amplia sonrisa—. La hija de Vince. —Y, antes de que Suzanne tuviera la posibilidad de decir nada, añadió—: Mi padre me ha enviado para recogerte. Está en el barco y quiere que os encontréis allí.

Suzanne se quedó estupefacta y sin habla. Contempló a la joven que tenía delante. Había en ella algo familiar que no podía precisar, aunque posiblemente sólo se trataba del ADN de Vince. En cualquier caso, ¿a quién diantres se le ocurría enviar a su hija para que recogiera a su amante para un encuentro romántico? ¿Es que Vince había perdido el juicio? La mera idea forzaba los límites de la cordura. Cuando volvió a hablar, lo hizo con patente enojo.

—Mira, Anna, no estoy del todo segura de qué es lo que está pasando aquí, pero no pienso ir contigo a ningún lado. Puedes decirle a tu padre que esta noche me quedaré en casa.

—No lo comprendes —imploró ella—. Mi madre se ha enterado de lo vuestro y le ha pedido explicaciones justo antes de ir a la gala. Han tenido una fuerte discusión por tu culpa y ella lo ha echado de casa. Ahora está en el barco.

—Entonces, ¿por qué no ha venido él a buscarme? —preguntó Suzanne con escepticismo—. ¿Por qué te ha enviado a ti?

—Mi padre piensa que mi madre ha contratado a un detective privado. No quería venir a tu apartamento por si lo seguían. Teme que mi madre le saque hasta el último centavo. Puede ser una zorra muy vengativa —añadió Anna.

Suzanne estaba que echaba humo. No podía creer que a Vince se le hubiera ocurrido ponerla en una situación semejante. Hacer que la siguieran el día de la fiesta en casa de Carol Anne ya había sido extraño, pero ¿enviar a su hija a recogerla como si fuera una especie de bien de su propiedad? Eso era demasiado. Realmente demasiado. No quería saber nada al respecto.

—Anna, es muy amable de tu parte que hayas venido hasta aquí para recogerme, pero puedes decirle a tu padre que si quiere verme puede llamarme. Pienso quedarme en casa. Adiós.

Suzanne comenzó a cerrar la puerta, pero la chica extendió la mano y le tocó el brazo.

—No lo comprendes —dijo en tono implorante—. Le he prometido que te

llevaría con él. No me hagas quedar mal. Le he dicho que podríamos ser amigas. Lo único que me importa en el mundo es su felicidad.

Suzanne se quedó mirando los extraños ojos suplicantes de la chica. Sabía cuánto significaba Anna para Vince, y lo dura que sería para él la pérdida de su familia. También comprendía perfectamente bien el temor de que su esposa fuera a por todo su dinero. Pero ése era su problema y algo con lo que tendría que lidiar él solo. De repente, sin embargo, pensó en sus propias finanzas. El ático estaba ligado a Vince a través del préstamo. Si las cosas iban mal, ¿podría la esposa de Vince llegar a quedarse con su casa? ¿Podría incluso demandar a Suzanne por alienación del afecto? Había leído un caso en el *Tribune* en el que una esposa había obtenido un millón de dólares de la amante. Suzanne comenzó a sentir miedo. Tal vez sería mejor que ella y Vince hablaran.

—De acuerdo, iré contigo —dijo finalmente, capitulando.

No fue hasta que estaban en el ascensor en silencio que recordó que había pedido una pizza. Le dio al portero dinero para pagarla y le dijo que la compartiera con el personal del edificio.

—Mi novio está esperándonos en el coche —indicó Anna, y llevó a Suzanne hasta un Buick plateado que se hallaba aparcado delante de un parquímetro con el tiempo agotado. A través de las ventanillas tintadas podía oírse la música a todo volumen que estaba escuchando su ocupante. Anna abrió la puerta de atrás para que Suzanne entrara y luego lo hizo ella por la puerta del copiloto—. Éste es Sal —dijo señalando la cabeza morena que permanecía encorvada sobre el volante.

—¡Eh! —dijo Sal con un gruñido y sin volverse.

Acto seguido, arrancó y tomó Lake Shore Drive. La música estaba tan alta que era virtualmente imposible pensar, de modo que Suzanne le pidió que la bajara. Esa vez, Sal sí le echó un vistazo y, al verle la cara, le pareció que en ella también había algo familiar. Sin duda era un rostro difícil de olvidar. Pero

fue al ver el pesado Rolex de oro que llevaba en la muñeca cuando se le heló la sangre.

Las sarcásticas palabras de Angie resonaron en su cerebro: «Tengo como política no bailar con nadie que lleve más joyas que yo».

De repente se dio cuenta de dónde lo había visto antes. En The Overhang. Y a Anna también. Sólo que esa noche ella iba de rubio. Se activaron todas sus señales de alarma y decidió que tenía que salir del coche a la menor oportunidad. Cuando dejaron Outer Drive a la altura de Belmont, esperó hasta que el coche se hubo detenido en un semáforo y tiró de la manija de la puerta. Las señales de alarma se convirtieron en sirenas. La puerta no se abría. Estaba bloqueada.

## Cuarenta y cinco

### Vince

Vince se hallaba en el vestidor poniéndose la pajarita delante de un espejo de cuerpo entero. Tras resignarse a su destino, había decidido dejarse llevar por la corriente y sacarle el máximo provecho a la gala con todo su aburrimento, su mala comida y sus largos discursos. A lo mejor podría hacer algo de negocios. Tiró de los extremos de la pajarita hasta que obtuvo los resultados deseados y dio un paso atrás para contemplarse en el espejo. Realmente le gustaría que Suzanne pudiera ver la imponente figura que tenía con un traje de pingüino. Luego desechó el pensamiento. Pensar en ella sólo hacía que la echara más de menos. Regresó al dormitorio, donde su esposa estaba sentada al tocador, maquillándose.

—¿Qué te parece? —preguntó él, señalando la pajarita.

—Mucho trabajo —dijo ella con los ojos entornados para aplicarse lápiz de ojos—. No sé por qué no usas una pajarita que ya esté hecha. Te complicas la vida.

Giovanna se sentía inmensamente aliviada por el hecho de que a su marido se le hubiera pasado el malhumor de antes. Le encantaba vestirse de gala y acudir a eventos con gente rica e importante. Como había dejado los estudios tras el instituto, nunca terminaba de estar segura de si encajaba con esa gente, pero sin duda el dinero era un gran igualador. Quería que esa noche Vince pujara por un caro objeto en la subasta para dar un paso más hacia su objetivo de ser aceptada por la sociedad de Oakbrook. Tenía el ojo puesto en un lote que incluía una semana en una villa de la Toscana y una visita privada a algo llamado Uffizi. Se preguntó si sería un restaurante.

A sabiendas de que su esposa todavía tardaría media hora más en acabar de maquillarse, Vince bajó a la sala de juegos y se sirvió un vodka en la barra sin terminar. Se tomó la copa en el patio, donde el sol vespertino había teñido la piscina de un reluciente color dorado. Acababa de tomar un tonificante trago cuando divisó algo con el rabillo del ojo. Al volverse, descubrió a Kaufman agachado entre los arbustos, con la ropa sucia de tierra y los rizos morenos cayéndole sobre el rostro en grasientas espirales.

—¿Qué diantres estás haciendo aquí? —preguntó Vince.

—Escondiéndome de la poli, para empezar —respondió mirando a un lado y a otro del jardín como un animal temeroso de la presencia de depredadores—. No creerías lo que he tenido que hacer para llegar aquí. ¿Te importa si vamos dentro?

—¡Pero ¿qué cojones...?! —exclamó Vince, abriendo la puerta corredera que conducía a la sala de juegos. En cuanto estuvieron dentro, se volvió hacia el carpintero y preguntó—: ¿Se puede saber qué diantres te pasó la otra noche? Me jugué el jodido cuello por ti, te metí en mi casa, te di dinero y comida y tú vas y desapareces. No esperes seguir alojándote aquí. Ya le he contado la verdad a Suzanne, de modo que no me importa una mierda si la poli te detiene.

Kaufman se acercó a la barra y pasó una mano por la suave superficie de madera.

—Esto iba a ser hermoso —lamentó antes de volverse hacia Vince—. Mira, no voy a pedirte que me dejes quedarme aquí, pero necesito tu ayuda. Hay órdenes de detención contra mí y he de salir del estado. Necesito algo de dinero.

—¿Órdenes de detención? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué clase de órdenes de detención?

Steven se encogió de hombros y sostuvo la mirada de su antiguo jefe.

—Agresión sexual y bigamia. Pero los cargos son falsos. Es una larga historia.

—Bueno, mi esposa tarda siglos en vestirse. Tengo mucho tiempo. —Se quedó mirando al carpintero con creciente ira y se dio cuenta de que había permitido que un hombre con cargos de agresión sexual comiera y durmiera en la misma casa que su esposa y su hija. Vince siempre había creído que sabía juzgar bien a la gente. ¿Había cometido un error en el caso de Kaufman? Miró detenidamente a Steven, cogió otro vaso, lo llenó de vodka y se lo dio al desaliñado carpintero—. Adelante —dijo volviéndose para mirar por la ventana—. Soy todo oídos.

Steven dio un medio trago y comenzó a deambular por la sala.

—Como he dicho, esos cargos contra mí son gilipollices. ¿Quieres la historia larga o la corta?

—La corta servirá. Mi esposa tampoco es *tan* lenta.

—La corta es que me casé con mi novia del instituto, Meghan, justo después de la graduación. Éramos demasiado jóvenes y pensábamos que estábamos enamorados. Supongo que por aquel entonces era así, pero al cabo de unos pocos años nos dimos cuenta de que habíamos cometido un error. Éramos más hermano y hermana que marido y mujer, de modo que decidimos divorciarnos amistosamente. Sencillo, ¿verdad? Fuimos a ver a un abogado y éste nos dijo que como no teníamos hijos sería fácil. Acordamos que Meghan se quedaría con la casa, que tampoco valía demasiado, y yo con la camioneta y todas las herramientas. Me había enterado de que había trabajo en Manchester, de modo que, después de firmar un montón de papeles, le di a Meghan el dinero para el abogado y le pedí que se ocupara de terminar todo el asunto. Poco después, me llamó y me dijo: «Felicidades. Estamos divorciados».

»Así pues, estoy en Manchester y comienzo a trabajar para uno de los contratistas locales. Éste tiene una hija llamada Heather que está buenísima, si bien es de esas que sólo traen problemas. Al poco, comienza a aparecer por la obra siempre que estoy yo, básicamente echándose en mis brazos. Como es la hija del jefe yo hago lo posible para mantenerla alejada de mí. Nadie necesita ese tipo de problemas, ¿verdad?

»Un día, la chica aparece cuando yo estoy solo instalando unos armarios de cocina —siguió diciendo Steven—. Y, antes de que me dé cuenta, estamos follando en el suelo de madera contrachapada. Después de eso comenzó a aparecer con más frecuencia y, bueno, ya puedes imaginártelo... Al cabo de un tiempo, va y me dice que se ha quedado embarazada y que como se entere su padre le dará una paliza, de modo que tengo que casarme con ella. Ni siquiera habíamos llegado a tener una cita propiamente dicha, sólo sexo en distintas obras. Además, yo dudaba que fuera el único que estaba repasándosela.

»Pensé en meterme en la camioneta y largarme de allí, pero mi sentimiento de culpa no me lo permitió. De modo que nos casamos en secreto. A su padre no le hizo mucha gracia, pero como ya lo habíamos hecho tampoco dijo nada. El muy cabrón incluso me dio un aumento.

»Pasaron unos pocos meses y la barriga de Heather no crecía. No tardé en descubrir que me había mentado con lo de estar preñada. Sólo quería dejar de estar bajo el control de su padre y yo había sido el memo que la había ayudado a hacerlo. Cuando descubrí que no había ningún bebé, le dije a Heather que quería el divorcio. Como el de Meghan había sido tan fácil, llamé a mi exmujer para que me dijera quién lo había llevado. Fue entonces cuando comenzó la auténtica pesadilla.

Steven se detuvo y tomó un largo trago de vodka. Vince se volvió hacia él y, sin pestañear, le dio un sorbo a su copa.

—Todavía estoy escuchando —dijo.

Steven reanudó su deambular por la sala.

—Resulta que no había llegado a divorciarme de Meghan porque, en vez de pagar al abogado, ella había usado el dinero que le había dado para comprarse un coche. De repente, pues, descubrí que tenía dos esposas sin comerlo ni beberlo. Decidí entonces que lo mejor sería que me largara y que ya lidiaría más adelante con lo de los matrimonios. Casi estaba fuera de Manchester cuando la poli me detuvo. Me esposaron y me metieron en el coche patrulla.

»Cuando llegamos a la comisaría, mi nuevo suegro estaba allí y, antes de

que me diera cuenta, me dio un puñetazo que estuvo a punto de romperme la mandíbula. Los polis lo sujetaron mientras él no dejaba de decir a gritos que, cuando terminara conmigo, desearía que mi aspecto fuera la mitad de bueno que el de su hija. Luego apareció Heather y, si no llegan a decirme que era ella, juro por Dios que no la habría reconocido. Parecía que hubiera metido la cara en una picadora de carne. No sé qué había pasado, pero tenía el labio partido y uno de los ojos hinchado y morado. Ella les dijo tanto a la poli como a su padre que yo le había hecho eso. Era como si fuera el tipo ese de *Harry el Sucio* que hace que le den una paliza y culpa a Clint Eastwood. Sólo que en este caso Clint Eastwood era yo.

»Y su padre no era de los que escuchan explicaciones. Más bien de los que disparan primero y hacen preguntas después, de modo que como me pusiera las manos encima era hombre muerto. Así las cosas, decidí llamar a Meghan para que pagara mi fianza, pues, al fin y al cabo, me lo debía, y en cuanto salí me largué de la ciudad sin echar la vista atrás. De haberme quedado, habría tenido que elegir entre el suegro o la prisión, y ninguna de las dos opciones me parecía muy atractiva.

»Ésa es la verdad. Lo juro. No soy un mal tipo. Sólo la víctima de unas circunstancias de mierda. Y no estaría en este lío tremendo si no me hubieras pedido que... —bajó el tono de voz y miró hacia la escalera antes de continuar hablando casi en un susurro—: si no me hubieras pedido que siguiera a tu amiga.

Vince consideró la historia del carpintero. Por descabellada que fuera, no tenía ninguna razón para no creérsela. Kaufman siempre había sido honesto con él.

—Puede que esté cometiendo una estupidez, pero te ayudaré. ¿Cuánto necesitas?

—Sólo lo suficiente para llegar a Colorado y comprar nuevas herramientas. Un tipo de Aspen que conozco me ha dicho que por esa zona han comenzado a

construir como locos. La poli tiene mi camioneta, de modo que tendré que coger el bus. ¿Puedes adelantarme un par de miles?

—¿Sólo eso? —dijo Vince casi como si lo dijera en serio.

Se metió en su despacho y sacó la pequeña caja fuerte. Lo primero que advirtió al abrirla fue que la llave del barco ya no estaba sobre la pila de billetes de cien, lo cual no tenía ningún sentido, porque la había dejado ahí cuando había quedado con Suzanne hacía menos de una hora. Comenzó a abrir y a cerrar cajones pensando que tal vez la había dejado en algún otro lugar sin darse cuenta.

—¿Hay algún problema? —preguntó Steven.

—Sí, no sé dónde he puesto una cosa.

Todavía estaba rebuscando en su escritorio cuando sonó el teléfono.

—¿Diga? —dijo con un gruñido.

—¡Eh! Tengo para ti buenas noticias, malas noticias y muy malas noticias. —No había posibilidad de confusión: se trataba de la voz nasal de Charley Belchek. Después de contarle a Suzanne que la había seguido, a Vince se le había olvidado el trato que había hecho con el expolicía—. La buena noticia es que he descubierto quién se cargó a la chica en el parque Lincoln. La mala es que he tenido que repartir mogollón de fertilizante por ahí. Sesenta de los grandes. ¿Cómo lo ves?

—Ningún problema —respondió Vince, a sabiendas de que a Belchek probablemente le habría costado la mitad. Pero un acuerdo era un acuerdo. Y si bien ya no le importaba que la poli dejara de buscar a Kaufman, poder decirle a Suzanne quién era la persona que había asesinado a su mejor amiga lo haría ganar muchos puntos a ojos de ella.

»Un momento —le dijo a Steven, que se sentó mientras esperaba ansioso el dinero.

—¿Estás hablando conmigo?

—No, Charley. Estoy con alguien más. Sigue.

—Bueno, como te dije —prosiguió Belchek—, si uno reparte suficiente

fertilizante puede hacer que crezca cualquier cosa. Yo comencé con los huéspedes de la cárcel. Normalmente, siempre hay alguien ahí al que puede comprarse a cambio de algún favor. Ya sabes, ayudar a su familia o algo así. Lo cierto es que al principio estaba convencido de que el culpable había sido algún negrata. O un hispano. Al no conseguir nada a través de mis contactos habituales afroamericanos y latinos, comencé a preguntarle a gente de piel más clara.

»Bueno, pues hace un tiempo metieron en la cárcel del condado por allanamiento de morada a un pequeño delincuente llamado Rico. Y resulta que al tal Rico le tocó compartir celda con otro tipo llamado Joey, que estaba en el trullo por posesión. Un día, Joey estaba leyendo el periódico (sí, algunos presos saben leer), señaló una fotografía y dijo: “Yo sé quién se ha cargado a esta chica”. Un par de días después, a Joey lo soltaron y ahí quedó la cosa. Sin embargo, cuando Rico se enteró de mi pequeño incentivo, se puso en contacto conmigo y me lo contó. Fui a ver a Joey y, si bien al principio no quería soltar prenda, cuando aumenté el incentivo estuvo dispuesto a desembuchar. Al parecer, tiene un pequeño problema con el caballo.

»Como he dicho, repartir abono verde hace que crezcan las cosas —añadió a modo de aparte.

—¿Puedes ir al grano, Charley? Este año tengo muchas cosas que hacer —lo apremió Vince.

—Voy. La cosa es que Joey me contó que una noche estaba con un tipo y la chavala de éste y que recogieron en la puerta de un bar a la chica que terminó muerta. Al parecer, iba muy borracha y Joey se olió problemas, de modo que decidió largarse. Pero está completamente seguro de que el tipo con el que iba la mató. Dice que ese colega había hecho algunos trabajillos a sueldo en el condado de Lake: palizas, cobro de deudas y cosas así, de modo que romper un cuello no le habría costado nada.

—¿Tienes su nombre?

—Se llama Salvatore Gianfortune. Lo llaman Sal. ¿Recuerdas que te he

dicho que había buenas noticias, malas noticias y muy malas noticias? Ahora vienen las muy malas: al parecer, ese tipo va jactándose por ahí de que..., esto..., sale con tu hija.

Vince dejó caer el teléfono e instintivamente cogió la pistola que escondía debajo del cajón. No estaba. De inmediato, salió de detrás del escritorio y cruzó corriendo la sala de juegos hasta el pie de la escalera.

—¡Giovanna! —exclamó—. ¿Anna todavía está en casa?

—No. Se ha marchado mientras estabas en la ducha. ¿Subes? Ya estoy lista.

Las llaves del barco. La pistola. Se volvió hacia Steven, que lo había seguido. Se fijó en sus gruesas manos. Lo había visto descargar un camión entero de madera él solo y cargar los tablones de un lado a otro del patio trasero.

—Mi hija está en peligro. Ven conmigo —le ordenó.

Vince subió los escalones de dos en dos con el carpintero siguiéndolo de cerca y entró corriendo en la cocina, donde su esposa estaba esperándolo ataviada con un vestido de noche sin tirantes de la marca Dior, el pelo recogido en lo alto de la cabeza y racimos de diamantes alrededor del cuello y en las orejas. Una mirada del aterrorizado rostro de su esposo fue suficiente para asustarla. No recordaba haberlo visto nunca así de espantado.

—¿Qué sucede? ¿Hay algún problema?

Vince se quedó mirando a la mujer con la que había compartido los últimos veintidós años de su vida. No podía decirle que la hija de ambos estaba en compañía de un asesino, no podía hacer que cargara con eso. Sería demasiado para cualquier madre. Decidió que no le diría nada hasta que estuviera seguro de que su hija estaba sana y salva.

—Lo siento, Giovanna, pero no puedo ir contigo a la gala de esta noche. Se ha producido un accidente en una de las obras. Lo siento —repitió.

Le dio un ligero beso en los labios y salió corriendo hacia el garaje con Steven pisándole los talones.

Al oír la palabra «obras», el miedo de Giovanna se transformó en ira.

¿Cómo se atrevía a dejarla tirada cuando ya estaba vestida y lista para marcharse? Siempre surgían imprevistos en ese maldito negocio. ¿Es que Vince no pagaba a nadie para que se ocupara de las cosas por él? Bueno, pues esa vez no pensaba quedarse en casa y sufrir en silencio. Esa vez iría sola y disculparía la ausencia de su marido. Esperaba que éste estuviera preparado para pagar por ese viaje a la Toscana, porque no tenía la menor intención de dejar que otra persona ganara la subasta.

## Cuarenta y seis

Resultaba reconfortante lo vacía que estaba la autopista Indiana Toll. El haz de luz de mis faros era lo único que iluminaba la infinita extensión gris que atravesaba el campo abierto. Avanzaba a toda velocidad sin apenas cruzarme con otros vehículos, y el hecho de estar ilocalizable me proporcionaba tranquilidad. No tenía claro adónde me dirigía. Sólo sabía que, por el momento, era libre de las opiniones y los juicios de los demás.

Había dejado de llorar cien kilómetros atrás. Había estado haciéndolo de forma torrencial al dejar a Flynn solo en su Audi, y todavía más en el taxi de camino a mi apartamento. Había llegado a llorar tanto durante la carrera que el taxista no había querido que se la pagara. El corazón me dolía tanto que era un milagro que siguiera latiendo. Si hubiera dejado de hacerlo, no estoy segura de si me habría importado mucho.

En cuanto entré en mi apartamento, llamé al restaurante y pregunté por mi padre. Cuando me contestó, la preocupación era claramente perceptible en su tono. ¿Dónde estábamos? Flynn y yo deberíamos haber llegado hacía media hora. Todo el mundo estaba preocupado por nosotros.

Se lo dije sin más. Una fría explicación de una fría realidad. «A causa de algunas diferencias irreconciliables, Flynn y yo hemos decidido que no podemos casarnos.» Ésa fue la explicación que se le había ocurrido a Flynn para salvarnos a ambos de la humillación de la verdad. Lo de que estaba embarazada podía esperar. La cancelación de la boda ya sería trauma suficiente para mis padres por un día. Y para Flynn.

Mi padre procuró que no colgara mientras enviaba a alguien a buscar a mi madre. Siempre que algo importante sucedía en su vida, su esposa podía

arreglarlo. Yo no sabía cómo hacerle comprender que eso era algo que mi perfecta madre no podía arreglar.

—Papá, no envíes a nadie a por mamá. Lo que ha pasado ya no puede cambiarse. No va a haber ninguna boda.

—Ahora mismo vamos a verte —dijo él.

—No lo hagáis, papá. No estaré en casa. Me marchó. Lo siento. Lo siento muchísimo.

Colgué pensando en lo mucho que había usado esas palabras en los últimos días. Mis disculpas habían terminado volviéndose cargantes en su necesidad. Una cosa que tenía clara era que debía marcharme cuanto antes. El teléfono iba a comenzar a sonar en cualquier momento, de modo que descolgué el auricular. Cogí una muda, algunos artículos de aseo personal y, tras dejar el apartamento, subí al coche decidida a tomar la primera autopista que viera.

Tres horas después, me encontraba de camino a Toledo. A nadie se le ocurriría buscarme allí. Ni siquiera a mí misma.

De modo que, mientras atravesaba el vasto Medio Oeste a toda velocidad, ignoraba que, mientras mis faros iluminaban el camino hacia ningún lugar, estaba teniendo lugar otro drama de naturaleza mucho más aterradora que el mío.

## Cuarenta y siete

### Suzanne

El puerto de Belmont estaba teñido por una luz plomiza que le confería el tono de un cuadro renacentista sin restaurar. Sal estacionó en el extremo más lejano del aparcamiento prácticamente desierto y apagó el motor. La atronadora música fue reemplazada de golpe por un ominoso silencio. Anna se volvió en su asiento y le sonrió a Suzanne como un gato de Cheshire de pelo azabache.

—Ya hemos llegado —anunció.

Como no quería que se percataran del miedo que sentía, Suzanne volvió a tirar de la manija, sin éxito.

—Lo siento, pero no puedo salir del coche —dijo con falsa tranquilidad.

Sal se dio una palmada en la frente.

—*Stupido!* Está puesto el seguro para niños. Ayer llevé a mis sobrinos en el coche —era lo primero que decía desde el gruñido con el que la había saludado.

Acto seguido, salió del vehículo, abrió la puerta trasera y accionó una palanca en el panel de la misma.

—¿Ves? —le dijo a Suzanne—. A prueba de niños.

Una oleada de alivio recorrió el cuerpo de la mujer. Tal vez había sido algo paranoica. ¿Y qué si Anna y Sal estaban aquel día en The Overhang? De repente, sin embargo, se le ocurrió algo todavía más extraño. ¿Y si Vince también los había enviado a ellos para espiarla? ¿Sería capaz de involucrar a su hija en algo así? Una nueva punzada de ira anuló su sentido común.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó.

Anna señaló los amarres.

—En el barco.

—De acuerdo, pues. Vamos a hablar con él.

Al cruzar el aparcamiento del puerto deportivo pasaron por delante de una familia que cargaba con toallas de playa y bolsas de tela en dirección a su coche. La luz diurna era cada vez más tenue. Cuando llegaron al embarcadero, Anna introdujo un código numérico en el panel de la verja metálica que impedía que los intrusos accedieran a las embarcaciones. Nada más entrar, la puerta se cerró a sus espaldas con un ruido metálico que resonó por todo el puerto. De repente, Suzanne volvió a tener la sensación de que estaba atrapada. Ya casi había oscurecido y a lo lejos resplandecían las luces de algunos barcos, pero aparte de un pequeño y algo deteriorado bote con cabina que había dos amarres más allá, las embarcaciones del muelle en el que se encontraban estaban completamente a oscuras.

—¿Qué barco es? —preguntó antes de dar un paso más.

—Ése —dijo Anna, señalando un impresionante yate amarrado al final del embarcadero.

—Ese barco está a oscuras. Pensaba que habías dicho que tu padre ya estaba en él.

—Debe de estar echándose una siesta —repuso Anna.

Suzanne recordó un seminario sobre seguridad al que había asistido años atrás. Lo impartía un policía jubilado según el cual el miedo era el sistema de alarma que el cuerpo tenía incorporado para las situaciones peligrosas. Su señal de alarma se había activado en su apartamento y de nuevo en el Buick, pero la había ignorado en ambas ocasiones. En ese momento volvió a activarse. La impaciencia por hablar con Vince había provocado que dejara de lado el sentido común. Si desde un buen principio hubiera prestado atención a su instinto, ahora estaría en casa comiendo pizza en vez de estar mirando el casco a oscuras de un yate en el que Vince no estaba ni había estado en toda la tarde.

Recordó entonces otro punto clave del seminario: «Nunca permitas que te

trasladen a una localización secundaria». Nada había más secundario que un barco a oscuras en un puerto a oscuras. Suzanne decidió entonces que ya había actuado de un modo estúpido durante demasiado tiempo y dio media vuelta para regresar a la verja. Sal se interpuso en su camino con una pistola en la mano.

Ella nunca había visto una pistola. Sus padres no tenían ninguna ni tampoco sus amigas. Al menos, que ella supiera. Había visto algunas en la televisión y en el cine, claro está, pero eso no podía compararse con la fría realidad y el poder destructor del acero forjado que estaba apuntándola en ese momento. Una oleada de adrenalina se extendió por su cuerpo y su instinto de lucha o de huida se activó. Pelear estaba fuera de discusión. La única posible alternativa era la huida. Pero el miedo se había extendido rápidamente por todos sus miembros, inmovilizándolos e impidiéndole pasar a la acción.

—¡Muévete! —le ordenó Sal, empujándola en dirección al barco.

Anna estaba a su lado con una sonrisa en el rostro, sujetando todavía la bolsa de plástico que ya llevaba antes en la mano. Suzanne decidió permanecer inmóvil.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó tratando de imprimir cierta autoridad a su tono.

—¡He dicho que te muevas!

Sintiendo que no había otra opción, Suzanne comenzó a caminar por el embarcadero, dando pasos cortos para ralentizar el avance y ganar tiempo para analizar la situación. ¿Qué *querían* de ella? ¿Planeaban hacerle daño o sólo querían asustarla? ¿Era por dinero? ¿Querían su dinero? Entonces sus pensamientos se adentraron en un terreno más oscuro que había estado evitando hasta el momento: ¿era posible que estuviera disfrutando de sus últimos minutos?

Se fijó entonces en las sombrías y negras aguas del lago a cada lado del embarcadero. Si se arrojaba a ellas, sería prácticamente imposible que la vieran. Se visualizó a sí misma sumergiéndose de cabeza del mismo modo que

lo hacía de pequeña con Johnny en los helados lagos de Minnesota y buceando tan lejos como pudiera contener la respiración bajo el agua.

Pero la pistola que tenía a la espalda hizo que siguiera avanzando hasta que se detuvieron junto a un enorme y elegante barco con el nombre de *Giovanna Anna* estarcido en dorado en la popa.

—¡Sube! —le ordenó Sal. Suzanne permaneció inmóvil, negándose a avanzar—. Un disparo aquí —dijo al tiempo que le clavaba el cañón en la columna vertebral— y te quedarás en una silla de ruedas el resto de tu vida con una bolsa para mear y otra para cagar.

Sentía tanto miedo y tenía la boca tan seca que las paredes de los pulmones parecían habersele pegado. Era ahora o nunca. En un último esfuerzo desesperado, Suzanne se impulsó hacia delante y se tiró por el hueco que había entre el barco y el embarcadero. Había comenzado a caer hacia el agua, su única promesa de escapatoria, cuando de repente notó que una mano de acero la agarraba por el tobillo. Su cuerpo golpeó entonces contra un pilar del embarcadero y se quedó colgando boca abajo, indefensa en medio del negro vacío. Al alzar la cabeza, vislumbró el cielo estrellado detrás de Anna, que la sostenía con una fuerza alimentada por el odio.

—¡Zorra estúpida! —escupió la chica en voz alta.

Sal se agachó y, tirando de la parte trasera de sus pantalones, volvió a subirla al embarcadero. Suzanne intentó gritar, pero él la golpeó en la boca con tanta fuerza que le partió el labio. Mientras Anna subía a la embarcación y encendía las luces, él la mantuvo sujeta y luego la arrastró hasta el barco y la arrojó al suelo del salón. Anna cerró la puerta detrás de ellos.

—Bonito barco, ¿verdad? —Anna pronunció esas palabras mirando a Suzanne con abierta hostilidad—. Seguro que te gustaría hacerte con él. Pues lo siento, pero mi padre nos lo compró a mi madre y a mí, ¿lo entiendes?

Con una escalofriante sonrisa, la chica metió la mano en la bolsa de plástico y sacó un rollo de cinta de embalar. El sudor había cubierto la frente de Suzanne, empapado sus axilas y humedecido la ingle. Los intestinos

amenazaban con aflojarsele. Sal la obligó a sentarse en una silla y la mantuvo sujeta mientras Anna usaba la cinta de embalar para pegarle las piernas a la misma y las manos a la espalda.

—Por favor —suplicó Suzanne—. No sé qué queréis, pero si es dinero...

—¿Cómo te atreves, zorra? —La hija de Vince cogió la pistola que Sal acababa de dejar en la mesa y la golpeó en la cara. La cabeza de Suzanne dio una sacudida como si fuera la de una muñeca de trapo y de sus ojos comenzaron a caer lágrimas de dolor al tiempo que un verdugón rojo aparecía en su mejilla—. ¿Dinero? Mi padre tiene más dinero del que tú verás en toda tu vida. —Se volvió hacia Sal—. No puedo seguir escuchando a esta zorra. ¿Puedes hacer que se calle?

Sal tapó la boca de Suzanne con cinta aislante, pasándola varias veces alrededor de la cabeza para mayor seguridad. Anna siguió con su diatriba.

—Irrumpiste en nuestra familia y lo cambiaste todo. Mi padre nunca se había comportado así con sus otras putas. Porque tú no eres la primera, ¿lo sabías? Ha habido muchas otras antes que tú. Pero desde que está contigo se comporta de un modo distinto. Nunca había antepuesto a ninguna a mi madre y a mí. Contigo es casi como si no existiéramos.

»Lo que me choca es que ni siquiera eres su tipo —añadió entre dientes—. Nunca le han gustado las mujeres delgadas y sin tetas. Siempre le han ido más las mujeres con curvas, como tu amiga. Yo estaba convencida de que ésa era su zorra. Todo encajaba. Pero luego vi que nada cambiaba tras su muerte. —Presionó el cañón de la pistola contra la mejilla de Suzanne—. Esta vez sé que he dado con la persona acertada.

—¡Anna, detente! ¿Estás loca? —Sal le quitó el arma de las manos y la dejó sobre la mesa—. No dispires aquí. El ruido resonaría por todo el puerto.

—Lo siento, Sal. Supongo que estoy sobreexcitada. —Se volvió hacia él y le dio un largo y prometedor beso, lamiéndole la cara con la lengua.

Él deslizó una mano por su trasero y la atrajo hacia sí, separándole las piernas con una de las suyas.

—Enseñémosle cómo se hace —dijo Anna, mirando directamente a Suzanne mientras se restregaba arriba y abajo de la pierna de Sal—. ¿Es así como lo haces con mi padre?

Sal sonrió pícaramente. Anna se subió la camiseta y el sujetador y se cogió sus enormes pechos con las manos. Sus oscuras areolas tenían el tamaño de un dólar de plata. Dejó escapar un gemido cuando Sal se metió un pezón en la boca y comenzó a chuparlo. Suzanne cerró los ojos para no tener que ver la escena, pero nada podía impedir que oyera los ruidos animales del sexo.

—¡Oh, nena...! —no dejaba de decir Sal—. Me va a explotar la polla.

—¿Te dice mi padre eso cuando te folla? —le preguntó Anna a Suzanne para provocarla.

Finalmente, tras lo que le pareció un lapso de tiempo interminable, se oyeron unos profundos gruñidos seguidos de silencio. Suzanne abrió poco a poco los ojos y vio a Sal poniéndose sus pantalones vaqueros lavados a la piedra y luego abrochándose a la altura del estómago. Anna permanecía tumbada en el sofá. Los pechos le caían a los lados de la caja torácica y tenía las piernas abiertas.

—Te gusta mirar, ¿verdad, zorra? Ya lo sabía yo.

Sal cogió entonces la llave del barco y se dirigió a la cubierta. Anna se puso la camisa de su novio y lo siguió, dejando a Suzanne sola en el salón. El corazón le latía con tanta fuerza que tenía la sensación de que iba a desmayarse. No tenía ninguna duda de que pensaban matarla. Se preguntó por qué había cometido la equivocación de ir con ellos.

Y entonces tomó conciencia de la cruda realidad. La equivocación no había sido ir con ellos al puerto. Eso era secundario. Antes había cometido una equivocación mayor que había provocado la muerte de Angie y ahora provocaría también la suya. La equivocación de tener una aventura con un hombre casado.

Debería haber sabido que nada bueno podía salir de algo así. «Nada de hombres casados» era el mantra principal de todos los artículos de consejos

del mundo. La simple verdad era que había ido en contra de todo lo que le habían enseñado y había cometido adulterio. ¡Qué estupidez! En lugar de pedirle a Vince dinero cuando tenía problemas económicos, debería haber vendido el apartamento. Siempre supo que él se lo prestaría porque se sentía atraído por ella. Y creyó que sabría cómo manejar la situación y que podría mantenerlo embaucado con falsas esperanzas hasta que pudiera devolvérselo. En vez de eso, sin embargo, había sido víctima de sus propios deseos egoístas. Ahora era demasiado tarde para desear no haberse liado con él.

Los motores del barco se pusieron en marcha y la silla comenzó a vibrar, intensificando el miedo que Suzanne sentía. Pronto saldrían del puerto y comenzarían a surcar las aguas del lago. Visualizó entonces su cuerpo hundiéndose en su turbio fondo, donde pasaría a ser pasto para los peces y demás vida acuática. Nadie sabría nunca qué le había sucedido. El corazón comenzó a latirle todavía más fuerte.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que alguien se diera cuenta de que había desaparecido? Vince la echaría de menos al día siguiente por la mañana cuando fuera a su casa para recogerla y viera que no estaba, pero ¿qué iba a hacer? No podía advertir a la policía de que su amante había desaparecido. La primera señal de alarma no sonaría hasta más tarde, en la boda, cuando su lugar en la mesa quedara vacío. Imaginó las desesperadas llamadas telefónicas de sus padres y el sufrimiento que sentirían las semanas siguientes al no saber qué le había pasado a su única hija viva.

La policía iría a su edificio y haría algunas preguntas. El portero recordaría que se había marchado con una joven morena vestida con una falda ajustada y que le había dado dinero para pagar una pizza, pero de poco serviría eso.

De repente, el motor del barco se caló y hubo un instante de silencio antes de que volviera a arrancar con un chisporroteo. Suzanne procuró recobrar la escasa serenidad que le quedaba y echó un vistazo a su alrededor en busca de alguna escapatoria. Los bordes de la mesa en la que descansaba la pistola tenían los ángulos rectos y afilados. Tal vez podría desplazarse con la silla

hasta ella y usarlos para cortar la cinta de embalar que aprisionaba sus manos. Desde allí podría coger la pistola. No tenía nada que perder. Cualquier cosa era mejor que permanecer sentada esperando a que la mataran. Usando el peso de su cuerpo para balancear la silla adelante y atrás, consiguió moverla ligeramente hacia delante. Animada, siguió balanceándola en dirección a la mesa en una carrera contra el tiempo. En un momento dado, el motor aceleró y el rítmico temblor bajo sus pies fue a más. Pronto dejarían el puerto atrás. Procuró darse más prisa.

Estaba a medio camino de la mesa cuando el motor volvió a detenerse. Acto seguido, la puerta del salón se abrió y apareció Anna. Llevaba la camisa de Sal abierta y los pechos le colgaban casi hasta el ombligo. Un hilo de oscuro vello púbico se extendía hasta su vulva. Cuando vio que Suzanne se había movido, sus cejas se fruncieron en señal de enfado.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó.

Se acercó a ella, alzó un pie descalzo y empujó la silla, tirando a Suzanne por los escalones de la cocina. Ésta aterrizó de espaldas y se golpeó la cabeza con tanta fuerza que estuvo a punto de perder la conciencia. Cuando finalmente consiguió volver a abrir los ojos, Anna estaba a su lado con el rollo de cinta de embalar en la mano.

—Zorra estúpida. ¿Adónde pensabas que ibas? Eres más problemática que tu amiga.

Una inimaginable oleada de pánico atenazó a Suzanne al ver cómo la hija de Vince cortaba cuatro trozos de cinta y luego se inclinaba sobre ella. «Oh, no, oh, no, oh, no...» Incapaz de mover los brazos ni las piernas, comenzó a sacudir la cabeza y tensó el cuerpo, removiéndose en la silla como un pez fuera del agua. «Oh, no, oh, no, oh, no.»

—Ahora ya no podrás ver —dijo Anna, y pegó un largo trozo de cinta sobre los ojos de Suzanne—. Ni oír —añadió, colocando dos más sobre cada una de las orejas—. ¡Ni respirar! —exclamó mientras pegaba el último sobre la nariz.

Suzanne intentó inhalar, pero la cinta se lo impedía. Luego intentó exhalar y el aire se acumuló en su nariz. Finalmente trató de mover la boca para aflojar la cinta, pero tampoco podía. Su mente retrocedió entonces a una ocasión en Minnesota en la que estuvo a punto de ahogarse y su tía tuvo que practicarle el boca a boca. Mientras estaba inconsciente, había viajado a un agradable lugar y, cuando despertó, vio a sus padres y a Johnny con expresiones de preocupación en sus rostros. Tal vez algo así podía volver a pasar. Perdió la conciencia al tiempo que los motores volvían a arrancar.

## Cuarenta y ocho

O'Reilly acababa de desenvolver el bocadillo que había comprado en un Subway cuando el Cadillac Seville pasó por su lado a toda velocidad.

—¡Joder! —exclamó, y tras tirar el sándwich al asiento trasero arrancó su Crown Victoria y se apresuró a dar media vuelta—. ¿No era Kaufman el que iba en el asiento del copiloto?

—Desde luego, parecía él —dijo su corpulento compañero antes de darle un mordisco a su sándwich. Llevaban horas vigilando la casa de Columbo con la esperanza de ver al escurridizo carpintero. Bueno, al fin lo habían hecho.

—¿Cómo cojones ha conseguido entrar en esa casa sin que lo viéramos? —O'Reilly pisó el acelerador a fondo y rezó para que no hubiera niños jugando fuera de casa mientras recorría a toda velocidad la calle residencial.

Para cuando llegaron a la salida de la urbanización, el Seville era un punto rojo que se dirigía al este.

—Parece que tiene prisa —observó Kozlowski, que seguía comiéndose tranquilamente su sándwich. No veía ninguna razón para dejar de hacerlo. No era él quien conducía.

O'Reilly llevó el Ford Crown Victoria al límite y el cuentakilómetros pasó de ciento diez en pocos segundos. Por fortuna, la resaca de ese día no era demasiado dura. La noche anterior sólo se había tomado cinco o seis cervezas. Sabía que estaba violando todas las normas al conducir a esa velocidad, especialmente fuera de su jurisdicción, pero prefería no pensar en ello.

—¿Quieres que pida refuerzos? —preguntó Kozlowski mientras la distancia que separaba ambos coches se iba reduciendo.

—No. Veamos primero adónde va.

El Seville tomó la autovía Eisenhower en dirección a la ciudad. Iba a tal velocidad que O'Reilly tuvo que emplearse a fondo como conductor. Columbo era un loco al volante. Había desafiado todos los límites de velocidad y no sólo había llegado a cruzar cuatro carriles a la vez, sino que, en una ocasión, incluso había tomado una rampa de salida y luego la había bajado por el otro lado para sortear un tramo de tráfico más lento.

—Esto es casi como en las películas —señaló Kozlowski, terminándose el bocadillo con un último mordisco—. Sólo que en una película a estas alturas ya tendríamos a una docena de polis encima.

—Sí, eso sólo pasa en las películas —convino O'Reilly—. ¿Es que ese tipo cree que es un conductor de la NASCAR?

—Ni idea. Pero sin duda tiene prisa.

Llegaron a la ciudad en un tiempo récord. El Seville dejó la autovía y se adentró en el laberinto subterráneo de la parte baja de Wacker Drive. Estaban haciendo algunas obras y habían dispuesto conos de color naranja para modificar el trayecto de los carriles. Divisaron el Seville a unas decenas de metros, y ya estaban alcanzándolo cuando de repente un coche maniobró para esquivar un cono mal colocado y se interpuso en su camino, haciendo que O'Reilly tuviera que frenar de golpe. La fuerza de la frenada estuvo a punto de hacer que tanto él como Kozlowski se empotraran contra el parabrisas a pesar del cinturón de seguridad. O'Reilly soltó una ristra de maldiciones mientras observaba cómo el Seville desaparecía más allá de las hileras de color naranja neón.

—¿Ahora qué? —preguntó Koz.

O'Reilly consideró la situación mientras el coche errante se apartaba de en medio.

—Me apuesto veinte pavos contra diez a que se dirigen al puerto de Belmont. Y algo me dice que el doctor Niebaum tiene algún papel en todo esto. —Pisó de nuevo el acelerador. Con fuerza.

Diez minutos después, se detuvieron con un chirrido de frenos en el puerto

de Belmont. El Seville estaba en medio del aparcamiento, con el motor todavía en marcha y las puertas del conductor y del acompañante abiertas. O'Reilly y Kozlowski se acercaron al coche cautelosamente, con sus revólveres de servicio en la mano.

—Está claro que tenían prisa —repitió Kozlowski.

O'Reilly inspeccionó el puerto. En algunos barcos podían verse luces encendidas, pero el *Dermabrasion* no era uno de ellos.

—Estaba convencido de que había alguna conexión entre Niebaum y... — Sus palabras se vieron interrumpidas por el ruido de unos pasos.

Éstos no provenían del barco de Niebaum, sino del embarcadero que había al otro extremo del puerto. En medio de las espectrales sombras que proyectaban las luces amarillas del muelle, los policías divisaron las siluetas de dos hombres que corrían.

«Deben de dirigirse al embarcadero del fondo», pensó O'Reilly. Se subió los pantalones y le hizo una señal a Kozlowski con la cabeza. Ambos volvieron a enfundar sus armas y salieron corriendo detrás de los dos hombres.

## Cuarenta y nueve

A Vince le temblaba tanto la mano que apenas si podía teclear el código de seguridad. Podía ver las luces encendidas en el interior del *Giovanna Anna* y oír el suave ruido de los motores del yate. Vince nunca había matado a un hombre ni había soñado siquiera con hacerlo, pero como Sal le hubiera hecho daño a su hija de algún modo, puede que ésa fuera la primera vez. La verja se abrió justo cuando el *Giovanna Anna* comenzaba a moverse.

—¡Date prisa! —le gritó a Steven.

Ambos hombres apretaron a correr por el embarcadero y sus pasos resonaron como el redoble de un tambor por todo el puerto deportivo. Llegaron a la altura del barco justo cuando estaba comenzando a separarse del atracadero. Vince saltó primero a proa, seguido de Steven, que cayó ruidosamente a la cubierta. Los motores se apagaron y la oscura cabeza de Sal asomó por el puente.

Sin esperar a Steven, Vince salió corriendo hacia la cubierta de popa. Al llegar a la puerta del salón, la abrió con tanta fuerza que a punto estuvo de arrancarla de sus goznes. En medio de la estancia se hallaba su hija, ataviada únicamente con una camisa de hombre que la dejaba medio desnuda. Al ver a su padre, Anna dejó escapar un grito ahogado y se cerró la camisa.

—¡Papá! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Vince, mirándola fijamente con sus ojos negros—. ¿Te ha hecho daño? —repitió.

Ella se lo quedó mirando con la expresión lastimera de una criatura malherida. Acto seguido, se arrojó hacia su padre, lo agarró por las solapas de su esmoquin y rompió a llorar en su pecho.

—¡Oh, papá..., gracias a Dios que estás aquí! —exclamó con voz trémula—. ¡Me ha violado!

El arrebató de furia que sintió Vince llenó su visión de puntos rojos y el corazón comenzó a latirle con una fuerza tal que fue un milagro que no le explotara una arteria. Ese pedazo de mierda viviente había violado a su hija. Pensaba hacer trizas a Sal con sus propias manos. Avergonzado por la desnudez parcial de Anna, cogió una manta que había sobre el sofá y la envolvió con ella. De repente, se oyó un fuerte estruendo procedente del exterior del barco.

—¡Quédate aquí! —le ordenó a su hija.

Vince volvió a dirigirse a la cubierta de popa y vio a Steven y a Sal enzarzados en un combate físico. El tipo de la zona oeste de Chicago tenía inmovilizado al carpintero y estaba intentando tirarlo por la borda. En un momento dado, sin embargo, Steven lo agarró por el brazo y lo arrojó al suelo de la cubierta. Luego ambos comenzaron a forcejear en el suelo como en una pelea callejera, chocando con las tumbonas y colocándose uno encima del otro cada pocos segundos.

Steven no había peleado nunca con alguien tan fuerte. La potencia de Sal era inhumana, y, a pesar de que el carpintero estaba empleando todos y cada uno de sus músculos, no podía con él. Sal peleaba sin reglas. Llegó incluso a morderle el cuello y estuvo a punto de alcanzarle la yugular. Una descarga de adrenalina permitió a Steven hacer acopio de la fuerza suficiente para arquear la espalda y desembarazarse de él, pero un momento después éste volvía a estar encima, dándole puñetazos en la cara.

Vince lo observaba todo desde un lateral mientras trataba de decidir qué podía hacer. Las posiciones de los dos combatientes cambiaban a tal velocidad que cualquier intento de intervenir sería como meter la mano en una pelea de perros. En un momento dado, de hecho, intentó agarrar a Sal, pero éste, como un perro rabioso, le hundió los dientes en la parte carnosa de la mano, arrancándole un trozo de carne. Presa del dolor, Vince retrocedió, y

comenzó a brotarle sangre de la herida mientras Sal seguía dándole una paliza a Steven.

De algún modo, el carpintero consiguió quitárselo de encima y los dos volvieron a quedar frente a frente. El contorno de sus músculos en tensión relucía como si fueran de mármol esculpido. Finalmente, Sal consiguió dominar al agotado carpintero y lo inmovilizó en el suelo, clavándole las rodillas en los hombros. Luego le rodeó el cuello con sus manos de hierro y comenzó a apretar. El carpintero abrió la boca a modo de súplica y empezó a agitar las manos en el aire para intentar agarrar a su oponente. Vince se dio cuenta de que, si no detenía a Sal, éste iba a matar a Steven. Y quizá luego a él. No quería ni pensar lo que podría pasarle a su hija después de eso.

Abrió uno de los bancos con espacio de almacenaje que había en la cubierta y sacó un remo de madera. Tras sopesarlo con la mano buena, se volvió hacia los hombres que peleaban en el suelo con el remo al hombro, preparándose para abrirle el cráneo a Sal. Antes de que pudiera golpearlo, sin embargo, sonó un disparo que reverberó en las aguas del lago como un timbal. Sal dejó escapar un grito ahogado y se desplomó sobre la cubierta.

Vince se volvió y vio a su hija a su lado con una pistola en una mano. Anna tenía la mirada puesta en Sal, que se retorció en la cubierta con la sangre brotándole como una fuente de la arteria cercenada. Vince se quedó mirando boquiabierto la espantosa escena.

—Me ha violado, papi, me ha violado —dijo Anna entre sollozos, y se abrazó a él con el arma todavía en la mano.

Estaba prácticamente histérica, y Vince intentó consolarla mientras contemplaba con odio desatado al hombre que se desangraba en la cubierta. Steven se puso en pie lentamente, tosiendo y frotándose el cuello, y, con cuidado, le quitó a Anna la pistola de la mano. Luego subió al puente y condujo el *Giovanna Anna* de vuelta a su amarre. Finalmente, apagó los motores y regresó a cubierta.

Todo quedó en silencio salvo por los sollozos de Anna, cuya morena

cabeza subía y bajaba apoyada en el hombro de su padre.

## Cincuenta

O'Reilly y Kozlowski se hallaban frente a la verja cerrada cuando se oyó el disparo, que resonó magnificado como un trueno a través de las aguas abiertas. Un hombre ataviado con unos pantalones cortos con bolsillos a los lados apareció en la pasarela de su destartado barco para ver el origen de aquel ruido. O'Reilly lo llamó y le mostró su placa a través de los barrotes de hierro.

—¡Oiga! ¡Usted! ¡Somos policías! ¡Necesitamos entrar ahora mismo!

El tipo de los pantalones cortos recorrió dificultosamente el embarcadero hasta la verja para dejarlos pasar. En cuanto lo hicieron, los dos policías comenzaron a correr otra vez, aferrados con fuerza a unos revólveres que rara vez desenfundaban. O'Reilly esperaba llegar al *Giovanna Anna* sin desmayarse o sufrir un ataque al corazón. Cuando ya se acercaban, ralentizaron el paso y se ocultaron detrás de un barco cercano para poder examinar la escena que tenía lugar en su cubierta. Steven Kaufman sostenía una pistola mientras una chica vestida con una camisa de hombre lloraba en el pecho de un Vince Columbo de esmoquin.

—¡No te muevas, Kaufman! ¡Policía! —exclamó O'Reilly desde las sombras—. ¡Deja el arma en la cubierta y levanta las manos! ¡Tú también, Columbo! ¡Y la chica! ¡Que no se mueva nadie!

Steven se volvió hacia los dos policías y sopesó sus opciones. A lo lejos se podía oír el gemido de las sirenas que se acercaban. Las oscuras aguas del lago resultaban tentadoras. Quizá, sólo quizá, podría escapar.

—No lo hagas —exclamó Vince, advirtiendo la intención del carpintero—. No huyas. Me encargaré personalmente de que cuentes con la mejor asistencia

legal. Es lo menos que puedo hacer después de que me hayas ayudado a salvar a mi hija.

Steven dejó el arma en la cubierta y levantó las manos por encima de la cabeza. Vince también lo hizo. La sollozante chica permaneció con las manos a los costados y la cara oculta en el pecho de su padre.

—Pero ¿qué cojones...? —exclamó O'Reilly al ver el cuerpo moribundo del tipo moreno que yacía en un charco de sangre cada vez mayor. Recogió la pistola que Steven había dejado en el suelo y se la guardó en el bolsillo.

Con su sollozante hija todavía aferrada a la camisa, Vince señaló a Sal y, dirigiéndose a los detectives, declaró:

—Este hombre asesinó a Angie Wozniak. Y ha violado a mi hija.

La chica alzó su compungido rostro.

—Me ha violado —afirmó en un tono de voz procedente de un oscuro lugar de su interior—. Me ha violado y ha jurado que, si se lo decía a alguien, me haría lo mismo que a la mujer que se encuentra en la cocina.

—¿Hay una mujer en la cocina? —preguntó O'Reilly con inquietud.

Kozlowski ya estaba de camino al interior del barco. Transcurrió un tenso minuto mientras O'Reilly permanecía en cubierta vigilando a los demás. Al poco, la puerta volvió a abrirse y el enorme policía apareció con el cuerpo inerte de una mujer en brazos y un puñado de cinta de embalar en las manos. En las piernas de la mujer eran visibles unas finas líneas rojas que marcaban el lugar en el que el policía había usado su navaja para cortar la cinta que la mantenía sujeta a la silla.

—No respira, pero todavía tiene pulso.

Kozlowski dejó a la mujer inconsciente en la cubierta y se arrodilló a su lado para practicarle maniobras de reanimación cardiopulmonar. El policía comenzó a bombear el pecho de la mujer y a exhalar frenéticamente en su boca para introducir aire en sus inactivos pulmones. O'Reilly ya había pedido por radio una ambulancia para el hombre que yacía en cubierta, pero llamó para pedir otra para la mujer mientras su compañero seguía intentando reanimarla.

El primero de los coches patrulla que habían respondido a la llamada solicitando refuerzos ya había llegado al puerto y un par de agentes uniformados estaban acercándose al barco. O'Reilly les indicó que se detuvieran y señaló el *Dermabrasion*, que estaba atracado tres amarres más allá.

—Id a ese barco —exclamó—. Hay un médico a bordo. Sacad su culo de allí y traedlo. Tenemos a una mujer gravemente malherida.

Los agentes corrieron más rápido de lo que O'Reilly podría haber hecho jamás.

Todavía abrazado a su sollozante hija, Vince agradeció a la Providencia que siguiera de una pieza. Sólo esperaba que sus daños psicológicos no fueran muy severos. Pero Anna era una luchadora como él, y estaba seguro de que lo superaría y saldría indemne. Sus ojos se posaron entonces en la persona menos afortunada que había en cubierta. El corpulento policía le tapaba el rostro, pero podía ver un brazo pálido con un reloj Cartier adornando una delgada muñeca y una suave y cuidada mano. El corazón de Vince amenazó con detenerse. Conocía ese brazo, esa mano, esos dedos; se los había llevado a los labios miles de veces. Soltó a su hija.

—¡Suzanne! —exclamó moviéndose hacia el cuerpo que yacía en cubierta, pero alguien lo agarró de la manga del esmoquin y tiró de él.

Pensando que se trataba de O'Reilly, Vince se volvió para ofrecerle las explicaciones pertinentes. Pero no era el policía quien lo cogía de la manga, sino Anna.

—¡Detente, papi! ¡Detente! —gritó ella con una expresión de odio tal en el rostro que a Vince le costó reconocer a su hija. Las uñas de ésta se le clavaban en el brazo como las de un gato que hubiera trepado demasiado alto—. No vayas con ella.

Los dos agentes uniformados llegaron corriendo al barco seguidos por Michael Niebaum, que iba sin camisa y llevaba un botiquín de primeros

auxilios en la mano. Se quedó estupefacto al ver a Sal tirado en medio de un charco de sangre.

—¡Él no! —exclamó O'Reilly—. ¡Para este tipo ya es demasiado tarde!

El policía corpulento se hizo a un lado y el cirujano plástico dejó escapar un largo resoplido al ver a Suzanne tumbada en la cubierta. Se arrodilló a su lado y le tomó el pulso. Luego, sin más vacilación, metió la mano en el botiquín y sacó el autoinyector de epinefrina que llevaba siempre a mano a causa de la alergia a los cacahuets de su hija Cara. Clavó la jeringuilla en el pecho de Suzanne y, casi de inmediato, ésta soltó un carraspeo y una tos, seguidos de un húmedo grito ahogado. Luego el cuerpo de la mujer comenzó a estremecerse como si estuviera esforzándose para volver a la vida. Su respiración era errática, e inhalaba y exhalaba con gran dificultad. Poco a poco, sin embargo, comenzó a respirar con un ritmo regular. Al final, abrió los ojos con un parpadeo.

Miró a su alrededor confundida. Sus ojos fueron de Michael Niebaum al detective Kozlowski y de éste al detective O'Reilly. Se preguntó quiénes eran. Su memoria estaba vacía. Vince también estaba allí. Y Anna a su lado, mirándola como si hubiera visto a un fantasma.

Entonces comenzó a recordar fragmentos aislados: había salido de su apartamento con Anna, la habían obligado a subir al barco, Sal la había inmovilizado en la silla con cinta aislante, Anna la había golpeado con la pistola, los dos habían mantenido sexo delante de ella... Lo último que recordaba era a la chica empujándola por los escalones de la cocina. Su memoria se detenía ahí.

—Vince... —susurró extendiendo una mano.

El hombre soltó los dedos de su hija, que seguían aferrados a su manga, y se arrodilló junto a ella, le tomó la mano entre las suyas y se la llevó a los labios.

—Estoy aquí, Suzanne. No tienes de qué preocuparte.

—Vince... —Cerró un momento los ojos, agotada.

—No, Suzanne. No hables. Ya me lo dirás más tarde.

—No, Vince. He de decírtelo ahora. —Haciendo acopio de toda la energía que pudo encontrar en su exhausto cuerpo, declaró—: Tu hija ha intentado matarme. —Luego volvió a cerrar los ojos y se quedó callada.

—¡No es verdad! Ha sido Sal. Sal ha sido quien lo ha intentado... —suplicó Anna, tirando de la manga de su padre.

Llegaron los técnicos sanitarios con dos camillas. Los policías apartaron a Vince mientras los enfermeros sujetaban con correas a Suzanne a una de ellas y la tapaban hasta los hombros con una sábana. A continuación, subieron a Sal a la segunda camilla; a éste le taparon el cuerpo entero. Los agentes metieron a Vince y a Anna en dos coches patrulla separados. La chica no dejaba de llamar a gritos a su padre mientras la sentaban en el asiento trasero. Las emociones de Vince estaban divididas entre su hija y su amante.

Los medios de comunicación aparecieron en la escena a tiempo de filmar cómo los policías metían a Steven Kaufman en el tercer coche patrulla con las manos esposadas a la espalda.

## Cincuenta y uno

Por primera vez en varios días, sentía auténtico apetito. En la última semana no había comido más que uno o dos bocados de cada plato. Pensé en la semilla que estaba creciendo en mi vientre y en cómo la había maltratado desde su concepción con demasiado alcohol e insuficiente comida. Juré que a partir de ese momento tendría más cuidado.

Estaba acercándome a la frontera con Ohio y comencé a ver letreros en la carretera publicitando un área de descanso. Pronto, un resplandor de luz en medio de la oscuridad sin fin atrajo mi atención. Salí de la autopista interestatal y aparqué mi humilde Volkswagen en medio de un arsenal de camiones y camionetas. La cafetería adyacente estaba llena de camioneros y cazadores, la mayoría con gorras con logotipos de empresas de maquinaria industrial. Unas pocas cabezas se volvieron hacia mí, pero en general los ojos de los clientes permanecieron pegados al silenciado televisor colgado en la pared del otro extremo de la sala.

Me senté a una mesa junto a la ventana y cogí un menú de un soporte de alambre. Al poco apareció una camarera y pedí ensalada de pollo y un batido. Luego me recliné y, agotada mentalmente, me puse a ver la televisión mientras esperaba que me trajeran la comida. Tenían puesto el canal WGN, que estaba emitiendo una repetición del programa «Noticias de las nueve en punto». Vi cómo el alcalde daba la bienvenida a algún dignatario y luego dieron paso a una serie de anuncios. La ensalada de pollo llegó y comencé a comer como si acabaran de liberarme de un campamento de prisioneros. Cuando volví a levantar la cabeza para tomar un respiro, el telediario se había reanudado y vi a una periodista rubia delante de una docena de coches de policía. En el titular

sobreimpreso podía leerse: PUERTO DEPORTIVO DE BELMONT. A continuación emitieron unas imágenes pregrabadas: Steven Kaufman siendo conducido a un coche patrulla con las manos esposadas. En un momento dado, volvió su cabeza llena de rizos oscuros hacia la cámara y se me quedó mirando fijamente desde la pantalla. Tenía el rostro amoratado y uno de los ojos hinchado. Las cosas se volvieron todavía más surrealistas cuando la cámara mostró el resto de la escena y vi a un descamisado Michael Niebaum de pie al fondo.

Dejé el tenedor a un lado y fui en busca del teléfono público. Carol Anne estaba en casa. Oír la voz somnolienta de mi mejor amiga resultó reconfortante en ese mar de incerteza en el que me encontraba.

—¿Adivina quién soy!

—¿Eres tú, Maggie? —dijo, sonando ya completamente despierta—. ¿Estás bien? Todo el mundo está preocupado por ti. ¿Dónde estás?

—No te preocupes. No me he ahorcado. Estoy en algún lugar cerca de la frontera con Ohio. Perdona que te llame tan tarde, pero tenía que saber qué es lo que ha pasado.

—Bueno, lo cierto es que todo el mundo se ha quedado en estado de *shock*. Tu madre ha llorado. La madre de Flynn ha llorado. Tu padre se ha quedado como si acabaran de embargarle la casa. Y a Flynn lo he visto mejor en otras ocasiones.

—¿Flynn? ¿Ha ido al restaurante?

—Ajá. Ha aparecido y se ha llevado a tus padres y a los suyos a un lado y ha hablado con ellos. Luego les ha contado a los asistentes, lo cual me incluye a mí, lo mismo que debe de haberle dicho a ellos. Que los dos habíais llegado a la conclusión de que era mejor que no os casarais y que debíais cancelar la boda antes de cometer un error. Se ha comportado como un caballero, Maggie. Lo ha llevado con mucha clase. No ha dicho nada malo de ti.

»Luego sus amigos de la fraternidad universitaria lo han rodeado y han declarado que pensaban celebrar una señora fiesta aunque no hubiera boda.

Flynn estará bien, Maggie. Aunque no lo tengo tan claro en el caso de su hermana. Nan parecía realmente desconsolada.

Me encogí ante la idea de haber decepcionado a Nan. Sin duda, me había comportado como una criatura horrible. Pero entonces me recordé que una no debe casarse por los demás. Eso era lo que me había llevado a esa situación en primer lugar. Y pasé a la verdadera razón de mi llamada.

—Estoy en un área de descanso y acabo de ver en el telediario que han arrestado al padre de mi bebé. Y, si no me he vuelto completamente loca, juraría que he visto también a Michael.

El tono de voz de Carol Anne volvió a cambiar.

—Hay mucho más de lo que acabas de ver en las noticias.

Me contó lo que sabía: que Suzanne había estado a punto de morir a manos del mismo tipo que probablemente había asesinado a Angie y que Michael le había salvado la vida. No tenía ni idea de qué tenía que ver Steven con todo eso. Sólo sabía que lo habían arrestado. Yo tenía tantas preguntas que no sabía por dónde empezar. Le hice primero la más importante:

—¿Cómo se encuentra Suzanne?

—Está en el hospital. Han tenido que sedarla y sus padres están con ella. Creo que se pondrá bien, al menos físicamente.

—Gracias a Dios que Michael estaba allí.

El prolongado silencio me indicó que tal vez no había sido algo tan bueno que Michael estuviera allí, al menos para Carol Anne.

—Estaba divirtiéndose con un amigo suyo mientras yo estaba en la cena de ensayo. Ya he tenido suficiente, Maggie. Hemos terminado.

Al colgar, no pude evitar pensar que el mundo tal y como lo conocíamos parecía haber alterado su eje de rotación.

Esta vez, los faros de mi coche estaban orientados hacia el oeste. Mi Volkswagen y yo avanzábamos a toda velocidad en dirección a Chicago, impelidos por una urgencia que ni yo misma podía comprender. A pesar de

todo el sufrimiento que había causado a Flynn y a otros, por primera vez en mucho tiempo no me sentía atrapada. Lo que sentía, en cambio, era una sensación de libertad como la de una oruga a la que acabaran de salirle las alas y pudiera por fin volar.

Y entonces tomé conciencia de la verdad. Por una vez, había hecho lo que yo quería. La realidad era que el hecho de no tener que convertirme en la señora de Flynn Rogers Hamilton III al día siguiente me había sentido maravillosamente bien. Durante mi época universitaria en Iowa me apasionaban muchas cosas: el teatro, la poesía, la literatura... Y también me preocupaban causas como el hambre en el mundo, la igualdad de derechos y el medio ambiente. Desde mi graduación, esas pasiones y preocupaciones no sólo se habían ido apagando, sino que también habían quedado enterradas bajo la pesada carga de un trabajo que nunca me había llegado a interesar. A veces una se deja llevar excesivamente por lo que los demás creen que debería hacer y deja de estar segura de qué era lo que realmente quería. Y si bien yo todavía no estaba segura de qué era lo que quería, al menos tenía claro que no era casarme con Flynn ni la vida que él me habría proporcionado. Flynn era el sueño de mi madre y de muchas otras mujeres. Pero no el mío. Y había otra cosa de la que estaba segura. Me daba igual lo que sucediera: no pensaba regresar al *Chicagoan*.

En cuanto al misterioso Steven Kaufman, no tenía ni idea de quién era realmente ni qué le pasaría, pero sí sabía una cosa: si ese bebé que estaba creciendo en mi interior causaba en mi vida aunque sólo fuera una décima parte del trastorno que había causado él, sería mejor que me pusiera el cinturón de seguridad y me preparara para lo que se me venía encima.

Eran las dos de la madrugada pasadas cuando llegué a mi apartamento. Me metí directamente en el cuarto de baño para hacer pis por primera vez en horas. Cuando me volví para tirar de la cadena no supe si reír o llorar. El agua del retrete estaba tan roja como un adorno de un árbol de Navidad.

Me metí en la cama y dormí profundamente por primera vez en meses.

A la mañana siguiente, fui a la prisión en la que Steven estaba retenido mientras esperaba a que lo devolvieran a New Hampshire. O'Reilly hizo las gestiones necesarias para que pudiera verlo y nos dejó solos en una pequeña habitación sin ventanas y con un par de sillas de plástico. A Kaufman se lo veía cansado, sus rizos languidecían y tenía el rostro lleno de cortes y magulladuras. El ojo hinchado tenía mejor aspecto de lo que había visto la noche anterior en el telediario. Se sentó en la silla como un alumno preparándose para un rapapolvo.

—He venido a contarte que al final no voy a casarme —dije—. No sé por qué he sentido la necesidad de hacértelo saber, pero me ha parecido que habías tenido algo que ver y que debía hacerlo.

Intercambiamos una mirada de entendimiento que me estremeció y me asustó a partes iguales.

—Van a enviarme de vuelta a Manchester —repuso él—. No voy a oponerme a la expulsión, pero quiero que sepas una cosa. No hice las cosas de las que me acusan. Bueno, salvo la bigamia, pero eso no fue culpa mía. Lo peor que he hecho en mi vida es intentar contentar a todo el mundo.

—Eso me suena —señalé.

—Maggie, sé que no nos hemos conocido en las mejores circunstancias, pero si consigo salir de Manchester de una pieza y regreso, ¿podré verte?

—No veo por qué no. Si todavía estoy aquí, claro está. Puede que me marche al oeste.

Steven pronunció sus siguientes palabras con cautela, como un pescador de mosca lanzando el anzuelo en la estación equivocada.

—¿Y lo que me contaste el jueves por la noche de que estabas embarazada? ¿Era cierto?

—Creía que lo estaba —respondí—. Pero resulta que no es así. Me acaba de venir la regla.

## Cincuenta y dos

Kozlowski estaba pasando un tranquilo sábado en casa con su esposa mientras O'Reilly, a quien nada retenía en su deprimente apartamento, se hallaba en la comisaría recogiendo su escritorio. Su resaca era tan leve que apenas la notaba. Había estado reduciendo su consumo de alcohol. De repente, sonó el teléfono.

—O'Reilly.

—Bueno, detective... —Era imposible confundir esa ronca voz—. Está claro que no debería haber dudado de su capacidad.

—¡Pero si es la intuitiva y persistente Kelly Delaney! Tampoco te sientas muy mal. No estabas equivocada al cien por cien respecto al tipo de New Hampshire. Después de todo, había dos órdenes de detención contra él. Y es una suerte que estuviéramos siguiendo su pista, o las cosas podrían haber acabado muy mal para tu amiga Suzanne.

—No sé... Hay algo sobre ese tipo que todavía me da mala espina. Pero por una vez no te he llamado para hablar del asesinato de Angie. O no del todo. Si no recuerdo mal, te ofreciste a invitarme a cenar y esta noche estoy libre.

—Sí, ya me he enterado de que la boda se ha cancelado.

—También tenías razón en eso. Aunque en este caso no estoy segura de que sea algo malo.

—Tu amiga Maggie es una buena persona —dijo él—. Está un poco confundida, pero buena de todos modos.

—Todos estamos un poco confundidos —repuso Kelly—. Bueno, ¿qué hay de la cena? ¿Sigue en pie la oferta o era una invitación de mentira?

—¿Qué te parece a las siete? —preguntó él al tiempo que pasaba un dedo

por el holgado cuello de su camisa.

—Eso estaría genial.

—Pasaré a recogerte.

Tras colgar, O'Reilly contempló a un grupo de *skinheads* jóvenes a los que conducían a una rueda de reconocimiento. El trabajo nunca terminaba. Pero para él ese día ya había acabado. Abrió el cajón superior de su escritorio y metió la montaña de papeles. Luego extendió la mano hasta el fondo del cajón y sacó la petaca que guardaba allí. Lo consideró durante un minuto y finalmente la tiró a la papelera.

Kelly apartó el plato que tenía delante. Todavía quedaban media porción de costillas y un montículo de patatas fritas sin tocar.

—¡No puedo dar ni un bocado más! —exclamó—. Tendré que pasarme toda la semana corriendo para quemar todo lo que he comido.

Dio un sorbo a su Coca-Cola *light* y cogió una toallita húmeda de la pila que había en la mesa. O'Reilly se terminó su última costilla y acompañó el bocado con un par de tragos de su cerveza. Sólo era la segunda que tomaba esa noche. Kelly las había contado. Luego dejó el vaso en la mesa con cinco visibles huellas digitales de salsa barbacoa.

—Con ese vaso no habrá problemas para obtener una condena —se burló ella.

Él examinó sus pegajosas manos.

—Supongo que éste no era el mejor lugar para una primera cita, ¿verdad?

—¿Es esto una cita? —Kelly cogió un puñado de sobrecitos de toallitas húmedas y se los lanzó—. Estoy esperando...

—¿Esperando?

—Esperando que termines de contármelo todo.

O'Reilly se bebió lo que le quedaba de cerveza.

—Bueno, la hija de Columbo está bajo observación psiquiátrica, y me apuesto veinte pavos a que terminan declarándola loca. Su viejo se encargará

de ello. Eso, si es que el asunto llega a los tribunales. Su abogado le ha ordenado que no hable y nadie dice nada.

—¿Y tú qué crees que pasó?

—Abreviando, la hija de Columbo estaba rematadamente celosa de la novia de su papá y quería deshacerse de ella. El problema es que la primera vez se equivocó de persona. Luego, al ver que el comportamiento de su padre no cambiaba...

—... se dio cuenta de que habían matado a la persona equivocada y decidió ir a por Suzanne —terminó Kelly por él.

—Ya te dije que deberías haber sido poli —repuso O'Reilly.

Pensó en tomar otra cerveza y echó un vistazo a su alrededor en busca de la camarera. Luego miró a la mujer que estaba sentada delante de él. Sus ojos azules parecían poder ver en su interior. Puede que después de todo no necesitara otra cerveza.

—¿Qué te parece si vamos al cine? —preguntó, sorprendiéndose a sí mismo. Hacía años que no iba al cine.

—Me parece bien —contestó ella satisfecha.

Después de la película, él la llevó en coche a casa y luego la acompañó hasta la puerta. Ella había elegido una película de arte y ensayo y, si bien O'Reilly pensó que sería un horror, resultó ser bastante buena, a pesar de que no salían polis, no había persecuciones de coches y no explotaba nada. De pie ante la puerta del jardín del edificio de apartamentos, él reparó en lo guapa que estaba ella esa noche. Las farolas de la calle le iluminaban medio rostro y el otro medio quedaba oculto bajo la sombra de los árboles. Sus transparentes ojos azules eran tan tentadores como las aguas en las que se bañó en sus únicas vacaciones en el Caribe con su exesposa. Sintió ganas de besarla, pero el miedo al rechazo lo detuvo. Hacía bastante tiempo que no besaba a una mujer. Desde su exesposa, de hecho. Lo único que había besado desde su divorcio habían sido botellas.

Kelly bajó la mirada. Incluso con zapatos planos, era más alta que él. Estaba sintiendo cosas que le incomodaba admitir abiertamente. Y si bien temía las posibles consecuencias, no quería que la noche terminara todavía.

—¿Quieres subir a tomar un café? —le ofreció.

Él se encogió de hombros y las comisuras de sus labios describieron una sonrisa.

—¿Por qué no?

Kelly se acordó de *Tizzy* demasiado tarde. La gata estaba dormida encima del sofá estampado con flores, y cuando entraron en el apartamento, levantó la cabeza y fulminó con su mirada de un ojo a O'Reilly. Antes de que pudiera detenerlo, el detective extendió su mano de gruesos dedos hacia la cabeza de la gata. Kelly dejó escapar un grito ahogado ante la certeza de que la gata lo arañaría. En cambio, *Tizzy* se quedó mirando con recelo la mano un momento y luego acercó su cabeza a la palma.

—Esto es lo más extraño que he visto nunca —dijo Kelly, observándolo asombrada—. Esta gata odia a todo el mundo excepto a mí.

## Mi epílogo

Hablaré primero de las demás.

Kelly terminó casándose con O'Reilly un año después. Fue una pequeña ceremonia civil en el ayuntamiento, seguida de pastel y café. Eso fue todo. Ni comilona de cuatro platos, ni damas de honor, ni orquesta, ni arreglos florales, ni, desde luego, ningún brindis con champán. El poli beodo había dejado el alcohol. Pero nunca obtuvo el ascenso que esperaba. Se lo dieron a su compañero Kozlowski, de modo que dejó el cuerpo de policía, Kelly hizo lo propio con la universidad y ambos abrieron una agencia de detectives privados. De entre todos los nombres posibles, decidieron llamarla Investigaciones Camioneta Blanca.

Yo regresé a Chicago para asistir a la ceremonia. Fue uno de mis últimos viajes al este y tuve que soportar a mi madre lamentando el hecho de que, poco después de la cancelación de nuestra boda, Flynn se hubiera casado en Las Vegas. Mi madre apenas podía contener las lágrimas ante la idea de que otra mujer estuviera viviendo en la que debería haber sido la casa de su hija. Me alegró saber que Flynn había rehecho su vida. Era un buen hombre y le deseaba lo mejor. Me sentí aliviada al saber que, después de todo, no le había arruinado la vida.

Carol Anne terminó divorciándose de Michael. Intentó darle una última oportunidad, pero tras meses de terapia sexual, terapia de pareja, terapia regresiva, etcétera, Michael llegó a la conclusión de que no podía practicar la monogamia heterosexual. El divorcio fue amistoso. Dejó a Carol Anne en una buena posición económica, y con la garantía de mejoras cosméticas gratuitas de por vida. Al principio, la vida sin Michael fue difícil para ella, pues eso

era lo único que conocía. Pero con el paso del tiempo comenzó un negocio de decoración y conoció a un hombre siete años *más joven* que ella en un seminario para propietarios de pequeños negocios. Él la acompañó a la boda de Kelly, y he de confesar que no sólo era guapo, sino que hacía años que no veía a Carol Anne sonreír así.

Lamentablemente, las cosas no terminaron muy bien para Suzanne. A raíz de la experiencia en el barco, comenzó a sufrir ansiedad y pesadillas y se vio obligada a acudir a terapia durante años. Puso fin a su relación con Vince de inmediato y se negó a verlo a excepción de una vez en presencia de su abogado para saldar sus cuentas. Como no podía recordar bien todo lo sucedido esa terrible noche y Sal estaba muerto, no llegaron a presentarse cargos en contra de la hija de Vince. De hecho, Anna terminó siendo elegida presidenta de la empresa de su padre, y su nombre aparece en los titulares de vez en cuando. Suzanne vendió casi todo lo que tenía para liquidar sus deudas y se trasladó a vivir con sus padres. Terminó trabajando en su tienda. Le diagnosticaron cáncer de mama poco antes del cambio de milenio y murió al cabo de unos meses. Sus padres lo hicieron poco después.

La vida de Natasha dio un vuelco cuando Arthur fue acusado por uso de información privilegiada. Él terminó en prisión con una larga condena y perdieron la casa de Lake Forest. Sin embargo, Natasha, que siempre fue una mujer de recursos, se divorció de ese payaso y se casó con un agente de Bolsa todavía más rico y repulsivo. Por lo que sé, en la actualidad pasa la mayor parte del tiempo en Francia.

En cuanto a mí, Steven regresó a Chicago menos de un mes después de que hubiera sido extraditado a New Hampshire. Yo todavía residía en mi apartamento. Vivía de ahorros y planeaba trasladarme al oeste. Verlo en mi umbral fue como un billete a las estrellas. Es necesario haber experimentado un auténtico amor apasionado en la vida para comprender lo que sentí al verlo de nuevo con esos largos rizos enmarcando su rostro y una pesarosa mirada detrás de las gafas de montura metálica.

Retiraron los cargos criminales que había contra él cuando su segunda esposa se retractó y confesó que había sido su propio padre quien le había dado la brutal paliza después de pillarla en el suelo de una obra con un techador. Los abogados todavía estaban disputando los cargos de bigamia, pero eso no me importó. No necesitábamos ningún papel para disfrutar de lo que compartíamos.

Nos trasladamos al valle del Roaring Fork, en Colorado, más conocido por la ciudad de Aspen. En ese momento había un *boom* inmobiliario en la zona, de modo que Steven no tuvo ningún problema para encontrar trabajo. Yo, por mi parte, conseguí un empleo escribiendo para el periódico local. Nuestra vida era idílica. Hacíamos excursiones, acampábamos y esquiábamos. También escalamos algunas montañas. Como nuestros trabajos eran flexibles, nos pasábamos un par de meses al año viajando por lugares como Europa y el Lejano Oriente. Visitamos Machu Picchu e hicimos submarinismo en la Gran Barrera de Coral. Cuando no estábamos practicando deporte o viajando, acudíamos a festivales de música y leíamos a los clásicos.

Con el tiempo, fundamos nuestra propia empresa de construcción. El negocio creció y nuestras vidas siguieron floreciendo. Éramos rematadamente felices y la pasión que sentíamos el uno por el otro se veía alimentada por la belleza y la cultura que nos rodeaba.

Ni siquiera la crisis económica, que nos arruinó como a muchos de nuestros amigos, hizo mella en nuestro amor. Aunque sí fue responsable de nuestro final de otro modo. Después de que nuestra empresa se fuera a la bancarrota, Steven encontró trabajo en una de las pocas obras que se estaban haciendo en el valle, la construcción de una enorme casa en Castle Creek. Mientras estaba levantando un muro de contención, una gigantesca roca se desprendió de la ladera de la montaña y en cuestión de segundos terminó con su vida y, en muchos aspectos, también con la mía.

De modo que fue con sentimientos encontrados que descubrí que Steven padecía un tumor cerebral. Los médicos me dijeron que se trataba de un cáncer

agresivo, por lo que no habría tardado mucho en morir. Lo cierto es que no veo el momento de dejar este mundo, pues estoy segura de que nos encontraremos de nuevo en el siguiente. Y, cuando volvamos a estar juntos, espero obtener finalmente una respuesta a la pregunta que nunca le hice. Una pregunta que me ha obsesionado desde que dejó mi apartamento después de nuestra primera noche juntos.

¿Cómo terminó su camioneta aparcada al otro lado de mi calle a la mañana siguiente?

## Nota final al lector, por Kelly O'Reilly

El manuscrito de esta historia me lo dio la hermana pequeña de Maggie, Laurel. Me quedé conmocionada cuando me llamó para decirme que mi amiga había muerto, y todavía más cuando ella y su pareja, Alice, aparecieron en la puerta de mi casa con el manuscrito. Lo encontraron en la cabaña de Maggie tras su muerte y Alice le dijo a Laurel que el mejor modo de honrar la memoria de su hermana sería entregándome el texto a mí.

Laurel me recordó mucho a Maggie. Ambas tenían el mismo pelo rojizo y la misma mirada traviesa. El corazón me dio un pequeño vuelco al pensar en lo íntimas que habíamos sido. Todos esos recuerdos compartidos; algunos buenos, otros no tanto. El tiempo y la distancia nos habían separado y encerrado en nuestros propios mundos. Pero me resultó sorprendente la rapidez con la que me vi involucrada en nuestro mundo mutuo cuando comencé a leer sus palabras. Su historia estaba bien contada, y no pude evitar reírme al ver hasta qué punto había dado en el clavo conmigo, sobre todo en lo que respectaba al principio de mi relación con Ron. Y, a decir verdad, directa o indirectamente le debo mi matrimonio y mis hijos a Maggie. De no haberse desmelenado aquella noche, no creo que mi camino y el de Ron se hubieran cruzado nunca. ¡A no ser que yo hubiera vuelto a beber!

Pero, más en serio, lo cierto es que la última línea de su libro hizo que tuviera una revelación. Independientemente de la vida que Maggie llevara con Steven Kaufman hasta la muerte de éste, siempre pensé que había algo sospechoso en él. De hecho, me preocupaba incluso que Maggie viviera con él en un lugar tan alejado de nosotras como Colorado, especialmente porque desde que se trasladó al oeste apenas la volvimos a ver. Sin embargo, a

medida que los años fueron pasando y nuestra comunicación se volvió más infrecuente, me olvidé de mis sospechas. Después de todo, nuestras vidas estaban muy alejadas y yo estaba ocupada trabajando y criando a mis hijos.

Sin embargo, ahora la cuestión se ha reabierto. En cuanto terminé de leer el manuscrito de Maggie, me dirigí al salón. Ron estaba pegado al televisor viendo un partido de los Bears. Intenté mostrarme respetuosa con sus intereses y no molestarlo en medio de un evento deportivo, pero eso era demasiado importante para esperar siquiera una hora.

—Tengo un nuevo caso —dije—. O, mejor dicho, un caso antiguo.

—¿Qué...? —Sus ojos permanecieron puestos en el televisor—. Espera a los anuncios.

Me senté en el sofá y aguardé. Nuestra empresa se dedica básicamente a casos de divorcio y citaciones judiciales, lo cual resulta bastante lucrativo. De hecho, el negocio incluso había ido a más desde que comenzó la recesión. Parecía que todo el mundo quería demandar a alguien en busca de algún lugar en el que pudiera haber algo de calderilla. Como consecuencia, repartíamos citaciones judiciales como si fueran tarjetas de Navidad.

Cuando por fin hubo una pausa publicitaria, los Bears iban ganando 10-0. Ron silenció el televisor y volvió su cabeza ya completamente encanecida hacia mí. Yo le expliqué lo del manuscrito de Maggie y el hecho de que, por alguna razón, a la mañana siguiente de su primer encuentro la camioneta de Steven Kaufman estaba aparcada en su calle. Exasperado, él no pudo evitar poner los ojos en blanco al recordar la insistencia con la que había dado caza a ese tipo años atrás. Pero nuestro matrimonio había perdurado a pesar de algunas épocas difíciles gracias a que éramos capaces de reconocer aquello que era importante para el otro. Y, sin que yo le dijera nada más, Ron supo que eso lo era para mí.

De modo que abrimos un nuevo expediente.

Naturalmente, había pasado tanto tiempo desde aquella noche que las posibilidades de descubrir algo en el barrio de Maggie eran prácticamente

nulas. Difícilmente íbamos a encontrar a algún vecino que hubiera visto una camioneta a las cuatro de la madrugada veinticinco años atrás. Al principio, pues, no supe ni por dónde empezar. Fue entonces cuando mi brillante (un término que no suelo usar demasiado) marido sugirió que fuéramos a New Hampshire para hablar con las dos primeras esposas de Steven Kaufman.

Comencé investigando un poco en internet. Y ¡bingo! Descubrí que Heather Kaufman vivía en las afueras de Concord, la misma población en la que ella y el carpintero habían tenido su casa. Siempre he creído que se obtienen mejores resultados si se visita a alguien en persona sin advertencia previa. Una llamada telefónica lo pone sobre aviso o le da la oportunidad de rechazar la cita. Así pues, Ron y yo cogimos un avión a Nueva York y luego otro regional a Concord.

Como tenía la dirección física de Heather, con el GPS no nos costó mucho encontrar dónde vivía. Cuando aparcamos junto a la casa, sin embargo, pensé que debía de haber cometido alguna equivocación. Por algún motivo, había imaginado que esa mujer que había sido novia de Steven Kaufman en el instituto y posteriormente su primera esposa viviría en una maltrecha cabaña o en un minúsculo apartamento. Al fin y al cabo, no había cambiado de apellido, lo cual indicaba que no había vuelto a casarse después de Steven. Eso lo había interpretado yo como una señal de pobreza. Así pues, cuando vimos la enorme casa de estilo Tudor en la que vivía, Ron y yo nos quedamos pasmados.

Y todavía más al ver a la mujer que nos abrió la puerta. Por un momento pensé que tendría que recoger la mandíbula de mi marido del suelo. Se trataba de una mujer extremadamente guapa con el pelo moreno a la altura de los hombros y unos pechos enormes. Parecía tener unos treinta y cinco años, aunque, si una hacía los cálculos, debía de tener cincuenta y pico. Le dijimos que su primer marido había fallecido el año anterior y que estábamos buscando posibles herederos. (Con el tiempo he aprendido que, por más rica que sea la persona con la que una quiere hablar, la posibilidad de obtener más dinero siempre es un buen modo de que te permita entrar en su casa.) Su rostro

adoptó una expresión de cautela ante la mención de su exmarido, pero afortunadamente los habitantes de Nueva Inglaterra tienden a ser confiados y amigables, de modo que, después de pensarlo un momento, abrió la puerta de par en par.

Los habitantes de Nueva Inglaterra también tienden a ser amables. Heather nos ofreció café y donuts, que yo rechacé y Ron aceptó. Nos hizo pasar a su acogedor salón y nos sentamos frente al crepitante fuego de la chimenea.

—Bueno, cuéntenme, ¿qué es eso de Steven y una herencia?

A Ron se le daba muy bien desviar el tema, de modo que lo dejé hablar a él.

—Según tengo entendido, fueron ustedes novios en el instituto —dijo al tiempo que echaba un vistazo al lujoso entorno en el que se encontraba.

El hermoso rostro de la mujer se arrugó como si en su taza hubiera vinagre en vez de café.

—¿De dónde ha sacado algo así? Conocí a Steven cuando estaba haciendo unos trabajos de carpintería aquí en la casa para mi padre. Papá falleció, descanse en paz. Y mi madre también, así que ahora la casa es mía.

»En cuanto comenzó a trabajar aquí, hizo todo lo posible para acostarse conmigo. Y, lamentablemente, lo consiguió. Cuando mi padre lo descubrió, se encaró con él y Steven accedió a casarse conmigo. De modo que lo hicimos, pero me abandonó poco después. Repentinamente. Sin ninguna explicación. Nada. Creo que mi padre cargó con el odio que sentía por Steven hasta su lecho de muerte.

»No supe nada de él hasta que dos años después leí en el periódico que había sido acusado de agresión a su esposa. ¿Su esposa? ¡Pero si ya tenía una a ciento cincuenta kilómetros! Y, encima, había vuelto a hacer lo mismo: su nueva cónyuge era la hija del propietario de una empresa de construcción. Estaba claro que le iban las hijas de sus jefes.

Ron me lanzó una larga mirada inquisitiva antes de preguntar:

—¿Y llegó a divorciarse de él?

—Sí. Y la otra mujer también. Hará unos veinticinco años, un abogado de renombre de Chicago apareció para negociar ambos acuerdos. *Gratis*. Yo incluso obtuve una compensación en efectivo. Y retiraron los cargos de agresión a la otra esposa. Fue como si alguien agitara una varita mágica e hiciera desaparecer todos los problemas de Steven.

Recordé entonces lo que Ron había oído que Vince Columbo le decía a Steven cuando estaban junto al cuerpo de Salvatore Gianfortune en la cubierta del *Giovanna Anna*: «Te conseguiré los mejores abogados». No tenía ninguna duda de que había sido Vince y un montón de «fertilizante» lo que había hecho que desaparecieran todos los problemas de Steven.

La segunda esposa de Steven Kaufman no se creyó lo de la herencia y se negó a vernos. Había vuelto a casarse y sin duda no quería remover el pasado. Aun así, la mayor parte de Nueva Inglaterra es como un pequeño pueblo; todo el mundo está enterado de los asuntos de los demás, de modo que no nos costó mucho conseguir algo de información sobre la supuesta agresión de Steven a su segunda esposa. Algunos nos dijeron que había sido el padre quien le había dejado la cara hecha un cristo por haberse casado con Steven. Otros que ella se lo había hecho a sí misma para vengarse de él por haberla abandonado. La mayoría, sin embargo, coincidía en que probablemente lo había hecho el propio Steven al pillarla en el suelo de alguna obra con otro hombre.

En cualquier caso, llegamos a la conclusión de que ya habíamos descubierto todo lo que podíamos en New Hampshire y cogimos un avión de vuelta a casa.

Ya en Chicago, decidimos ir a ver a Anna Columbo. Nos las arreglamos para acceder a ella bajo el pretexto de estar escribiendo un artículo en una revista de negocios local. Era sabido por todo el mundo que le encantaba recibir publicidad. El nombre de su padre, más rico que nunca, estaba estampado en casi todos los nuevos proyectos inmobiliarios de la ciudad. Anna todavía era

hermosa, pero estaba mucho más delgada y vestía de forma bastante más sutil que por aquel entonces. Entramos en sus oficinas y nos condujeron a una sala de reuniones con vistas a la alubia gigante de Anish Kapoor en el parque Grant. En un momento dado, mientras Ron estaba contándole una historia inventada sobre las condiciones empresariales en la ciudad, ella debió de reconocerlo y, entornando los ojos como si lo diseccionara visualmente, preguntó:

—¿De qué va todo esto en realidad?

—Sólo queremos hacerle un par de preguntas rápidas —tercié yo—. Usted conoció a Steven Kaufman. Trabajó en su casa.

—Hemos terminado —dijo ella poniéndose en pie y sin perder la compostura—. Lárguense ahora mismo de mi oficina.

Pero yo no había terminado. Así es como se hace. Poli bueno. Poli malo. Esta vez, ambos íbamos a interpretar al poli malo. Como he dicho antes, el elemento sorpresa impide que tengan tiempo de preparar una respuesta segura.

—Se acostaba con él, ¿verdad? —solté la pregunta antes de que pudiera echarnos.

La firmeza de su respuesta me indicó todo lo que necesitaba saber.

—Está de broma, ¿no? Era un empleado.

Y nos echó de su oficina.

Esa noche, mientras cenábamos *linguini* con salsa de almejas, Ron y yo discutimos los posibles escenarios. Supusimos que uno de esos escenarios podría haber ido más o menos así:

Por supuesto, Kaufman estaba tirándose a la hija de Vince. Era su *modus operandi* y, probablemente, aquella noche había quedado con ella en el barco de su padre, lo cual querría decir que Anna llevaba encima las llaves. Antes, sin embargo, ella fue a The Overhang para echarle un vistazo a su rival después de haber oído a su padre hablando con Suzanne por teléfono. Al ver a Anna con Sal, Kaufman decidió desquitarse tirándole los tejos a Maggie.

Cuando ésta se quedó dormida antes de que él hubiera podido acostarse con ella —sí, ésa era la razón por la que ella no había usado diafragma esa noche—, Kaufman volvió a pensar en su encuentro con Anna y fue al puerto de Belmont. De algún modo, se topó con el cadáver de Angie y se dio cuenta de que, dejándose llevar por un arrebató de ira, Anna había matado a una mujer a la que había confundido con la amante de su padre. Consciente de que podían terminar asociándolo con el asesinato, regresó a toda prisa al apartamento de Maggie y la sólida coartada que le proporcionaba. Por supuesto, para entonces su plaza de aparcamiento original ya no estaba libre, de modo que se vio obligado a aparcar al otro lado de la calle.

Éste es sólo uno de los posibles escenarios que se nos ocurrió. He aquí otro:

Quizá, sólo quizá, a diferencia de todos esos otros líos de una noche que nunca vuelven a llamar a su pareja a pesar de habérselo prometido, Steven se marchó después de que Maggie se quedara dormida, pero lo pensó mejor y decidió dar media vuelta al darse cuenta de que lo que había dejado atrás era algo muy especial.

Dejaré la decisión sobre cuál es el auténtico escenario en tus manos.

## Agradecimientos

En primer lugar, y por encima de todo, debo dar las gracias a mi agente, Helen Breitwieser, de la agencia literaria Cornerstone. Hemos pasado juntas por muchos altibajos y siempre ha estado ahí para apoyarme. Sin lugar a dudas, es la mejor.

También quiero dar las gracias a mi editora de mesa, Holly Domney, que me ha ayudado a dar forma a *Confidencias y traiciones*; a mi editora en Severn house, Kate Lyall Grant, que me ha apoyado más allá de lo imaginable, y a Jamie Byng, de Canongate, cuyo entusiasmo por el libro ha sido abrumador. No podría haber contado con el apoyo de un equipo editorial más válido ni con semejante afinidad de espíritu. Brindo por nuestros futuros éxitos.

No puedo dejar que este libro vaya a imprenta sin mencionar a seis amigas especiales cuya amistad a saber a cuándo se remonta y que pueden o no haberme proporcionado inspiración para esta novela. En orden alfabético: Alison, Carol, Iris, Jane, Rosie y Vita. Os quiero, chicas.

Y, para terminar, quiero dar las gracias a Aspen Words, la rama literaria del Aspen Institute, que trabaja incansablemente para proporcionar lectores a escritores y viceversa. Parafraseando a Séneca: «La vida es corta, pero el arte es para siempre». Aspen Words trabaja para cumplir esa misión con la esperanza de que en el futuro la gente siga hablando de nuestro arte presente.

# Notas

1. *Tizzy* se utiliza coloquialmente para describir un estado emocional de agitación y nerviosismo. (*N. del t.*)

1. «Soy tu bailarina privada. Bailo por dinero, haré lo que quieras que haga.» (*N. del t.*)

1. Nombres de los personajes de una célebre tira cómica que se publicó diariamente en la prensa norteamericana entre 1907 y 1983. Uno de ellos es alto y el otro bajo, de ahí que sus nombres a veces se usen coloquialmente para referirse a una pareja de hombres de distinta estatura. (*N. del t.*)

1. En español en el original. (*N. del t.*)

1. Referencia a una serie de famosos asesinatos sin resolver que tuvieron lugar en Chicago en la década de 1980. (*N. del t.*)

1. Se lee *Greedy one*, traducible como «codicioso». (*N. del t.*)

*Confidencias y traiciones*  
Catherine O'Connell

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Last Night Out*

Diseño de la portada, lookatcia  
© de la fotografía de la portada, iStock / 101 dalmatians

© Catherine O'Connell , 2018  
Publicado de acuerdo com Canongate Books Ltd, 14 High Street, Edinburgh EH1 1TE

© de la traducción, Aleix Montoto, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-08-20863-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!

NARRATIVA  
**CONTEMPORÁNEA**

---



¡Síguenos en redes sociales!



